

CAERÁS
en la
TENTACIÓN

Aitor Ferrer

CAERÁS
en la
TENTACIÓN

Aitor Ferrer

CAERÁS
en la
TENTACIÓN

Aitor Ferrer

Primera edición.

Caerás en la tentación

©Aitor Ferrer

©abril, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Caerás en la tentación

©Aitor Ferrer

©abril, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

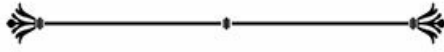
[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

Capítulo 1



—Virgine Salow ha llegado, Oliver—me comentó Beth, mi secretaria, interrumpiendo la lectura del caso que estudiaba en ese momento.

— ¿En serio? ¿Ya son las once?

— ¿Tú qué crees? Llevas un buen rato enfrascado en ese expediente, tanto que ni siquiera has pedido tu café de media mañana—me recordó porque ella estaba en todo.

—Entonces tienes razón en que he estado demasiado absorto, un hombre que a esta hora de la mañana no se ha tomado su segundo café no es de fiar.

—Tú no lo eres de ningún modo, así que no debes preocuparte por si tomas más o menos café—me comentó *ipso facto* porque Beth no tenía pelos en la lengua.

—Gracias, tú siempre regalándome el oído—le contesté con sorna.

—No es eso lo que necesitas, tú precisas de alguien que te pare los pies para que tu ego no se hinche como un globo de helio y te haga subir tanto que no podamos recuperarte. Como abogado eres una joyita.

— ¿Solo como abogado? ¿Por qué tengo la sensación de que me subestimas?

—Hazte un favor y no me incites más a que suelte mi lengua—me pidió.

— ¡Al lío! Dile a Virgine que pase.

Beth se dio media vuelta. Aquella pelirroja de largas piernas, alto y bien formado trasero y sonrisa pícara era mi monumento de secretaria, la que ya llevaba unos cuantos años trabajando conmigo y me conocía como a la palma de su mano.

A mis 36 años no es que me considerase un triunfador: simplemente lo era. Todo lo que tenía me lo había ganado a pulso y me sentía muy orgulloso por ello. Para algunos, no voy a negarlo, era un pretencioso, pero poniendo las

cosas en su sitio, ninguno de los que así pensaba me importaba un bledo.

En mi mente tan solo estaba que pertenecía a ese selecto grupo de los que hemos nacido para el éxito, unos privilegiados llamados a tocar la gloria con la punta de nuestros dedos.

Miraba a mi alrededor y sonreía. Me maravillaba ese enorme despacho que había estrenado hacía poco en el que era mi bufete, uno que compartía con David, mi mano derecha y el único que, de vez en cuando, era capaz de bajarme unos segundos del pedestal en el que estaba subido.

Ya en primer año de carrera supe que destacaría por encima de todos mis colegas. Los profesores fliparon con mi desparpajo y con esa capacidad mía para memorizar que no parecía tener fin.

No había un caso relevante que no me supiese al dedillo, siendo capaz de recitar en más de una ocasión la sentencia al completo. Yo desayunaba, almorzaba, merendaba y cenaba empapándome de una jurisprudencia que se convertiría en la cuchara con la que comería en el futuro.

Además, no se trataba solo de memorizar, sino que mi capacidad de comprensión hacía a esos mismos profesores abrir los ojos como platos, de modo que mi manejo del Derecho fue calificado por ellos como sencillamente prodigioso.

Era, por decirlo de alguna manera, como un joven mago de las leyes capaz de sacarse de la chistera cualquier suerte de conejo que me llevase a ganar un caso, por lo que a aquellas alturas del partido me convertí en un abogado invicto, es decir, uno al que jamás habían tumbado en un tribunal de justicia, algo que no podía enorgullecirme más y de lo que me pavoneaba, cual pavo real que abre ante sus colegas sus increíbles plumas.

Como cualquier tipo de magia que se precie, tenía truco. No es que yo pudiese ganar cualquier caso, dado que había muchos que estaban irremediablemente perdidos de antemano, más bien se trataba de que con solo olisquear, mi olfato de picapleitos sabueso me decía qué caso podía ganarse y en él me empleaba a fondo hasta alzarme con una sentencia a favor de mi cliente.

Al principio, nada más salir de la universidad, me dediqué al Derecho Penal, una rama que me apasionaba, pues mi ego se inflaba más cuando podía librar a un cliente de la cárcel. Por aquel entonces, creía que esos eran los que se dejaban más pasta, hasta que la experiencia me indicó que nada como un divorcio sangrante para que la gente se saque los ojos. El Derecho de Familia pasó a ser entonces mi especialidad y enseguida comprobé que mi olfato una vez más, no se equivocó.

En pocos años, mi cuenta corriente comenzó a abultarse tanto que incluso mis más halagüeñas previsiones se vieron superadas. La vida me sonreía, quizás porque me debía una y yo esperaba cobrarla. De hecho, y poniendo las cosas en su sitio, ya me la había empezado a cobrar o al menos eso era lo que yo sentía.

Cierto que no perdonaba el café y que mucho me había distraído con un nuevo caso en el que la clienta era Madison, la esposa de un senador que ya podía darse por desplumado.

No voy a decir que, a mis muchos conocimientos, acompañase siempre un juego limpio, porque un divorcio es una especie de guerra en la que el ganador suele ser aquel que cuenta con más información. De manera que que, e hecho de que el senador Crowe tuviese una amante y que las fotos que lo corroboraban ya estuviesen en mi ordenador le restaba “unas cuantas posibilidades” a la hora de negociar. Pero ese caso debía aparcarlo para atender a Virgine Salow, quien lloraba por las esquinas por el hecho de que su esposo, Harry, un importante empresario le hubiese pedido el divorcio.

Virgine era una preciosidad de 30 añitos a la que Harry dejó como a una muñeca rota porque se cansó de ella, así de sencillo. Su esposa contaba con 20 años menos que él y no era la primera de su colección, sino la cuarta. Al contrario que al senador Crowe, a Harry Salow no le importó lo más mínimo contarle que ya le había buscado un joven repuesto antes de ponerle los papeles del divorcio por delante. Un divorcio que le costaría caro, muy caro.

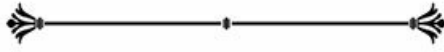
!

,

No voy a decir que, a mis muchos conocimientos, acompañase siempre un juego limpio, porque un divorcio es una especie de guerra en la que el ganador suele ser aquel que cuenta con más información. De manera que que, el hecho de que el senador Crowe tuviese una amante y que las fotos que lo corroboraban ya estuviesen en mi ordenador le restaba “unas cuantas posibilidades” a la hora de negociar. Pero ese caso debía aparcarlo para atender a Virgine Salow, quien lloraba por las esquinas por el hecho de que su esposo, Harry, un importante empresario le hubiese pedido el divorcio.

Virgine era una preciosidad de 30 añitos a la que Harry dejó como a una muñeca rota porque se cansó de ella, así de sencillo. Su esposa contaba con 20 años menos que él y no era la primera de su colección, sino la cuarta. Al contrario que al senador Crowe, a Harry Salow no le importó lo más mínimo contarle que ya le había buscado un joven repuesto antes de ponerle los papeles del divorcio por delante. Un divorcio que le costaría caro, muy caro.

Capítulo 2



Virgine Salow entró en mi despacho con aire melancólico. Me pareció muy tierna, como cada vez que la veía, e hice que tomase asiento.

— ¿Puedes creerlo, Oliver? Todavía no he terminado de sacar mis cosas de casa y ella ya está metiendo las suyas, ¡y tiene 22 años! Me hace sentir mayor a su lado—me confesó.

— ¿Mayor? —le pregunté a ese bombón de licor que tenía delante de mí y por la que más de uno habría dado un brazo porque se le pusiera a tiro.

Virgine era modelo de pasarela cuando Harry la sacó del mundo en el que vivía desfilando para llevársela al suyo. No tuvo mal ojo el tío, porque no solo era la típica modelo de ensueño, sino que encima se enamoró de él hasta la trancas, algo que en esa ocasión actuaría como un arma de doble filo para él, pues ella había pasado del amor al odio tan rápido como eso solía ocurrir.

Yo no quería clientes que no me dejasen desplegar toda la artillería pesada. Es decir, si delante de mí se sentaba alguno, ya fuese hombre o mujer, que no quisiera más que un divorcio sin pena ni gloria, en automático le recomendaba que se decantase por un abogado menos combativo que yo.

Esa era mi manera de actuar y, por mucho que a David no le pareciera la más ética, a mí me la traía al paio porque el jefe era yo.

Acabo de mencionarle y no le he presentado. David era, en la práctica, como mi hermano menor y el hombre que actuaba como mi punto de apoyo, uno que tenía muchos más escrúpulos y que me ayudaba a equilibrarme en esos momentos en los que se me iba la pinza y perdía a mi ego de vista.

Tiré de los típicos pañuelos de papel para acercarme a Virgine, quien comenzó a llorar a moco tendido. Ella no veía más mundo que ese que su marido construyó para ella y eso me jodía. Sí, no podía evitarlo, tenía motivos de sobra que ya os revelaré para que me sacaran de quicio las personas que se ahogaban en un vaso de agua. Y, sí, también lo reconozco: si eran mujeres, mucho más, aun a riesgo de que me tildéis de misógino.

—Va, va, tenemos que centrarnos en lo que tenemos que centrarnos, Virgine. El juicio es mañana y pienso hacer

que tu marido lamente hasta haber nacido, ya sabes que lo tengo todo hilado y bien hilado.

—Eso espero, porque se las promete muy felices y ella más. Quiero la casa, Oliver, quiero que tenga que salir de ella como una bala, y Samantha con él—se refirió a la joven amante de su marido.

—Eso está hecho, cuando empiece a tirar de la manta él mismo se retractará y te la ofrecerá en bandeja. Te lo dije desde el primer día y estoy por la labor de cumplir mi promesa. No he fallado en mi vida y no pienso hacerlo mañana—le aclaré.

—Sí, por favor, tienes que hacerlo.

—Me tiraré a la yugular del abogado de tu marido y no tendrá salvación posible: se desangrará ante tus ojos.

—Oye, pero que no lo vas a matar de verdad, ¿no? Que es una metáfora de esas—insinuó y tuve que aguantar la risa.

Digamos que Virgine no es que tuviese precisamente muchas luces y no era la primera vez que me lo demostraba. Eso sí, contaba con un físico portentoso que siempre le abrió muchas puertas, incluso las de un matrimonio en el que fue feliz hasta que dejó de serlo, ¿y qué esperaba? Las relaciones no funcionaban más que un tiempo, eso lo tenía yo grabado a fuego.

s

—No, aunque igual prefiere tirarse de la azotea cuando termine con él—le respondí condescendiente.

— ¡Que le zurzan! —exclamó.

—Eso es, ¡que le zurzan! —le respondí yo acercándome a ella y notando como la química iba *in crescendo* entre ambos.

No, no voy a decir que fuese la primera vez que terminase celebrando una victoria con una clienta en el mejor hotel de Nueva York, eso me sucedió docenas de ellas. Tampoco eso hacía a Virgine especial a mis ojos. Yo no era de enamorarme y mucho menos de alguien relacionado con mi trabajo: solo era una forma de festejar por todo lo alto e intuí que ocurriría al siguiente día.

; Tuve que volver a repasar con ella toda nuestra estrategia, la cual era pan comido para mí. A Virgine se le atragantaba y le dimos varias vueltas al asunto. Ya digo que no era muy abierta de mente y, encima, los nervios le estaban jugando una mala pasada.

A mí me costaba entender por qué a la gente le causaba tanto pavor una sala de juicios cuando era uno de los dos lugares del mundo en el que yo me lo pasaba mejor. El otro era en una buena cama o, en su defecto, en cualquier lugar en el que se pudiera practicar sexo del bueno, al cual me consideraba adicto.

Siempre me guardé fidelidad a mí mismo, siendo honesto y no tratando de engañarme. Yo era quien era, me había hecho a mí mismo y me sentía muy orgulloso.

Virgine terminó por echarse a llorar de nuevo y lo hizo sobre mí. Sus duros y operados senos provocaron que mi respiración se acelerase y, como quien no quiere la cosa, me la quité de encima porque no era el momento.

—Ahora debes irte a casa y no pensar demasiado.

—No puede ser, Harry piensa que será el quien se quede allí, ¿no te he dicho que ya están trayendo las cosas de ella?

—Pues te vas para allá y, esta noche, cenáis los tres juntos, en el comedor grande.

—Estás loco, Oliver, loco de remate.

—Nada les desconcertaría más que pensar que te has rendido. Y entonces, yo llego mañana y se la clavo, cogiéndoles con la guardia baja.

No se me fue por alto la forma en la que, pese a su pena, me miró libidinosa cuando pronuncié ese “se la clavo”.

Tuve que tragar saliva de una forma ruidosa y darle al botoncito para que Beth la acompañase a la puerta.

—Me la llevo—murmuró cuando la abrió porque me conocía muy bien y valía mucho más por lo que callaba que por lo que decía.

—Nos vemos mañana, Oliver—pronunció la exmodelo compungida, pero coqueteando conmigo, algo que me sacó la sonrisa mientras volvía al otro expediente, al del senador, ese que me estaba estudiando a conciencia.

Siempre me guardé fidelidad a mí mismo, siendo honesto y no tratando de engañarme. Yo era quien era, me había hecho a mí mismo y me sentía muy orgulloso.

Virgine terminó por echarse a llorar de nuevo y lo hizo sobre mí. Sus duros y operados senos provocaron que mi respiración se acelerase y, como quien no quiere la cosa, me la quité de encima porque no era el momento.

—Ahora debes irte a casa y no pensar demasiado.

—No puede ser, Harry piensa que será el quien se quede allí, ¿no te he dicho que ya están trayendo las cosas de ella?

—Pues te vas para allá y, esta noche, cenáis los tres juntos, en el comedor grande.

—Estás loco, Oliver, loco de remate.

—Nada les desconcertaría más que pensar que te has rendido. Y entonces, yo llego mañana y se la clavo, cogiéndoles con la guardia baja.

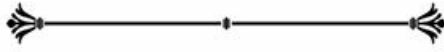
No se me fue por alto la forma en la que, pese a su pena, me miró libidinosa cuando pronuncié ese “se la clavo”.

Tuve que tragar saliva de una forma ruidosa y darle al botoncito para que Beth la acompañase a la puerta.

—Me la llevo—murmuró cuando la abrió porque me conocía muy bien y valía mucho más por lo que callaba que por lo que decía.

—Nos vemos mañana, Oliver—pronunció la exmodelo compungida, pero coqueteando conmigo, algo que me sacó la sonrisa mientras volvía al otro expediente, al del senador, ese que me estaba estudiando a conciencia.

Capítulo 3



Ya salía al mediodía cuando David llegó. Era la viva imagen de la responsabilidad y me extrañaba que no se pasase por allí.

— ¿Qué haces aquí? Deberías haberte ido directo a casa—le comenté en cuanto le vi mientras le daba un abrazo.

—No, sabes que no puedo hacer eso. Tengo mogollón de trabajo y...

— ¿Y lo piensas sacar todo hoy? Ahora mismo nos largamos a almorzar tú y yo—le comenté.

David no es que tuviese mi sexto sentido para el Derecho, o sea, que él no nació con ese don que me llevó a lo más alto desde casi el principio, pero contaba con otro: el de la persistencia.

Digamos que la suya era una inteligencia más media y, aun así, lo constante que era le llevaba a brillar mucho en los tribunales.

No podía sentirme más orgulloso de él y hasta bromeé durante el almuerzo con que tenía la misma edad de Virgine y se la podría ligar.

—No me insultes, ¿vale? Sabes que no es mi tipo—me aclaró como venía haciendo, más o menos, una vez al día.

—Nadie está diciendo que le pongas un anillo en el dedo, solo que se encuentra desconsolada y que tú podrías alegrarle la vida en unas cuantas salidas, no hay más.

—Como si no me conocieras, yo no disfruto con una mujer que solo parece tener serrín en la cabeza.

— ¿Ni siquiera para unos cuantos polvos? Llámame rarito, pero eso no lo entiendo.

— ¿Tú saldrías con ella? Porque te recuerdo que te casaste con Linda, que fue número uno de su promoción, y que es una eminente cardióloga, por algo será, ¿no?

—Porque era la más maciza de toda la promoción también, y eso le hizo ganar puntos—bromeé.

—No sé cómo puedes frivolar con eso, Linda no se lo merece, ¿has pensado ya en qué le regalarás para su cumple? No falta tanto y...

—Pues no, pero para eso te tengo a ti. Seguro que le has escuchado hablar de algo que le entusiasme, ¿puede ser? —le interrumpí porque no era la primera vez que me allanaba el terreno en ese sentido.

David venía mucho por casa y él contaba con una sensibilidad que a mí me faltaba. Linda no era una mujer complicada. Sí que era muy guapa y brillante, estando considerada como una eminente cardióloga pese a su juventud, pero la vida me la hacía muy fácil.

Quizás fuese eso lo que me hizo acomodarme muy pronto. Ya sé lo que estaréis pensando, que soy el típico cabrón con pintas que le echa la culpa a su esposa de buscar alicientes fuera de casa.

Vale, os lo compro, yo lo necesitaba, quizás porque en el fondo esa espina que tenía clavada en el corazón me seguía doliendo. Y sí, para vuestra sorpresa, tenía corazón... Uno que no se había recuperado del hecho de que mi madre me abandonase al nacer.

Sé que nada tiene que ver el atún con el betún, y que no es justo que Linda pagase los platos rotos, pero en el fondo había algo en mí que me llevaba a utilizar a las mujeres porque sí. Quizás en mi mente de macho alfa me fuese más sencillo pensar que, si alguna vez Linda me fallaba, yo ya lo hubiera hecho al menos cien antes.

Si alguien no se lo merecía era ella, lo sé. Siempre apostó por mí y eso que mi puntito narcisista, o mi puntazo, fue a más con los años hasta haberme convertido en el tipo que era en ese momento.

Linda me lo puso fácil, pero al contrario no sucedió lo mismo. No solo podía sospechar que yo le fuese infiel—por mucho cuidado con el que lo hiciese—, sino que actuaba con descuido y ella no era tonta. Por supuesto que debía saber que los detalles por nuestras celebraciones como aniversarios, su cumple y demás, los dejaba en manos de Beth o hasta de David.

Lo siento, pero en mi coco solo estaba el que yo jugaba en otra liga. Nuestro nivel de vida era espectacular y, salvo prueba en contrario, todo estaba bien en casa.

David, eso sí, comenzó a darme la brasa sobre lo mucho que debía tener en cuenta sus palabras sobre Linda y que si tal y que si Pascual.

En ocasiones así, cuando se ponía en plan muermo, yo desconectaba a nivel mental y me iba hacia la cama de mi siguiente conquista, imaginando cómo sería un momento que me hacía relamerme solo de pensarlo.

— ¿Estás ahí, capullo? —me preguntó cuando ya resultó muy descarado, pues ni siquiera escuché su pregunta.

—Más o menos, ya me conoces.

—Eso es verdad. El problema lo tendrás cuando Linda te termine de conocer un día.

—Linda me quiere, no lo olvides—le dejé claro.

— ¿Y tú? ¿Tú la quieres a ella?

—A mi manera y lo sabes. Y ahora, ¿has terminado ya de darme la chapa? Porque quiero hablarte del caso del senador. Ya lo tengo preparado, se va a caer con todo el equipo. Ese tipo va a lamentar el cambiar de mujer como quien lo hace de camisa.

— ¿Y eso lo dices tú?

—No me jodas que no es igual. Linda ha estado ahí siempre y seguirá estando, ¿es que vas a volver sobre lo mismo? Luego te jode que te diga que eres un cansino. Si no fueras quien eres, te mandaría a hacer puñetas—le dije cogiéndole por el cuello y revolviéndole el flequillo como si fuese un crío.

—Más o menos, ya me conoces.

—Eso es verdad. El problema lo tendrás cuando Linda te termine de conocer un día.

—Linda me quiere, no lo olvides—le dejé claro.

— ¿Y tú? ¿Tú la quieres a ella?

—A mi manera y lo sabes. Y ahora, ¿has terminado ya de darme la chapa? Porque quiero hablarte del caso del senador. Ya lo tengo preparado, se va a caer con todo el equipo. Ese tipo va a lamentar el cambiar de mujer como quien lo hace de camisa.

— ¿Y eso lo dices tú?

—No me jodas que no es igual. Linda ha estado ahí siempre y seguirá estando, ¿es que vas a volver sobre lo mismo? Luego te jode que te diga que eres un cansino. Si no fueras quien eres, te mandaría a hacer puñetas—le dije cogiéndole por el cuello y revolviéndole el flequillo como si fuese un crío.

Capítulo 4



No llegué a casa hasta por la noche, después de regresar al despacho para trabajar varias horas de tarde y, finalmente, machacarme un buen rato en el gimnasio, algo que yo no perdonaba.

Desde siempre, el deporte no solo me sirvió para ponerme cuadrado, que también, sino para que la adrenalina corriese por mi cuerpo, atemperando mi carácter.

No hace falta que nadie me recuerde que jamás fui un tipo fácil, sino uno obstinado que hacía de llevar siempre la razón su filosofía de vida.

El que compartía con mi mujer era un ático de espectaculares vistas en pleno corazón de Manhattan, en la Quinta Avenida. Tanto Linda como yo le dimos mucha importancia a su elección porque tu hogar es tu templo y dice mucho de ti.

Recuerdo que su búsqueda fue apasionante, dado que la llevamos a cabo cuando ambos hubimos triunfado en nuestros campos. Antes habría sido imposible porque el ático costaba un ojo de la cara y parte del otro. Eso sí, mi despacho comenzó a ascender como la espuma y en cuanto a ella, no solo se posicionó muy bien como joven cardióloga en uno de los hospitales con más fama de la ciudad, sino que abrió su propia consulta y ahí fue ya cuando se forró.

Linda no era de gimnasios, por mucho que también se cuidase. Ella contaba con una entrenadora personal, Emily, que le ponía las pilas después del trabajo, en la última hora de la tarde.

De mi mujer, aparte de que seguía siendo de lo más atractiva, destacaría lo disciplinada que fue desde siempre, por lo que tenía un cuerpo muy trabajado, cien por cien tonificado, lo que provocaba que me siguiera sintiendo muy atraído por ella en lo sexual.

Me encontré con que, como sucedía de vez en cuando, Emily le estaba dando la clase online, por lo que saqué al demonio que llevo dentro y, antes de que se quisiera dar cuenta, le apagué el monitor.

—Pero, ¡qué diablos! —exclamó antes de percatarse de mi presencia.

—Te contestaría que un diablo que viene con ganas de jaleo—le aclaré mientras me iba hacia ella.

Vale, no voy a negar que estaba palote desde que Virgine pasó por mi oficina. Y sí, era con Linda con quien pensaba desahogarme.

— ¡Qué susto, Oliver! —chilló dando un respingo.

— ¿Es que ahora tengo que ponerme un cascabel para moverme por mi casa? ¿Es eso? Porque si es eso...—le decía mientras la tomaba por la cintura. Lo ajustado de su ropa deportiva me endureció muchísimo.

—Tú no eres ningún gatito, Oliver. Tú más bien eres un león—matizó riendo mientras comenzaba a besar su cuello.

—Pues este león quiere darte un buen zarpazo—añadí.

— ¿Y no debería esperarse ese león a que me diera una ducha? ¿O es que no has visto que estaba haciendo ejercicio?

— ¿Eso es hacer ejercicio? Primera noticia que me llega al respecto—me burlé.

—Eres muy malo, Oliver.

—Cierto, y a ti te encanta—opiné.

No le dio tiempo a decir nada más. Me encantaba no refrenar esos impulsos que me asaltaban a menudo, haciéndola mía cuando me viniese en gana. No dudaba de que Linda siguiese enamorada de mí como el primer día. En cuanto a mí... Yo es que lo siento mucho, pero enamorado del todo no estuve nunca ni de ella ni de nadie.

Siendo sincero, porque de nada me valdría ocultarlo, Linda me vino siempre genial. No solo era preciosa, haciendo honor a su nombre, sino una mujer de los pies a la cabeza que supo equilibrarme y a cuyo lado pude ser yo mismo, pude convertirme en el tipo que era porque siempre me apoyó y jamás me cortó las alas.

Obvio que ella no tenía ninguna certeza de que esas alas me llevaban a otros nidos, cosa que me venía sensacional porque me ahorraba un sinfín de posibles celos, sospechas y reproches, por lo que básicamente vivía como un marajá.

Lo tenía todo en la vida, eso no lo ponía en duda y, sin embargo, no os puedo decir que fuese feliz. Una serie de carencias internas, procedentes de mi más tierna infancia—si es que la mía puede calificarse así— me llevaban a estar siempre en una constante búsqueda de algún tipo de alimento que apaciguara el hambre que mi alma sentía.

No hay nada peor en el mundo que una alma hambrienta, que una que no se sacia y que siempre se muestra

carente. Era algo en lo que procuraba no pensar porque esas carencias contrastaban vivamente con mi imagen de triunfador.

Me llevé a Linda a la cama y allí la poseía con fiereza. Me encantaba saber que era mía, pasase lo que pasase, y que su amor por mí sería inquebrantable con el paso del tiempo.

—Cariño, había pensado en una cosa—me comentó cuando, tras hacerlo, se marchó a la ducha.

—Ah, ¿pero tú piensas? —me burlé.

—Mucho más que tú, picapleitos vanidoso—me respondió sacándome la lengua.

—Venga, pues dispara. Pero ten cuidado, no me vayas a dar en el corazón.

—Muy gracioso, como cardióloga que soy certifico que tú no tienes de eso.

—Huele a reproche y es porque me vas a pedir algo—le dije sonriente.

Había muy buen rollo entre nosotros, eso fue desde el primer día. Linda y yo coincidimos en el último año de nuestras respectivas carreras en Harvard y desde entonces estábamos juntos. Los dos nos conocíamos muy bien, aunque era obvio que hubo una parte de mí que dejé a salvo de nuestra relación, esa que yo necesitaba para sentir que mi vida se completaba.

No quería renunciar a que me saliera ese golfo que habitaba en mí. Por decirlo de algún modo, era mi válvula de escape.

—Nada de reproches. Solo es que quiero que hagamos una escapada a Hawái por mi cumple, ¿es mucho pedir? —me preguntó ilusionada.

— ¿Por tu cumple? Imposible, lo siento—le respondí en modo negativo.

—Ya me lo temía—resopló desinflada.

—Sabes que hay épocas en las que no puedo y en tu cumple estaré hasta la bandera de trabajo. De veras que lo lamento.

— ¿Y cuándo no lo estarás? —me preguntó disgustada.

—No lo sé, los casos son impredecibles, qué te voy a contar que tú no sepas.

—Cierto, porque sé muy bien que a estos les sucederán otros y que solo nos escaparemos cuando las ranas canten

hip hop.

—No me digas eso, por favor, hacemos nuestras escapadas.

—Las que tú dices y cuando tú dices, Oliver.

—¿Me estás montando una escena? Estoy hasta las cejas de trabajo, cuando lleguen las vacaciones veremos. Mientras, tendremos que conformarnos.

—Ese es el problema, Oliver, que “tendremos”, en plural.

—Nena, por favor...

—Cuando me dices “nena” es porque quieres darme coba—apuntó.

Es cierto que yo no era un tipo romántico que me refiriese a ella con apelativos del tipo de “cariño”, “amor” ni nada parecido. Tampoco es que fuese más seco que la toalla de un perroflauta. Yo simplemente era como era y no había más.

—Nada de coba, no es eso.

—Tienes que plantearte ampliar la plantilla, amor.

—No, por ahí no vayas. No dejes que David te coma el coco, ¿me oyes? Tengo muchos abogados trabajando para mí, pero solo documentándome los casos. A sala solo vamos nosotros dos, no voy a dejar que nadie nos desacredite delante de un tribunal: únicamente confío en él.

-

Así había sido desde el comienzo. Conmigo trabajaba mucha gente, pero a la hora de enfrentarme a un contrario solo confiaba en David. Los demás nos sacaban expedientes a destajo desde sus despachos, pero ni los dejaba acercarse a una sala de juicios. Y eso desde hacía un par de años que ya vi a David más curtido, puesto que hasta entonces era mi menda lerenda la única que pisaba un juzgado.

—David tiene razón cuando lo dices y lo sabes. Deberías rescatar a alguno de esos chicos o chicas que son buenos. Por eso trabajan contigo. Formar a alguno para que puedan echaros una mano, ¿es que no ves que estáis desbordados? ¿Esperarás a que te salga humo por las orejas? El estrés es muy malo, siempre te lo digo.

—Siempre, siempre, al final me lo acabarás causando tú.

—Vaya por Dios, será eso. Si ninguno de esos discípulos tuyos te parece preparado...

—Pues claro que no me lo parece. Todos ellos cuentan con currículums excelentes, pero para defender un caso en

sala hace falta algo más.

—Ya, sangre, ¿y es que acaso ellos son alcachofas?

—Qué chistosa, señora cardióloga.

—Te digo yo que también tienen sangre en las venas, por mucho que te asombre.

—No sabes de lo que hablas, no tienes ni la menor idea.

—Porque no les das una oportunidad, por eso no lo compruebas, aunque también podrías hacer un nuevo fichaje.

—Sí, tipo ojeador de equipos de fútbol, venga ya.

—Pues nada, me tocará hacer sola esa escapada—me aclaró.

— ¿Lo dices en serio? —le pregunté elevando una de mis cejas porque no estaba acostumbrado a algo así.

— ¿Tan raro te resulta?

—Es que no me lo has propuesto nunca.

—Es que comienzo a estar harta—me respondió de inmediato.

—Madre mía, cómo estás, ¿necesitas que te calme un poco más? No creo haber perdido facultades.

—Todo no se resuelve a polvos, amor, aunque tú creas lo contrario—me advirtió mientras se ponía un almohadón en la cara y yo la escuchaba respirar.

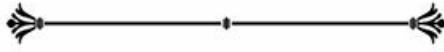
— ¿Estás enfadada de verdad? —le pregunté apartándolo.

— ¿Y tú qué crees? Estoy muy harta de que siempre hagas lo que te venga en gana caiga quien caiga, ¿por qué no te planteas lo que te he dicho?

—Vale, vale, al final hasta os saldréis con la vuestra. Procuraré fijarme en alguien que merezca la pena. No sé si me llevará seis meses o seis años, ya se verá...

—De verdad que me pones de los nervios—se quejó.

Capítulo 5



Me desperté a media noche con la misma jodida pesadilla de siempre y Linda ya me estaba apoyando.

— ¿Otra vez? Amor, deberías ir...

—Ya, a un psicólogo, paso.

—Ya, porque si vas al psicólogo es porque estás loco, ¿no? Por eso acudo yo a Brenda desde hace años.

—Yo no he dicho eso. Respeto mucho tu decisión, pero a mí no me llevas a uno ni amarrado, ya sabes cómo pienso.

—Lo sé, que todo lo que no sea superar las cosas por ti mismo no vale. Eres más terco que una mula, Oliver.

—Me conociste así y sabes cómo pienso de ellos.

—De verdad que muchas veces no te entiendo, ¿en qué mundo vives? ¿Tú sabes que las cosas han avanzado mucho? Las muelas ya no las sacan los barberos como en el Viejo Oeste—me comentó risueña mientras me abrazaba.

Nunca me faltó su apoyo ni ese humor suyo que me sacaba una sonrisa en el momento en el que menos lo esperaba. Ella tenía razón en que yo no estaba bien, aunque era una cuestión muy mía que no deseaba compartir con nadie más. Y menos con un psicólogo que no tuviese que ver con la cuestión y a quien hubiese de hablarle de lo que consideraba una debilidad, abriéndome en canal.

Llevaba toda la vida con la misma pesadilla: la de ver cómo mi madre me entregaba en aquel orfanato. Solo eran mis demonios los que le daban forma, porque ella me abandonó con muy pocos meses allí y, por tanto, no había recuerdos posibles en el disco duro de mi memoria.

Nada sabía de quien me dio a luz, quien aprovechó la privacidad de la noche para hacer un ruido que alertara a una de las monjas, quien abrió la puerta y me encontró metido en una mantita, a salvo del relente de la noche.

De ella nada pudo ver y, si hubiera sido de otra forma, tampoco me hubiera contado, puesto que aquellas almas caritativas se centraban en los huérfanos y no en aquellos que los llevaban hasta allí.

Quizás fue mi carácter rebelde el que hizo que no encontrara una familia hasta los nueve años. Antes, cada vez que llegaba una pareja con el ánimo de adoptarme, me las ingeniaba para cagarla, quizás porque mi mundo se reducía a las paredes de aquel orfanato-convento y yo no supiera ver más allá de él.

En las únicas que confiaba era en las monjas, y el resto de mujeres me parecían seres terribles capaces de cometer el peor de los crímenes: el de abandonar a un hijo.

No fue hasta esa edad cuando aparecieron Sally y George. Yo entré en la sala en la que me esperaban con la firme intención de liarla parda una vez más, siendo devuelto del tirón al patio en el que seguiría jugando con el resto de críos, cuando me topé con los ojos celestes de Sally, los más claros y transparentes que hubiese visto en la vida.

Jamás había contemplado unos ojos tan bonitos y confiables como los suyos, razón por la que me quedé parado en seco, algo que no solía ocurrirle a un niño con la lengua tan mordaz como la mía, de la que salían perlas que me solían descartar como candidato.

— ¿Tú eres Oliver? —me preguntó y entonces comprobé que no solo tenía apariencia de ángel, sino que la voz le acompañaba igualmente.

—Sí—murmuré un tanto desconcertado, porque nunca me había topado con alguien así.

—Ven aquí, por favor—me comentó y entonces avancé hacia ella, quien me hizo una carantoña.

Para mí, hasta ese día, el concepto de madre nunca había sido algo positivo, sino todo lo contrario. Después de lo que hizo la mía, yo no podía confiar en ninguna. Ese era mi pensamiento, el mismo que trastocó Sally.

Me hizo sentar a su lado. Su marido la miraba con ojos de enamorado y no era de extrañar. Él era un hombre bueno, se le notaba y con el tiempo me lo demostraría, pero en ella adiviné a un ser celestial.

No se trataba de una pareja sin hijos. Enseguida me contaron que tenían uno llamado David y con cuatro añitos. Hasta me enseñaron una foto suya y en sus rasgos adiviné el parecido con su madre, que la vida me dio la ocasión de constatar que trascendía el parecido físico para asemejarse en la forma de ser.

Y así fue como, tras unas cuantas visitas, una tarde vinieron a por mí y salí del orfanato de la mano de Sally. Ella tuvo la intención de ampliar la familia de una forma no biológica, acudiendo al orfanato a por un crío, y su marido aceptó sin ponerle más traba que una.

Os explico, George pertenecía a una familia muy rica y quiso preservar la herencia de David. Por esa razón, me acogieron sin llegar a darme su apellido, ya que el padre de George jamás lo hubiese aceptado y le habría podido

hasta desheredar, de manera que David se habría visto muy perjudicado por mi adopción.

Con la excepción de que no lo fui legalmente, he de decir que me trataron como un hijo desde el primer momento. David se convirtió en mi hermano y ellos en mis padres, los mejores que un chico pudiera llegar a tener. Y más un rebelde sin causa como yo.

Tan pronto como entré en el prestigioso colegio privado en el que me matricularon junto a David, detectaron que yo era un niño con altas capacidades y pasé algún curso por alto.

Mientras, también he de contar que me sentí algo inadaptado en el mundo de niños pudientes, muchos de los cuales estaban verdaderamente “idiotizados” por los ricachones de sus padres, cosa que no les restaba un ápice de maldad.

Por aquel entonces, David era muy tímido y a la hora de arrancar a hablar le costaba un poco, razón por la que muchos de aquellos borregos le señalaban con el dedo y se burlaban de él. Hasta que llegué yo al cole y comencé a repartir a diestro y siniestro, pues cuando creces sin padres tú mismo has de defenderte en muchas ocasiones y yo ya venía con un máster sobre eso.

Me despojaba del jersey pijo con el anagrama del cole y, a zurriagazo limpio, se los quitaba de encima. Luego él venía hacia mí y me abrazaba, diciéndome que yo era el mejor hermano que pudiera haber tenido nunca.

Desde entonces, desarrollé un enorme sentido de protección hacia David. Por esa razón, me costó que nos separásemos cuando logré plaza para estudiar Derecho en la Universidad de Harvard, la más prestigiosa de Estados Unidos en la rama.

Dado que yo llegué antes de tiempo y que terminé un par de años antes de lo previsto para el resto de alumnos, no coincidí allí con David, quien cursó la carrera en el momento debido. Mientras, me fui curtiendo como abogado y cuando él se graduó, yo ya tenía mi propio despacho, el que me pusieron Sally y George, pero que me curré muchísimo, haciendo correr ríos de tinta sobre ese joven abogado que ganaba todos los casos en Nueva York.

Da igual que trepes a lo más alto. Si tienes demonios dentro, te perseguirán hasta la cima de la montaña más elevada aunque te hagas alpinista. Los demonios tienen el poder de ir tras de ti y, si no te alcanzan de día, se cuelan por la noche en tus sueños.

Dos mujeres, Sally y Linda, fueron providenciales en mi vida y, aun así, la animadversión que sentía hacia mi madre provocó que algo en mi interior me llevase a no serle fiel a ninguna, a creer que, cada vez que las utilizaba, como si se tratasen de una pieza de recambio, me cobraba en parte esa deuda que consideraba que la vida tenía conmigo.

Puede ser que, desde mi punto de vista egocéntrico y narcisista, no pudiera soportar el dolor que me causaba que ella, la que me echó al mundo, me hubiese abandonado de aquella forma tan vil.

Linda se quedó abrazada a mí hasta que volví a conciliar el sueño. Ya faltaba menos para volver de nuevo a tener esa pesadilla en la que, siendo un bebé, sentía una angustia inigualable, un frío interno y paralizante.

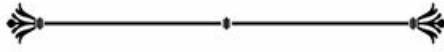
1

,

,

Linda se quedó abrazada a mí hasta que volví a conciliar el sueño. Ya faltaba menos para volver de nuevo a tener esa pesadilla en la que, siendo un bebé, sentía una angustia inigualable, un frío interno y paralizante.

Capítulo 6



Virgine Salow me esperaba cual muñequita, vestida con un traje de chaqueta tipo Chanel, a la entrada del juzgado. Nada más llegar, comprobé que se me quedó mirando y yo aparté mis gafas de sol para provocar un contacto directo de sus ojos con los míos.

David estaba a mi lado y a él no se le escapaba una.

—Es que de verdad, no cambias—me dijo.

—Pareces una abuela, ¿por qué no disfrutas un poco más de la vida? Mira cómo está la tía, está tremenda.

No era casualidad que Virgine hubiese sido modelo. También lo era la reciente adquisición de su marido, pues Harry llegó con su “repuesto” del brazo, una chica mucho más joven todavía que ella y al lado de la cual ya comenzaba a parecer su abuelo.

Cameron, su abogado, no era malo, aunque yo me lo había ventilado ya en varias ocasiones y noté el temor en sus ojos cuando nos encontramos en las distancias cortas.

Yo no solo era bueno en sala. El hecho de que alardeara de esa chulería tan propia de mí ponía en más de una ocasión a mis adversarios contra las cuerdas, nada más verlos.

—Espero que le hayas dicho a tu cliente que va a morder el polvo—le indiqué en cuanto me acerqué a él con la intención de intimidarle.

—No te las prometas tan felices, Oliver, tú no vas a ganar siempre—acertó a contestarme creyendo que el miedo no se huele.

El problema es que sí, que mi olfato de sabueso también me permitía oler el miedo en mis contrincantes, y si no le planteé que fuese a cambiarse de pantalones no fue por falta de ganas de mofarme de él, sino porque no nunca he sido ningún payaso.

Además, hay maneras y maneras de atacar. El que fue mi mentor en Derecho me enseñó que tienes que golpearles

hasta que logres que te teman, pero sin que lleguen a odiarte porque les ridiculices. Y yo sabía muy bien dónde estaba situada la línea divisoria entre causar un efecto y otro.

La defensa se la desmonté en cuanto entramos en sala. Cameron trató de dejar sin blanca a mi defendida, como si Virgine no tuviese ningún derecho a nada, y yo saqué de la chistera ese conejo que, de pronto, hizo que le cayera del cielo una suma de dinero tal que tendría la vida resuelta sin volver a dar un palo al agua.

Hasta la misma jueza me hizo que me acercase al estrado para felicitar me antes de marcharme.

—Te juro, Oliver—Sarah me tuteó porque teníamos confianza—, que nunca he visto otro abogado como tú. A veces, tus métodos resultan tan cuestionables que me planteo si quien necesita un correctivo eres tú, pero si nos ceñimos a los resultados, si alguna vez me divorcio no dudaré en llamarte—me dijo con una sonrisa en los labios.

—Si alguna vez te divorcias, llámame para cualquier cosa—añadí por eso de que la confianza da asco, en tono provocador.

—Haré como que no he oído nada, abogado.

—Pero lo has oído, y te ha gustado, no lo niegues.

La dejé allí negando con la cabeza y salí. Jamás perdí ese desparpajo mío que con el tiempo se convirtió en una coraza. Delante de todos, yo era indestructible, pues solo mi círculo más íntimo conocía cuáles eran mis demonios y en qué forma me visitaban.

Virgine se empeñó en que debíamos almorzar los tres juntos y David la esquivó. Él ya había notado el pasteleo que había entre ambos y era muy cierto que en esos casos procuraba no ser cómplice de lo que consideraba una total falta de respeto a Linda.

David era todo lo contrario a mí, él se enamoraba hasta el tuétano y era incapaz de faltarle a la chica de turno. En realidad, de entre las chicas con quien salió fue Candy la que más le llegó al corazón, pero lo suyo no cuajó porque ella se decantó por otro y él se quedó con toda la cara partida.

—Por la tarde te veo en el despacho—le indiqué dándole una palmadita en el hombro.

—Eres el mejor, lo que has hecho ahí dentro es magia, pero ¿esto es necesario? —me preguntó por lo bajini.

— ¿Almorzar con un cliente satisfecho? Claro, forma parte del circo—me excusé.

—Con una clienta querrás decir. Cuando se trata de un cliente no muestras tanto interés.

—David, si no quieres unirme a la fiesta, al menos no me la jodas. Tómate el resto del día libre, te vengo notando

muy agobiado.

—No, no los podemos permitir. Si al menos tuviéramos refuerzos, ¿sabes cuántos juicios nos tocan a cada uno en los siguientes días? Acabaremos locos de atar.

— ¿Algo más que añadir? Estás haciendo un alegato más largo que los que hemos escuchado en la sala.

—Que vamos a ser los más ricos del cementerio, pero que no compensa, Oliver.

—Déjate de pamplinas, aquí nadie tiene tiempo para morirse. Yo, por eso, estoy casado con una cardióloga.

—Pues poco se nota. Que estés casado, quiero decir.

Nos habíamos criado juntos, sí, pero bien saltaba a la vista que no era la misma sangre la que corría por nuestras venas. David lo era todo para mí y, sin embargo, también era especialista en aguarme la fiesta. Y cada vez más.

Si a él no le iban bien las cosas en el amor, en nada podía ayudarle. Yo es que el tema del amor no lo dominaba demasiado. Para mí se trataba de relaciones, a secas, y esas sí que se me daban de miedo.

Le vi marcharse en su cochazo. Él algún día heredaría una importante fortuna y yo no, algo que jamás me importó y cada vez menos, porque yo había amasado la mía propia gracias a esa cabeza que no tenía parangón en los tribunales y que me hacía engordar tres kilos cada vez que ganaba un juicio.

muy agobiado.

—No, no los podemos permitir. Si al menos tuviéramos refuerzos, ¿sabes cuántos juicios nos tocan a cada uno en los siguientes días? Acabaremos locos de atar.

—¿Algo más que añadir? Estás haciendo un alegato más largo que los que hemos escuchado en la sala.

—Que vamos a ser los más ricos del cementerio, pero que no compensa, Oliver.

—Déjate de pamplinas, aquí nadie tiene tiempo para morir. Yo, por eso, estoy casado con una cardióloga.

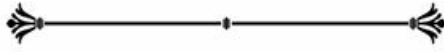
—Pues poco se nota. Que estés casado, quiero decir.

Nos habíamos criado juntos, sí, pero bien saltaba a la vista que no era la misma sangre la que corría por nuestras venas. David lo era todo para mí y, sin embargo, también era especialista en aguarme la fiesta. Y cada vez más.

Si a él no le iban bien las cosas en el amor, en nada podía ayudarle. Yo es que el tema del amor no lo dominaba demasiado. Para mí se trataba de relaciones, a secas, y esas sí que se me daban de miedo.

Le vi marcharse en su cochazo. Él algún día heredaría una importante fortuna y yo no, algo que jamás me importó y cada vez menos, porque yo había amasado la mía propia gracias a esa cabeza que no tenía parangón en los tribunales y que me hacía engordar tres kilos cada vez que ganaba un juicio.

Capítulo 7



Invité a entrar a Virgine mientras me ponía al volante de mi coche. Ella me mandaba señales luminosas, unas detrás de otras.

Aquel crujiente bombón ocupaba el asiento del copiloto y me devoraba con la mirada según me iba acercando.

— ¿Qué te apetece almorzar? —le pregunté a sabiendas de que ni ella ni yo acabaríamos en ningún restaurante. Por supuesto que teníamos apetito, pero no de ese tipo.

—Nada que pueda servirnos una camarero—me contestó echando un vistazo a nuestro alrededor—. A mí lo que me apetece es algo más íntimo—verbalizó ese pensamiento que coincidía al cien por cien con el mío.

Tenía una regla de oro: nunca intimaba con una clienta hasta que no hubiese ganado su caso, pues lo de perderlo no entraba en mi vocabulario. Me refiero que, hasta el momento en el que finiquitaba nuestra relación profesional no le metía mano al asunto... Y tampoco a la clienta en cuestión.

Arranqué mi impresionante coche y nos fuimos directos al hotel, en el cual ya nos esperaban.

— ¿Es que tienes una habitación a perpetuidad aquí? Yo es que lo flipo—me dijo cuando pedí mi reserva.

—No, la reservé para hoy.

— ¿Tan seguro estabas de que vendríamos? Porque esto cuesta una pasta—me indicó ella.

—El dinero no es un problema cuando se tiene. Y de eso tú vas a saber mucho a partir de ahora.

—Gracias a ti, todavía alucino con que hayas podido anular esa cláusula de mi contrato. Yo qué sé cómo se llama de la mierda esa que me hizo firmar Harry para dejarme con una mano delante y otra detrás si se iba con otra.

—Del contrato prematrimonial y no sé yo si hoy va a dar la talla con esa otra, porque el tío debe estar resintiéndose del estómago.

—Ya te digo que sí, ¡que se joda! —deseó mientras nos metíamos en el lujoso ascensor.

El poder y el dinero cuentan con un importante efecto afrodisíaco, el mismo que se unió a las ganas que ya nos teníamos.

El cuerpo de Virgine, ese que tuve para degustar yo solito enseguida entre mis manos, no me defraudó en absoluto. No obstante, por muchas ganas que le echase, tampoco era tan ingeniosa en el catre.

No voy a decir que perdiera demasiado en las distancias cortas porque solo disfrutar de su escultural figura ya era todo un deleite para los sentidos, pero sí que le faltaba fuelle.

Reconozco que soy muy exigente en la cama y que no todas las actitudes me valen. Me encanta el sexo, me declaro adicto a él y me gusta dar con alguien que esté a la altura, cosa que no ocurrió en aquella ocasión.

Es lo que tiene cuando te creas expectativas, que unas veces te quedas corto y otras te pasas tres pueblos porque tu rival no tiene el nivel que exiges.

Cuando eso ocurre, está claro que tiras de imaginación y que salvas la situación si no es con una matrícula de honor, al menos con un notable alto, haciendo tú el trabajo extra para suplir las carencias de la otra persona.

Disfruté, claro que disfruté con ese cuerpo sublime, pero a Virgine le faltó garra, algo que no percibió ni siquiera cuando terminamos.

—Ha estado genial, ¿cuándo nos vemos otra vez? —me preguntó con una sonrisa en la boca que no le duraría demasiado.

—Pues no sé, los honorarios ya me los has transferido, ¿te parece si me llamas para tu próximo divorcio? —le pregunté cogiendo la chaqueta y mirando el reloj, porque el tiempo es oro y yo no pretendía perder ni un minuto más del mío.

— ¿Es una broma? Yo quiero repetir.

—Pero para que eso ocurra debemos querer los dos y no es el caso. Ha sido un gusto conocerte, nos vemos—le indiqué antes de salir disparado por la puerta, aunque para disparo el que me habría descerrajado ella.

, Pasa a veces. Cuando entras en la cama con demasiada gente has de estar preparado para todo tipo de reacciones, incluso para esas que has de esquivar sobre la marcha.

Miré el móvil, el cual tuve en silencio en todo momento para no desconcentrarme y me encontré un mensaje de Linda pidiéndome que me replantease lo de nuestra escapada por su cumple.

Yo no pretendía jorobarle la fiesta, pero se repetía más que el ajo. Ya veía por dónde venía, lo de irse sola era un farol que no le surtió efecto y volvía a tratar de convencerme.

No me removi6 nada porque simplemente no podía. Cuando se te acumula el trabajo es imposible dejarlo a media para ir a divertirse. Yo tenía una reputación que mantener y ella mejor que nadie debía entenderlo, que para eso era una afamada cardióloga cuyas referencias le abrían todas las puertas.

Debía volver al despacho y aún no había almorzado, así que fui llamando a Beth para que me encargase algo de comida.

—Vale, al asiático y les indico lo de siempre...

No hay nada como rodearte de gente que conoce todos tus gustos y manías para que te allanen el terreno. Beth era de esas personas. No en vano, ella también era de las que me había conocido muy a fondo y con una de las pocas que solía repetir en la cama de vez en cuando.

Puede parecer un poco irónico, o un mucho, cuando también era la encargada de buscar en ocasiones regalos o detalles para mi esposa, pero ella no se paraba a darle demasiadas vueltas. Y yo menos.

Cuando llegué, ya estaba el almuerzo allí, y quien no se encontraba en su despacho era David. Le pregunté a Beth por él.

—Ha salido y lo cierto es que le noté apurado, ¿sabes si le pasa algo?

—Espero que no haya vuelto a enredarse con Candy. Esa chica le terminó descartando y le llevó por la calle de la amargura un tiempo, aunque yo nunca deseché la idea de que volviese a aparecer.

—David es demasiado bueno, se parece poco a ti—me soltó.

—Bonita manera de ensalzar a un jefe que ha ganado una vez más por goleada.

—Ya, eso sería lo que le faltara al jefe: que le ensalzara mucho más.

Yo no pretendía jorobarle la fiesta, pero se repetía más que el ajo. Ya veía por dónde venía, lo de irse sola era un farol que no le surtió efecto y volvía a tratar de convencerme.

No me removi6 nada porque simplemente no podía. Cuando se te acumula el trabajo es imposible dejarlo a medias para ir a divertirse. Yo tenía una reputación que mantener y ella mejor que nadie debía entenderlo, que para eso era una afamada cardióloga cuyas referencias le abrían todas las puertas.

Debía volver al despacho y aún no había almorzado, así que fui llamando a Beth para que me encargase algo de comida.

—Vale, al asiático y les indico lo de siempre...

No hay nada como rodearte de gente que conoce todos tus gustos y manías para que te allanen el terreno. Beth era de esas personas. No en vano, ella también era de las que me había conocido muy a fondo y con una de las pocas que solía repetir en la cama de vez en cuando.

Puede parecer un poco irónico, o un mucho, cuando también era la encargada de buscar en ocasiones regalos o detalles para mi esposa, pero ella no se paraba a darle demasiadas vueltas. Y yo menos.

Cuando llegué, ya estaba el almuerzo allí, y quien no se encontraba en su despacho era David. Le pregunté a Beth por él.

—Ha salido y lo cierto es que le noté apurado, ¿sabes si le pasa algo?

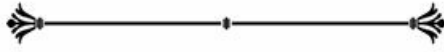
—Espero que no haya vuelto a enredarse con Candy. Esa chica le terminó descartando y le llevó por la calle de la amargura un tiempo, aunque yo nunca deseché la idea de que volviese a aparecer.

—David es demasiado bueno, se parece poco a ti—me soltó.

—Bonita manera de ensalzar a un jefe que ha ganado una vez más por goleada.

—Ya, eso sería lo que le faltara al jefe: que le ensalzara mucho más.

Capítulo 8



David llegó un rato más tarde y se coló directo en mi despacho sin ni siquiera llamar a la puerta.

—Me encanta que respetes mi privacidad.

—Sabía que podía entrar tranquilo—me contestó.

— ¿Y eso por qué, listillo?

—Porque Beth está en su sitio y es la única a la que te tiras en tu despacho.

—Con lo que te costaba arrancar a hablar de niño y lo bien que has espabilado, ¿has venido solo para echarme la bronca o hay algo más? Por cierto, tú estás muy raro, ¿Candy te ha vuelto a llamar?

— ¿Qué dices de Candy? Ando preocupado porque necesitaba cotejar un rumor y ya lo he hecho.

— ¿Un rumor? ¿Y desde cuándo te afectan a ti los rumores?

—Desde que son sobre nosotros. O mejor dicho, sobre uno de nuestros casos: el del senador Crowe.

—No sé de qué diablos hablas, pero desde ya te advierto que no me preocupa en lo más mínimo. Tumbaré a su abogado en el primer asalto, Conrad se hará...

—Ya, caquita en los pantalones, muy simpático, pero no te vas a medir con él.

— ¿Y eso? ¿Se ha cagado antes de tiempo? Joder, cada vez causo un impacto mayor, ¿crees que debería subir mis honorarios?

—Para eso tendrías que bajarlos de las nubes, que es donde ya están. Y no, no lo creo. Además, que Conrad no se ha cagado, sino que el senador le ha despedido.

—Porque no se habrá cagado, pero la habrá cagado, que es parecido—hice el símil, divertido mientras seguía a lo

mío.

—No, el senador le ha despedido por otra razón. Al parecer, ha pensado que te lo merendarías y ha buscado un bocado más fuerte.

—Conrad es de lo mejorcito de Nueva York, por mucho que a mí me guste patearle el trasero.

—Por eso lo ha buscado fuera. En realidad, la chica trabajaba en Boston hasta ahora que piensa establecerse aquí.

— ¿De qué chica me estás hablando? Quiero foto y la quiero yo.

—No te lo tomes a broma porque se trata de un hueso duro de roer.

— ¿Hablamos de un hueso que está tan bueno que dan ganas de roerlo por mucho que te partas los dientes?

—Podríamos decirlo así, correcto—me respondió.

— ¿Brooke Campbell? ¿Es ella? —le pregunté sin dar crédito.

—La misma. Invicta como tú y con un currículum más limpio que la patena. Y que te tiene enfilado, no lo olvides

—En mi puta vida lo olvidaré. Menuda cara que se le quedó cuando el tutor nos llamó para decirnos que, tras darle muchas vueltas, el premio extraordinario de nuestra promoción en Harvard me lo llevaba yo. Todavía debe estar tratando de que le encajen la mandíbula. Y es una pena, no creas, porque la tiene igual de bonita que el resto de sus cosas, las cuales están todas muy bien puestas.

—De verdad que no sé cómo te soporto.

—Porque soy el mejor y lo sabes, David.

—Oliver, puedes poner la cara que quieras y hacer todos los chistecitos que te dé la gana, pero sabes que con el caso del senador nos jugamos mucho, es súper mediático, y a Brooke Campbell no sueñes con tumbarla en el primer asalto.

; —En eso tienes toda la razón, cosa que me encanta porque me supone un verdadero reto.

—Poca broma con esto, te lo pido por favor, hay mucho en juego.

—No pretenderás que llore porque venga ella con su aire altivo a querer darme fuerte y flojo.

—Mira quién fue a hablar de aire altivo. Te has encontrado con la horma de tu zapato. Claro que esta vez te

puedes llevar una buena patada en los cataplines.

— ¿Perdona? Ya le gané una vez y volveré a hacerlo.

—Erais estudiantes y solo podían darle el premio a uno, pero la cosa estuvo muy reñida.

—Y desde entonces acumulo toda la experiencia que me hace ser quien soy.

— ¿Y ella ha estado metida en una burbuja? He hablado con gente que dice que es demoledora en sala, que no tiene piedad.

—Claro, mientras que yo soy una hermanita de la caridad que va perdonándole la vida al contrario, ¿es que no me conoces?

—Te conozco, Oliver, y por eso te pido que a ella sí que la mires con respeto porque puede ser la primera que te noquee. Y no quiero ni pensar en cómo te lo tomarás. Por el bien de todos nosotros, hazme caso.

—Está bien, está bien. Quédate aquí que vamos a repasar todo el expediente para no dejar un solo resquicio por el que esa pretenciosa pueda colarse.

Me había cogido por sorpresa, no puedo negarlo. Brooke Campbell fue compañera de promoción en Harvard, la única capaz de hacerme sombra, una especie de grano en el culo que me salió.

A partir de que nos graduamos, ella se marchó a Boston y yo volví a Nueva York, de forma que nuestros caminos no volvieron a cruzarse.

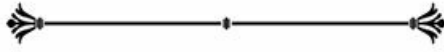
Por mucho que mi chulería no me dejase demostrárselo a David, ella sí que me imponía respeto, porque el suyo era un impresionante intelecto que se unía a una locuacidad verbal fuera de serie. No solo era inteligente, sino rápida y no se le pasaba ni una.

Según pude saber en aquellos años, se la rifaban, y en más de una ocasión agradecí al universo que su camino y el mío se separaran cuando ambos tuvimos el título debajo del brazo.

David llevó a cabo un concienzudo trabajo conmigo a la vista de los acontecimientos. Yo ese caso ya lo veía ganado, como el resto, y podía ser que las cosas se nos pusieran feas.

Cuatro ojos ven más que dos y juntos advertimos alguna otra cuestión que, con la debida pericia, podría ponerse en tela de juicio y nunca mejor dicho. Y, por si acaso, colocamos el parche antes de tener que lamentar la herida, pensando en posibles soluciones a cualquier problema.

Capítulo 9



En los siguientes días, fueron muchos los rumores que corrieron por los juzgados sobre el duelo que mantendríamos Brooke y yo.

Me consta que muchos de mis colegas no era solo respeto en sala lo que sentían por mí, sino una inquina que más de uno no podía disimular y tampoco quería.

David estaba nervioso. Era la primera vez que le asaltaban dudas sobre el resultado de un juicio o sobre mi proceder a la hora de manejarlo y eso, a un narcisista como yo, como que le jodía igual que si se tratase de una misma patada en mis partes nobles.

— ¿Te quieres estar quieto ya? —le pedí en aquella mañana en la que se empeñó en acudir conmigo a juicio.

—Si yo no me estoy moviendo, ¿no ves que estoy sentado en una silla?

—Sí, temblando más que una hoja. No te había visto así desde que eras niño. Te aseguro que, o te calmas, o no te llevo a ninguna parte.

—Claro que sí, como que yo soy un crío al que manejar a tu antojo. Hazme el favor, que no estoy de humor.

—Ya te digo que no. Tu cara es como de haberte diagnosticado una úlcera de estómago.

—Menos cachondeo con eso...

—Espero que no dejes soltar al hipocondríaco que llevas ahí metido, porque eso no lo soporto. Y menos hoy.

— ¿Y menos hoy? Luego reconoces que se trata de un día especial. Ten cuidado, te lo pido por favor, no quiero verte caer porque te harías añicos y no habrá quien pegue los pedazos. Tú estás preparado para cualquier cosa menos para la derrota.

—Me cago en la puta, David, chitón. Nadie va a perder hoy. Bueno, sí, Brooke Campbell y el engreído de su cliente, el senador.

—Deberíamos irnos ya. Es la hora. Recogemos a Madison de camino.

—Venga, en marcha. Pero antes demuéstrame que confías en mí, ¿vale? No quiero verte dudar, me jodería sobremanera.

—Claro que confío, eres el mejor y siempre lo has sido. Lo único que pretendo es que no lo des todo por hecho de antemano.

Me gustó escucharlo de su boca. La parte en la que me decía que no me había retirado su confianza ni un ápice. Bajamos al garaje y cogí mi coche, al volante del cual me senté.

—Imposible que me dejes a mí, ¿no? —me preguntó David porque yo tenía la manía de que nadie me llevaba en coche. Había de conducir sí o sí.

—Al menos no en esta vida. Además, ¿por qué razón habrías de hacerlo? ¿Me lo quieres explicar? ¿No seguirás con ese rollo de que le dé una última vuelta al jodido expediente? Joder, David, que no soy un pipiolo, ¿o he de recordarte que soy Oliver Jones?

—No has de recordarme nada. Conduce con cuidado, por favor—resopló.

El apellido Jones, uno muy común en Norteamérica, me lo pusieron en el orfanato a falta de saber quiénes eran mis padres. En cuanto a David, él se trataba de un Tumbler de pura cepa y eso lo convertía en una especie de cachorro con pedigrí.

No obstante, yo amasé mi propia fortuna y nada nos diferenciaba ya por aquel entonces. Ese fue uno de los mayores logros de mi vida que atribuía a mi propia persona, si bien no podía obviar el hecho de que Sally y George me hubieran abierto las puertas de una vida cómoda que me llevó directo a Harvard.

Los quería mucho o, al menos, los quería tanto como alguien como yo podía querer, pues igual que no lo era el enamoramiento, tampoco querer fue nunca mi fuerte, las cosas como son.

Dicho esto, se encontraban entre mis personas favoritas y, en particular, Sally se convirtió para mí en ese ángel en la tierra que amaba mucho, muchísimo.

Pensaba en todo aquello camino del juzgado porque, lo reconociese o no, ni siquiera había dormido bien, dado que aquella no era una mañana de juicios como otra cualquiera.

Cuando te has acostumbrado a estar en lo más alto, en el mismísimo podio de los ganadores, no quieres ni imaginarte cómo será que alguien venga a arrebatarte tu puesto, de tal forma que eso no se lo consentiría a Brook Campbell por muy segura que estuviera de sí misma.

Para colmo de males, esa mañana estaba a un tris de mostrarme que sería maldita, debido a que una llamada por parte de Linda hizo que me distrajera un segundo, al fallarme el manos libres, y un estruendo me sacó de mi error de ese que me llevó a no prestar la debida atención.

— ¿Qué cojones ha sido eso? —me pregunté levantando la cabeza.

— Joder, ¡le has dado al coche de delante! —exclamó David sacando medio cuerpo por su ventanilla para valorar las consecuencias de mi pifia.

— ¿Y qué puñetas hacía ese coche ahí? ¿Cómo se puede ser tan lerdo?

—No seas capullo y ni se te ocurra empeorar las cosas, puesto que nos iremos más que empapelados de aquí, ¡la culpa ha sido tuya!

— ¿La culpa ha sido mía? Venga ya y aún no hemos recogido a Madison. Mierda, mierda, llámala y dile que pille un taxi. Y que, cuando llegue, ni se le ocurra abrir el pico. Brooke es más que capaz de sonsacarle, me espero cualquier tipo de juego sucio por su parte.

— ¿Perdona? No a todo el mundo le va eso.

—David, no me toques los cojones.

Hablábamos de todo ello mientras colapsábamos el tráfico. Una chica, muy nerviosa, se bajó del coche de delante y se vino hacia nosotros.

—Lo que me faltaba, ¿de qué clase de colegio infantil se ha escapado esta? Solo le falta una piruleta en la boca— le comenté a David sin dejar de tamborilear con mis dedos sobre el volante.

— ¿Qué es lo que has dicho? —me preguntó al acercarse porque, dado que lo tenía todo nuevo, el oído le funcionaba perfectamente.

—Que no deberían dar el carnet a ciertas edades en las que habría que andar jugando todavía con plastilina, guapa —observé.

e—Me cago en todo, ¿con qué clase de troglodita me he topado?

La actitud de David se lo aclaró y ella, que de tonta no debía tener un pelo, supo leer entre líneas.

2—Mira, no te preocupes por el arreglo que yo me hago cargo de todo. Te paso el número de mi póliza y que se encarguen de hablar con los de la tuya, no te pondrán el más mínimo problema. Y ahora me tengo que ir—le

comenté con arrogancia.

, —Y una mierda te vas a ir. Acabo de llamar a la poli para que se personen aquí, ¿tú te crees que yo me he caído de un guindo?

—Exactamente estaba pensando en un columpio, ¿esa faldita de tablas que llevas es del uniforme de algún colegio?

—Sí, del mismo al que asiste tu puta madre—me soltó con un descaro que no había escuchado en mi vida. Y eso que yo me había topado con todo tipo de gente en los tribunales.

David tuvo que aguantar la risa y yo la mala baba que me gasté a partir de ese momento.

—Mucho cuidadito con tu lengua, que tienes tú un azote bien dado—le aclaré.

, — ¿Un azote? ¿Eres un jodido pervertido? Porque se te están poniendo ojos de que me lo darías tú, so vicioso.

—Paso de esta discusión infantil, lo siento. Y menos de mantenerla con una...

— ¿Vas a decir con una mujer? ¿Eres de esos que piensan que a nosotras el carné nos tocó en una rifa? Yo es que alucino, me ha debido tocar el más anormal de todo Nueva York.

Los agentes no tardaron en hacer acto de presencia y menos mal, porque la chica me estaba sacando de mis casillas.

—Agentes, él me ha dado por detrás—les indicó sacando a pasear el dedo acusador tan pronto como los vio.

—Quiere decir a su coche, no se me vaya a poner la cosa más fea aún—les aclaré con sorna.

—Caballero, ¿es que usted no tiene ojos en la cara? ¡Que hay que mantener la distancia de seguridad!

—Se ha tratado de un error y tampoco es que ella estuviese muy espabilada. Para mí que ha sido algo conjunto.
l

— ¿Lo están escuchando? ¡Es la desfachatez con patas! —exclamó ella.

—O cambia de actitud o nos tendrá que acompañar a comisaría, usted decide—me dieron a elegir.

—Si ya le he dicho que pago todo lo que haya que pagar. Tengo un seguro que le operaría hasta las tetas si ella opinase que se le han estrujado del empujoncito—les solté y mucha gracia no les hizo mi comentario.

—Una becerrada más así por su parte y le llevamos detenido. A ver, ¡documentación!

Si no era por dársela, que yo lo tenía todo en regla, era porque me estaban haciendo perder mucho tiempo. Y más que perderíamos, porque me cogieron ojeriza y no me pidieron hasta el certificado bautismal de milagro.

Cuando por fin pude mover el coche, después de haber discutido hasta con María Santísima, miré el reloj y comprobé que íbamos más que justos.

—Hostia puta, ¡qué panda de imbéciles! Así nos va, con gente así...

—De incívica, sí. No como tú, que reconoce su culpa a la primera—se burló David.

—Mira que siempre has sabido tocarme la fibra sensible en el momento exacto, ¿cómo no se te ha ocurrido pillar un taxi e ir adelantándote tú? Si llegamos tarde es posible que...

—¿Será porque si te dejo solo vas preso? Alguien ha de contener tu lengua viperina cuando se te va la pinza, Oliver.

—Nada de lengua viperina, no he dicho nada que no sea verdad.

—Me cago en todo, déjate de majaderías y lleguemos ya o al final sí que tendremos un problema.

Y lo tuvimos... Tuvimos más de uno.

Lo primero que nos sucedió fue que al llegar al pasillo de la sala no encontramos allí ni un alma.

—Ya están todos en sala, tiene usted contento al Juez Johnson, que me ha indicado que si no llegaba en un minuto lo pagaría usted caro—me informó el funcionario.

—Menos pamplinas porque no es Johnson quien debe estar en sala sino el Juez Spinster.

—El Juez Spinster ha sufrido un ataque de apendicitis y por eso se está ocupando el Juez Johnson. De todas maneras, será mejor que entre antes de esperar al parte médico—me comentó con guasa.

Entré en sala y, para colmo de mi extrañeza, el Juez Johnson tampoco estaba sentado en su sitio, el cual me encontré vacío.

—Ya era hora—me espetó por todo saludo mi contrincante y me quedé de piedra.

Brooke Campbell siempre fue arrebatadoramente bella, si bien en nuestra época de estudiante no es que se sacara partido precisamente, pues le prestaba más atención a los libros que a los chicos.

Aquel diamante en bruto se había pulido, y de qué forma... Lo que encontré ante mis atónitos ojos fue una mujer realmente explosiva, con su melena larga y perfecta, enormes ojos verdes con aspecto de haber vivido mucho, facciones perfectamente equilibradas y unos labios gruesos y sedosos que, por sí solos, podrían bastar para dirigir hacia ella la atención de todo el tribunal. Si a eso le sumábamos un cuerpo vertiginoso con tantas curvas que podría haber servido de inspiración para un circuito de Fórmula 1, tuve que tragar saliva antes de contestarle como se merecía.

—He sufrido un accidente, causa más que justificada para llegar un poquitín tarde.

—Sí, algo he oído, parece ser que la hija del Juez Johnson también se ha topado con un imbécil que le ha reventado el coche por detrás y muy contento no está el hombre... Anda por su despacho un tanto desatado de los nervios, ¿tendrá que ver con que el nombre del imbécil coincida con el tuyo? Es lo que me ha parecido escuchar cuando le han llamado, tampoco sé si estoy en lo cierto porque, ¿tú dando un golpe? No me cuadra mucho en Dor Perfecto.

Aún no habíamos empezado y consiguió ponerme nervioso. También es que la puta casualidad tuvo timba, ¿era posible que todo aquello estuviera sucediendo?

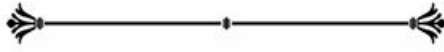
Aquel diamante en bruto se había pulido, y de qué forma... Lo que encontré ante mis atónitos ojos fue una mujer realmente explosiva, con su melena larga y perfecta, enormes ojos verdes con aspecto de haber vivido mucho, facciones perfectamente equilibradas y unos labios gruesos y sedosos que, por sí solos, podrían bastar para dirigir hacia ella la atención de todo el tribunal. Si a eso le sumábamos un cuerpo vertiginoso con tantas curvas que podría haber servido de inspiración para un circuito de Fórmula 1, tuve que tragar saliva antes de contestarle como se merecía.

—He sufrido un accidente, causa más que justificada para llegar un poquitín tarde.

—Sí, algo he oído, parece ser que la hija del Juez Johnson también se ha topado con un imbécil que le ha reventado el coche por detrás y muy contento no está el hombre... Anda por su despacho un tanto desatado de los nervios, ¿tendrá que ver con que el nombre del imbécil coincida con el tuyo? Es lo que me ha parecido escuchar cuando le han llamado, tampoco sé si estoy en lo cierto porque, ¿tú dando un golpe? No me cuadra mucho en Don Perfecto.

Aún no habíamos empezado y consiguió ponerme nervioso. También es que la puta casualidad tuvo timba, ¿era posible que todo aquello estuviera sucediendo?

Capítulo 10



Entré en el despacho del Juez Johnson y me lo encontré hecho una furia.

—Señoría, creo que ha ocurrido un lamentable incidente—me excusé antes de que él me lanzase una mirada tal que casi he de pedir un extintor para no salir ardiendo.

—Sí, y ocurrió el día en que tu madre te echó al mundo—me tuteó directamente ¡y de qué modo!

Segunda ocasión en el día en la que hacían referencia a mi madre, con la poca gracia que el tema me hacía. La primera fue su hija.

—Vamos a dejar el tema de las familias al lado, si no le importa.

— ¡Eso será cuando tú dejes de golpear a mi hija! ¿En qué demonios ibas pensando?

—Lo siento, ha sido un accidente—me aclaré la voz.

—Eso ya lo supongo, porque de otro modo habría sido un atentado, ¡contra mi propia familia! ¡Joder, joder!

—Para su tranquilidad, ya está todo aclarado y no hace falta decir que mi seguro se hará cargo de todos los gastos

—Faltaría más, pero de aclarado nada—me interrumpió.

—Pues no sé a lo que se refiere. Ella no ha manifestado ninguna lesión, pero de ser así...

—De ser así no tendrías Nueva York para correr. Ya me encargaría de que te empapelasen, ¡por lo que fuera! —me chilló.

—No hace falta ponerse así, hombre.

—No, porque este es mi tribunal y aquí cuento con superioridad, ¿verdad? Está muy feo abusar de ella, pero tú sí que has abusado de mi hija.

— ¿Abusar de ella? ¡Dios me libre!

—No en sentido estricto, idiota, entonces sí que no verías la luz del sol más en tu vida. Pero le has hablado con esa arrogancia tan tuya, si la conoceré yo. Mi niñita dice que la has insultado y...

—Ella tampoco es muda, y en absoluto la he insultado.

—No, claro, solo has puesto en duda su pericia para conducir. Debería hacer que te retirasen el carné a ti. Procura que no te pille en un renuncio o no le pones las manos encima más a un volante en lo que te queda de vida, y ahora, ¡a celebrar ese jodido juicio!

El Juez Johnson era el más déspota de todo Nueva York. Para mí, que se creía un ser semidivino que llegó para iluminarnos a todos. Vaya, que si yo tenía el ego inflado, el suyo debía andar ya cerca del espacio.

Por si con eso no fuese suficiente, siempre me tuvo tirria y en las muchas ocasiones en las que debí celebrar juicio con él, tiró más para mi adversario, tratando de dejarme en evidencia, por mucho que no lo consiguiese.

Salimos a sala y pude contemplar la sonrisa en la alegre cara de Brooke, quien partía con evidente ventaja. Podría haber pedido la suspensión por aquello de que el juez y yo acabábamos de entrar en un evidente conflicto de intereses. No obstante, eso habría supuesto admitir que tenía miedo a lo que sucediese en aquella sala y yo no lo haría ni por todo el oro del mundo.

El juicio lo llevaba preparado y bien preparado y ni aquella petulante ni el mismísimo Juez Johnson, que era un tirano en potencia, lograrían que me amilanase.

El juicio dio comienzo y yo tranquilicé a Madison, mi clienta, con quien también me llevaba de maravilla y con la que cabía muchas posibilidades de que echase un polvo cuando todo aquello acabase, porque acabaría bien y habría que celebrarlo.

Media hora después, para mi total quebradero de cabeza, tuve que concluir que el tiro me había salido por la culata. Por supuesto que Brooke había aprendido latín en aquellos años y que su locuacidad verbal fue a más hasta convertirla en un peso pesado como adversaria, pero es que encima el Juez Johnson se agarró a un pelo para no aceptar algunas de mis pruebas, pruebas que en normalidad habrían sido admitidas sin recelo alguno.

Para más inri, porque todo es susceptible de empeorar, me quedé muerto en la piedra al comprobar que Madison no me dijo toda la verdad. Yo basaba su defensa en que ella se quedaba en una situación económica totalmente desequilibrada respecto a su marido debido a la infidelidad de este, la cual además la sumió en una depresión que exageramos a placer gracias a distintos profesionales que firmaron los respectivos informes. Pues bien, Brooke no solo logró que uno de ellos admitiese haber falseado el suyo, debido al bombardeo psicológico al que le sometió, haciéndole ver que poco menos que ardería en el infierno si no lo admitía, sino que encima mostró pruebas

irrefutables de que Madison le tomó la delantera a su marido en ese de cornearlo, y que vivió la vida loca a su costa mientras se metía en la cama de unos y otros.

No sé en qué momento se me fue el pájaro porque nunca ningún cliente me había engañado de la forma que lo hizo ella. Pero es que encima Brooke había llevado a cabo un trabajo extenuante y, encima, tenía al Juez Johnson de su parte.

Hay días en los que es mejor no levantarse. Lo supe desde que di el golpe y me quedó clarinete cuando, antes de abandonar la sala, el juez nos adelantó ya la sentencia: mi clienta apenas sacaba tajada de su divorcio y su exmarido se alzaba con la victoria, al contar con un acuerdo prematrimonial que le favorecía en casi todo.

La sonrisa perspicaz y ganadora de Brooke, al pasar por mi lado, me jodió tanto como su comentario.

—Ahora ya estamos empatados. Llevo años esperando esto. A partir de hoy, borrón y cuenta nueva, ¡que gane el mejor!

,

l

a

,

irrefutables de que Madison le tomó la delantera a su marido en ese de cornearle, y que vivió la vida loca a su costa mientras se metía en la cama de unos y otros.

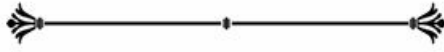
No sé en qué momento se me fue el pájaro porque nunca ningún cliente me había engañado de la forma que lo hizo ella. Pero es que encima Brooke había llevado a cabo un trabajo extenuante y, encima, tenía al Juez Johnson de su parte.

Hay días en los que es mejor no levantarse. Lo supe desde que di el golpe y me quedó clarinete cuando, antes de abandonar la sala, el juez nos adelantó ya la sentencia: mi clienta apenas sacaba tajada de su divorcio y su exmarido se alzaba con la victoria, al contar con un acuerdo prematrimonial que le favorecía en casi todo.

La sonrisa perspicaz y ganadora de Brooke, al pasar por mi lado, me jodió tanto como su comentario.

—Ahora ya estamos empatados. Llevo años esperando esto. A partir de hoy, borrón y cuenta nueva, ¡que gane el mejor!

Capítulo 11



—Ni una puta palabra, David—le advertí cuando se acercó a mí.

—Contén esa lengua, que Madison viene por ahí—me pidió con más cabeza que yo, pues siempre la tuvo.

Ella se acercó y su cara no era precisamente de que fuésemos a ser amiguitos.

—¿Se puede saber qué ha pasado ahí dentro? —me preguntó con una mala leche que no se podía soportar.

—Pues ni idea. Yo no sé nada, igual que tú no sabías que por tu cama han pasado los 300, como en la peli de Russell Crowe—le contesté.

—¿Y qué pasa? ¿Me vas a censurar tú? ¿Tú que me llevas mirando con ojos de deseo desde la primera vez que entré en tu despacho? —se quejó.

—Ay, Dios—murmuró David, quien estaba en desacuerdo con todo aquello.

—Yo puedo hacer lo que me venga en gana porque no me estoy jugando nada delante de un tribunal. Sin embargo, tu futuro dependía de este juicio y has jugado con fuego callándote la parte que no te convenía, ¿creías que te censuraría por contármelo? Me has dejado desarmado, joder, ¿qué coño querías que hiciera ahí dentro? —le solté porque no podía estar más cabreado e incómodo.

—Defender mis intereses, que es para lo que te pago una millonada. No lo valen, es evidente que tus honorarios no lo valen porque no has sido capaz de sacar tajada para mí. Me has dejado en la estacada, me has fallado.

Bien sabía Dios que se trató de un cúmulo de circunstancias y que no todo fue mi culpa, si bien lo demoledoras que fueron sus palabras me mataron porque jamás ningún cliente me habló así. Claro que tampoco nunca había perdido un juicio hasta ese maldito día.

Pasé de ella y me largué de allí. Ni siquiera caí en la cuenta de que me dejaba a David, quien subió en el coche de un salto y en el último momento, tras haberse disculpado en mi nombre.

—Algún día tenía que suceder y era lógico que fuese hoy—me dijo en plan conciliador nada más acomodarse.

— ¿Y por qué mierda se supone que debía ser hoy? No me digas que lo ha hecho mejor que yo. La suerte se le ha puesto de cara a Brooke, eso es lo que ha sucedido.

—No digo nada, yo no digo nada—suspiró.

Por si algo faltaba, los periodistas nos esperaban a la salida abordándonos.

—No voy a decir nada, ¡absolutamente nada! —les chillé.

—Vaya, se ve que por primera vez han tumbado a Oliver Jones—comentó uno que no podía ni verme y a quien le resultó de lo más divertido que actuase así.

No, no tenía bastante con haber perdido, encima aparecería dando gritos como un ogro en todos los jodidos medios. Y si no di más fue porque David me contuvo.

Nada más perderles de vista, seguí gritando y él me paró en seco.

— ¡Ya está bien! Si no paras de gritar, me bajo, ¡me vas a dejar sordo!

—Ya sabes cómo me las gasto y si no quieres escucharme, ¡aire!

—Pues aire—me dijo mientras abría la puerta, aprovechando que estábamos ante un semáforo, y se bajó.

No daba crédito cuando le vi alejarse. Yo sabía muy bien cómo cargar las tintas contra los míos cuando estaba de mala leche y aquel día estaba de la peor. Nunca había sentido algo así y no sabía cómo gestionarlo. O sí.

^eCuando quise darme cuenta, ya estaba delante del despacho de Linda en el hospital. Nada como los tuyos para ser el blanco de la ira cuando a todos se nos va la olla.

Entré sin llamar siquiera, cuando a mí eso me parecía una falta imperdonable, y ella se sobresaltó en principio para molestarse después, al ver mi actitud.

— ¿Se puede saber qué demonios haces? ¡Estamos trabajando! —exclamó cuando me vio entrar en ese estado y con tal falta de educación—. James, por favor, déjanos un momento—le pidió al chaval que estaba haciendo las prácticas con ella.

Cuando se hubo ido, tomé la palabra. Y tanto que la tomé.

—Yo también estaba trabajando, ¿sabes, Linda? Iba camino del juzgado cuando tu llamada me distrajo y sufrí un

golpe, dándole al coche de delante.

—Ay, cielos, lo siento. No creí que hubiese problema. Tú siempre contestas a través del manos libres, ¿estás bien?

— ¿Bien? Estoy que me subo por las paredes. Por tu culpa todo se ha ido torciendo y he perdido el juicio, ¿estás contenta?

Con la vista retrospectiva sé que actué como un total patán pero en esos momentos, con la adrenalina corriendo por mis venas, no podía hacer otra cosa que buscar un culpable. Porque yo no podía serlo, yo no pensaba cargar con la culpa de haber perdido un juicio por primera vez en mi vida.

—Espera, espera, siento mucho lo del golpe, pero ¿de veras me estás culpando a mí? Porque eso es que no puedo creerlo, Oliver. Mira que te agunto muchas, sí, y pese a eso te digo que ya esto es demasiado.

— ¿Me aguantas muchas? ¿Soy un tipo inaguantable? Pues si eso es así igual deberías plantearte si soy el hombre con el que quieres seguir compartiendo el resto de tu vida, porque igual no es así.

Perdí los estribos por completo, incapaz de dominar mi ira, y le dije cosas que no sentía y que jamás se me habían pasado por la cabeza. Un carácter indómito como el mío no estaba preparado para la derrota y por esa razón me sentí tan mal que cargué con toda la mala hostia del mundo contra ella.

—No puedo creer que hayas venido hasta aquí y que entres como elefante por cacharrería en mi despacho para decirme todo esto, ¡largo de mi despacho! —me gritó señalándome con su brazo la dirección de la puerta.

— ¿Me estás echando? ¿Es eso lo que estás haciendo? ¡Pues claro que me largo! Pero no porque me lo digas tú, que conste. Me largo porque me da la gana a mí—le advertí antes de hacerlo.

golpe, dándole al coche de delante.

—Ay, cielos, lo siento. No creí que hubiese problema. Tú siempre contestas a través del manos libres, ¿estás bien?

— ¿Bien? Estoy que me subo por las paredes. Por tu culpa todo se ha ido torciendo y he perdido el juicio, ¿estás contenta?

Con la vista retrospectiva sé que actué como un total patán pero en esos momentos, con la adrenalina corriendo por mis venas, no podía hacer otra cosa que buscar un culpable. Porque yo no podía serlo, yo no pensaba cargar con la culpa de haber perdido un juicio por primera vez en mi vida.

—Espera, espera, siento mucho lo del golpe, pero ¿de veras me estás culpando a mí? Porque eso es que no puedo creerlo, Oliver. Mira que te aguanto muchas, sí, y pese a eso te digo que ya esto es demasiado.

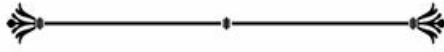
— ¿Me aguantas muchas? ¿Soy un tipo inaguantable? Pues si eso es así igual deberías plantearte si soy el hombre con el que quieres seguir compartiendo el resto de tu vida, porque igual no es así.

Perdí los estribos por completo, incapaz de dominar mi ira, y le dije cosas que no sentía y que jamás se me habían pasado por la cabeza. Un carácter indómito como el mío no estaba preparado para la derrota y por esa razón me sentí tan mal que cargué con toda la mala hostia del mundo contra ella.

—No puedo creer que hayas venido hasta aquí y que entres como elefante por cacharrería en mi despacho para decirme todo esto, ¡largo de mi despacho! —me gritó señalándome con su brazo la dirección de la puerta.

— ¿Me estás echando? ¿Es eso lo que estás haciendo? ¡Pues claro que me largo! Pero no porque me lo digas tú, que conste. Me largo porque me da la gana a mí—le advertí antes de hacerlo.

Capítulo 12



No recordaba cuál fue la última vez que cogí una borrachera de ese calibre. Quizás fuera el día que me gradué en Derecho, aunque la diferencia estaba en que aquella fue de alegría y la de ese día fue de cabreo total.

Nunca se me dio bien gestionar mis sentimientos y, si eran negativos, muchísimo menos. Por esa razón me refugié en esa lujosa habitación de hotel a la que solía llevar a todas mis conquistas y me quedé allí, con la sola compañía de una serie de botellas que cayeron unas detrás de otras con el correr de las horas.

Linda tardó en ponerse en contacto conmigo. Lo hizo al caer la noche pero, para entonces, yo no tenía la suficiente serenidad para coger el teléfono. Tampoco lo habría hecho de estar menos borracho, ya que no podía garantizarle que mi reacción fuese mejor que la que tuve en el hospital.

Nunca le fui fiel en el terreno sexual, eso ya lo sabéis, pero en el resto de los ámbitos jamás le falté al respeto hasta ese día. Linda y yo nos llevábamos genial y lo que vi en su despacho no me gustó nada, pues sentí como si algo se estuviese rompiendo entre nosotros, como si ese buen rollo que siempre reinó entre ambos estuviese llegando a su fin.

Cuando uno mezcla su sangre con el alcohol es lógico que se pierda el control y la noción de la realidad. Quizás estaba pensando de más porque ella me adoraba y jamás nos habíamos planteado la vida el uno sin el otro.

Tenía que recuperar a Linda, a esa Linda que siempre fue mi total apoyo y más cuando yo era un tipo bastante difícil en muchos aspectos y ella sabía llevarme como nadie.

Pasé la noche allí, hecho un verdadero guiñapo. Sin duda que yo solito me buscaba todo lo que me sucedía. El dolor era insoportable. Llevaba años fardando delante de todos mis compañeros y me costaba la vida pensar en lo que se estaría cuchicheando en toda Nueva York después de que Brooke Campbell me tumbase.

Ella era la verdadera culpable de todo. Tras haberse cruzado en mi camino, hizo que cayera en desgracia. Pasé la noche despierto entre sudores fríos y dormía al amanecer cuando llamaron con insistencia a la puerta.

— ¡Que no he llamado al maldito servicio de habitaciones! —les chillé desesperado porque el coco me dolía demasiado y solo quería que no me molestasen.

Ante la insistencia de quien fuera que estuviese llamando, y que hacía caso omiso a mis palabras, me levanté dando tumbos y a duras penas pude abrir la puerta.

—Estás aquí. Normal, ¿dónde ibas a estar?

—Hombre, pero si es Don Perfecto—le dije utilizando con él la misma expresión que Brooke utilizó conmigo.

—Cielo santo, ¡qué pedal llevas encima! —exclamó David.

—Me haces el favor de ir bajándome ese tonito que tengo un dolor de tarro insoportable—le pedí.

—Está bien, no diré nada, pero coge tus cosas, que nos vamos a casa.

¿

— ¿A tu casa? ¿Y qué se me ha perdido a mí en tu casa? No pienso meterme allí para que me juzgues, no voy a consentirte que te rías de mí por haber perdido.

e— ¿De verdad crees que me reiré de ti? Eres el mejor abogado que conozco, todo un ejemplo si no fuera por tus formas, que son las que te pierden. ¿Lo ves? Ya vuelves a hacerlo. Estás a un tris de comenzar a discutir conmigo

— ¿A discutir? Solo quiero seguir echando las paredes abajo a puñetazos—le advertí.

— ¡Mierda! ¿Qué has hecho? —me preguntó sosteniendo uno de mis ensangrentados puños, con los cuales golpeé las paredes horas atrás—. Hay que curarte eso.

—No me seas nenaza, David. No es nada, ¿o es que tú nunca lo has hecho? Joder, ¿no eres un hombre de verdad? —arremetí contra él sacando al gallito de pelea que llevaba dentro.

—No voy a entrar en tu juego. Te quiero demasiado para eso—me reconoció.

—Y yo también te quiero a ti, so capullo—le confesé bajando la guardia—. Me parece que es la primera vez que te lo digo en la vida porque ya sabes que no es mi estilo y, no obstante, es así.

—Pues si me quieres, deja esta pocilga en la que has convertido esta habitación y ven conmigo. No pretendo llevarte a mi casa, sino a la tuya. Linda te está buscando desesperada. Quería llamar a la policía, pero yo le prometí que daría contigo. Imaginaba que estarías aquí.

— ¿No le habrás contado lo de este sitio?

—No le he contado nada. Solo le dije que te llevaría sano y salvo a casa y eso es lo que pienso hacer.

— ¿Ves como tú sí que eres Don Perfecto? Gracias, pero no, no voy a consentir que ella me vea de esta guisa, borracho como una cuba.

—Pues entonces tendrás que darte una buena ducha porque de aquí no me muevo hasta que me acompañes.

— ¿Huelo mal? ¿Es eso lo que estás insinuando? —le pregunté dirigiendo mi nariz a mis alerones.

—En realidad lo decía por lo de la borrachera, aunque he de reconocer que has oído mejor otras veces—me dijo haciendo como que apartaba el olor de su nariz moviendo la mano.

—Eres un gilipollas, David, eso sí que te lo he dicho otras veces, ¿verdad?

—Eso me lo dices todos los días, ¿necesitas que te ayude a ducharte?

— ¿Me ves pinta de necesitar meterme en la ducha con otro tío? Oye, si a ti de repente se te han cruzado los cables, allá penas, pero que en mí ni se te ocurra pensar para nada de eso, ¿me oyes?

—De verdad, Oliver, que te juro que no sé cómo te soporto.

.

—Lo mismo piensa Linda y mira, la de años que ya llevamos juntos—suspiré pensando en que ojalá siguiese en racha con ella muchos más.

— ¿Ves como tú sí que eres Don Perfecto? Gracias, pero no, no voy a consentir que ella me vea de esta guisa, borracho como una cuba.

—Pues entonces tendrás que darte una buena ducha porque de aquí no me muevo hasta que me acompañes.

— ¿Huelo mal? ¿Es eso lo que estás insinuando? —le pregunté dirigiendo mi nariz a mis alerones.

—En realidad lo decía por lo de la borrachera, aunque he de reconocer que has olido mejor otras veces—me dijo haciendo como que apartaba el olor de su nariz moviendo la mano.

—Eres un gilipollas, David, eso sí que te lo he dicho otras veces, ¿verdad?

—Eso me lo dices todos los días, ¿necesitas que te ayude a ducharte?

— ¿Me ves pinta de necesitar meterme en la ducha con otro tío? Oye, si a ti de repente se te han cruzado los cables, allá penas, pero que en mí ni se te ocurra pensar para nada de eso, ¿me oyes?

—De verdad, Oliver, que te juro que no sé cómo te soporto.

—Lo mismo piensa Linda y mira, la de años que ya llevamos juntos—suspiré pensando en que ojalá siguiese en racha con ella muchos más.

Capítulo 13



Llegué a casa con David, quien me ayudaba a sostenerme, y ella me miró contrariada.

—Joder, ya me temía yo que no estuvieras en tus cabales, mírate—murmuró cuando me vio llegar así.

—Sí, claro, para mirarme mucho estoy yo. Y ya, de paso, si quieres me hago también un *book* de fotos, ¿se te ha pasado ya el cabreo conmigo? Lo digo, más que nada, porque necesito echarme a dormir y no quiero que luego me acuses de que me la suda todo.

—Puedes dormir tranquilo—suspiró.

—Gracias...

Cuando vine a despertarme, ya era por la noche. Dormí todo el día como un bendito. Un día en el que Linda no me molestó en absoluto porque ella sabía mejor que nadie darme lo que necesitaba.

—Buenas noches—le dije al salir al salón, donde se encontraba cenando.

—Hola, ¿qué tal te encuentras?

—Digamos que he tenido días mejores, ¿me prepararías un poco de lo que sea que estés cenando, por favor? Siento que mi estómago está como un acordeón.

—Claro, siéntate.

La notaba francamente disgustada. En nuestros muchísimos años juntos, nunca habíamos vivido un episodio como el del día anterior ni jamás pasamos una noche separados en que el uno no supiera del otro.

Me explico, más de una noche pasé yo con otra fuera de casa, pero siempre parapetado en el trabajo, con la excusa de que algún caso requería mi presencia en un lado o en otro. Pero eso de salir andando sin darle explicaciones y dejándola tan preocupada, jamás ocurrió.

Su actitud mostraba las malas horas pasadas. No era para menos y más cuando había lanzado contra ella toda esa ira que acumulé por haber perdido la batalla frente a Brooke.

Cuando vino con esos deliciosos canapés que preparó en un santiamén para mí, sujeté su mano con la mía.

—Lo siento mucho, nena.

—Será mejor que no me llames nena, que ya sé para lo que me sirve.

—Entiendo que estés muy resentida conmigo, pero tú también debes comprender que yo no sabía cómo...

—Si lo sé, no sabías cómo llevar la derrota, ¿y sabes por qué? Porque tu ego no te lo permite, por eso.

—No, no vayas por ahí o discutiremos.

—¿Y crees que ahora mismo me importa? No me vas a callar porque sea lo que te apetezca. Yo también he pasado toda la noche sin dormir con la diferencia de que, mientras tú abrazabas a una jodida botella, yo lo hacía a estos almohadones rogando al universo que nada malo te hubiese sucedido, Oliver. Con el simple hecho de descolgar el teléfono un segundo me habrías ahorrado mucho sufrimiento—me contó y con razón.

—Lo sé, lo sé, es solo que yo...

—Que tú, que tú y que tú. Esa es la historia de nuestra vida y en lo que se resume todo, Oliver: tú siempre vas por delante.

—No, no digas eso, somos un equipo, somos el mejor equipo.

—Si lo fuéramos, me harías caso...

—No vuelvas a meterte en mi trabajo, te lo pido por favor.

—Tú te metiste en mi despacho sin tocar siquiera a la puerta—me recordó.

—Y me llevé la bronca por ello. Tú tampoco deberías hacerlo.

—La diferencia estriba en que mi forma de llevar mi trabajo no te afecta en absoluto, mientras que la tuya nos incumbe a los dos.

—Y lo solucionaré, te lo prometo.

—Ya no quiero más promesas, quiero hechos. Llevo demasiado tiempo escuchando promesas que jamás se

cumplen.

—No, si ahora resultará que no tengo palabra—suspiré.

—En lo referente a dejarte ayudar, desde luego que no—añadió.

—No ha surgido la persona y lo sabes.

—No opino igual. Para mí que ahora sí que alguien en el panorama en quien podrías confiar.

—Espera, espera, ¿no te estarás refiriendo a Brooke Campbell? Antes me dejó cortar un brazo que trabajar con es.
arrogante.

—Claro, porque los que no son buenos no lo son. Y si alguien es bueno, es arrogante. Puede ser, eso no te lo niego, porque tú lo eres y a arrogante no te gana nadie—me reprochó.

—Vale, vale, me merezco todo lo que quieras reprocharme, pero esa disparatada idea te la debes quitar de la cabeza.

—Pues esa disparatada idea la comparte también David, lo hemos estado hablando.

—Joder, cómo no, ¿es él quien te la ha metido en la cabeza? Se está convirtiendo en un puñetero metomentodo.

—Él solo insinuó algo en lo que yo había pensado también desde que te vi salir de ese juzgado como lo hiciste. Alguien que te llevó a ese estado puede convertirse en tu mejor aliado.

—Yo no necesito unirme al enemigo porque no pueda con él, si es eso a lo que te refieres. Yo la haré picadillo en la próxima ocasión en la que tenga el honor de enfrentarme a ella. No me volverá a tumbar en su vida.

—Nadie está hablando de enemigos, ¿quién los quiere cuando podéis ayudaros mutuamente?

—No sabes lo que dices, Linda, no tienes ni idea.

—Lo que digo es que Brooke Campbell sabe de cuántas cosas eres capaz y, como persona inteligente que es, no creo que deje escapar la oportunidad de que unáis fuerzas.

—Esa es la mayor majadería que he escuchado en mi vida—le comenté, cerrándome por completo en banda.

—Ya me extrañaba que fueses a entrar en razón. Algunas veces quisiera abrirte la cabeza para ver lo que tienes dentro, Oliver.

La tenía contenta. Ella solía ser mucho más cercana y cariñosa, si bien esa noche bastante hacía con no comprobar eso que le intrigaba, asestándome un buen palo en toda la cocorota.

Tras comer algo, volví a quedarme dormido y en esa ocasión lo hice en el sofá. Las jodidas pesadillas me asaltaron a traición y, cuando me desperté, por primera vez Linda no estaba a mi lado.

Corrí hacia el dormitorio y me refugié en el calor de su cuerpo, en ese que se convirtió en mi reducto más íntimo y sagrado.

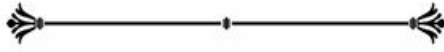
a

La tenía contenta. Ella solía ser mucho más cercana y cariñosa, si bien esa noche bastante hacía con no comprobar eso que le intrigaba, asestándome un buen palo en toda la cocorota.

Tras comer algo, volví a quedarme dormido y en esa ocasión lo hice en el sofá. Las jodidas pesadillas me asaltaron a traición y, cuando me desperté, por primera vez Linda no estaba a mi lado.

Corrí hacia el dormitorio y me refugié en el calor de su cuerpo, en ese que se convirtió en mi reducto más íntimo y sagrado.

Capítulo 14



Después de un fin de semana devastador, me levanté el lunes para ir a trabajar.

Lo peor de todo, lo que me resultó más bochornoso, fue el hecho de que los medios se hicieran eco de cómo perdí la batalla en los tribunales y de cómo Brooke se alzó con el triunfo al lograr una demoledora sentencia a favor del senador, el cual habló para los medios, dando las gracias a una abogada “sin igual”, la suya, como la definió.

A ella le llovían las alabanzas y a mí me llevaban los demonios. Por esa razón, el solo hecho de pensar en poder trabajar con aquella pedante hacía que me ardiera el estómago, ¿en qué estaban pensando David y Linda? ¿Acaso no me conocían?

Llegué al despacho y Beth casi ni me miró. No era normal en ella y eso me extrañó.

—Hola, ¿todo bien? —le pregunté.

—Por aquí sí, ¿y tú? ¿Qué tal lo llevas?

—No pareces demasiado preocupada por saberlo, si te soy sincero.

—Es que no quiero pagar los platos rotos, ¿un cafecito?

Beth era más lista que el hambre y llevaba el suficiente tiempo trabajando conmigo como para saber que cabía la posibilidad de que quisiera tragarme de un bocado al primero que se me atravesase esa mañana. Y ella no se presentaría voluntaria.

—Me conoces demasiado bien. Si alguna vez Linda no estuviese en mi vida...

—Conmigo no cuentas—me esclareció de inmediato.

—Tenía que intentarlo...

También debía intentar salir indemne de toda aquella vorágine en la que me vi inmerso el viernes, y debía hacerlo

por salud mental. Después de que el alcohol no hiciese sino confundirme más, llegué a la conclusión de que debía coger el toro por los cuernos y asumir la puñetera derrota como una de esas cosas de la vida que vienen a enseñarte más que a mortificarte.

Debía pensarlo así porque de otra manera cabía la posibilidad de que me volviese loco y eso como que no entraba en mis planes. Tenía muchos, muchos más casos por delante que preparar y el del senador no podía servirme de freno, eso nunca.

David llegó un rato más tarde y se asomó por la puerta. Estaba al tanto de todo por Linda, a quien le escuché preguntarle por teléfono la noche anterior, por lo que no incidió más en el tema.

—Buenos días, ¿nos ponemos al lío?

—Un lío bueno tienes tú en la cabeza, ¿me quieres aclarar de quién salió el disparate ese de que podríamos contratar a Brooke Campbell?

—Pues creo que salió de ambos a la vez, de Linda y de mí.

—Así que conspirando a mis espaldas, te has vuelto un traidor, que lo sepas.

—Y tú todavía no te has tomado un café bien cargado, ¿no es así? Mira, no me jodas más. Si no lo vas a contemplar, no lo contemples. Ok, lo asumo, pero no me des la brasa.

Le dejé ir porque tenía razón en que yo podía ser muy cargante, pero es que menuda sandez la de ambos al pensar así. Me puse a la tarea hasta que Beth me interrumpió a media mañana con un segundo cafecito.

—Ya que te lo dejo aquí, aprovecho para decirte que alguien me ha llamado para que le hagas un hueco antes de marcharte a almorzar.

— ¿Esta mañana? Espero que no hayas cometido la locura de hacerle caso a quien te haya pedido una cosa así—le comenté.

—Pues llámame loca, pero sí, porque se trata de Derek Miller.

— ¿De Derek Miller? ¿Qué tripa se le habrá roto? Claro, por supuesto, con él has hecho bien.

—Ay, si no te conociera tanto te iba a aguantar anteayer, qué difícilito eres, Oliver.

— ¿Tú también? Oye, ni se te ocurra, ¿vale? No tienes ni idea de la que me está cayendo, como para que tú también te pongas...

— ¿Farruca? Puedo ponerme como me dé la gana porque pertenezco al selecto trío de las personas que te soportamos, junto con David y Linda.

—Ya, tres mártires sois ahora vosotros, no te digo...

—Yo más bien pienso en nosotros como “Los 3 mosqueteros”, sobre todo porque esos llevaban espadas y así podremos defendernos llegado el caso.

— ¿Tú me la clavarías? —le pregunté elevando una de mis cejas.

— ¿No me la clavabas tú a mí de vez en cuando? —me respondió en el más jocoso de los tonos mientras salió de mi despacho riéndose.

Un par de horas después me dispuse a recibir a Derek Miller, que había sido uno de los abogados que más me ayudó en mis comienzos y a quien me unía una relación de amistad muy profunda. Era un hombre de unos 20 años más que yo, joven para jubilarse, por lo que me sorprendió su propuesta.

—La ley siempre ha sido mi amante favorita y lo sabes, la única que no me ha traicionado. Si me voy no es por gusto—me contó afligido—, sino porque un jodido tumor se ha encariñado conmigo y no tiene intención de soltarme. Con ese me marchó para el otro mundo y no tardará demasiado, amigo.

—No digas eso, tiene que haber una solución—le contesté tragando saliva porque no lo esperaba y me afectó mucho la fatal noticia.

—Sí, la de resignarse y, en cuanto a mis clientes, la de dejarlos en las mejores manos.

— ¿Eso es lo que quieres que haga por ti? Al entrar por el despacho me dijiste que venías a pedirme un favor.

—No puedo fallarles, Oliver. Tú me conoces y sabes que no me lo perdonaría, en la vida podría hacerlo.

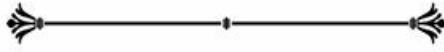
e

—Lo sé, lo sé, amigo. Para mí es un honor, lo único es que no sé cómo podría hacerme cargo de tanto.

—Amplía tu plantilla, ya es hora de que lo hagas. Seguro que, a la larga, saldrás ganando. Hazme caso, eres muy grande tú. En tu persona se ha cumplido esa máxima de que el alumno supera al maestro.

Me dejó sobrecogido y sin reacción. El caso es que fui incapaz de, dadas sus circunstancias, de dejarle a la expectativa, por lo que me metí en el marrón de darle un sí por respuesta.

Capítulo 15



Al mediodía me dirigí a casa de Sally y George.

Pese a pertenecer al círculo de las personas más importantes de mi vida, era un tanto descastado y no iba a verlos todas las veces que debiera.

No es por romper una lanza en mi favor, pero sí quiero hacer constar que mi vida era muy ajetreada y que a menudo no me quedaba demasiado tiempo libre.

Ellos acababan de volver de un viaje por Australia que les entusiasmó muchísimo y les dio mucha alegría que fuese a almorzar.

Los transparentes y celestes ojos de Sally se abrieron mucho cuando me vio entrar, ya que fue una visita improvisada.

—Mi niño, mi querido Oliver, dichosos los ojos que te ven, ¿cómo estás? —me preguntó porque era de las personas que mejor me conocía.

—Bien, bien...

—¿A quién crees que engañas? He visto en los medios todo el revuelo que se ha formado y te conozco bien, a mí puedes contarme la verdad.

—¿Qué verdad? —le preguntó George, que avanzó hacia nosotros con una copa de vino en la mano.

De siempre pasó lo mismo en casa: Sally estuvo al loro de todo, inmersa en los problemas de su hijo David y en los míos, mientras que George en la mayoría de las ocasiones no se enteraba ni de la misa la mitad.

Sally conocía de sobra que yo me abría más con ella, por lo que no dudó en quitarle de en medio.

—George, amor, ¿por qué no vas supervisando la mesa? Dile a la nueva chica cómo te gusta que la pongan—se refirió a la de servicio, ya que vivían en la opulencia.

No hace falta decir que, con nuestro nivel de vida, también Linda y yo contábamos con servicio en casa, con la diferencia de que a nosotros venían a cumplírnos una jornada de limpieza, preparación de comida y demás y se iban, mientras que allí contaban con servicio 24/7.

Yo es que eso no lo soportaba. Con lo reservado que siempre fui para mi vida privada llevaría fatal lo de estar todo el día con alguien de servicio en casa.

George se marchó a la terraza y me quedé a solas con Sally, quien sirvió una copa de vino para ella y otra para mí

A ella no la podía engañar. Le conté todo lo que había pasado en aquellos días, hasta la sorpresiva propuesta de Derek Miller esa misma mañana, y el lío en el que me había metido al aceptarla.

—Tú puedes con todo y con más, cachorro—siempre me llamó de esa cariñosa manera, desde que llegué a sus vidas—. Sabes muy bien cuál es tu potencial, solo debes dejarte ayudar.

— ¿David ha hablado contigo? ¿Es eso?

—David me ha dicho que Brooke puede ser un puntal en vuestras vidas. Recuerdo a esa chica de la universidad y lo mucho que os ibais midiendo siempre. Si hay alguien que puede hacerlo es ella.

—Pero tú me conoces, Sally—nunca me dirigí a ellos como “papá” y “mamá” por mucho que así los sintiera, quizás porque para mí la denominación “mamá” estaba cargada de una connotación muy negativa.

—Y por eso que te conozco te digo que estás sobrepasado. Oliver, has demostrado tu brillantez desde niño, todos sabemos las muchas cosas de las que eres capaz, pero si dejas que estas te superen, quizás empieces a pagar un precio muy alto por ellas, ¿por qué no le tiendes un puente a esa chica y os fumáis juntos la pipa de la paz?

— ¿Ahora me das permiso para fumar? —le pregunté con ironía—. Los mayores enfados de tu vida te los ocasioné cuanto me pillaste alguna vez con un pitillo entre los labios.

—Es que con eso no podía, cachorro, que mi niño se llenase los pulmones de mierda era algo que a mí también me sobrepasaba. Igual que tú, tengo mis límites.

—En todo salvo en querer, Sally—le confesé y los ojos se le llenaron de lágrimas porque yo no era nada sentimental y nunca pensó que le saliera por ahí.

—No sé qué me vas a decir, pero ya ves que me están saliendo las lágrimas solas.

—Pues que siempre has sido la mejor y nunca te lo he dicho. Has actuado como una madre conmigo, como la mejor del mundo. Si no te llamo mamá es porque me acostumbré a no hacerlo así y no porque no te sienta como

tal. Si hubiera podido elegir una de entre todas las madres del mundo, habrías sido tú.

A moco tendido, así acabó llorando ella en un día en el que no me pudo decir que yo fuese el mejor hijo porque no lo era. Jamás hizo distinciones entre ambos, pero mientras David le hizo la vida muy fácil, yo la puse en la punta de la picota mil veces.

Pese a eso, siempre se mantuvo inquebrantable a mi lado y era hora de que comenzara a pagarle por ello a quien me lo dio todo sin pedirme nada. Y eso día no fue menos.

Solo Sally podía convencerme de que hablar con Brooke y exponerle la idea de que trabajase conmigo no equivalía a bajarme los pantalones, sino todo lo contrario. Ella me habló de que, en muchas ocasiones, los actos más heroicos son aquellos que muchos entenderían como un signo de debilidad que no apareció en mí en ningún momento.

En resumidas cuentas, Sally me dijo que debería importarme un comino qué pensarán los demás. Como el tipo inteligente que era, debía unirme a Brooke para hacer mi despacho más fuerte y no dejarme llevar por esos instintos que la querían lejos de mí para evitar que me hiciese sombra.

tal. Si hubiera podido elegir una de entre todas las madres del mundo, habrías sido tú.

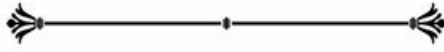
A moco tendido, así acabó llorando ella en un día en el que no me pudo decir que yo fuese el mejor hijo porque no lo era. Jamás hizo distinciones entre ambos, pero mientras David le hizo la vida muy fácil, yo la puse en la punta de la picota mil veces.

Pese a eso, siempre se mantuvo inquebrantable a mi lado y era hora de que comenzara a pagarle por ello a quien me lo dio todo sin pedirme nada. Y eso día no fue menos.

Solo Sally podía convencerme de que hablar con Brooke y exponerle la idea de que trabajase conmigo no equivalía a bajarme los pantalones, sino todo lo contrario. Ella me habló de que, en muchas ocasiones, los actos más heroicos son aquellos que muchos entenderían como un signo de debilidad que no apareció en mí en ningún momento.

En resumidas cuentas, Sally me dijo que debería importarme un comino qué pensarán los demás. Como el tipo inteligente que era, debía unirme a Brooke para hacer mi despacho más fuerte y no dejarme llevar por esos instintos que la querían lejos de mí para evitar que me hiciese sombra.

Capítulo 16



No sé quién se sorprendió más de los dos: si Brooke al verme aparecer por el lujoso apartamento que acababa de adquirir o yo por dejarme caer por allí.

Lo que unos días antes habría sido totalmente imposible, de pronto cobró forma. Y sin duda que Sally fue quien obró el milagro, que para algo se trataba de mi ángel.

—Pero bueno, ¿a qué debo esta extraña sorpresa? —me preguntó al abrir la puerta.

No me fue difícil dar con el nido de aquella pájara, como siempre la consideré por lo sesuda y lista que era. Un par de preguntas por aquí y por allá y me hice con su dirección.

—Dímelo a mí, que soy el primer sorprendido, ¿me invitarías a una copa? Porque créeme que necesitaré alcohol para soltar lo que he venido a decirte.

— ¿Por fin vas a reconocer mi superioridad? Los dos sabemos que tú nunca debiste llevarte ese premio.

—Ni en broma, los dos sabemos que fue justo que me lo concedieran. Lo dicho, necesito una copa—le dije mientras ella se apartó de la puerta.

Podría haber salido alguien más a darme el encuentro. Brooke era una mujer no solo sobresaliente, sino explosivamente bella y, de hecho, hubiera sido lo lógico.

No obstante, era evidente que estaba sola en su espacioso apartamento, uno que debía contar también con un precio de infarto como correspondía a una abogada cuya meteórica trayectoria en Boston equivalía a la mía en Nueva York.

—Supongo que te extrañará que ahora viva aquí, pero es que Nueva York siempre fue la especie de meca soñada por mí. Sin embargo, tras acabar los estudios volví a Boston y, como allí me fue genial, me apalanqué. Hasta que hace un tiempo me dije que debía seguir la estela de mis sueños y ella me trajo hasta aquí—me confesó.

—A enfrentarte directamente conmigo. Trae esa copa porque por minuto que pasa necesito más que el alcohol me

haga efecto.

—Mira que eres bobo, sabes de sobra que tú no necesitas de ningún aliciente para soltar nada por tu mordaz boca, ¿tan grave es eso que has venido a decirme? Mira que me temo que pretendas echarme de la ciudad a punta de pistola.

—No osaría hacer tal cosa porque es delito, que si no me lo pensaría, te lo reconozco.

—Y como no creo que a estas alturas pretendas ponerte al otro lado de la ley, deberías soltarlo ya, ¿qué quieres de mí? —me dijo colocando una copa en mi mano.

—He venido a proponerte que trabajes para mí, Brooke.

En ese instante, la bebida se le debió ir por mal camino y acabé dándole unos golpecitos en la espalda. Brooke quería articular palabra con urgencia y no podía. Supuse que el universo se había posicionado de mi lado para que no escuchase la barbaridad que debería estar pensando.

Hube de esperar un poco y sí... La terminé escuchando.

r

— ¿Te has vuelto rematadamente loco? No trabajaría para ti en mi vida, ¿es que eres el ser más pretencioso del mundo? ¿Quién te has creído que eres para colocarte por encima de mí?

—El dueño de uno de los bufetes con mejor trayectoria de todo Nueva York, ese soy. Deberías pensarlo, Brooke, a mí también me pareció una verdadera locura cuando me lo propusieron...

— ¿Quién te lo propuso?

—David y Linda, mi esposa.

—Es cierto, escuché que terminaste casándote con Linda, ¿dónde la tienes secuestrada para evitar que se divorcie de ti?

—Nada de secuestros, sigue a mi lado y, para tu información, está encantada de la vida.

—Más bien chiflada, diría yo.

—No he venido aquí para que hagas una valoración de mi matrimonio y créeme cuando te digo que me ha costado mucho tomar esta decisión... Conoces mejor que nadie tu potencial y también el mío. No me digas que no podríamos ser la caña juntos.

‘ —Tú me necesitas, ¿verdad? Si no me necesitases no me lo propondrías.

—No, no te necesito para nada, solo te quiero a mi lado—mentí.

—Si vas a empezar con tus fanfarronadas, ya te puedes olvidar de que trabajemos juntos. Sé sincero por una puñetera vez en tu vida, Oliver Jones.

— ¡Vale, vale! —levanté los brazos en señal de rendición—. Es cierto, te necesito, Brooke. Tengo más trabajo de que pueda abarcar y encima ahora me viene mucho más. Derek Miller me traspasa todos sus casos, está enfermo terminal.

—Joder—murmuró entre dientes.

— ¿Qué me dices? Sabes que el dinero no será un problema. Ganaremos mucho más del que podamos gastar en varias vidas.

—Te digo que no es el dinero lo que me preocupa.

—Ok, pues ya llegaremos a un acuerdo, ¿cuándo empiezas?

—En cuanto digas las palabras mágicas—me aclaró porque, a pesar de todo y para mi total sorpresa, ella estaba dispuesta a trabajar codo a codo conmigo.

—Tienes razón, perdona, estoy tan sorprendido que he olvidado pronunciarlas, ¿cuándo empiezas, por favor? —añadí la coletilla.

—Esas no son, mentecato. Piensa un poco, ¿qué me puede interesar más que el dinero?

—Dímelo tú, no estoy para pensar demasiado.

—Pues es bien fácil, pero como me parece que estás perdiendo facultades, te las recitaré yo y tú solo tendrás que repetirlas: “Brooke, lo que vengo a proponerte es que seas mi socia en el bufete”.

— ¿Perdona? Yo no voy a repetir eso ni muerto. No es lo que quiero, para nada lo es.

—Vaya, qué decepción. Entonces yo no trabajaré contigo ni muerta, ¿has terminado con la copa? Porque esta conversación ha llegado a su fin y nunca fuimos amigos, no creo que quieras ponerme al corriente de tu vida—me dijo arrebatándomela de la mano.

Su figura era para caerse de espaldas. Con ese conjunto deportivo que marcaba cada una de sus pronunciadas curvas, diría que me estaba poniendo muy nervioso de no ser porque su desquiciante propuesta fue la que me sacó de mis casillas por completo.

No dudé en largarme a toda velocidad de allí, sintiéndome ofendido y ninguneado. Cuando estaba en la puerta, me volví un segundo para aclarárselo.

—Nadie, ni siquiera David, se ha atrevido jamás a proponerme algo así. Eres mucho más presuntuosa de lo que imaginé. Y mira que mi imaginación da para mucho.

I

—Si crees que tus palabras me afectan, vas listo. No soy yo quien te necesita ni quien ha ido hasta tu casa para nada. Deberías marcharte a ella, se te ha quedado muy mala cara, Oliver.

—Eres tú, que sacas lo peor de mí, Brooke, siempre lo has hecho y siempre lo harás.

—Nos vemos en los tribunales—me soltó por toda respuesta mientras tuve que apartarme para que no me hiciera una nueva nariz.

;

)

No dudé en largarme a toda velocidad de allí, sintiéndome ofendido y ninguneado. Cuando estaba en la puerta, me volví un segundo para aclarárselo.

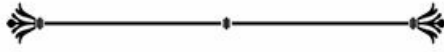
—Nadie, ni siquiera David, se ha atrevido jamás a proponerme algo así. Eres mucho más presuntuosa de lo que imaginé. Y mira que mi imaginación da para mucho.

—Si crees que tus palabras me afectan, vas listo. No soy yo quien te necesita ni quien ha ido hasta tu casa para nada. Deberías marcharte a ella, se te ha quedado muy mala cara, Oliver.

—Eres tú, que sacas lo peor de mí, Brooke, siempre lo has hecho y siempre lo harás.

—Nos vemos en los tribunales—me soltó por toda respuesta mientras tuve que apartarme para que no me hiciera una nueva nariz.

Capítulo 17



Los siguientes días fueron una pesadilla. Beth se acercó al quicio de la puerta de mi despacho después de que la llamase con insistencia.

— ¡Otro café! —le chillé.

—Ni majara—me respondió al segundo.

—Perdona, ¿qué es lo que has dicho?

—Que ni se me ocurre, ¿tú has visto del mal humor que estás ya? Llevas toda la mañana pegando gritos, que te vas a desgañitar, nunca te había visto así, Oliver. La gente comienza a hablar, solo te falta sacar un látigo. He visto a Anne, la becaria, llorando a moco tendido al lado de la fotocopidora y lo único que acertaba a decirme con el corazón encogido es que la has puesto poco menos que de estúpida, ¿tú crees que eso es normal?

—Pues no, porque si lo sabe no debería haber postulado para el puesto.

—No sé lo que te hago. Solo te digo que, como las tornas no cambien, te van a montar una huelga en la puerta. Qué digo, te vamos a montar. Yo misma me pondré a preparar la pancarta.

—Es lo que me faltaba, que me amenaces...

—Oliver, eres lo bastante inteligente como para entender que este barco se va a la deriva si no buscas refuerzos. Yo no sé lo que puedes hacer al respecto pero sí que sé que, de no hacerlo, lo vas a lamentar y no poco.

— ¿Por qué siempre tienes que ser tan insultantemente certera en todo? Joder, cómo me fastidia.

—Certera, sexy, graciosa, descarada... ¡Si es que lo tengo todo! Ah, y encima preparo los mejores cafés del mundo, que de eso poco se habla. Soy un tesoro.

—Sí, el de algún pirata que lo haya extraviado.

—Más de uno me he encontrado por el camino, sí. Me refiero a piratas, que si fuera un tesoro... ¡Andando me volvías a ver el pelo!

Se fue contoneándose con garbo. Era otra de las que sabía meter el dedo en la llaga y, aun así, no provocarme ninguna herida.

Media hora más tarde, llamé a Brooke por teléfono.

—Hablas con el contestador automático de Brooke Campbell—pronunció con ironía—. Si vas a soltar alguna sandez, déjala registrada y ya la escucharé algún año de estos, cuando me encuentre deprimida.

— ¿Acaso te parezco un payaso? —le pregunté resoplando.

—Bastante payaso, sí, menudo circo que me propusiste el otro día. Tú el domador y yo la fierecilla domada. No te lo has creído ni en sueños.

— ¿Y si te dijera que los dos podemos ser los domadores?

— ¿Es que te pone verme con el látigo en la mano? Pensé que yo aparecía en tus pesadillas, no en tus sueños eróticos. Es lo que tengo, que me cuelo por todos los resquicios.

o

—Menos tirarte flores—le dije teniéndome que abanicar por su referencia a mis sueños eróticos—, ¿te va bien si somos socios?

—Me iría mejor si yo fuese la jefa, la verdad.

—Ni en tus mejores sueños—vocalicé cuidadosamente.

—Tú no apareces en los míos, esa es la diferencia.

—Por favor, no me seas engreída, ¿podrías estar aquí el lunes?

—Podría, aunque no sé si lo haré.

—Lo tendré todo preparado para la firma. Has logrado que claudique, estarás contenta.

—Eres tú quien debe estarlo: has hecho un fichaje estrella.

—Y no sé si ya me estoy arrepintiendo—le dije justo antes de colgar el teléfono.

Me levanté y me fui hacia el despacho de David, a quien tenía contento, obsérvese con toda la ironía del mundo.

—Ya te has salido con la tuya, y Linda también—le informé.

— ¿Te asocias con ella? Flipo, lo cierto es que lo flipo, nunca creí que dieras tu brazo a torcer.

—Pues para que veas, ¿con qué estás?

—Con esta montaña de expedientes, deseando que la tierra se abra a mis pies, me absorba y luego me escupa en alguna playa paradisíaca.

—Pides demasiado, tendrás que conformarte con venirme conmigo a almorzar, te invito.

—Si todavía no es la hora—me informó mirando su reloj.

— ¿Cuándo perdí mi poder como jefe? Te he dicho que pares y paras, ¡nos vamos!

—Me encanta cuando exhalas humildad por cada poro de tu piel.

—Es que yo nací humilde—me burlé.

—Y yo fraile...

—Pues no me extrañaría, porque a veces llevas una vida monacal, ¿tú no sales a divertirte?

—No me des la chapa sobre mi vida privada o comes solo, te lo advierto.

—Otro que se me pone farruco esta mañana. Algo estoy haciendo mal porque todos os estáis subiendo a mis barbas.

—Da gracias de que sigamos aquí. Has tensado mucho la cuerda, Oliver. Esta vez te has pasado con la gente.

—Ya me lo ha hecho ver Beth, ya. Supongo que tendré que aflojar.

—Más te vale, sí. Una disculpa no estaría mal.

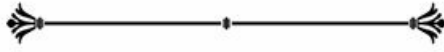
—Sí, claro y ya, de paso, me bajo también los pantalones, ¿te parece bien así? Y si a alguno le gusta mi trasero, ¡barra libre!

—Mira que te cuesta bajarte del burro—me dijo negando mientras cogía su chaqueta con la intención de seguirme. Era hora de dedicarle un rato a esa persona que siempre estaba allí, conmigo, tragando quina en muchos momentos y siempre fiel.

Tenía suerte... Suerte por la mucha gente que me rodeaba y que me quería. Suerte por ser el dueño de mi propio destino aunque de pronto hubiese de contar con una socia al timón, ¿cómo saldría el experimento? ¿Hacia dónde nos llevaría el viento?

Tenía suerte... Suerte por la mucha gente que me rodeaba y que me quería. Suerte por ser el dueño de mi propio destino aunque de pronto hubiese de contar con una socia al timón, ¿cómo saldría el experimento? ¿Hacia dónde nos llevaría el viento?

Capítulo 18



Traté de contentar a Linda ese fin de semana, aunque lo cierto es que todo lo ocurrido la había dejado un poco tocada.

Yo había tensado mucho la cuerda también con ella y la notaba dolida, un tanto ausente, menos receptiva a escucharme y a darme su opinión sobre las cosas.

En momentos como esos, me paraba a pensar que corría demasiados riesgos, puesto que no imaginaba la vida sin ella y más de una vez la descuidaba.

Ni siquiera la encontré con ganas en las dos noches que traté de acercarme a ella con ganas de jarana. Y eso que el sexo siempre fue genial entre ambos.

Imaginé que solo tenía que dejar que pasara un poco de tiempo y que las cosas se recolocarían solas, habida cuenta de que ella logró lo que deseaba: que me asociara con Brooke.

Desde que estuve en su apartamento y ella me dejó claras cuáles eran sus condiciones, Linda insistió en que la de asociarnos era la mejor de las ideas porque, según mi mujer, nuestra relación solo podría subsistir si se desarrollaba en pie de igualdad.

Linda siempre fui muy justa y consideró que la fama de Brooke también la precedía y que ningún sentido tendría convertirse en mi subordinada, circunstancia que la otra nunca hubiese aceptado.

Algo me volvió a comentar a lo largo del fin de semana sobre esa posible escapada suya en solitario, algo a lo que no le di demasiada credibilidad.

—Si no quieres venirme, me terminaré yendo yo sola.

—Sabes que esperarás a que podamos ir los dos, no marees más la perdiz—le pedí.

—Lo que tú digas...

Yo no estaba para pensar en nada más. Resultaba que tenía que reorganizar muchas cosas en mi cabeza. El hecho de asociarme con Brooke me aliviaría pronto, pero de momento tenía que encontrar mi papel en aquella asociación. Y entre mi carácter y que estaba acostumbrado a llevar de siempre el bastón de mando, no me resultaría sencillo.

El lunes me encontré con ella en el hall de mi bufete, del que pasaría a ser de ambos. No le saldría gratis, ya que entre los términos de nuestra asociación se contempló una inyección de liquidez importante por su parte.

En fin, que Brooke estaba allí impecable y dejándome clara cuál sería su aportación de imagen al bufete, ya que no solo era un as del Derecho, sino que su impactante imagen se metía por los ojos del más pintado.

—Para mí que será un mayor reclamo que el cartel de la puerta—murmuró Beth cuando la vio venir con su elegante vestido verde botella, de escote asimétrico, pliegues en la cintura y tan ceñido que no solo la dejaría sin respiración a ella, sino a todo el que tuviese el gusto de ponerle los ojos encima.

Brooke era, en sí misma, un cañón de mujer... Un verdadero cañón de artillería porque a su imponente físico había que unir el hecho de que se le temiera cuando abriese ese pico locuaz por el que podía soltar cualquier genialidad.

Todo fue tan rápido que ni siquiera nos dio tiempo a atender cuestiones como preparar el que sería su despacho, uno algo más pequeño que el mío y que hasta entonces sirvió de sala para varios de mis trabajadores, dado que pese a no ser tan grande, como digo, aún podían correr caballos en él.

Primero pasamos por el mío y luego nos fuimos hacia el suyo. Su perspicacia no tenía límites y, a poco que dio unos pasos, se percató de la diferencia de tamaño.

—El tuyo es algo más grande—afirmó.

—Pero mínimamente. No puedo hacer otra cosa. Si quieres, cojo un martillo pilón y tiro la pared contigua—sospiré.

—También podrías cambiármelo.

—No me jodas, te lo pido por favor—me exasperaba, tenía ese poder.

—Qué más quisieras—me soltó con total soltura. Con buena fui da dar...

—Entre todos me volveréis loco—le aseguré mientras giraba sobre mis talones.

—Me lo voy a quedar porque, aquí donde lo ves, está mejor orientado al sol, que si no...

—Sí, sí, y ya observo que a ti lo que te gusta es dar calor...

Me siguió hasta mi despacho porque una cosa sí que estaba clara: mientras el suyo no estuviese operativo, en algún sitio debía instalarse. Y no iba a ser al lado de Beth, en su mesa.

—Me encargaré hoy mismo de elegir el mobiliario para poder trasladarme lo antes posible—me anunció mientras se sentaba en una mesa enfrente de la mía, al fondo del despacho, que habilitamos esos días para ella.

No era que se sentase, sino la forma en la que lo hacía. La tentación había llegado al despacho. Otra más, pero una con una fuerza bestial.

La animadversión que siempre sentí hacia Brooke no podía apartarme de la razón: era una mujer de esas que quitan el hipo, con una envoltura de diosa y con una forma de ser que imponía.

A ella no se le pasó por alto la miradita que le eché cuando, cruzando las piernas, no se sentó en la silla, sino directamente sobre la mesa.

—Y bien, ¿por dónde empezamos? —me preguntó con un cruce de piernas que bien pudo provocar que tuviese que correr hasta el despacho de Linda en busca de una pastillita para el corazón.

—Vamos a repartirnos los expedientes principales entre los tres: tú, David y yo.

—Me parece correcto.

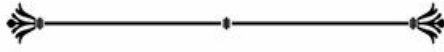
—Pues, si eso, será mejor que tomes asiento. Ya sabes, me refiero a que detrás hay una silla.

—Ah, vale, que comenzamos ya. Creí que desearías ponerme al día del funcionamiento del despacho.

—Eso es fácil: yo mando y los demás... Quiero decir que nosotros mandamos y los demás obedecen—corregí porque las cosas habían cambiado.

Ella se bajó de la mesa y, conforme iba hacia su silla, me ofreció una imagen de su trasero que tendría que apartar de mi mente para poder concentrarme. Y lo malo era que entonces me quedaba enfrente su provocador escote. Poco sabía Linda, con tanto como insistió en que trabajásemos juntos, que de pronto la tentación vivía en mi despacho.

Capítulo 19



El despacho era un incesante entrar de muebles a los pocos días. Yo sonreía de medio lado cada vez que la veía dando órdenes sobre dónde poner esto o aquello.

Mandona era Brooke un rato largo, el poder le corría por las venas y eso se notaba. Mientras no quisiera ponerse por encima de mí, me hacía bastante gracia.

—Tú te ríes, pero te digo yo que esa manda más que un General de 4 estrellas, anda que no le gusta nada manejar la vara del poder—me decía Beth—. Y lo peor será que un día nos quiera dar un varazo a uno, aunque tú me conoces: yo cojo la vara y se la meto por...

—Ya, ya, que te he entendido. Todo irá genial, ya lo verás—la tranquilicé.

—¿Tú qué vas a decir? Como no eres quien la sufre...

—La he sufrido durante muchos años y mira lo que ha pasado al final—le sonreí pícaro.

—Que no has podido con ella y nos la has achuchado a los demás. Si es que se mascaba la tragedia, tú estabas muy raro. Tendrías que colocar una en su puerta uno de esos carteles de “Cuidado con el perro”.

—Mira que eres exagerada, Beth.

—Sí, claro, exagerada. Yo lo único que digo es que, si no quieres encontrarte cualquier día con una demanda colectiva por parte de todos tus trabajadores, deberías repartir vacunas de la rabia como caramelos. Te lo advierto —rio.

—Me amenazáis con ponerlos en huelga, luego con demandarme, comienzo a sentirme presionado...

—Tú no sabes lo que es la presión ni lo has sabido en tu puñetera vida. Con eso de que has sido un sabelotodo te has colocado en el sillón del trono y el marrón para los demás.

—Oye, tú estás un poco estresada, ¿cuánto tiempo hace que no echas un polvo? —le pregunté porque la

privacidad de mi despacho daba para mucho.

— ¡Que te den, Oliver! —me contestó airada.

—Y a ti también, Beth, que creo que lo estás necesitando.

Me quedé riéndome. Por lo visto, más de uno allí había comprobado ya en sus propias carnes el mucho carácter de Brooke, que contrastaba con el de años atrás, cuando era una estudiante apocada.

El que no corría, volaba, y estaba muy claro que ella había cambiado mucho, aunque no en lo brillante.

Al final del día, me llamó para que fuese a ver su despacho. Me agradó ver que, pese a todo, tuvo la condescendencia de decorarlo en la misma línea del resto del bufete y eso me gustaba porque lo dejé a su elección si bien no me habría molado nada que hubiese dado el cante.

— ¿Qué te parece? —me preguntó mirando orgullosa a su alrededor. Ciertamente le había quedado de cine, con unos detalles en forma de plantas que le añadían mucha calidez.

—Me parece genial, todo me lo parece—le dije mirando a esos pantalones de ejecutivo que llevaba y que le hacían el culo más alto que la matrícula de un avión. Cada día aparecía con un nuevo y sorprendente modelito, todos ellos muy acordes con su puesto, elegancia y sofisticación por bandera, como ella era, pero con un toque rabiosamente sexy que me llevaba al mismo bordecito de la locura.

Vaya por delante que estaba tratando de volver a acercarme a Linda y quería reformarme. Al menos, no tenía intención de liarla parda con Brooke porque ella era mi socia y un lío entre ambos podría traer cola, y nunca mejo dicho.

En fin, que trataba de que siempre hubiese una distancia razonable entre ambos, que nos separasen algunos metros para no tener a mano a esa tentación vestida de abogada que parecía sentir una atracción similar por mí, a juzgar por la forma en la que me miraba.

Por la tarde, nos quedamos junto con David preparando uno de nuestros casos más importantes, el de Ronald Hatman, quien había demandado a sus propios hermanos a consecuencia del reparto de una futura herencia.

El tema era tremendamente espinoso, porque él se había llevado una serie de años viviendo en Indiana, donde conservaba una casa y, a su vuelta, se encontró con que sus hermanos habían incapacitado a su padre y, en vida, se ventilaron una buena parte de la herencia. Todo lo hicieron con subterfugios y Ronald, quien se había visto muy perjudicado por la nefasta acción de sus hermanos, estaba más que dispuesto a hacérselo pagar caro.

Como ya podréis imaginar, nuestros clientes no es que estuviesen tiesos ni mucho menos, por lo que hablábamos de una sustanciosa herencia por la que harían correr sangre si era necesario.

La manera de enfocar el tema de Brooke me resultó muy llamativa, ya que los dos solíamos pretender llegar al mismo punto pero, para ello, optábamos por transitar por caminos muy distintos y eso era muy novedoso para ambos.

David nos miraba con admiración, se notaba que disfrutaba contrastando puntos de vista tan opuestos y, a la vez, tan eficaces. Sin duda, que el fichaje de Brooke fue el mejor que pude hacer porque aquella mujer era la única que se ponía a mi altura, sin importarle lo más mínimo rebatir mis argumentos y haciéndome ver otros.

Para mí estaba resultando una experiencia muy enriquecedora y, aunque fuera de armas tomar, enseguida hube de claudicar, pues los demás tenían razón y en ella encontré a la más confiable de las aliadas, a una que podría ayudarme a que el despacho se elevara aún más alto. Y todo ello sin olvidarme de David, que era como mi fiel escudero, quien siempre estuvo aprendiendo de mí y quien también valía, ya a aquellas alturas, su peso en oro.

r

s

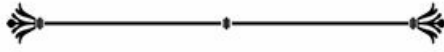
e

La manera de enfocar el tema de Brooke me resultó muy llamativa, ya que los dos solíamos pretender llegar al mismo punto pero, para ello, optábamos por transitar por caminos muy distintos y eso era muy novedoso para ambos.

David nos miraba con admiración, se notaba que disfrutaba contrastando puntos de vista tan opuestos y, a la vez, tan eficaces. Sin duda, que el fichaje de Brooke fue el mejor que pude hacer porque aquella mujer era la única que se ponía a mi altura, sin importarle lo más mínimo rebatir mis argumentos y haciéndome ver otros.

Para mí estaba resultando una experiencia muy enriquecedora y, aunque fuera de armas tomar, enseguida hube de claudicar, pues los demás tenían razón y en ella encontré a la más confiable de las aliadas, a una que podría ayudarme a que el despacho se elevara aún más alto. Y todo ello sin olvidarme de David, que era como mi fiel escudero, quien siempre estuvo aprendiendo de mí y quien también valía, ya a aquellas alturas, su peso en oro.

Capítulo 20



Aquella noche llegué a casa y Linda estaba muy extraña. No parecía ella.

— ¿Estás bien? —le pregunté.

—Bien, bien—me contestó aclarándose la voz.

—Pues no tienes buena cara—insistí mientras le daba un beso.

—Siéntate, por favor, tenemos que hablar—me pidió.

Ese “tenemos que hablar” me olió fatal. Quizás os haya sucedido en alguna ocasión. Son unas palabras que te entran por el oído causándote unos sudores fríos que cristalizan en una especie de espasmos que te cuesta controlar.

Linda estaba preocupada y no había que ser demasiado inteligente para entender que el origen de esa preocupación no sería de mi gusto.

— ¿Me sirvo una copa? Solo lo pregunto por si tengo que digerir algo.

—Sírvetela, por favor, sí—me contestó.

— ¡Joder! Vale, vale, nena... ¿Quieres una?

—No, yo no podré tomar copas, al menos no por el momento—prosiguió.

Me quedé estupefacto. Linda tenía un halo de nostalgia en la mirada propio del baile de hormonas que se estaba celebrando en su interior, y que era probable que la llevase de un estado anímico a otro en poco tiempo.

— ¿Estás embarazada? —le pregunté con unas ganas tremendas de que la respuesta fuese negativa. Y ya, pensaréis de nuevo, y con razón, que vaya un capullo integral que estaba hecho.

—Justo, ya sabía yo que no tendría que darte más pistas—me contestó con sorna.

Antes de añadir nada, me serví esa copa y me la tomé enterita de un solo trago, el cual apuré y de inmediato necesité otra.

Nunca entró en mi cabeza la idea de tener hijos y, por extrañísimo que pueda sonar, ni siquiera fue algo que tuviese que hablar con Linda. Me explico, siempre intuí que, en el fondo, ella lo sabía muy bien y la idea de aumentar la familia nunca se puso sobre el tapete, nunca salió de nuestras bocas.

Cada vez me caben menos dudas de que Linda vivió por y para mí todos esos años. Para su carrera también, por supuesto, pero al margen de ella su prioridad fui yo: un hombre caprichoso que le suponía una especie de trabajo extra que ella había desarrollado con gusto hasta llegar a ese punto, en el que parecía pesarle.

Me senté a su lado, en el sofá, con la mirada perdida. No estaba preparado para esa noticia, que fue la más inesperada del mundo. Con mis conquistas, era más que cauto y un embarazo jamás se presentó en mi panorama, si bien tampoco lo tenía previsto con Linda y mi sorpresa fue monumental.

—No sé qué decir, Linda, lo cierto es que no lo sé. No es fácil dejarme sin palabras, lo sabes, suelo tener salida para todo, pero esto...

—Esto es algo que no esperabas y yo tampoco. Pero una cosa te advierto, Oliver: voy a tenerlo.

No había ni un ápice de duda en su afirmación ni un solo ápice, y mientras ella hablaba yo asentí, entendiendo que no era quién para oponerme.

—Lo entiendo, lo entiendo—murmuré.

—Lo entiendes pero no lo compartes—añadió ella.

—Linda, es que no entraba en mis esquemas. Ahora mismo me siento un tanto aturdido.

—Eso puedo entenderlo, yo no lo estoy menos. No ha sido buscado, te garantizo que no te he tendido ninguna trampa.

—Nunca pensaría eso de ti. Eres la persona en quien más confío en el mundo, eso también lo sabes.

—Me agrada escucharlo, nunca me lo habías dicho.

—Supongo que hay muchas cosas que nunca te he dicho y que, pese a eso, son una realidad.

—No puedo juzgarte porque no eres el único que ha caído en su propia trampa: yo deseaba ser madre y era

incapaz de proponértelo, sabiendo que eso no entraba en tus planes. Porque una vez más, se trata de lo que entre o no en tu cabeza y, en definitiva, de lo que tú desees o te apetezca.

Guardé un respetuoso silencio porque Linda tenía razón. Ya era hora de que hiciera introspección y valorase lo mucho que había hecho por mí, ya que se había dejado la piel en una relación en la que yo me dediqué a mirar a mi ombligo, que era lo que mejor se me daba.

—Gracias—susurré y vi cómo se formaba en su rostro el signo de la interrogación.

—No entiendo, ¿por qué gracias?

—Porque, no te quepa ninguna duda de que vas a ser una madre fabulosa, Linda, ya que llevas haciendo prácticas conmigo demasiados años. Te he dado muchos quebraderos de cabeza, no soy un tipo sencillo.

—Me temo que eso ya lo sabía cuando me pediste que nos casáramos. Y yo acepté—entrecerró los ojos como recordando.

—Y no a punta de pistola, ¿no? —bromeé por un segundo para quitarle hierro al asunto.

—No, no—me contestó con lágrimas en los ojos porque se notaba su mucha sensibilidad, esa de la que siempre hizo gala pero que aquella noche salía a borbotones de su emocionado cuerpo.

²—Y entonces, ¿estás contenta? —le pregunté nervioso, cogiéndole la mano.

—Yo mucho, Oliver, mucho.

No habría llegado adonde lo hizo en su profesión si hubiese sido tonta, por lo que obvió preguntarme si a mí me sucedía lo mismo.

Lo que me llamó la atención fue que, por primera vez, no me tuvo en cuenta para tomar una decisión que era crucial para ambos. Linda ni siquiera consideró preguntarme lo que pensaba al respecto, solo decidió y, en consecuencia, me habló.

Hacía mucho que no la abrazaba en la cama, porque no era yo precisamente un osito amoroso, y esa noche lo hice pensando en que la quería más incluso de lo que me hubiese podido reconocer a mí mismo.

Por ella no tendría más remedio que tragarme todo lo que pensaba al respecto y quedarme a su lado viendo cómo se convertía en madre. Pero es más, el grandioso espectáculo de la vida no me resultaría ajeno, por lo que tendría igualmente que convertirme en padre.

Jamás, jamás me lo hubiese planteado porque, a raíz de lo de mi madre, para mí lo de reproducirme no era una

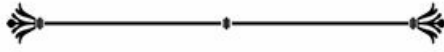
opción. Se trataba de una asociación mental rara, porque yo no fui un hijo querido para ella y, a la vez, eso hizo que yo no quisiera tener hijos.

Por delante tenía una noche en vela, una noche en la que los fantasmas me volvieron a asaltar si bien, en contra de lo que solía sucederme, lo hicieron incluso mientras permanecía despierto.

opción. Se trataba de una asociación mental rara, porque yo no fui un hijo querido para ella y, a la vez, eso hizo que yo no quisiera tener hijos.

Por delante tenía una noche en vela, una noche en la que los fantasmas me volvieron a asaltar si bien, en contra de lo que solía sucederme, lo hicieron incluso mientras permanecía despierto.

Capítulo 21



Beth me lo notó cuando llegué al trabajo al día siguiente.

— ¿Esa cara de sieso que me traes a qué se debe? No me digas que andas de uñas con tu socia, porque si cada uno por vuestro lado tenéis tela, no quiero imaginarme si empezáis a tirarlos los trastos a la cabeza—me comentó bromista mientras me ponía un café.

— ¿Te tomas uno conmigo? —le pedí, invitándola a que se sentase.

—Mira, te has dejado caer... Porque, perdona que te diga, pero tú eres más de proponer un polvo que un café.

—O sea, que soy un desastre con patas—adiviné en sus ojos.

—Pero solo como marido. Oye, que puede ser un poco raro que yo saque una lanza en favor de Linda cuando de vez en cuando me acuesto contigo, pero realmente el problema lo tienes tú. Yo no soy su amiga ni nada. La compadezco por aguantarte, punto.

Era cierto que siempre separé mucho mi vida personal de la profesional, por lo que tan solo en contadas ocasiones se vieron Linda y Beth.

—Pues si lo soy como marido, imagínate como padre—le solté cerrando los ojos como, si al abrirlos, la cosa fuese a ser distinta.

— ¡¡¡ ¿Vas a ser padre?!!! —me preguntó.

—Chíllalo más, que tres calles más abajo creo que hay una ancianita que no te ha escuchado.

—Vete a la mierda, Oliver, ¡vas a ser padre! —repitió llevándose las manos a la boca.

—Pues sí, ¿qué te parece? —suspiré.

—Que no sé yo si le haces un favor al mundo reproduciéndote, la verdad—me soltó entre risas.

—Yo seré un capullo, pero que sepas que tú no te quedas atrás.

—Pues claro que no, he tenido buen maestro. Oye, ¿y cómo estás?

—Aturdido, atolondrado, atormentado, ¿necesitas alguna explicación más?

—No, no suficiente. Joder, Oliver, ¿y cómo ha pasado?

— ¿De veras necesitas que te lo explique? ¿No te dieron a ti clases de la semillita y todo eso cuando eras pequeña?

» —Sí, sí, cierto, junto con otras de “cómo aguantar a un jefe capullo y no morir en el intento”. En esas últimas saqué matrícula de honor, a la vista está, porque sigo vivita y coleando.

—Beth, ¿qué voy a hacer? —resoplé.

—Pues chico, qué quieres que te diga, tendrás que apechugar.

—Es que yo no quiero tener ese hijo, no quiero. Pero luego miro a Linda y sé que se lo merece todo.

—Sí, sí, tú has actuado en consecuencia y siempre se lo has dado todo, incluido unos cuantos pares de cuernos para que elija y se los ponga según lo que vaya a lucir la muchacha.

—Si quieres, me atas a la columna aquella—le señalé a una decorativa que había en mi despacho—, y me das de latigazos.

;

—Me gustaría, el problema está en que, a falta de un jefe insoportable, ahora tengo dos, y ni tiempo para eso me queda.

e

—Beth, que estoy hecho un lío, de verdad...

— ¿Qué lío? Si la quieres, quédate con ella, abrázala y dile que todo saldrá bien, que es como saldrá salvo si te da por ponerte en plan caprichoso y le jodes el embarazo.

—Vamos, que deje de pensar en mí y lo haga en ella. Ya lo tenía pensado.

—Pues sí, por una vez en tu vida, creo que va siendo hora de que comiences a hacerlo.

—Te refieres a que trate de reformarme del todo, te lo veo en los ojos.

—Eso no estaría mal. Yo nunca he sabido qué es lo que te impulsa a actuar así, pero en el fondo es una cagada y lo sabes. Algún día Linda te pillaré y la perderás, y luego espero que no vengas aquí a pagarlo con el personal porque yo te dejo una carta de dimisión encima de la mesa y no me ves más el careto en la vida. Hasta ese día no cojo el pescante—me sonrió.

—Tú también eres un buen partido, ¿cómo es que no tienes pareja?

—Primera ocasión en que me lo preguntas, ¡que repiquen las campanas! Pues mira, porque no ha nacido ninguno lo bastante bueno para echarme el lazo.

— ¿Y luego el petulante soy yo? ¡Manda narices!

—Claro que eres tú, bueno, que sepas que creo que podrías llegar a ser un buen padre porque tú bordas todo aquello en lo que te esfuerzas.

— ¿Todo? —la miré lujurioso.

—Todo, pero si te has creído que vamos a echar uno de despedida, vas listo. La lista de tu socia no ha encontrado todavía una secretaria y se cree que soy su esclava.

—No ha nacido quien te esclavice a ti, aparte de que no lo dices solo por eso. Linda te está comenzando a caer bien, por mucho que no la trates.

—Digamos que percibo que tiene el cielo ganado, digámoslo así. Igual que yo, que también te soporto otra serie de horas al día. En realidad, hasta quizás más que ella, porque tú medio vives aquí. A ver si espabilas y descubres que hay mucha más vida fuera de las paredes de este bufete y de la habitación de hotel donde llevas a todas tus amantes.

— ¿Tú también sabes eso?

—Pues claro, alcornoque. Y a mí, ahí, encima de la mesa, si es que la confianza da asco—salió negando y riendo.

Beth conocía la mayoría de mis secretos y me aconsejó bien. Estaba en mí saber reconducirme.

—Eso no estaría mal. Yo nunca he sabido qué es lo que te impulsa a actuar así, pero en el fondo es una cagada y lo sabes. Algún día Linda te pillaré y la perderás, y luego espero que no vengas aquí a pagarlo con el personal porque yo te dejo una carta de dimisión encima de la mesa y no me ves más el careto en la vida. Hasta ese día no cojo el pescante—me sonrió.

—Tú también eres un buen partido, ¿cómo es que no tienes pareja?

—Primera ocasión en que me lo preguntas, ¡que repiquen las campanas! Pues mira, porque no ha nacido ninguno lo bastante bueno para echarme el lazo.

—¿Y luego el petulante soy yo? ¡Manda narices!

—Claro que eres tú, bueno, que sepas que creo que podrías llegar a ser un buen padre porque tú bordas todo aquello en lo que te esfuerzas.

—¿Todo? —la miré lujurioso.

—Todo, pero si te has creído que vamos a echar uno de despedida, vas listo. La lista de tu socia no ha encontrado todavía una secretaria y se cree que soy su esclava.

—No ha nacido quien te esclavice a ti, aparte de que no lo dices solo por eso. Linda te está comenzando a caer bien, por mucho que no la trates.

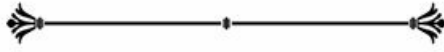
—Digamos que percibo que tiene el cielo ganado, digámoslo así. Igual que yo, que también te soporto otra serie de horas al día. En realidad, hasta quizás más que ella, porque tú medio vives aquí. A ver si espabilas y descubres que hay mucha más vida fuera de las paredes de este bufete y de la habitación de hotel donde llevas a todas tus amantes.

—¿Tú también sabes eso?

—Pues claro, alcornoque. Y a mí, ahí, encima de la mesa, si es que la confianza da asco—salió negando y riendo.

Beth conocía la mayoría de mis secretos y me aconsejó bien. Estaba en mí saber reconducirme.

Capítulo 22



Con el paso de los días, me fui haciendo a la idea. Linda no quería airearlo aún a los cuatro vientos por aquello de que pudiera suceder algo malo, pero yo a David se lo tuve que contar, no podía esperar más. Total, si ya abrí la veda contándoselo a Beth.

—Te has quedado más anonadado aún que yo—le comenté cuando le invité a almorzar y, de postre, le solté la bomba. Y no precisamente una de chocolate.

—Pensativo, solo pensativo...

—Lo mismo me sucedió a mí, pero ya no puedo darle más vueltas. Linda está decidida a tenerlo y yo no puedo hacer otra cosa.

—No es la manera más cariñosa de referirte al tema, precisamente.

—No me pidas que dé más. Me conoces y sabes que ya es suficiente impacto para mí.

—Eso es cierto, nunca te había imaginado como padre, si te digo la verdad.

—Ni yo tampoco y lo sabes. A ti, sin embargo, sí que te imagino rodeado de una buena piara de niños.

—¿Una piara? Ni que fueran cochinos. Tú sí que eres un gorrino por referirte a los peques así.

—Lo soy por todo y lo sé. Me he portado como un cerdo con Linda todos estos años. No he sido justo con ella.

—¿Hablas en pasado? Esa sí que es una sorpresa.

—Digamos que me he ido dando cuenta y que no me siento especialmente orgulloso.

—Digamos que me sorprende, pero ¿qué hay de Brooke?

—¿Qué hay de ella? Que yo sepa, está sentadita en su despacho. Ha aportado el suficiente capital al bufete como

para dejar de escuchar ofertas, por muy tentadoras que sean.

—Ese es el problema—murmuró.

—¿El aporte de capital? ¿Tú te has dado un golpe en la cabeza o algo?

—No, que te resulta muy tentadora. Y que la tienes a mano.

—No voy a caer en esa tentación—me aclaré la voz.

—¿Es un chiste? No me lo creo—negó.

—Pues deberías comenzar a hacerlo. Estás ante un nuevo y reformado Oliver.

—Estoy ante un Oliver que se siente abrumado por las circunstancias y se comienza a plantear cosas, pero quien nace lechón muere gorrino y tú te calificaste así antes.

—Tío, eso está muy feo. Que me lo diga yo vale, ¿pero tú también? No, en serio, quiero hacer las cosas bien. Por una vez en la vida quiero hacerlas.

—Perdona si me cuesta creerte.

—Es que a ti, últimamente, te cuesta más todo. Si ni siquiera frecuentas demasiado el gym, que te volverás un tirillas a este paso.

—No tengo demasiado tiempo.

—Será culpa de tu jefe, que debe ser un tirano.

—No lo sabes tú bien y encima también tengo ahora una jefa que no le envidia nada.

—Joder, qué suerte la tuya. Venga, brindemos porque te animes y porque me cuentes la verdad de una vez.

—¿Qué verdad?

—La que te provoca esas ojeras tan antiestéticas. No estás pegando ojo y eso te sucedió ya una vez con Candy, ¿vuelves a verla?

—¿A Candy? Que no...

—Ni tampoco me lo contarás si es así porque sabes que te la liaré. Esa chica no te conviene. Ya te descartó una vez y puede volver a hacerlo otra.

—Ya, porque la gente no cambia, ¿no?

—Muy listo, eres muy listo tú. Pues que sepas que te lo digo por tu bien.

—Y yo te lo agradezco, pero todo está perfecto.

— ¿Es ese caso? ¿El del juicio por la custodia de la niña? También es bastante mediático y he vivido en mis carnes propias en muchas ocasiones lo que eso tensa.

—No te preocupes, sabes que nuestro nervios de acero con los de la prensa.

—Eso es verdad. Te manejas fenomenal con ellos, no como yo, que soy demasiado temperamental.

—Un poquillo impetuoso sí que eres, para qué vamos a negarlo.

Cada vez confiaba más en él. El juicio por la custodia de Carla, la hija de Jeremy Flynn, un importante ejecutivo neoyorkino que trataba de arrebatarla a su ex, una mujer que había caído en numerosos excesos, traía de los nervios a David, lo reconociese o no.

Jeremy era nuestro cliente y se trataba del primer caso de esa envergadura que le encomendé a ese joven abogado en el que tanto confiaba dentro y fuera del terreno laboral.

Yo sabía que él lo haría bien, muy bien, y que no había nada que temer. Pero cuando los periodistas andan por medio, con ganas de tergiversarlo todo, la tensión aumenta. Y sería por eso que David estaba más raro que un perro verde.

Me preocupaba por él porque en lo sentimental moría por encontrar a su media naranja. Era un tipo mucho más familiar que yo, uno que sí estaba deseando casarse y tener hijos. Pensé en la certeza de eso de que “Dios le da pañuelo a quien no tiene nariz”, porque a mí me había caído uno del cielo que seguía sin saber cómo gestionar.

En el bufete, al menos, todo iba sobre ruedas y yo sentía que en Brooke podía confiar tanto como en mí mismo para llevar cualquier caso.

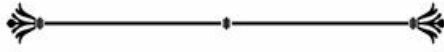
El problema estaba a la hora de trabajar mano a mano, cuando teníamos que compartir despacho y sus insinuantes curvas se quedaban grabadas en esa parte de mi cerebro que, por mucho propósito de enmienda que yo hiciese, me sentía incapaz de controlar.

Traté de hacer todo lo posible para que su presencia no me alterase, pero para un golfo con certificado de serlo como era yo no es fácil hacer algo así. Brooke era una mujer increíble y yo... Yo estaba en un momento de mi vida en el que debía apartar de un golpe todo aquello que tuviese que ver con la posibilidad de volver a sacar los

pies del plato, que era mi especialidad.

pies del plato, que era mi especialidad.

Capítulo 23



Había noches que, antes de entrar en casa, gestionaba la salida y entrada del aire de mis pulmones.

Juro por lo más sagrado que lo intentaba, que intentaba hacerme a la idea de que mi vida, a partir de entonces, se reduciría a Linda, al bebé y a mi trabajo.

No sabía cuánto viviría, eso es cierto, aunque sí supuse que, por pocos años que fuesen, se me harían muy largos. Yo nunca le había sido fiel a mi esposa y lo veía como una condena.

Sé que para la mayoría de las personas esto que estoy diciendo es un absoluto sinsentido. Lo normal debería ser, cuando tomas la decisión de unir tu vida a la de alguien, serle fiel y olvidarte del resto, pero yo no parecía haber nacido para la monogamia.

Aquella noche en concreto, aún no podía disimular la erección que me produjo el pasar largo rato en el despacho de Brooke cuando llegué a casa. Por esa razón, me fui directo al baño con la intención de que no se me notase que venía “puesto” de la calle.

Del baño, salí flechado para Linda con la intención de hacerle el amor, de desfogar con ella, de dar rienda suelta a ese animal que llevaba dentro y que me gritaba que necesitaba sexo.

Me la encontré en el sofá, un tanto cariacontecida, y frené en vista de lo que me decía su rostro.

— ¿Qué te pasa? ¿Hay algún problema?

—Nada, es que he bajado a ver a Emma esta mañana—se refirió a una amiga suya, ginecóloga, que trabajaba en su mismo hospital.

— ¿No me dijiste que iríamos juntos a eso de la ecografía? —le pregunté porque así lo habíamos hablado.

—Sí, sí, y está pendiente. Lo único que sucede es que no me encontraba demasiado bien y quise que me explorase. Por lo visto, no eran más que algunos síntomas propios de mi estado, pero al examinarme sí que ha comprobado que tengo placenta previa.

— ¿Y eso qué quiere decir? ¿Acaso puede sucederte algo malo? —le pregunté con preocupación.

—No, si me cuido no tiene por qué sucederme nada ni al bebé tampoco—enfaticó en la coletilla.

No era tonta ni nada que se le pareciese y ella notaba cómo me costaba involucrar al bebé en mi vida, cómo pregunté por ella y no por él. No me hacía sentir bien, aunque necesitaba tiempo. Pensaba que sería cuestión de tiempo, que pronto me haría a la idea porque no deseaba hacerla sufrir. No a Linda.

—Claro, eso quería decir, que no os sucederá nada a ninguno de los dos—disimulé.

—Lo único es que, verás...

—Dime, por favor—le pedí mientras le cogía las manos.

—Vamos a tener que aplazar un poco lo de las relaciones íntimas, Oliver. La penetración podría complicar las cosas, espero que lo entiendas.

—Claro, claro, ¿cómo no voy a entenderlo? —le contesté tratando de que no me delatara mi evidente erección.

Me sentó como un tiro y lo confieso aun a riesgo de parecer el ser más insensible del mundo. Por supuesto que no haría nada que pudiera poner en riesgo al bebé, pero para un adicto al sexo como yo y que se acababa de cortar las alas, pensar en que tampoco podría tocar a Linda me generó mucha ansiedad.

No hace falta decir que hay más formas de divertirse en la cama aparte de la penetración, pero tampoco ella parecía estar muy por la labor y ni lo insinué. No quería que se viera forzada a algo que no le apeteciera porque tampoco lo podría yo disfrutar así ni lo más mínimo.

Dadas las circunstancias, en los siguientes días comencé a masturbarme a solas. Me sentía un tanto ridículo, como un quinceañero que acaba de descubrir los placeres de darle al manubrio, pelándomela como un mono a cualquier hora y en cualquier lugar.

Hasta la privacidad de mi despacho me dio pie para masturbarme en más de un momento en el que mi entrepierna echaba fuego. Yo había pasado de 100 a 0 en muy poco tiempo y lo llevaba fatal. Y más cuando me bastaba con escuchar el ruido del taconear de Brooke cada mañana para entender que ese monumento andante podría contribuir a bajar esa temperatura, la mía, que me mantenía en un estado febril.

Brooke era el ser más seductor del mundo, una diosa de la sugerencia que conocía su potencial y lo hacía valer.

No en vano, esa misma tarde fui testigo de cómo Jeremy Flynn, ese cliente nuestro cuyo caso llevaba David, le tiró la caña en el bufete, insistiendo para llevársela a cenar.

Con mucho estilo, ella lo estuvo esquivando, cosa que me alegró cantidad. No me entendía muy bien, aunque quizás tuviese que ver con que yo actué durante demasiado tiempo como el gallito del corral y eso no se olvidaba de golpe.

Un rato después, ella entró en mi despacho y, entre risas, se lo hice ver.

—Ya, menudo pesado el tío. Se pensará que me atrae por su fortuna, menudo papanatas—me comentó.

—Pues mira que tiene un éxito brutal.

—Ya puede tener todo el del mundo—me decía con esa blusa de seda que dejaba parte de su seductor canalillo al aire, el mismo que me producía un efecto hipnótico.

—Pues lo tiene, te digo yo que lo tiene—le tiré un poco de la lengua.

—Ya puede ser Mr. Universo, que yo con un cliente no me he liado jamás ni me pienso liar. A no ser que se trate de un Jeff Bezos de la vida que me retire para los restos—bromeó.

— ¿Nunca te has liado con un cliente? —quise saber. A falta de otra cosa, tenía que saciar mi curiosidad al menos.

—Jamás ni pienso hacerlo, ¿tú sí? Venga ya, que son clientes.

—Yo no he contestado nada.

—Pero yo te lo he visto en los ojos, claro que lo has hecho. Tú no dejas títere con cabeza: clientas, trabajadoras... —enumeró.

— ¿Perdona? No tengo ni idea de lo que me estás contando.

—Ya, y yo me chupo el dedo, ¿me vas a negar que te has acostado con Beth?

— ¿Y tú de dónde sacas eso?

Obvio que no quise caer en la trampa de preguntarle si se lo había contado Beth porque me estaría descubriendo, esa trampa era más vieja que el hilo negro, aparte de que Beth tampoco iba de ese palo. Yo ponía la mano en el fuego porque de su boca no había salido tal chisme.

—Pues de la complicidad que derrocháis, la cual solo puede provenir de la cama, eso lo sabe cualquiera.

—Déjalo, estás equivocada—negué porque, si no iba a tener nada con ella, no caería en el error de darle información sobre mi vida íntima. En el fondo, no me fiaba del todo, quizás como coletazo de las rencillas que hubo entre nosotros en su día.

—Sí, muy equivocada, será que no sé interpretar una mirada como, por ejemplo, esa que me estás dirigiendo ahora mismo.

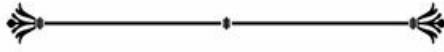
Ni le contesté, recogí mis cosas y me despedí. Después me fui al gym y de allí a casa, sentándome al lado de Linda y tratando de olvidarme de una conversación que, nuevamente, me llevaba a arder por dentro.

—Déjalo, estás equivocada—negué porque, si no iba a tener nada con ella, no caería en el error de darle información sobre mi vida íntima. En el fondo, no me fiaba del todo, quizás como coletazo de las rencillas que hubo entre nosotros en su día.

—Sí, muy equivocada, será que no sé interpretar una mirada como, por ejemplo, esa que me estás dirigiendo ahora mismo.

Ni le contesté, recogí mis cosas y me despedí. Después me fui al gym y de allí a casa, sentándome al lado de Linda y tratando de olvidarme de una conversación que, nuevamente, me llevaba a arder por dentro.

Capítulo 24



Me costó dormir esa noche. No fue solo que Brooke mencionase mi mirada, sino también la que ella me dirigió.

Sin ningún margen para la duda, podría haberla tomado allí mismo, podría haberla hecho mía sobre la mesa del despacho.

Linda parecía gemir entre sueños y me sentí mal. Traté de apartar ese pensamiento de la cabeza y la abracé. Mi propósito de enmienda era real, os doy mi palabra. Pero que me estaba resultando un infierno también es muy cierto.

Llegué al trabajo a la mañana siguiente con la determinación de contarle a Brooke que Linda estaba embarazada. Ella no contaba con esa información y yo esperaba que cambiase de actitud porque, de seguir en la misma, me tendría que dar de baja por salud mental.

Me escuchó paciente mientras tomábamos un café y captó el mensaje de golpe.

—O sea, que me lo cuentas después de lo de anoche porque consideras que yo puedo convertirme en un problema ¿de verdad está pasando? —rio.

—Por favor, no sé qué estará pasando por tu maquiavélica cabeza, pero si supieras la poca gracia que me hace que parezca que te ríes de mí.

—No es eso, hombre, es que me resulta muy simpático que, de golpe, algo así pudiera pasar. Vaya, me refiero al hecho de que me parezcas atractivo cuando lo cierto es que te detesté durante muchos años.

—Así que te resulto atractivo—murmuré.

—¿Tú qué crees? Pero tranquilo, ¿eh? Esto que me cuentas son palabras mayores y ahí no me meto. No me trae cuenta, por muy bueno que pudiera ser el polvo.

Me lo soltó sin ningún filtro porque el compromiso era mío y no de ella. Brooke contaba con una fuerza y una garra, unidas a una seguridad, que hacía tambalear los cimientos de mi vida.

Me refiero, y me gustaría que quedase claro, a que no era la única asombrada. Yo me sentía irresistiblemente atraído por ella, pero, en contra de lo que solía pasar, no se trataba tan solo de una atracción física, sino que en más de un momento del día me sorprendía a mí mismo pensando en sus gestos, en sus palabras, en sus salidas de tono... Y entonces me reía solo.

Me costaba pensar que me estuviese quedando pillado de ella y más cuando eso no me había sucedido nunca, ¿cómo iba a ocurrir en el peor de los momentos? Linda me necesitaba y a Brooke me la tenía que arrancar de cuajo, como si se tratase de una garrapata que se hubiese agarrado con fuerza a mí.

Soy consciente de que hice lo correcto y, aunque el cuerpo me pedía tirar de su mano y llevármela a un lugar privado en el que dar rienda suelta a esos bajos instintos míos que ella desataba, traté de prepararme mentalmente para afrontar la titánica tarea de pasar del balanceo de sus caderas, de la vista de su trabajado trasero, de la sensualidad de su canalillo y de ese coqueteo que se traía con su pelo y que arrancaba mis suspiros.

Entre esos suspiros y en un estado parecido al mío, por mucho que lo negase, me encontré a David, quien parecía estar “apollardado”, expresión que utilizaba un colega y que siempre me arrancaba las lágrimas de risa.

— ¿Estás bien, Romeo? —le pregunté.

—Vete un poquito a la mierda, ¿no, Oliver? —me contestó.

—Siempre has sido algo gilipollas, pero si te vuelves más, tendré que plantearme lo de la rescisión de tu contrato—le piqué.

, —Estoy a tope con lo del caso de Jeremy y la custodia. Sabes que me sensibilizan mucho los temas de los niños.

—Lo sé, lo sé, igual porque tú sigues siendo un poco infantil.

—Estás muy gracioso tú hoy, déjame ya un poco en paz.

—Venga, que luego te invito a almorzar y se te pasa todo, ¿quién te saca las risas como yo?

—Nadie, pero también me sacas una mala leche que es exclusiva para ti.

—Paparruchas. Oye, tío, que te lo estás currando mucho. No te pongas tanto las pilas no sea que un día llegues a ser mejor que yo y entonces imagínate quién me va a aguantar.

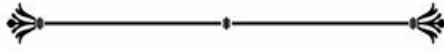
—Prefiero no pensarlo, pero tranquilo que tú naciste con un par de dones y uno es para el Derecho.

— ¿Y el otro? —le pregunté deseando escucharlo porque de sobra intuía la respuesta.

—El otro es para tocar las pelotas, para eso es—me dio justo la respuesta que esperaba y me marché contento a mi despacho, riéndome y negando. Valía mucho David. Para mí suponía una total incógnita de dónde había sacado la paciencia para aguantarme, pues llevaba toda la vida haciéndolo y no había visos de que eso fuese a cambiar.

—El otro es para tocar las pelotas, para eso es—me dio justo la respuesta que esperaba y me marché contento a mi despacho, riéndome y negando. Valía mucho David. Para mí suponía una total incógnita de dónde había sacado la paciencia para aguantarme, pues llevaba toda la vida haciéndolo y no había visos de que eso fuese a cambiar.

Capítulo 25



De madrugada, yo andaba con una de mis pesadillas cuando me desperté y eché de menos a Linda.

Di un enorme respingo y comencé a buscarla, encontrándola en el baño.

—Estoy sangrando, Oliver, estoy sangrando—me comentó con el rostro envuelto en lágrimas.

—Ahora mismo nos vamos al hospital, mi amor—le dije de inmediato.

Vi la sorpresa en su rostro, y no por mi forma de correr, que esa fue la natural, sino por la de dirigirme a ella.

Menudo zopenco que debo ser para vuestros ojos, pero es que nunca le había soltado un “mi amor”. Ella debía suponer que yo la quería, aunque no hubiera salido de mi boca. No obstante, escucharlo la dejó estupefacta.

Enseguida estuvimos en el coche y yo pocas veces me mostré más nervioso. Seguía sin gran ilusión por ser padre, no os voy a mentir, pero solo por la mucha que le hacía a Linda me hubiese dejado cortar una pierna con tal de que ese bebé viese la luz sano y salvo llegado el momento.

La ayudé en todo lo que pude, no hace falta ni decirlo, y enseguida nos atendieron.

Emma estaba de guardia y ella sintió gran alivio porque las unía una bonita amistad. Mi mujer contaba con amistades de las buenas, no así yo, que más que nada me conformé con David en la vida y contaba con muchísimos conocidos, pero no verdaderos amigos.

Uno recoge lo que ha cosechado y Linda era mejor persona que yo como desde Nueva York a La Habana, así de sencillo.

Al ver a Emma, se agarró a su cuello y la empapó en lágrimas.

—Un poquito de tranquilidad que aquí no ha sucedido ninguna tragedia. Vamos a ver qué le pasa a este pequeñín. Tranquila, que igual que tú seguramente se tratará de un guerrero, que para eso es digno hijo tuyo.

Nada sabíamos aún del sexo ni nos importaba, eso no era esencial. Lo esencial era que el bebé viniese perfecto y que Linda no lo perdiese, ya que aquella noche fue la primera de mi vida en la que sentí que su dolor era mi dolor

—No sé yo, aquí el que ha dado siempre mucha guerra ha sido su padre—le confesó ella sorbiéndose la nariz y muerta de miedo.

Nunca la vi vulnerable hasta ese momento. A decir verdad, por mucha apariencia que yo tuviese, siempre fue ella quien me consoló en mis horas bajas, en esas horrendas noches en las que los fantasmas me rodeaban. Y, de pronto, noté que necesitaba todo mi cuidado y cariño.

—Sí, sí, yo doy mucha lata—bromeé mientras apretaba su mano con muchísima fuerza, con tanta que ella misma me miró extrañada.

Emma comenzó a hacerle una ecografía a través de la que nos tranquilizó.

—Vale, ha habido un pequeño sangrado, quizás fruto de alguna relación sexual, ¿la habéis mantenido en las últimas horas? —nos preguntó.

Los dos negamos con la cabeza y ella, que era muy divertida, no dudó en soltar un disparate.

— ¿Le tienes a raya por lo del bebé? ¿Cómo es eso? Vas a tener que patentar el método—se burló.

—No soy un animal, si es eso a lo que te refieres, Emma—carraspeé un poco picado.

—Ah, ¿no? Eso lo tendrías que haber dicho antes, estábamos estudiando cómo pudieron aparearse dos seres de distinta especie como ella y tú.

Si no hubiera sido porque haría todo lo posible para que nuestro hijo estuviera bien, la hubiese enviado a hacer gárgaras. En realidad, dadas las circunstancias, como si me quería patear el trasero, todo lo daba por bueno si, con sus chorradas varias, le sacaba la sonrisa a mi mujer como lo hizo.

Un rato después nos marchábamos a casa mucho más tranquilos. Todo había sido una falsa alarma y el bebé estaba bien, aunque fue un tremendo susto.

—Lo siento mucho, cariño, pero después de lo de esta noche yo prefiero que sigamos sin...

—No hace falta ni que me lo pidas—le aseguré porque descartaba ponerle un dedo encima y que el bebé resultase dañado.

No se trataba de una obligación y no nos prohibieron las relaciones, a la vista estaba, pero fue una decisión que meditamos y que tomamos voluntariamente para facilitar que todo fuese bien en un embarazo que tenía a Linda

exultante.

Nunca la había visto tan guapa ni tan contenta. Nunca imaginé verla florecer del modo en el que lo estaba haciendo. Ella parecía una nueva mujer y me contagiaba con su alegría.

Definitivamente, mirándola aquella noche llegué a la conclusión de que aquel que estaba sintiendo por Brooke era un encoñamiento pasajero, algo que con el tiempo se iría de mi cabeza, mientras que Linda era Linda; la mujer que siempre se mantuvo a mi lado y que me ayudó más que ninguna otra en el mundo.

Llegamos a casa y le preparé a conciencia la cama para que se acostase. Ella era muy tiquismiquis y no se podía acostar con las sábanas enredadas, por lo que me observó mientras lo hacía.

—Si hasta va a resultar que sabes ser cuidador y todo—me comentó.

—Pues claro que sí, ¿acaso lo dudabas?

—¿Acaso he tenido ocasión de pensar lo contrario? —me preguntó con más razón que un santo.

—Supongo que no. Tu amiga no se equivocó en eso de que no soy de tu especie, sino más bien un merluzo. Ven aquí, que te voy a achuchar...

—¿Tú sabes achuchar? Anda ya, que no me lo creo.

—¿No te lo crees? Pues ahora lo vas a comprobar.

Me metí con ella en la cama y comencé a acariciar su bonito y pronunciado mentón mientras la besaba. Estaba muy cansada porque el susto había sido grande y, tras él, nos quedamos mucho más relajados.

Logré que se durmiera y yo me quedé entre este mundo y el otro, como si fuese el guardián de sus sueños y pensando que había llegado la hora de devolverle lo mucho que Linda me había entregado.

exultante.

Nunca la había visto tan guapa ni tan contenta. Nunca imaginé verla florecer del modo en el que lo estaba haciendo. Ella parecía una nueva mujer y me contagiaba con su alegría.

Definitivamente, mirándola aquella noche llegué a la conclusión de que aquel que estaba sintiendo por Brooke era un encoñamiento pasajero, algo que con el tiempo se iría de mi cabeza, mientras que Linda era Linda; la mujer que siempre se mantuvo a mi lado y que me ayudó más que ninguna otra en el mundo.

Llegamos a casa y le preparé a conciencia la cama para que se acostase. Ella era muy tiquismiquis y no se podía acostar con las sábanas enredadas, por lo que me observó mientras lo hacía.

—Si hasta va a resultar que sabes ser cuidador y todo—me comentó.

—Pues claro que sí, ¿acaso lo dudabas?

— ¿Acaso he tenido ocasión de pensar lo contrario? —me preguntó con más razón que un santo.

—Supongo que no. Tu amiga no se equivocó en eso de que no soy de tu especie, sino más bien un merluzo. Ven aquí, que te voy a achuchar...

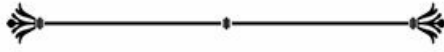
— ¿Tú sabes achuchar? Anda ya, que no me lo creo.

— ¿No te lo crees? Pues ahora lo vas a comprobar.

Me metí con ella en la cama y comencé a acariciar su bonito y pronunciado mentón mientras la besaba. Estaba muy cansada porque el susto había sido grande y, tras él, nos quedamos mucho más relajados.

Logré que se durmiera y yo me quedé entre este mundo y el otro, como si fuese el guardián de sus sueños y pensando que había llegado la hora de devolverle lo mucho que Linda me había entregado.

Capítulo 26



—Pero, ¿está bien? —me preguntó David al día siguiente mientras se lo contaba delante de Beth.

—Está perfectamente, Linda se ha quedado en reposo unos días, pero todo sigue genial y pudimos escuchar el corazón del bebé.

—Qué flipe—murmuró David.

—Qué miedo—negó Beth, quien no tenía el más mínimo instinto maternal.

La miré resoplando porque no era lo que necesitaba en ese momento.

—¿Miedo de qué? —preguntó David.

—No, no, si es un decir como cualquier otro. Yo me voy a mi mesa, no sea que aparezca la gran jefa y se le ocurra alguna manera de torturarme por no estar allí.

A Beth le encantaba ese juego de picarme con Brooke. Si por ella hubiera sido, no habría aceptado los casos de Derek Miller y el despacho no se habría ampliado. A mi secretaria le gustaban las cosas como funcionaron siempre y eso, unido al carácter quisquilloso y fuerte de mi nueva socia, como que la descolocaba un poco.

Brooke no tardó en llegar y se pasó por mi despacho. Por Dios que era la sofisticación hecha persona. Yo estaba acostumbrado a codearme con colegas femeninas de los mejores despachos de Nueva York, si bien un glamur como el de mi socia no lo había visto en la vida. Un glamur que, unido a su innegable sexapil, la convertían en un cóctel adictivo de esos prohibidos que más bien debiera servirse en la barra de un lujoso piano bar que en un bufete.

Yo pensaba en eso mientras que ella se dirigió a mi mesa apoyando sus manos sobre ella. No es que hiciera nada especial, es que cualquier movimiento suyo resultaba sugerente. Tragué saliva mientras me encontraba con su desabotonado escote.

—Me han contado que no has pasado buena noche, ¿todo solucionado?

—Sí, vaya par de cotillas que están hechos esos dos. Por favor, no me gustaría que lo supiera el resto de la plantilla, siempre he sido muy celoso de mi vida privada.

—Yo no soy el resto de la plantilla, tranquilo. Soy tu socia y te recomiendo que te vayas a casa, con tu mujer y a descansar.

Yo notaba lo mucho que le atraía, igual que al contrario. Pese a ello, desde que se enteró de lo del embarazo de Linda percibía que se había apartado de ese juegucillo morboso que nos traíamos los primeros días. Y eso decía mucho en su favor.

—No, no puedo marcharme. Jamás he abandonado mi puesto de trabajo si no es por una causa totalmente justificada—le aclaré.

—Pues vaya mierda de jefe que estás hecho tú, ¿para qué te sirve el poder? Yo, cuando tengo que ausentarme un día lo hago y sin dar explicaciones, así que ya te estás largando.

—Que no, de verdad...

—Tendré que empujarte, ya verás.

No esperaba que lo hiciese, pero tampoco que, una vez me hube levantado y siguió haciéndolo, resbalase como resbaló cayendo encima de mí.

a

Los senos de Brooke, sus labios, su cabello... Tuve que cerrar los ojos para que esa escena no se me quedase grabada, dado que me resultó demasiado insinuante.

— ¿Estás bien? —le pregunté.

—Divinamente. Gajes del oficio. Cielos, no, ¡se me ha roto uno de los tacones! —dramatizó graciosamente y me eché a reír.

—No sé si podrás sobrevivir a eso. Oye, que solo quería decirte que muchas gracias—le comenté poniéndome ya de pie.

Llegué a casa con esa imagen en la cabeza y traté de sacudírmela al entrar. No es que hubiese dejado a Linda sola porque estaba con la señora de servicio que era de nuestra total confianza, la cual se sorprendió al verme entrar. Le hice una señal con los dedos sobre mis labios para que no chistase y la invité a marcharse.

Linda se quedó perpleja cuando me vio aparecer.

—Pero bueno, espera que pongo las noticias, ¿ha tenido lugar un terremoto y ha tirado el bufete abajo? Porque de otra manera no concibo que estés aquí.

— ¿De verdad crees que es necesario para que venga a estar con mi mujer? Me terminarás haciendo daño en el corazón.

—Y todo para que te recuerde que tú no tienes de eso.

—Pues igual ya va siendo hora de que lo tenga.

—Oye, ¿quién eres tú y que has hecho con mi marido? No me gustan los farsantes, prefiero que vengas de frente—rio.

—No se trata de ninguna farsa, estoy donde quiero estar—le aseguré mientras la besaba.

—Dime la verdad, ¿te han amenazado si no venías?

—Puede que mi socia un poco. Es buena cosa, me ha hecho ver que hoy no pintaba nada allí.

— ¿Al final es buena cosa? Si yo creía que era el mismísimo demonio solo que sin rabo.

—Eso es cierto, rabo no tiene...

—Lo has dicho de un modo libidinoso—me dio con un cojín.

—No, no, la mente sucia ha sido la tuya. Además, no creo que te vayas a poner celosa, estoy donde quiero estar.

—Mira, mira, no te metas en terrenos pantanosos.

—Nada de eso, pienso cuidarte todo el día.

—Esa es buena idea. Quizás me venga fenomenal.

—Oye, no has vuelto a sangrar, ¿verdad?

' —Todo va bien, no te preocupes, ¿o es que ahora piensas hacerlo?

—Digamos que puede que ese ser diminuto e inoportuno que me ha dejado sin vida sexual empiece a importarme un poco—reí.

—Desde luego que debería patearte el trasero, aunque entiendo que viniendo de ti encima sea un halago.

—Pues claro que sí, ¿has escuchado en tu vida algo más bonito que eso que he dicho?

—Nunca jamás, para nada. Si no te conociera, Oliver...

—Pero me conoces. Me conoces mejor que nadie en el mundo y eres un verdadero regalo para mí, el mejor de mi vida. Y puede que ese niño sea la prolongación de ese regalo, ¿mejor así? —le pregunté porque era evidente que esas cosas no se me daban bien.

—Un poquito mejor, pero ve entrenando, anda.

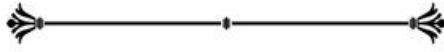
—Pues claro que sí, ¿has escuchado en tu vida algo más bonito que eso que he dicho?

—Nunca jamás, para nada. Si no te conociera, Oliver...

—Pero me conoces. Me conoces mejor que nadie en el mundo y eres un verdadero regalo para mí, el mejor de mi vida. Y puede que ese niño sea la prolongación de ese regalo, ¿mejor así? —le pregunté porque era evidente que esas cosas no se me daban bien.

—Un poquito mejor, pero ve entrenando, anda.

Capítulo 27



Quise darle una sorpresa en los siguientes días, una que a Linda le haría muchísima ilusión. Y no dudé en proponérselo aquella noche en la que la invité a cenar, unos días después.

—Me lo he pensado mejor e iremos a hacer esa escapada a Hawái por tu cumple, la que tanto te ilusiona—le comenté.

Vi un halo de misterio en sus ojos en ese momento, uno que me impactó un poco.

—Verás, cariño...

—¿He dicho algo inconveniente? No lo pretendía, de veras. Es que sé que te hace mucha ilusión y me gustaría compensarte por el disgusto que te di cuando me negué a acompañarte. Tú tenías razón, nos vendrá fenomenal.

—Es que ahora no puede ser—me comentó.

—¿Cómo que no puede ser? Pero si te estoy diciendo que voy a sacar tiempo, prometido...

Entendí en el mismo segundo que volvía a meter la pata. Llevaba toda la vida haciéndolo y no me sería fácil sacarla.

—No tiene nada que ver contigo, es conmigo.

—Explícame eso, por favor, porque voy a empezar a pensar que soy un poco torpe. Y esa sí que es una novedad para mí.

—No lo eres como picapleitos, pero como hombre, a veces...—murmuró entre la risa y el llanto porque para mí que no sabía si reír o llorar.

—Suéltalo ya o me sentiré un poco imbécil, por favor, ¿qué he dicho?

—Mi embarazo conlleva un cierto riesgo, he estado a pique de un repique hace poco y no deseo arriesgarme.

Volar hasta Hawái es una paliza. Y no solo eso, debes pensar que si nos pasa algo estando aquí me atenderán mis compañeros, pero que allí estaremos lejos y solos, no es el momento.

—Tienes toda la razón, vuelve a salirme el merluzo que llevo dentro, lo siento—le comenté un poco avergonzado porque tenía mucho que aprender al respecto de ese nuevo estado suyo.

En los siguientes días, lo estuve hablando con Beth.

—Pues tienes que hacerle sentir que se trata de un cumple especial.

—Es verdad, ¿y si te pasas por la joyería de siempre y escoges algo sensacional? Di que da igual lo que cueste.

—Claro que sí, y luego te sientas a esperar a que te den el premio a la originalidad.

—Hombre, original sí que es dadas las circunstancias...

—Ya, porque sea yo quien vaya, desde luego que lo es. No me hagas sentir hasta remordimientos que eres tú quien debería tenerlos. Pero que no, hombre, que no, que tienes que prepararle algo especial.

—¿Una cena por todo lo alto? Es que si pudiera volar me la llevaría a París, pero claro, si no puede ir a Hawái, allí tampoco.

—¿Y eso lo has pensado tú solito? Ay, qué listo eres...

—Menos cachondeo, a ver si voy a ser yo ahora el tonto del pueblo, Beth.

—No, con esa planta tuya de abogado que se come el mundo no podrías pasar por el tonto del pueblo ni aunque te dejases la piel en ello, por esa parte puedes estar tranquilo.

—Pues tú me dirás lo que puedo hacer.

—Tendrás que subirme el sueldo de esta, te lo advierto.

—Joder, pues sí que me saldrá caro el consejo.

—Es lo que hay, quiero un 40% más.

—Lo flipas en colores, un 20% y vas que chutas.

—Un 20 está bien—observó.

—Genial, porque te habría dado un 25.

—Y yo me hubiese conformado con un 15.

—Oye, esto lo he visto yo en alguna peli—recordé.

—Pues claro, en “Pretty Woman”, aunque no negociaban lo mismo—se echó a reír.

Me senté con Beth y ella me habló de que le preparase a Linda una fiesta sorpresa.

—¿Y no crees que será algo un poco pesado para ella? Por lo de su embarazo, digo.

—Un puntito medio, Oliver, que ni es cuestión de llevártela a París ni tampoco de matarla de aburrimiento jugando al ajedrez. Celebra una fiesta para vuestro entorno más íntimo.

—Vale, pero tú asistes.

—Yo no pinto nada allí, no me siento ni bien.

—Linda no sabe nada, déjate de bobadas. Te necesito como hada madrina.

—No, si al final te diré por dónde te puedes meter la varita.

La dejé pensando en la fiesta y entré en el despacho de David.

—Ya mismo dejas eso y nos vamos a tomar un café a la calle, tío, que te estás mimetizando con la pared. Vaya color de careto...

—¿Me ves muy blanco? —me preguntó levantando la cabeza.

—Y encima amnésico, que tu pared de detrás es verde botella. Venga, levántate, que eso es por falta de Vitamina D. Y de otras cosas también, que vale que yo esté en sequía, pero ¿qué me cuentas de ti?

—Que podría haber pasado olímpicamente de conocer los detalles actuales de tu vida sexual.

—No, si lo tuyo es quejarte. Si follo mucho, porque follo mucho, y si no la meto en caliente, porque no...

Se lo decía mientras le empujaba hacia el pasillo y justo tenía que pasar por allí Brooke en ese momento, cuya cara lo dijo todo.

—No quiero pensar lo que pueda haber entre vosotros—negó David.

—Y dale con la poca fe que me tienes, que estoy reformado, ¿es que no se me nota? —resoplé.

A regañadientes me lo llevé a la calle y logré que se relajara un poco. El caso de la custodia de Carla le tenía sorbido el seso. Nunca le había visto así de preocupado ni de apartado del mundo.

—Solo te voy a decir una cosita, David, no hagas el idiota como yo—le aconsejé.

— ¿En qué sentido? —me preguntó dando un sorbo a la bebida energética que se había pedido. E hizo bien, porque la necesitaba.

—En el de que no pierdas ahora el norte con el trabajo. Eres bueno, tío, te tengo a mi lado porque lo eres, pero no vivas para trabajar. Yo me estoy dando cuenta ahora de que me he dejado muchas cosas por el camino con tal de demostrarle a todos que era el mejor, ¿y sabes qué? Que cada cual va a lo suyo y les importa un pimiento cómo seamos los demás. No tienes que demostrarle nada a nadie. Vale, sí, a mí, pero eso ya me lo has demostrado.

—Y dale con la poca fe que me tienes, que estoy reformado, ¿es que no se me nota? —resoplé.

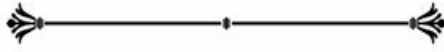
A regañadientes me lo llevé a la calle y logré que se relajara un poco. El caso de la custodia de Carla le tenía sorbido el seso. Nunca le había visto así de preocupado ni de apartado del mundo.

—Solo te voy a decir una cosita, David, no hagas el idiota como yo—le aconsejé.

—¿En qué sentido? —me preguntó dando un sorbo a la bebida energética que se había pedido. E hizo bien, porque la necesitaba.

—En el de que no pierdas ahora el norte con el trabajo. Eres bueno, tío, te tengo a mi lado porque lo eres, pero no vivas para trabajar. Yo me estoy dando cuenta ahora de que me he dejado muchas cosas por el camino con tal de demostrarle a todos que era el mejor, ¿y sabes qué? Que cada cual va a lo suyo y les importa un pimiento cómo seamos los demás. No tienes que demostrarle nada a nadie. Vale, sí, a mí, pero eso ya me lo has demostrado.

Capítulo 28



La siguiente semana se celebraba el juicio de Ronald Hatman, aparte del que llevaba David.

Los dos casos eran de los más importantes del bufete y nos dejarían una ingente cantidad de dinero, aunque ya no era solo el vil metal, sino también nuestro prestigio, lo que nos jugábamos.

Dado que habían sido para mí unos días especiales, Brooke casi me impuso que el de Ronald lo llevaría ella. Se trataba de una batalla campal que había presentado a sus hermanos, como ya comenté, debido a que se habían pulido media herencia de su padre en vida. Más sinvergüenzas y no nacían.

El problema sobrevino cuando, a falta de solo dos días para volar hasta Nueva York para prepararlo con ella, Ronald le comentó que un ingreso de urgencia a su esposa le retendría en Indiana, donde tenía fijada su residencia en los últimos tiempos.

Yo tenía mano en el juzgado y había logrado acelerar el proceso, por lo que no resultaba lógico pedir un aplazamiento y más cuando el juez podría hacernos ver que no era el mismo Ronald quien estaba ingresado.

Gracias a esa mano a la que aludo, sí que conseguí que Ronald pudiese prestar declaración por videoconferencia, sí bien Brooke tendría que trasladarse hasta Indiana a fin de preparar el juicio.

No sería ni el primero ni el último, además que urgía para que los manirroto de los hermanos de Ronald no se lo terminasen de fundir todo.

Brooke estuvo encantada con la idea de viajar y más cuando ella no parecía tener el menor interés en acudir a la fiesta de cumpleaños de Linda, a la que estaba invitada como mi socia que era.

Beth organizó una fiesta preciosa y yo le estaba muy agradecido. Para Linda que se trataría de un fin de semana normal con algún detalle por mi parte y punto, porque no le revelé mis intenciones en lo más mínimo.

El viernes al mediodía, acerqué a Brooke al aeropuerto. Cogía un avión hacia Indiana y tenía por delante unas horas de vuelo. Al bajarse del coche, noté cómo daba un respingo y le pregunté.

—Oye, ¿estás bien?

Un rato atrás ya le había preguntado porque le noté un gesto un tanto raro. Ella era muy fuerte, pero no me fiaba.

—Es un dolorcillo que se me ha encajado justo aquí—me indicó el lugar y casi me mareo.

—No jodas, ¡eso es apendicitis!

—¿Qué dices de apendicitis? Si no me duele tanto, chalado—me soltó, que no hay nada como la confianza.

—Porque llevas pocas horas, espera que lleves más. Ahora mismo tienes que ir al hospital.

—¿Tú estás bobo? De verdad que no pienso ir a ninguna parte. Yo me planto en Indiana y, si me bajan en camilla, pues que me operen allí.

—Ni en broma, tienes que ir volando al hospital—insistí al verla dar un respingo mayor que ya le cambió el gesto por completo.

—Es imposible. Ronald ha estado muy despistado con lo de su esposa y hay una buena maraña de números que aclarar en lo de sus hermanos, que han abierto sociedades debajo de las sociedades para ocultar la pasta.

—Pues tú no puedes ir y David tiene el juicio por la custodia de Carla el lunes, así que menos.

—Y a ti te puede costar el divorcio, ¿no es mañana cuando le das la fiesta sorpresa a tu mujer? Qué original, la sorpresa será que no estés—me dijo con retintín y dando un nuevo salto, que parecía que estaba siguiendo una coreografía.

—Tengo que coger yo ese avión.

—Pero si no llevas ni equipaje ni nada.

—Eso no es problema, sabes que tengo que hacerlo—le dije mientras paraba un taxi y le indicaba que la llevase lo más rápido posible al hospital.

Linda no sabía nada de su fiesta sorpresa ni yo podía desvelarle el secreto. Maldije mi suerte y pensé que debería celebrarse incluso en mi ausencia.

—¿Tú no estarás y yo tengo que asistir? Ahora sí que tendrás que subirme más el sueldo, capullo—me amenazó Beth cuando lo supo.

Para Linda que me iba en un fin de semana como otro cualquiera y, aunque le hizo menos gracia por lo de que se

trataba de su cumple, no chistó. Siempre fue muy comprensiva y pareció entender que se trató de un imprevisto total, a pesar de lo cual la noté muy triste.

Yo maldije al karma y a quien lo inventó, porque tuve muchos años para celebrarle un cumpleaños de cuento y, para uno que me decido, lo pasaría a muchas horas de distancia de mi casa.

Me prometí que la compensaría, que habría muchos más cumpleaños y que yo procuraría pasar más tiempo con ella y con el bebé. Me prometí que sería la última vez que el trabajo se interpusiera entre mi familia y yo. Y lo cierto es que así fue.

Volé hasta Indiana soltando toda clase de maldiciones mentales y, para colmo, tuve que concentrarme en el caso porque era mi socia quien lo estaba llevando y no era nada sencillo de cogerle el hilo.

Pensé que, al menos así se me pasaría el tiempo más rápido, porque nunca me costó tanto alejarme de mi casa. Cuántas veces lo hice con simples excusas para evadirme con una amante y cuánto lo lamentaba en esa tarde en la que volé hasta Indiana con el disgusto de que le fallaría una vez más a Linda.

Aterricé unas horas después con una paliza tremenda y con poco tiempo para descansar. La cabeza me ardía porque me metí en ella durante el viaje toda la trama financiera que orquestaron los caraduras de los hermanos de mi cliente. Solo necesitaba descansar y volver pronto a casa, aunque el fin de semana iba a dar de sí más de lo que tenía previsto.

trataba de su cumple, no chistó. Siempre fue muy comprensiva y pareció entender que se trató de un imprevisto total, a pesar de lo cual la noté muy triste.

Yo maldije al karma y a quien lo inventó, porque tuve muchos años para celebrarle un cumpleaños de cuento y, para uno que me decido, lo pasaría a muchas horas de distancia de mi casa.

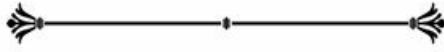
Me prometí que la compensaría, que habría muchos más cumpleaños y que yo procuraría pasar más tiempo con ella y con el bebé. Me prometí que sería la última vez que el trabajo se interpusiera entre mi familia y yo. Y lo cierto es que así fue.

Volé hasta Indiana soltando toda clase de maldiciones mentales y, para colmo, tuve que concentrarme en el caso porque era mi socia quien lo estaba llevando y no era nada sencillo de cogerle el hilo.

Pensé que, al menos así se me pasaría el tiempo más rápido, porque nunca me costó tanto alejarme de mi casa. Cuántas veces lo hice con simples excusas para evadirme con una amante y cuánto lo lamentaba en esa tarde en la que volé hasta Indiana con el disgusto de que le fallaría una vez más a Linda.

Aterricé unas horas después con una paliza tremenda y con poco tiempo para descansar. La cabeza me ardía porque me metí en ella durante el viaje toda la trama financiera que orquestaron los caraduras de los hermanos de mi cliente. Solo necesitaba descansar y volver pronto a casa, aunque el fin de semana iba a dar de sí más de lo que tenía previsto.

Capítulo 29



Me congratuló volver a encontrarme con un tipo de sólidos valores como Ronald Hatman.

Me citó al día siguiente en la cafetería del hospital porque no quería separarse de su esposa más que el tiempo mínimo imprescindible.

Llevaban toda la vida juntos y era puro amor el que derrochaba al hablar de esa compañera de vida de la que se le llenaba la boca hablando.

—Si hubiera sido necesario, habría renunciado a mi parte con tal de no separarme de ella—me contó aquel sesentón que seguía enamorado de su esposa Rose como el primer día, según me contó.

—No, claro que no, yo ya estoy aquí y lograremos ganar el caso, no le quepa duda.

—No me cabe, aunque cambiaría todo ese dinero por años de vida para mi esposa, los cuales me temo que no vivirá.

La voz se le apagó al comentarlo. Me costaría trabajo que se concentrase porque eran muchos datos a retener y yo tendría que hacer un esfuerzo extra, ya que el hombre estaba en lo que estaba.

Tras una serie de horas charlando con él y preparándole para la que se le vendría encima, me invitó a ir a conocer a Rose.

Nunca he sido amigo de involucrarme personalmente con mis clientes, pero a alguien así no podía decirle que no. Y menos estando en el mismo hospital.

—Mi Rose se me va a marchitar como la rosa que es—me contaba con lágrimas en los ojos mientras avanzábamos por el pasillo.

Le habían descubierto un tumor galopante y no había nada que hacer. Apenas le quedaban unas semanas de vida y, para aliviar su sufrimiento, la ingresaron desde el primer momento.

Entré en la habitación y comprobé que eran la viva imagen del amor. La señora era muy dulce y me invitó a sentarme a su lado.

—Joven, ¿tú tienes hijos? —me preguntó.

—Uno me viene en camino, señora.

—Qué bendición, seguro que estás loco de contento, igual que tu esposa—me comentó y hasta me sentí culpable.

—Sí, es una gran motivo de alegría—le contesté pensando en que sí que lo era, y en que tener un hijo con Linda, por mucho que no hubiera sabido verlo, sería la cosa más maravillosa que me pasara en mi vida.

—Es lo único que echamos en falta mi Ronald y yo, un hijo que hubiera hecho florecer nuestro jardín aún más—me confesó.

—Pero si tú eres la flor más linda, mi amada—le decía él mientras besaba sus magulladas manos, esas que mostraban moretones a consecuencia de las vías que tenía puestas para suministrarle los medicamentos.

—Sí, pero no me niegues, mi amor, que te hubiera encantado contemplar a algunas florecillas más, fruto de nuestro amor, corriendo por ese jardín.

Contemplé las lágrimas en los ojos de ambos y me contagiaron. Nunca me había pasado y eso que, en ocasiones, escuché en juicios testimonios verdaderamente duros, ¿qué me estaba sucediendo?

Cuando me despedí de ellos, llamé a Linda y estuve charlando un buen rato con ella.

—Te echo de menos, súper feliz cumpleaños, nena—le repetí, porque ya la había felicitado por la mañana.

—¿Me echas de menos? —me preguntó porque tampoco eso se lo había dicho nunca. Qué sequito fui siempre con ella.

—Mucho, y me gustaría estar hoy contigo y con el bebé.

—¿Con el bebé también? —me preguntó y eso me removió ya que, a pesar de que estaba muy contenta con el embarazo, la noté triste.

s

—Con el bebé más—recalqué y pude imaginar su bella sonrisa—. Oye, espero que pases un día estupendo, ya me contarás luego.

—Pues no tengo nada especial preparado, así que poquito podré contarte—me indicó.

Al colgarle, llamé a Beth y me confirmó que todo estaba preparado y que llegarían a partir de las 6 de la tarde todos los invitados, junto con gran cantidad de parafernalia como un *photocall* y demás que llevarían David y ella. Tampoco faltarían Sally, George y varios familiares de mi mujer.

Me retiré a descansar un poco y me sentí fatal. El caso estaba ganado casi de antemano y también hice una videoconferencia con Brooke, quien me atendió desde el hospital.

—Dime que todo está preparado...

—Lo está. Mañana le daremos una vuelta, pero le ha quedado clarísimo.

—Jodida apendicitis...

—No me equivoqué mucho, ¿eh?

—No, pero eso no te convierte en más listo, no creas que te voy a regalar el oído—me soltó con sorna.

—No tengo necesidad de que lo hagas. Sé muy bien lo que soy, para bien y para mal.

—Oye, qué profundo ha sonado, ¿tú no estarás pasando por una crisis existencial? Mira que a los 40 dicen que viene una que prefieres que te arrolle un tren.

—Tú siempre dándome ánimos. Pues no y, aparte, que me faltan unos cuantos años todavía para eso.

—Pues los mismos que a mí y pasarán en un suspiro.

—En eso espero que pase este maldito finde.

—Siento habértelo jorobado, aunque ahora te lo esté alegrando con mi visión, porque estoy sexy hasta recién operada y con esta mierda de camión que me han puesto—me contó entre bromas.

Desde luego que no se equivocaba. Ella estaría sexy hasta muchos metros bajo tierra, aunque yo prefería no pensar ya en eso y centrarme en imaginar cómo le sentaría a Linda su fiesta de cumple.

Ojalá que supiera apreciar que me hizo ilusión sorprenderla y que supiera perdonar mi ausencia. Me odié por no estar allí y entendí que ningún caso, absolutamente ninguno, merecía dejarla tirada.

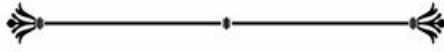
Nunca más lo haría. Nunca habría más excusas para pasar un tiempo separados que ya deseaba vivir junto a ella. Porque entendí que la vida es una colección de momentos y que se equivocan quienes lo miden todo en términos monetarios, como yo mismo hasta entonces.

Conté las horas que faltaban para la fiesta y preparé mi teléfono para videollamarla cuando Beth me indicase que

era el momento. Mientras, traté de descansar un poco porque me sentía muy cansado, y no solo me refiero al cansancio físico, sino a ese otro que agota más: el mental.

era el momento. Mientras, traté de descansar un poco porque me sentía muy cansado, y no solo me refiero al cansancio físico, sino a ese otro que agota más: el mental.

Capítulo 30



Me había quedado dormido cuando Beth me dio el toque. De inmediato, videollamé a Linda.

—Hola, preciosa—le dije.

—Hola—me respondió sorprendida—, ¿qué te parece todo esto? ¡Ha sido una tremenda sorpresa! —exclamó con lágrimas en los ojos.

Linda estaba muy sensible, muchísimo. Yo pensaba que las hormonas la estaban trastocando en aquel momento de su vida más aún que yo, que ya es decir.

—Pues me parece que es lo menos que te mereces. No te imaginas, no te imaginas lo mal que me siento por no poder estar ahí contigo—le confesé.

—No te preocupes, no es el primer año que pasamos mi cumpleaños separados—negó y me dio mucha pena.

—Pero si será el último, no volverá a suceder. Ya estaba todo preparado cuando me enteré de que tuve que volar, no había marcha atrás.

—Es lo que sucede en algunas ocasiones, que comenzamos a andar hacia delante en la vida y luego no la hay, no hay marcha atrás.

Sus palabras me sonaron muy significativas, como si encerrasen un mensaje. Supuse, porque no soy tonto, que ella se refería a que también le sucedió conmigo, a que yo la envolví en mi red de narcisista y ella no supo cómo escapar.

—Tú no volverás a tener que mirar hacia atrás—le contesté sin esquivar el tema porque entendía que demasiados mensajes suyos esquivé ya a lo largo de los años.

—Mira, si es que están todos, ¿cómo te las has ingeniado para lograrlo? Beth me ha dicho que te has encargado—me comentó con una tímida sonrisa, tratando de que las lágrimas no afloraran a su rostro.

—Beth ha sido muy generosa con ese comentario, aunque lo que sí puedo asegurarte es que he procurado que hoy disfrutes de la mejor fiesta de cumpleaños del mundo.

—Entiendo. No importa que delegues, solo que te acuerdes, participes y lo desees, recuérdalo para el futuro—me indicó.

—Claro que lo recordaré, claro que lo recordaré.

—Y ahora voy a tener que dejarte, porque hay un montón de invitados que quieren saludarme y que, además, vienen con regalos. No hacía falta tanto, Oliver, no lo merezco.

—Mereces eso y mucho más. Yo te entregaré el mío en persona. Y ahora, hazme el favor de pasarlo genial por mí ¿lo harás?

—Lo haré—afirmó antes de colgar la llamada.

Estaba bellísima, Linda parecía exultante y muy emocionada. Su belleza iba a más con ese embarazo que le estaba sentando muy bien.

Me quedé en aquella cama, nervioso y maldiciendo. Para colmo, la falta de sexo me estaba matando. Por supuesto que me proporcioné un rápido alivio manual que me ayudó a soltar tensión y luego salí un rato con la intención de dar un paseo y cenar algo antes de irme a dormir.

Mientras daba ese paseo, pensaba que nada de aquello tenía sentido. Los astros se habían aliado para darme una lección en un momento de mi vida en el que ya no me hacía falta porque yo solito la había aprendido.

Para colmo, una repentina lluvia comenzó a caer y la tarde se volvió de lo más nostálgica.

Era cierto que yo tenía un regalo espectacular para mi esposa, una gargantilla que era una verdadera joya para ocasiones muy, muy especiales y que terminé por encargar personalmente para ella. Una maravilla digna de ella que, conociéndola, pasaría a convertirse en la favorita de su joyero.

Cené haciendo caso omiso a las señales que me envió una de las camareras del restaurante, quien pareció encapricharse de mí y con su lenguaje no verbal me lo dejó claro.

El Oliver de antes no se habría marchado de allí sin la promesa de recogerla al final de su turno. En lugar de eso, comprobé lo divertido que me resultaba hacerme el tonto y dar a entender que nada estaba captando al respecto.

Salí del local con la satisfacción de haber hecho bien las cosas y me dirigí de nuevo hacia mi hotel. Solo quería dormir pronto para que las horas siguieran volando en el que estaba resultándome un finde nefasto.

Me encontraba mentalmente agotado y esa noche no me costó enganchar el sueño. Debía llevar unas horas frito cuando el tono de llamada de mi móvil me sobresaltó. Miré la pantalla y se trataba de David.

—No me seas friki, ¿nervioso por tu juicio del lunes? Son las tantas, David, mañana hablamos.

—Nada de mañana. Es Linda, está en el hospital, tienes que venir de inmediato.

— ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —le pregunté porque el hecho de estar a tanta distancia no es que jugase a mi favor precisamente.

—Se ha puesto mal de pronto. Es el bebé, tienes que venir, no puedo decirte más—me informó con la intención de colgar.

— ¿Tú estás con ella? ¿Estás con ella? —le pregunté.

—Tranquilo, que no la dejaré sola ni un minuto.

Sentí un alivio infinito porque David existiera y porque siempre, en los momentos más complicados de mi vida, si intervención fuese crucial.

Desesperado, consulté la App de vuelos y, como era de esperar, el siguiente no saldría hasta el amanecer. El problema era que no había billetes.

Me vestí, cogí el poco equipaje que había comprado allí a lo largo del día, y pedí un taxi que me llevase al aeropuerto. Terminé logrando volar en un avión que despegaba un par de horas después del primero, imposible hacerlo antes.

Si hubiera podido contratar un vuelo privado lo habría hecho, pero no se dieron las circunstancias. Hice varias llamadas a David antes de despegar y en todas ellas el tono de su voz me indicaba que nada bueno estaba por suceder.

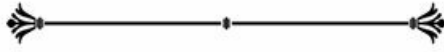
Nunca había rezado y no sabía hacerlo, no de una manera formal a través de una oración. De todos modos, hablar con la gente y convencerla era mi especialidad, razón por la que pensé que en el caso de Dios no sería distinto.

Me presenté, porque no debía conocerme, y le supliqué que todo estuviese bien con Linda, que el bebé se aferrase al vientre de su madre y que ella no pasara por la pena de perder lo que más deseaba en la vida.

e

u

Capítulo 31



Cuando llegué al hospital ya habían pasado demasiadas horas. Nada más ir avanzando por el pasillo que me conducía a su habitación, supe que algo malo había sucedido y que ocurrió en mi ausencia.

Las corazonadas existen y yo experimenté una que me vino a decir que Dios no llegó a escuchar mis plegarias o que las ignoró, simplemente, quizás porque no podemos aferrarnos a algo en lo que nunca creímos, solo por simple desesperación.

La mirada de David cuando entré en la habitación no me indicó que me hubiese equivocado. Le habría dado un gran abrazo de no ser porque todos los que tenía los había guardado para mi esposa, cuyo rostro empapado en lágrimas me anunció la peor de las noticias.

David se quedó en el quicio de la puerta y nos dejó a solas con nuestra pena, porque esa nos la comeríamos a medias.

—Lo he perdido, Oliver, ya no hay bebé—me decía Linda con la mirada absolutamente ida, como si no estuviese en este mundo.

—Lo siento, mi amor, lo siento—le contesté del modo más cariñoso que salió de mí mientras la comenzaba a abrazar con todas mis fuerzas.

A Linda le habían abandonado las suyas porque no me devolvía el abrazo. Su cuerpo daba la impresión de encontrarse inerte, lo mismo que esa mirada tan penosa, una que nunca le conocí hasta ese día.

—Y no estabas, Oliver, y no estabas—murmuró.

—Lo siento, lo siento....

Conocía a Linda lo bastante como para saber que no me estaba culpando de nada. Ella tan solo verbalizó eso que le dolía, lo que le salió del corazón, unas palabras que entraron en el mío como si de una puñalada tramera se tratase.

—Y yo también lo siento—me contestó.

—No, tú no tienes que sentir nada. Todo ha sido culpa mía, una vez más lo ha sido.

—No, no me estás entendiendo. Lo siento por haber soportado lo inaguantable tanto tiempo, por eso lo siento—me reprochó en ese momento y la abracé aún más fuerte.

—Lo sé, soy consciente de que te he fallado, lo sé. Pero te prometo que no volverá a suceder.

—Llevas toda la vida ausente, haciéndome falsas promesas que nunca cumples, ¿de verdad crees que no me daba cuenta de nada, Oliver? ¿De verdad? —me preguntó en el más desgarrado de los tonos.

Entendí que me iba a enfrentar en ese instante al juicio más complicado de mi vida, a uno en el que yo mismo sería el acusado y en el que Linda me acusaría y me juzgaría, todo en el mismo papel.

—Sé que te he fallado en muchas cosas, pero eso no significa que no te quiera. Me he dado cuenta, tarde, pero me he dado cuenta. Quiero poder compensarte por muchas cosas...

—Sí, por tus ausencias, por tus descuidos, por pensar solo en ti. Son muchas cosas, Oliver, muchas... Por no mencionar por los muchos cuernos que me has puesto.

Inhalé y exhalé, estaba a punto de hiperventilar. Miré a David, quien seguía en la puerta de la habitación y no, él tampoco podría ayudarme en una situación que tantas veces me advirtió de que llegaría.

—Linda, yo...

—No insultes más mi inteligencia, Oliver. He callado, dudado, constatado y llorado demasiado en mi vida. Te he querido tanto que me olvidé de mí misma y aparté de mi lado lo único de lo que una persona no se puede desprender: su dignidad. Siempre he sabido que había otras, pero quería escudarme en que el fondo solo me querías a mí, ¿quererme? Solo te has querido a ti mismo—murmuró.

—Linda, pero tú has sido feliz. Lo has sido todos estos años—fue lo único que se me ocurrió decir porque mi defensa no se sostenía.

—No era tan feliz, Oliver, no cuando sabía que te compartía con un puñado de mujeres... Mi enamoramiento me llevaba a querer aparentarlo, pero no. El problema es que yo no conocía el amor verdadero y, por tanto, no podía comparar. Hasta ahora.

—¿Qué estás diciendo, Linda? —le pregunté notando que la más pesada de las losas había caído sobre mí—. ¿Hay otro? Pero si íbamos a ser padres, sí...

—Y no sabes el dilema moral que eso me supuso porque, cuando ocurrió, cuando supe de mi embarazo, yo ya llevaba tiempo enamorada de ese otro al que aparqué para que tú y yo formásemos una familia.

—No, me lo estás diciendo para hacerme daño, porque yo te he hecho mucho y porque tampoco he estado a tu lado en el momento en el que más lo necesitabas cuando lo cierto es que tú siempre me cuidaste.

—Sí, porque yo sé hacerlo.

—Linda, ¿de quién era el bebé? ¿De quién? —la interrogué porque me salió ese abogado que era.

—Era tuyo, Oliver, ¿y sabes por qué? Porque los demás no somos como tú. No me habría metido con nadie en la cama hasta no decirte que te dejaba. Estaba muy confundida, unos días reunía fuerzas para decírtelo y después se esfumaban, por eso te ofrecí irnos a Hawái, para aclararme, aunque ahora ya lo tengo clarísimo.

—No, esto no está sucediendo, es una de mis pesadillas—afirmé mientras sostenía mi cabeza con las manos como si se me fuese a caer.

—Lo siento, Oliver, esas te las tendrás que hacer mirar porque yo no volveré a estar ahí para consolarte. En cuanto al resto, es una realidad.

— ¡¡ ¿Quién es él?!! ¡¡ ¿Es uno de tus compañeros?!! —le chillé enfurecido.

—Ni se te ocurra volver a chillarle. Soy yo—me informó alto y claro David, acercándose.

Por un instante, perdí la noción de la realidad y escuché una especie de risotada sarcástica que envolvía toda la habitación de un hospital que me pareció una cárcel. Sentí que me estaba volviendo loco y enfoqué hacia él, suplicando al universo que lo escuchado por mí no fuese más que el producto de mi imaginación.

— ¿Qué has dicho, David? —le pregunté yendo hacia él y cogiéndole por la pechera.

—Que Linda y yo nos amamos. Hace tiempo que los dos lo venimos notando y hoy hemos puesto las cartas encima de la mesa.

— ¡Hijo de puta! —le chillé levantando el brazo.

No era el primer grito que daba, por lo que había alertado al personal, viniendo hacia mí y separándonos. No me dio tiempo a darle ese puñetazo que tenía preparado para él, uno que le hubiese tumbado y que apartase de mí su asquerosa cara, pues así la sentí.

—Si alguna vez me has querido, si hay algo de verdad en tus palabras, demuéstramelo marchándote ahora mismo de aquí—me pidió Linda mientras me sujetaban.

Muchas veces en mi vida me había quedado atolondrado, pero puedo prometer y prometo que nunca como aquella, en la que la mezcla de sentimientos convirtió mi cabeza en un cóctel Molotov.

En volandas, me llevaron hasta el ascensor, el cual tomé. Nada más darle al botón, me fui deslizándome por la pared de este y me quedé sentado en el suelo, llorando como jamás lo había hecho.

Una señora mayor fue la que me descubrió en ese penoso estado.

—Joven, no sé de qué se tratará, pero pasará, todo pasa—me dijo acariciando mi cabeza.

No, aquello no pasaría. No solo había perdido a Linda, sino que ella me había traicionado con David. No, no había otro en el mundo para hacerlo, tenía que ser con mi hermano, con la persona con la que me crié como tal y que fue uno de los grandes puntales de mi vida. El otro era Linda y yo me sentía como un banco al que le arrancan de cuajo las patas y no puede sostenerse.

Nada recuerdo del trayecto a casa en taxi. Podrían haberme robado, vapuleado o insultado que no sería más que una marioneta en manos de quien hubiese caído.

Jamás noté que me faltaron las fuerzas como en esos instantes, ¿y qué decir del momento en el que abrí la puerta del ático y ella no estaba?

Me hice un ovillo en el sofá y comprobé que la mantita seguía oliendo a ella, ¿cómo pudo hacerme eso? ¿Cómo? Sé que la respuesta es muy sencilla y que cualquiera me la podría haber dado en milésimas de segundos, pero yo no podía verla. No cuando el dolor me había cegado.

Llevaba tiempo en el ambiente y yo no supe verlo. Esa defensa férrea que David siempre hacía de ella, reprochándome mi actitud con Linda. Él estaba enamorado de mi mujer y por eso aparecía tan raro en los últimos tiempos.

Cogí la mantita y la hice jirones con mis propias manos. Los dos se habían reído de mí, los dos me habían tendido una trampa en todas mis narices y yo había caído como un pardillo.

Tras dejar caer los pedazos de la mantita de sofá en el suelo, me levanté y con mi brazo estirado arrasé con todo lo que me recordase a Linda o a nosotros.... Uno a uno vi estrellarse en el suelo los marcos con sus fotografías o con las nuestras, mientras los cristales se acumulaban.

Mi vida carecía de sentido sin ella, ¿cómo la iba a olvidar? Gestos como aquel no servirían. Debía odiarla o Linda se quedaría tan dentro de mí que no tendría ocasión de expulsarla.

El truco estaba en odiarla tanto que no quisiera volver a tener ni un recuerdo de la que fue mi esposa. Pensé en qu

yo le había fallado, pero en que ella no lo hizo menos.

Cuando uno quiere ver una cosa, da igual que no le asista la razón, terminará viéndola. Y eso era lo que yo pretendía.

Miraba mi botellero cuando recibí una llamada y era Brooke. La que me faltaba... No, no descolgaría, así llamara mil veces.

No sabía en ese instante que lo haría, que mi colega comenzó a insistir tanto que terminé estrellando mi móvil último modelo, una virguería que costaba un huevo, contra la pared.

aLo que es bueno, es bueno, y aun con la pantalla hecha añicos, el aparato siguió sonando.

e

— ¿Qué cojones se supone que quieres, Brooke? —le pregunté.

— ¿Qué te pasa, Oliver? Creí que me informarías de tu reunión de esta mañana con Ronald, por si ya lo tienes listo del todo.

—A Ronald te lo puedes meter por donde te quepa, guapa. Y al resto de los clientes también—le solté.

—Por el amor del cielo, ¿qué dices?

— ¿Amor? ¿Y qué cojones se supone que es el amor? Para tu información, ¡el amor no existe! —reí diabólicamente—. No es más que un absurdo invento para tenernos idiotizados y jodernos la vida.

— ¿No está Linda contigo? ¿Qué está sucediendo?

—No, Linda no está conmigo, ¿y sabes por qué? Porque ella ya llevaba un tiempo que no estaba a mi lado. Que sí que lo parecía, pero que no... Ella estaba al lado de David, de esa sucia comadreja traidora que me ha robado a mi mujer, ¿puedes creerlo? Yo le he formado, le he convertido en el abogado que es y él me lo paga así: robándome lo que más quería. Di algo, dilo si eres capaz, ¿o es que justo hoy te ha mordido la lengua el gato? Siempre te sobraron ovarios para opinar, ¿o tú también eres una falsa? —la desafié.

o—Siento mucho lo que ha sucedido, pero si es así, David no te ha robado nada. Te conozco y no has sabido cuidar lo que considerabas que era tuyo, Oliver. Debiste pensar que Linda siempre estaría ahí, contra viento y marea, y nadie tiene eso asegurado. Lo siento por ti, lo siento mucho.

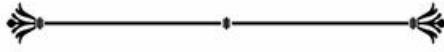
l Yo solito me metí en la boca del lobo. Le pedí su opinión y ella me la dio. No me quedaba más que joderme, una vez más, porque ni una daba en el clavo.

e

“
”
i

r

Capítulo 32



Me pasé el resto del día bebiendo. Una botella tras otra, fueron cayendo, hasta que el sueño se adueñó de mí.

La pena, la rabia, la ira... Todo colisionó en una noche en la que las pesadillas me asaltaron más que nunca. Entre sueños, y sin poder discernir qué era realidad y qué no, llamaba a Linda. Y ella, como es lógico, no estaba.

Los escalofríos me recorrieron y sudé como si fuese un grifo abierto, debí perder varios kilos en aquella agónica noche que dio lugar a una mañana que no mejoró en absoluto.

Al mediodía, llamaron a mi puerta y era Brooke. Me sorprendió mucho verla vestida con un elegantísimo traje de chaqueta, con su maletín en la mano y con ese gesto inquisitorio que la hizo avanzar hacia mi salón sin pedirme siquiera permiso para ello.

—He visto pocilgas más limpias que esto—me comentó cuando vio el descuidado aspecto de mi salón, lleno de botellas y con todo revuelto, además de con la manta hecha jirones, los marcos de fotos hechos pedazos...

—La señora de la limpieza vino antes, pero la eché—le dije llevándome las manos a mis doloridas sienes.

—Claro, yo también lo habría hecho, es que lo tienes todo controlado.

—¿Y tú? ¿Tú no deberías seguir en el hospital?

—Me han operado de apendicitis, no me han hecho un trasplante de riñón, guapo. Aunque lo de guapo es un decir porque tienes un aspecto que da pena.

—No como el tuyo, ¿has ido a trabajar?

—Sí, a diferencia de otros—me reprochó.

—No te embales que tú misma dijiste que te tomabas tus días cuando te daba la gana. Solo he seguido tu consejo.

—Cierto, los jefes podemos tomarnos ciertas licencias, pero hay que avisar, ¿no te parece? Teníamos clientes con

los que reunirnos, ¿cuándo pensabas decirme que estabas borracho como un piojo?

— ¿Qué dices de piojos? Aquí no hay de eso, está todo muy limpio.

—No será hoy. Por cierto, ya te he salvado el culo con el armador, a quien también has dejado tirado.

— ¿El armador griego? Mierda, es verdad, tenía que reunirme hoy con él. Su mujer se lo está poniendo difícil con el divorcio. Qué raro, con lo bonita que es esa mierda que llaman amor.

—Ya salió el misógino de mi socio echándole la culpa a las mujeres de todo.

—Qué va, qué va, si la culpa no es de las mujeres... Es de todo el idiota viviente que cree en esa patraña del amor. Una vez, una sola jodida vez he creído yo en él, en las últimas semanas, y mira cómo me ha salido. Me iba mucho mejor cuando pasaba de todo.

—Sí, sí, y eso de pasar no ha tenido nada que ver en la decisión de Linda.

—Ni la nombres, no quiero saber nada de ella. A partir de hoy, será como si no hubiese existido. Te tengo que pedir un favor.

—Llamo a una cuadrilla de limpieza, no te preocupes.

—No es eso, ¿hablarías tú con Linda de cómo haremos las cosas? Es decir, yo quiero quedarme en el ático y...

— ¿Y por qué no lo haces tú mismo?

— ¿Hace falta que te conteste? No quiero dirigirle más la palabra en mi jodida vida, lo mismo que al pequeño traidor... Ese que espero que ya haya recogido sus cosas del bufete.

— ¿Recoger sus cosas? ¿Estás loco?

—Lo estás tú si piensas que seguirá trabajando allí. Por encima de mi cadáver lo hará. No quiero volver a verle porque entonces nadie le libraré de que le dé una buena tunda.

—No podemos prescindir de David, tendrás que aprender a convivir con él.

—No sabes lo que dices, la loca eres tú. Yo no podría contenerme. No es que no quiera, es que no puedo. Vale, y no me mires así, tampoco quiero, estamos de acuerdo.

—Pues eso de retarle para ver quién la tiene más larga no te valdrá en esta ocasión.

—Ni puta falta que me hace. Se la he visto mil veces y le gano por goleada.

—Me encanta cuando te sale tu parte humilde.

—No sería quien soy si no tuviese el ego tan alto. Y eso no parecía importarte cuando te asociaste conmigo.

—No me hagas replantearme cosas, te lo ruego. David ha estado hoy espléndido en su juicio. Jeremy Flynn ha llamado para felicitarnos, está feliz con la custodia de su hija y nos hará la mejor de las publicidades.

—Ese mequetrefe lo tenía mascado, yo mismo le ayudé a...

—No se te ocurra restarle méritos. Estarás enfadado con David, pero este trofeo es suyo. No voy a consentir que vuestra rivalidad afecte en el bufete, eso métetelo en la cabeza.

—Ni yo voy a consentir que él se quede. No es nuestro socio, solo deberíamos rescindirle el contrato.

—Y es una pena que no lo sea, porque no es peor que nosotros. Ese chaval llegará muy alto, olvídate de deshacernos de él. Tengo tanto poder como tú en el bufete y necesito mi firma para despedirle.

—No sabes lo que estás haciendo, no mides consecuencias.

—¿Y tú? ¿Tú sí que las mides? Mírate, él tampoco está bien y ha actuado brillantemente en juicio desde primera hora de la mañana. Ha sido muy responsable, ¿tú puedes decir lo mismo?

—No, si al final resultará que es hasta mejor que yo. Olvídate, no lograrás que pueda trabajar con él.

—No es una opción para ti. No podemos prescindir de él porque el trabajo en el bufete se resentiría mucho y no he inyectado un importante capital para que todo se vaya al garete porque tú no sepas separar lo personal de lo profesional. No te pido que le des palmaditas en la espalda, solo que podamos sacar adelante los casos. Y después que cada cual haga su vida.

—Es la peor idea del mundo.

—¿Y tú tienes alguna mejor?

—Pues ahora que lo dices, ¿echarías un polvo conmigo? Eso también mejoraría mi rendimiento en el trabajo, lo necesito.

—No echaría un polvo de consolación contigo ni majara. En la puta vida me he acostado con un tío que estuviese pensando en otra.

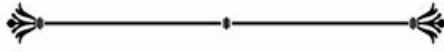
— ¿No crees en ti misma? A la vista está que te sobra de todo para enloquecer a un hombre.

—Cosa que sé de sobra, si bien no me interesa enloquecer a ningún hombre que tenga el pensamiento puesto en su esposa—me aclaró antes de girar sobre sus esbeltos tobillos y salir, sugerente, mientras caminaba encima de sus altos zapatos de tacón.

— ¿No crees en ti misma? A la vista está que te sobra de todo para enloquecer a un hombre.

—Cosa que sé de sobra, si bien no me interesa enloquecer a ningún hombre que tenga el pensamiento puesto en su esposa—me aclaró antes de girar sobre sus esbeltos tobillos y salir, sugerente, mientras caminaba encima de sus altos zapatos de tacón.

Capítulo 33



Volví a beber la siguiente noche. Y eso que no consentiría que Brooke me volviese a echar la bronca por no cumplir con mis obligaciones.

Me levanté de nuevo resacoso y me afeité. Mi pulso no andaba demasiado fino y me hice un corte en la cara que comenzó a sangrar mientras yo blasfemaba.

— ¡Mierda! ¡Mierda de día!

Nunca me había levantado con tan pocas ganas de dar el callo, pero ocurría que tener que encontrarme con David echaba mi sangre a hervir. No podía soportarlo, había comenzado a odiarle de una forma que pensaba sería irreversible.

Cogí el coche y me peleé con no sé cuántos conductores por el camino, con todos los que me permitieron echar fuera mi ira.

Nada más entrar en el bufete, Beth se levantó y, muy cariñosa, se vino hacia mí.

— ¿Cómo estás, cielo? —me preguntó.

—Bien, estoy muy bien. Y él, ¿ya está aquí?

—David se encuentra en su despacho desde muy temprano—me contestó suspirando.

—Maldito hijo de perra—susurré.

—Es David, por favor—me pidió poniendo sus dedos sobre mis labios.

—Pues justo porque es él, se supone que debería haber sido el último en el mundo que hiciese algo así.

—Tengo miedo de tu reacción, Oliver—me confesó.

— ¿Qué dices? Tranquila, que no se mascarará la tragedia. Puedes cachearme, vengo desarmado.

—No, no te las prometas tan felices que no pienso ponerte un dedo encima—bromeó.

—Pues entonces, ponme un café, guapísima—le pedí—. O mejor, ponme dos. Traigo una resaca de mil demonios

— ¿No me digas? Si no te lo había notado en tus irritados ojos. Tienes colirio en el primer cajón—me indicó.

— ¿Por qué me conocerás tan bien? Pronto voy a ser un hombre divorciado.

—Ni en mil vidas accedería, ahórrate el esfuerzo—me comentó entre risas.

Pasé por delante del despacho de David sin ni siquiera mirar hacia dentro. Sentí un pellizco en el estómago que estuvo a punto de tumbarme, si bien me mantuve erguido, más tieso que un ajo.

Llegué a mi despacho y le hice caso a Beth, echando mano del colirio. Un abogado no es como un modelo, aunque se asemeja en que también vive de su imagen. Tenía importantes reuniones esa mañana.

Brooke llamó a mi puerta y me sonrió.

—Me alegra mucho verte aquí.

—Sí, sí, yo también estoy contentísimo. No doy saltos porque me duele un poquillo el estómago, pero tú espera.

—Te duele porque te lo has bebido todo en los últimos días.

—Me duele porque hay un traidor en este bufete y no me dejas que lo eche de una patada en el culo. Nunca debí perder el control.

—Eso es cierto. Venga, respira hondo conmigo—me pidió acercándose.

—Me refería al control del bufete y, en cuanto a lo otro, no es que me tranquilice demasiado tener tu escote tan cerca.

— ¿Estás flirteando conmigo?

—No es delito, lo sabes muy bien.

—No, es ridículo. Y más cuando he escuchado que lo acabas de hacer con Beth.

—Lo de Beth es ya costumbre, tú podrías convertirte en una extraordinaria novedad en mi vida.

—No me hagas que suelte lo que tengo en la punta de la lengua para ti.

—Ya, y que no es un beso. Vaya suerte la mía.

—No vas a dejar de sufrir por echar un polvo, Oliver. Es el mejor consejo que puedo darte.

—Pero echaré muchas tensiones fuera, ¿o ese argumento tampoco es válido?

—Te voy a dar una alegría mayor: Linda está dispuesta a ponértelo fácil.

—Ya, como si no me hubiese hecho la puñeta—murmuré.

—Mira, yo no conozco a tu mujer, pero ya va siendo hora de que te despojes de ese halo de mártir con el que te has revestido desde que te ha dejado. La verdad es que lo único sorprendente es que te haya soportado tanto tiempo. He hablado con ella y me lo ha contado todo. Eres el mejor abogado que conozco, Oliver, pero como tío no das la talla: eres patético.

Me quedé inmóvil. Brooke me leyó la cartilla con unas cuantas palabras, haciéndome reaccionar.

— ¿Has hablado con ella? Vale, la he pifiado en todo, tiene razón, ¡pero ahora estaba dispuesto a quererla!

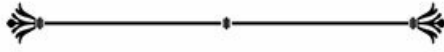
—Y ya es tarde, ¿eso lo puedes comprender? Linda se ha llevado muchos años esperando a que cambiasen, derrochando una infinita paciencia y tú jamás diste ni una sola señal. Cuando has venido a mover un dedo, ella no creía en ti. De lo único que se la puede culpar es de no haberse querido antes lo suficiente, de no haberte puesto en tu sitio porque no has sido digno de ella.

— ¿Y algo más que quieras añadir? Digo antes de que comiences con la lapidación, porque supongo que habrás traído un buen puñado de piedras.

—No es necesario, Oliver, porque tú las has tirado todas sobre tu tejado. No tengo nada más que añadir a excepción de que puedes quedarte en el ático, ella te lo ofrece a cambio de una compensación económica más que razonable. De nuevo, demuestra ser una gran mujer—me soltó antes de cerrar la puerta.

Me había llevado una buena reprimenda, más que merecida. Por muy cabreado que estuviese, por muy dolido que la situación me hubiese dejado, Linda se merecía mucho más que el marido que tuvo, un marido que no la cuidó como debía y que dio demasiadas cosas por sentadas.

Capítulo 34



Al mediodía, yo salía del bufete cuando escuché pasos detrás de mí. Me volví y sentí mi sangre entrar en ebullición al verle allí.

—Eres un hijo de puta por muy santa que sea Sally y espero que no vengas a retarme o lo lamentarás. Si te has pensado que estás aquí por méritos propios estás muy equivocado. No te echo a patadas porque Brooke no está de acuerdo—le solté en cascada a David.

—No hace falta que me echés, si tú quieres que me vaya, me iré.

—Mierda, que se me había olvidado que entre tus muchas virtudes está la de ser un santo. Me cago en todo, David, no te hagas el bueno conmigo porque solo acrecientas mis ganas de partirte la boca.

—No me hago el bueno. Tú levantaste este bufete y es lógico que decidas si me quedo o no. Me iré si no estás de acuerdo, jamás quise hacerte daño.

—¿Y por eso te tiraste a mi mujer? —le pregunté iracundo.

—Ella no te mintió cuanto te dijo que no nos habíamos acostado. La quería, la quería desde hace más tiempo del que puedo recordar, siempre la quise y trataba de apartar esa idea de mi mente hasta que me di cuenta de que era recíproco. Te juro que traté de luchar contra eso, pero no pude.

—Vete al infierno, David. Al fin y al cabo, aunque de ella no lo esperase, la conocí en la calle, pero tú eras mi hermano. Como si lo fueras, lo sabes.

—Y lo sigo siendo. Yo lo siento así.

—Pero yo no, ya no significas nada para mí. No te vayas, Brooke tiene razón en que te necesitamos, pero a ti no voy a perdonarte. Quiero que sigas tu camino y que solo te dirijas a mí en lo profesional. Para lo demás, te considero muerto y enterrado a muchos metros bajo tierra.

No le dejé decir nada más. Tampoco me sentí bien después de hablarle así. En el fondo, lo que más me jodía es

que tenía razón en todo y en que él sí sabría amar a Linda como se merecía.

Coincidí en el parking con Brooke.

—Sube a mi coche, anda, te invito a almorzar—me pidió.

—No, deja, prefiero estar solo. No soy buena compañía en estos momentos y no quiero amargarte como el picapleitos resentido en el que me estoy convirtiendo.

—No voy a compadecerte por mucho que te lo propongas—me advirtió con esa pícaro sonrisa suya.

—Ni yo lo querría. No he nacido para dar pena.

—No, más bien has nacido para dar miedo que es lo que provocas en tus adversarios. Te temen, Oliver, todos te temen menos yo. Si fueras la mitad de bueno en tus relaciones que en una sala de juicios...

—No, no, paso de que vuelvas a darme un sermón. No negaré que lleves razón en muchas cosas, pero estoy saturado.

—Tienes motivos, por eso te propongo un almuerzo en el que nos olvidemos de todo y charlemos como si tal cosa, como si no se te estuviese yendo el coco. Por cierto, hoy has logrado buenos acuerdos, pese a todo.

—¿Y tú lo dudabas? Yo no he luchado durante años por este bufete para que ahora resulte que lo tire todo por la borda.

—Sé que no lo harás, confío en mi socio. Venga, súbete.

—No, no, vamos en mi coche y conduzco yo. Es una manía que tengo de siempre.

—Pues hoy te vas a joder y te pienso llevar yo, ¿me estás escuchando?

—Sí, pero como quien oye llover. Baja, por favor, vamos en el mío.

—No, retiro mi oferta. Yo también pongo mis condiciones. Es así o comes solo—me retó.

No me apetecía quedarme sin su compañía, más que nada porque corría el riesgo de volver a coger con cariño la botella y no me lo podía permitir.

—Ten cuidado, ¿vale? —le pedí mientras me abrochaba el cinturón. No era cuestión de que fuese una mujer, lo prometo. Se trataba de que odiaba no tener el control.

—Ten cuidado tú, ¡agárrate! —me chilló mientras salimos del parking haciendo un trompo.

— ¿Te has vuelto loca de remate? Podríamos haber sufrido un accidente—le dije al incorporarnos a la circulación

—Paso de ti, Oliver.

Se trataba de la mujer más segura con la que me hubiese topado nunca. Mis sentimientos se confundían porque me sentía demasiado atraído por ella, aunque podía ser que mi mente me jugase una mala pasada y solo quisiera tapar un parche con Brooke. Ella no me permitiría que eso sucediera. Se quería demasiado y hacía bien. Yo siempre me quise a mí mismo, aunque en mi caso me pasé y estaba pagando las consecuencias.

Llegamos al restaurante y allí sacó su lado más divertido. Era nuestro debut en un ambiente así de distendido y lo que descubrí fue a una mujer con el humor más inteligente y atrayente que pudiese haber imaginado.

Brooke era muy observadora y no se le iba una. Además, recordaba muchas anécdotas de nuestro paso por la universidad y recreaba como nadie esas escenas en las que nos enfrentamos.

—No te lo dije con ese tono—le comentaba yo respecto a una vez que nos enzarzamos.

—No, era más ridículo. Un tonito prepotente que te hizo engordar tres kilos. Yo guardé las formas, aunque recuerdo que al marcharte hice un corte de manga.

—Venga ya... Eso es imposible, tú no sabrías hacer un corte de manga ni aunque quisieras—le indiqué.

—No, qué va, no hago uno aquí porque se trata de un ambiente muy selecto y tenemos una reputación que mantener, pero en cuanto estemos en el coche te haré uno o una docena como prueba—me decía muerta de la risa

La suya era una risa cautivadora. Brooke no tenía nada que ver con Linda, ambas representaban dos polos opuestos, lo cual no quería decir nada porque también podría quedarme pillado de ella. Solo eso, dado que el poco tiempo que creí en el amor me bastó para comprobar que no funcionaba, que al menos a mí no me funcionaba y que no estaba hecho para las cuestiones del corazón.

—Ten cuidado tú, ¡agárrate! —me chilló mientras salimos del parking haciendo un trompo.

— ¿Te has vuelto loca de remate? Podríamos haber sufrido un accidente—le dije al incorporarnos a la circulación.

—Paso de ti, Oliver.

Se trataba de la mujer más segura con la que me hubiese topado nunca. Mis sentimientos se confundían porque me sentía demasiado atraído por ella, aunque podía ser que mi mente me jugase una mala pasada y solo quisiera tapar un parche con Brooke. Ella no me permitiría que eso sucediera. Se quería demasiado y hacía bien. Yo siempre me quise a mí mismo, aunque en mi caso me pasé y estaba pagando las consecuencias.

Llegamos al restaurante y allí sacó su lado más divertido. Era nuestro debut en un ambiente así de distendido y lo que descubrí fue a una mujer con el humor más inteligente y atrayente que pudiese haber imaginado.

Brooke era muy observadora y no se le iba una. Además, recordaba muchas anécdotas de nuestro paso por la universidad y recreaba como nadie esas escenas en las que nos enfrentamos.

—No te lo dije con ese tono—le comentaba yo respecto a una vez que nos enzarzamos.

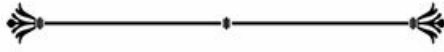
—No, era más ridículo. Un tonito prepotente que te hizo engordar tres kilos. Yo guardé las formas, aunque recuerdo que al marcharte hice un corte de manga.

—Venga ya... Eso es imposible, tú no sabrías hacer un corte de manga ni aunque quisieras—le indiqué.

—No, qué va, no hago uno aquí porque se trata de un ambiente muy selecto y tenemos una reputación que mantener, pero en cuanto estemos en el coche te haré uno o una docena como prueba—me decía muerta de la risa.

La suya era una risa cautivadora. Brooke no tenía nada que ver con Linda, ambas representaban dos polos opuestos, lo cual no quería decir nada porque también podría quedarme pillado de ella. Solo eso, dado que el poco tiempo que creí en el amor me bastó para comprobar que no funcionaba, que al menos a mí no me funcionaba y que no estaba hecho para las cuestiones del corazón.

Capítulo 35



Me pasé esa tarde por casa de Sally y George. Les debía una explicación después del revuelo que se había formado en la familia, porque eso eran ellos para mí: mi familia.

Llegué sin avisar y George no se encontraba en casa. Mejor así, porque me entendía mucho mejor con Sally, por muy bueno que él fuese.

—Mi cachorro querido, ¿cómo estás? —me preguntó haciéndome tomar asiento.

—Ya lo sabes, ¿verdad? Yo todavía no me lo creo, mamá—murmuré y vi sus ojos empañarse por las lágrimas.

Tomé la determinación de llamarla así porque era el único cariño verdadero que me quedaba. Hacía mucho que se lo merecía, pues siempre actuó conmigo como la más fabulosa de las madres, desde el primer día, de modo que ya iba siendo hora de que yo diese pasos adelante.

—Mi precioso hijo, gracias—murmuró.

—No me las des, por favor, soy yo quien debo mostrarte un agradecimiento de corazón por todos estos años. Siento mucho hacerte pasar por esta pena, pero es que yo ya no puedo perdonar a David.

—Sé lo que ha pasado, él mismo me lo ha contado. Me siento muy mal, nunca quise veros enfrentados. Sé que el tiempo hará que tu corazón le perdone, obrará el milagro.

—Te pido por favor que no confíes en eso porque no sucederá. No tengo esa capacidad de perdón, nunca esperé una puñalada así por su parte.

—Tu hermano no ha querido apuñalarte. La vida os ha puesto a prueba, cachorro. Tú siempre fuiste el más fuerte de los dos.

—Pero no el más gilipollas, no tengo por qué hacer la vista gorda, es una afrenta demasiado asquerosa como para eso.

—El amor nunca puede calificarse así, él la quiere. David quiere a Linda.

—Y yo también la quiero, mamá, quiero a Linda. Y ella era mía.

—No, ese ha sido tu gran error. Más de una vez te llamé la atención por tu forma de ser. Era tu mujer, no era tuya. Tenlo en cuenta.

Todos querían que tuviese en cuenta cosas para el futuro. La misma Linda me dejó algunas en el aire en los últimos días. Y hablaban de un futuro que yo no me veía compartiendo con nadie.

Sally me dio muchos y muy buenos consejos, siempre que yo hubiese sido de otro modo, que no era el caso. Me despedí de ella un rato después y me fui al gym.

Desfogué como nunca allí y hasta reté a un conocido a practicar algo de boxeo. La pinza se me fue y, al final, el entrenador nos tuvo que separar, de la mala leche que derroché.

—Joder, Oliver, ¿en qué estabas pensando? Una salida más de tono así y no pisas más este gimnasio por mucha pasta que tengas—me abroncó cuando se llevaron al otro, al que le dejé la cara como un mapa.

Horas después no podía dormir y no tuve otra brillante idea que la de ponerme al volante de mi coche e ir a buscar a Beth. Lo que sentí con Brooke durante el almuerzo me seguía produciendo unas sensaciones muy encontradas que quise borrar en brazos de otra.

—No, si es que soy bruja. Algo me decía que aparecerías por aquí esta noche—me comentó cuando me abrió la puerta de su casa. Y eso que te vi irte con ella.

—Qué peligro tienes con todo, me das miedo, ¿puedo pasar?

—Te doy morbo, eso es lo que te doy. Y sí, puedes pasar, pero no aparezcas más sin previo aviso porque yo también tengo vida privada.

— ¿No te quieres casar conmigo y lo harías con otro?

—Nadie ha hablado de casarse, aunque contigo no me lo plantearía en la vida.

—Cómo te gusta darme calabazas. De todos modos, sabes que no es una promesa de amor eterna lo que he venido a buscar aquí.

—No, sé de sobra que has venido a buscar un polvo, pero ya puedes volverte al coche porque no. Estás haciendo el tonto en insistir, ¿por qué no la buscas a ella?

— ¿A Linda? Sabes muy bien por qué no puedo buscarla, no seas cruel conmigo.

—Digo a la otra, a la lista de tu socia. Y apártate, que pareces un pulpo...

. —Yo no tendría nada con Brooke, paso.

—Te da miedo, ¿verdad? —me apartó de ella.

— ¿Qué coño estás insinuando? ¿Cómo le voy a tener miedo?

—No a ella, sino a enamorarte. Brooke es una tía muy poderosa y estás acostumbrado a ostentar el poder tú solito. He visto cómo la miras, sería más que un polvo para ti, pero te acojona. Si vienes a buscarme a mí en vez de a ella es porque lo sabes. Y yo no te voy a servir para eso.

—Joder, pues sí que se me está complicando lo de echar un polvo.

—Tienes dinero a reventar, busca a una profesional—me indicó.

— ¿Pagar por sexo? Nunca he caído tan bajo ni pienso hacerlo.

—Haz lo que te dé la gana, pero piensa en lo que te he dicho.

— ¿En esa idiotez? Te lo perdono porque te quiero, dame un beso...

— ¿Serás arrogante? No es ninguna idiotez, joder... Y lo sabes. Pon todos los parches que quieras, pero la realidad es la realidad. Si no vas a buscarla es porque piensas que te queda grande.

—Estás tonta, ¿tú te has tomado una copa? Venga, sírreme una a mí también y así decimos las chaladuras a dúo.

—Piensa lo que quieras, pero no son chaladuras. Brooke te asusta, nunca te has visto ante un reto similar y no quieres afrontarlo. Yo lo entiendo, también tengo mis miedos. En mi caso es a las arañas, aunque muy inteligente no es porque debería tenérselo a los hombres, que son los que te clavan su aguijón y ya estás perdida. Como tú.

— ¿Tú me quieres, Beth? ¿Es eso? —le pregunté porque, de pronto, se lo noté en los ojos.

—Yo te he querido siempre, imbécil, pero tú a mí no y tampoco ahora. Para mí no eran simples polvos por mucho que así lo pareciera. Tampoco lo pasaba bien cuando debía ir a comprarle regalos a Linda—me confesó.

—Joder, otra cagada más. Yo también te quiero, Beth, yo también te quiero.

—Sí, pero no como a yo a ti. Tú me tienes cariño y eso no lo discuto. De todos modos, yo merezco mucho más.

Merezco que me mires como miras a Brooke. Ya la mirabas así antes de lo de Linda y David, lo que sucedió es que el embarazo lo cambió todo. A Linda tampoco la miraste como la miras a ella. Es Brooke, Oliver, la tienes delante de los ojos.

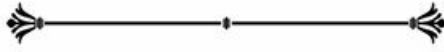
.

1

)

Merezco que me mires como miras a Brooke. Ya la mirabas así antes de lo de Linda y David, lo que sucedió es que el embarazo lo cambió todo. A Linda tampoco la miraste como la miras a ella. Es Brooke, Oliver, la tienes delante de los ojos.

Capítulo 36



Había pasado un mes desde esa conversación en la que Beth derrochó razón, porque me conocía como pocas personas.

Un mes en el que me fui acercando a Brooke y en el que ella, al verme ya libre de las cadenas mentales que me ataban a Linda, se fue dejando querer.

Ya habíamos tenido sexo y uno que podía calificarse de apoteósico. Ella ejercía un poder sobre mí que era cierto que en determinados momentos me superaba, por mucho que yo no quisiera reconocerlo.

De nuevo me sentía muy animado y más cuando Brooke era una mujer fuerte e independiente que me dejaba ir a mi ritmo, sin que tuviésemos que ponerle etiquetas a lo nuestro. No es que pensase avanzar con pies de plomo porque ella me estaba gustando de verdad, pero tampoco planeaba tirarme en plan kamikaze a ponerle un anillo en el dedo.

Más de una noche había pasado ya en su casa y ella en la mía. Lo que más admiraba de Brooke era el hecho de que, pese a tratar conmigo desde hacía tan poco, ya pareciese saber tantas cosas de mí.

No pensaba caer en los mismos errores que con Linda, aparte de que ni se me pasaba por la cabeza lo de coquearla. Había aprendido mucho en aquella última etapa de mi vida y me sentía preparado para ir construyendo, poco a poco, algo con ella.

Beth me guiñaba un ojo por las mañanas cuando me veía aparecer contento. Valía mucho esa chica que no quiso sacar tajada de mi divorcio y, pese a quererme, me lanzó en los brazos de otra a la que, encima, no le tenía mucha simpatía. Había que tener los ovarios muy bien puestos para eso. Y Beth los tenía.

En lo único en lo que me costaba claudicar era en el tema de David, a quien seguía sin poder mirar a la cara. No le perdonaba su traición, por más que entendiese que Linda sería más feliz con él.

Aquella mañana, después de semanas sin dirigirme la palabra, entró en mi despacho.

— ¿Puedo pasar? —carraspeó.

—Tú verás si puedes. Espero que esos papeles que traes en la mano sean de algún caso, porque de lo contrario tú y yo no tenemos nada que hablar.

—Lo son, lo son. Son los del acuerdo de divorcio de Linda y tuyo—se aclaró la voz.

Me sentó como un tiro de mierda. Era obvio que eso había de llegar, pero mi orgullo, una vez más ese orgullo mío, me hizo perder los estribos.

—¿Y por qué se supone que eso debes redactarlo tú? ¿No ha podido llamarme ella para que lo haga yo? ¿Acaso me he comido a alguien alguna vez?

—No, no te lo has comido, pero sí que has actuado como si fueras a hacerlo. Linda no quiere más enfrentamientos, los dos necesitamos que haya paz por el bien de todos.

—Ya, y yo soy el que sigue dando guerra. Pues no me lo parece. Me he tragado, como si fuese un cabrón consentido, todo lo que habéis querido. Y ahora resulta que me lo encuentro ya todo hecho a mis espaldas, una vez más.

—Por eso no nos dirigimos a ti, porque nos la volverías a montar, Oliver.

1—¿Qué insinúas? Yo ya paso de vosotros. Me da igual lo que hagáis o lo que dejéis de hacer. He de reconocer que Linda debe estar feliz porque te pareces mucho más a lo que siempre necesitó. No pienso interponerme en nada.

—No, pero continúas comportándome como si te debiéramos la vida, cuando lo cierto es que no te debemos nada.

—No seas un puñetero desagradecido, tú me lo debes todo. Yo te formé...

—Yo me formé en la universidad, igual que tú, después lo que me diste fue la oportunidad de hacer las prácticas en un bufete que te pusieron nuestros padres. Ellos también te ayudaron a ti, que no se te olvide. Y ahora, repasa ese acuerdo y dime qué te parece. Por lo demás, tampoco tengo mayor interés en volver a hablar contigo. Total, para que siempre pretendas quedar por encima—me soltó antes de largarse.

Brooke entró al poco por el despacho y le contó.

2

—Trae anda, yo lo revisaré porque este tema te trae de cabeza. Cuando el divorcio se formalice todo irá volviendo a la normalidad.

—Sabes que yo me siento ya muy ligado a ti, ¿lo sabes?

—Conmigo no tienes que dar pasos apresurados, yo no tengo ninguna prisa en nada, picapleitos cascarrabias.

—Pues a mí sí que me están entrando muchas prisas, prisas por levantarte ese vestido y...

El sexo entre ambos era brutal y se convirtió en mi mejor terapia. Al no pasar todas las noches juntos, a veces se me acumulaban las ganas y estas se terminaban desatando en el bufete, ¿quién nos podría reprochar nada si éramos los jefes?

z

.

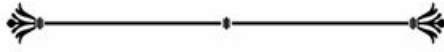
)

—Conmigo no tienes que dar pasos apresurados, yo no tengo ninguna prisa en nada, picapleitos cascarrabias.

—Pues a mí sí que me están entrando muchas prisas, prisas por levantarte ese vestido y...

El sexo entre ambos era brutal y se convirtió en mi mejor terapia. Al no pasar todas las noches juntos, a veces se me acumulaban las ganas y estas se terminaban desatando en el bufete, ¿quién nos podría reprochar nada si éramos los jefes?

Capítulo 37



Brooke entró a la mañana siguiente en mi despacho.

—Todo está genial en ese acuerdo. Linda no quiere guerra y eso deberías agradecerérselo—me indicó dejándolo encima de mi mesa—. No he movido ni un punto ni una coma, David ha hecho un gran trabajo.

—Vaya por Dios, no sé si ir a darle un abrazo o si proponerle directamente para una medallita.

—Hacerle socio del bufete no sería mala idea—me propuso.

—¿Tú quieres que me salga una úlcera de estómago? ¿Es eso lo que quieres?

No hizo ni caso a mis palabras y comenzó a caminar hacia su despacho. Yo la seguía, hipnotizado por ese taconec suyo que escuchaba hasta en sueños. Y así entramos, cerrando la puerta.

No me lo pensé ni mucho ni poco al irme hacia ella. Brooke me envió claras señales, señales que yo no estaba dispuesto a esquivar.

La tensión sexual que fue creciendo entre ambos me llevó a sentir que los brincos de mi corazón solo podrían apaciguarse si la poseía. Sus ojos brillaban al compás de los míos y habría sido un necio de no detectar que su corazón palpitaba con una aceleración desmesurada, con la misma que a mí me estaba produciendo una súbita taquicardia.

Metí mi mano por debajo de su melena para acercar su cara a mis labios. El grosor de los suyos no parecía de este mundo. Debajo de su carmín, adiviné unos tan rosados como hidratados que amenazaron con volverme loco.

Nada de aquello fue premeditado, lo cual no le restó un ápice de emoción, sino que muy al contrario se la añadió.

La forma en la que procedí desbocó su respiración, una que no tardaría en tornarse en unos jadeos tan sensuales que mi cordura se vería en jaque.

La química entre algunas personas es tan brutal que sientes una especie de electricidad recorriendo tu cuerpo

mientras clavabas tu mirada en la de ella. Y entonces sientes que no es lo único que deseas clavar.

Sin ánimo de ser obsceno, he de confesar que ella desataba los más bajos de mis instintos. Esas ganas de poseerla que se fueron adueñando de mí campaban a sus anchas en un momento en el que sus turgentes senos clamaban por salir de la prisión de su ropa.

Eran incontables los botones de su camisa... Eso o a mí se me hicieron eternos. Nunca he tenido demasiado tacto con esas cosas y apuesto a que más de uno salió danzando, sobre todo de los últimos, cuando mis dedos tiraron de ella, permitiéndome encontrarme con aquella delicada pieza de lencería que, sobre su sedosa piel, más bien parecía una obra de arte.

Hubiera dibujado los más sensuales de los versos en ese lienzo en blanco que era su piel, pero para eso debería haber contado con una sensibilidad que no era propia de mí.

En las distancias cortas, digamos que yo me convertía en puro ímpetu, y más cuando la dureza de mi entrepierna entraba en acción. El cuerpo de Brooke se iba entregando y lo sexy de su sonrisa me hizo tirar igualmente de un sujetador que no debió correr mejor suerte que la camisa, tras lo cual lo arrojé al suelo.

— ¿Sabes cuánto cuesta? —me preguntó mientras se mordisqueaba el labio inferior de un modo que me invitó a aprisionarlo también entre mis dientes. Y no sería el único de sus labios que acabaría entre ellos.

Estaba dispuesto a devorarla y, por toda respuesta, me limité a hacerlo esquivando una respuesta que obedecía más a un impulso que a otra cosa, pues me constaba que se la traía al paio lo que costase.

La parte superior de su cuerpo, esa que nada tenía que envidiarle a la de una diosa, estaba allí, delante de mí, deseosa de que mi boca pasase a la acción al mismo tiempo que mis dedos.

Sus pezones rezumaban dureza y, provocativos y sobresalientes, me llamaron de un modo que los lamí, los mordí y tiré de ellos sin la más mínima de las contemplaciones.

Brooke no era ninguna mojigata. A ella le iba el sexo tanto como a mí y lejos de mostrar la más mínima señal de dolor, lanzó un gemido que, de tanta sugerencia como derrochó, estuvo a punto de hacerme correr.

No, por Dios que no me pasaría de esa forma. Yo no solo tenía aguante, sino que jamás perdí el control de mi torrente sexual más allá de en mis primeros esgarces amorosos, cuando la falta de experiencia me jugó alguna mala pasada en mi adolescencia, tan lejana ya.

Me aferré a Brooke y supe que le provocaría un orgasmo incluso antes de que su falda pasase a la historia. Exister muchos tipos de mujeres y ella apuntaba maneras: era explosiva en la cama y lo de correrse con facilidad lo debía llevar en su ADN.

Me empleé a fondo para hacerla gemir y entonces hundí mis dedos en su cuero cabelludo, jugueteando con su pelo y haciendo que sus movimientos de cabeza obedecieran a mis movimientos.

Ella se dejaba mecer por mí no porque fuese una mujer con la que se pudiera jugar con facilidad, sino porque había encontrado un contrincante a la altura de sus deseos. Y el diablo, como se suele decir, siempre reconoce al diablo.

Eso era Brooke para mí: una especie de diablesa llameante que se presentaba ante mí en el más llameante de los juegos, en ese que acababa de comenzar y que ya tenía visos de hacernos arder a ambos en una hoguera tan alta como placentera.

No tardó en correrse, poco me equivoqué y, a la hora de hacerlo, los gemidos que emanaron de su garganta fueron para mí como ese canto de sirena de impredecibles consecuencias que, pese a todo, estarías dispuesto a perseguir hasta los mismos confines del mundo.

Ella estaba sobre su mesa y yo metí las manos por debajo de esa falda de tubo que le hacía una silueta de infarto, una que hice que volara para ir en busca de esa esencia que, desde sus mismas entrañas, ya debía ir avanzando en dirección a sus muslos.

Sonreí mientras afirmaba cuando la tuve entre mis dedos, cuando noté que poco había errado al adivinar su camino y entonces, ante su libidinosa mirada, quise probar a qué sabía ese elixir caliente que emanaba de lo más hondo de ella.

Tragué saliva ruidosamente de lo excitado que estaba y mi endurecimiento fue total al probarla. Su esencia me resultó tan adictiva que hubiese vendido mi alma al mismísimo diablo en aquel justo momento para volver a probarla.

A Brooke ya no le quedaba puesto nada que no fuesen sus altos zapatos de tacón, esos con los que daba los pasos más firmes del mundo, los que sonaban como la más picante de las melodías cuando la escuchaba avanzar por los pasillos.

Por esos zapatos la cogí para acercarla más a mí. Lo de su vagina estaba a otro nivel. Totalmente rasurada, me resultaba tan excitante que apenas me resistí a introducir mis dedos entre sus labios vaginales, de los cuales no tardaría en beber.

Noté cómo ella soltaba lentamente el aire de sus pulmones a la par que iba avanzando y también cómo se fue inclinando para comprobar una dureza en mí que ya debió adivinar de sobra.

1

—MMMM, ya estás tardando en penetrarme—se relamió.

Esos deseos suyos me llevaron al abismo del placer, ¿cómo resistirte a complacer a alguien con un dominio del

o sexo como el suyo? Se suponía que yo controlaba la situación, si bien no era del todo cierto. El control lo compartíamos ambos y ella me lo demostraría cuando dejase esa supuesta sumisión al lado, cuando se midiera conmigo sobre una mesa que ardería al contacto con nuestros inflamables cuerpos.

No se trataba del lugar más cómodo del mundo, pero sí del más estimulante. Con las vistas de ese despacho de fondo, me recreé en su sexo y en la forma de hundir, al mismo tiempo, mis dedos y mi lengua en la lava de su volcán en erupción.

Paladearla me supuso un estímulo tal que reconozco que mi extrema dureza llegó a dolerme, de modo que me re Coloqué eso que la madre naturaleza me hizo crecer entre las piernas.

— ¿Tiene ganas de volar ese pájaro enjaulado? —me preguntó acodándose sobre la mesa en la que yo ya la estaba gustando como si el más exquisito de los manjares fuese, cosa en la que no me equivoqué en lo más mínimo.

—Tú deja, que yo me entiendo con él—le contesté mientras, por unos segundos dejaba el juego para mis dedos en exclusividad.

Entrar y salir de ella con ese movimiento de dedos me podía. Su clítoris se fue inflamando, convirtiéndose en el destinatario de mis mejores caricias bucales, de esas que estaban destinadas a que explotase de nuevo. Fuegos artificiales, esos quería yo provocar para Brooke y la forma en la que sus jadeos se fueron acortando, a la par que se intensificaban, me indicó que solo tenía que mirar hacia arriba porque el espectáculo estaba a punto de comenzar.

De nuevo se corrió para mí y mi endurecimiento ya era a prueba de bombas. Yo también necesité gestionar la salida de aire de mis pulmones cuando, justo en ese instante, me decidí a penetrarla, para lo cual me desnudé.

Su mirada lujuriosa no me resultó indiferente en lo más mínimo, así como el silbidito que lanzó al verme en lo más natural de todos los estados.

—Que estalle la guerra, que el misil está preparado—se dejó caer causando en mí unas desmesuradas ganas de plantarle esa guerra a la que aludió.

Entrar en ella me supuso una experiencia fascinante. Jamás, por mucha que hubiese sido mi experiencia, viví algo tan fastuoso en ese terreno del sexo que tiñe del más sugerente de los colores la vida: de un rojo pasión que ella llevaba en los labios y que yo vi por todos los lados de un despacho que se tiñó del más atrevido de todos los tonos.

Y hablando de atrevimiento, no fue precisamente permiso lo que le pedí para embestirla de un modo descomunal, si bien sus ojos no me rogaban otra cosa. Brooke y yo hablábamos el mismo idioma en la cama y no se me hubiere ocurrido que mi nivel se hubiese puesto en entredicho cuando yo estaba más que decidido a darlo todo.

No se me pasó por alto la forma en la que se agarró a mis trabajados brazos, esos sobre los que se balanceó. También en su cuerpo todo apuntaba a que se machacaba en el gym, ya que nunca había poseído a una mujer tan extremadamente tonificada como ella.

Brooke no dudó en cerrar el círculo atrapándome con esas interminables piernas suyas, con esas que arrancaban suspiros por allá por donde pasaban. Mi dureza la enloquecía y, solo de pensarlo, me volvía más y más duro por momentos.

Si sus caderas eran anchas y provocativas por sí solas, con solo echar a caminar, su canal interno contrastaba con ella con una estrechez que me provocaba el máximo de los placeres, dado que mi miembro se aprisionaba en su interior y el roce que me provocaba me llevaba al delirio.

a

Sabía muy bien cómo hacer las cosas, cómo potenciar una excitación por mi parte que logró con esos gemidos que fueron a más y que llegaron a incendiarme. Lógico, todo en ella era incendiario, desde sus andares a la forma tan descarada en la que me miraba cuando la poseía.

Sin lugar a ninguna duda, Brooke era el ser más indómito que yo había hecho mío. Cuando le vino en gana, me agarró por la garganta provocando que su cuerpo se deslizara, llegando al borde de la mesa.

Era hora de cambiar de postura y me la llevé puesta por todo el despacho, del cual recorrí cada rincón con ella enganchada a mí, buscando mi oído para depositar en él los más insinuantes sonidos, esos que podrían llevarme la cabeza al infierno si hasta allí hubiera de seguirla. Ni un segundo titubearía con tal de volver a meterme en esa vagina suya que me hizo su prisionero, de la cual entré y salí mientras apretaba mi cintura con sus piernas, las mismas que cruzó.

Ni un solo segundo perdí de vista esos, sus zapatos de tacón, que eran su mayor signo de identidad y que le añadieron un mayor sexapil a una situación que de por sí ya estaba suficientemente condimentada, porque nadie como Brooke para añadirle picante a una batalla en la que quedamos en tablas, desafiándonos con la mirada y retándonos a llevar al otro a la cima de un placer sexual que derrochamos en aquel tórrido encuentro.

a

No se me pasó por alto la forma en la que se agarró a mis trabajados brazos, esos sobre los que se balanceó. También en su cuerpo todo apuntaba a que se machacaba en el gym, ya que nunca había poseído a una mujer tan extremadamente tonificada como ella.

Brooke no dudó en cerrar el círculo atrapándome con esas interminables piernas suyas, con esas que arrancaban suspiros por allá por donde pasaban. Mi dureza la enloquecía y, solo de pensarlo, me volvía más y más duro por momentos.

Si sus caderas eran anchas y provocativas por sí solas, con solo echar a caminar, su canal interno contrastaba con ella con una estrechez que me provocaba el máximo de los placeres, dado que mi miembro se aprisionaba en su interior y el roce que me provocaba me llevaba al delirio.

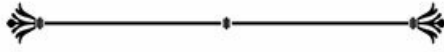
Sabía muy bien cómo hacer las cosas, cómo potenciar una excitación por mi parte que logró con esos gemidos que fueron a más y que llegaron a incendiarme. Lógico, todo en ella era incendiario, desde sus andares a la forma tan descarada en la que me miraba cuando la poseía.

Sin lugar a ninguna duda, Brooke era el ser más indómito que yo había hecho mío. Cuando le vino en gana, me agarró por la garganta provocando que su cuerpo se deslizara, llegando al borde de la mesa.

Era hora de cambiar de postura y me la llevé puesta por todo el despacho, del cual recorrí cada rincón con ella enganchada a mí, buscando mi oído para depositar en él los más insinuantes sonidos, esos que podrían llevarme de cabeza al infierno si hasta allí hubiera de seguirla. Ni un segundo titubearía con tal de volver a meterme en esa vagina suya que me hizo su prisionero, de la cual entré y salí mientras apretaba mi cintura con sus piernas, las mismas que cruzó.

Ni un solo segundo perdí de vista esos, sus zapatos de tacón, que eran su mayor signo de identidad y que le añadieron un mayor sexapil a una situación que de por sí ya estaba suficientemente condimentada, porque nadie como Brooke para añadirle picante a una batalla en la que quedamos en tablas, desafiándonos con la mirada y retándonos a llevar al otro a la cima de un placer sexual que derrochamos en aquel tórrido encuentro.

Capítulo 38



Brooke no estaba dispuesta a que nos sucedieran algunas de las cosas que me pasaron con Linda. De hecho, casi ninguna de ellas. Y yo tampoco estaba por la labor.

Ese fue el motivo de que asintiera a la primera cuando me propuso que nos escapásemos unos días a Riviera May; para celebrar los muchos éxitos que cosechábamos en el bufete.

Montados en el avión, me hacía enorme ilusión esa escapada que nos llevaría a disfrutar de unos días de sol, refrescantes chapuzones y relax que nos cargarían las pilas.

Le debía un viaje porque ella se había encargado de todo. Llegamos y flipé con el hecho de que me hubiese mentido sobre eso de que íbamos a un “todo incluido”.

—¿Y bien? —le pregunté cuando el taxi nos dejó ante aquella espectacular mansión con vistas inigualables a la playa.

—Pues bien, claro, no va a estar mal—rio. Parecía una influencer en busca de las más idílicas de las fotos, con aquel vestido veraniego y una pamelita que le daba un aire de lo más glamuroso.

—Ya, ya, ¿pero que dónde está la famosa pulserita?

—Mira, pues yo traigo una de oro blanco. Tú es verdad que no llevas. Ven, entra—me cogió de la mano.

—Es que no esperaba venir a un sitio así, es fantástico.

—Es una maravilla, sí. Te va a encantar.

—No sabía que alquilarías algo, de veras que me has sorprendido. Y mira que eso no es fácil.

Ella no me dijo nada, supongo que divertida por el hecho de que yo mencionase el término “alquilar”. Cuando entré en el salón y miré la pared principal descubrí el motivo de su sonrisilla.

—Pero si eres tú, tú eres la chica de la foto—le indiqué a una más que espectacular que le habían tomado apoyada en una palmera, convirtiéndose en el más sexy de los frutos del mundo.

— ¿Te gusta? Peter la tomó para mí.

— ¿Quién es Peter? ¿Tu fotógrafo particular?

—Algo así, es mi exmarido. Y sí, digamos que me hacía de fotógrafo. Como millonario que es contaba con mucho tiempo libre.

—No sabía que hubieses estado casada—le comenté con la mandíbula desencajada porque me acababa de enterar.

—Tampoco me preguntaste, ¿tan pavisosa te parezco como para no tener un pasado? —me provocó con ese vestido de rejilla que le hacía una figura de verdadero infarto y con ese escote cien por cien provocador.

a

—Créeme que podría considerarte cualquier cosa menos pavisosa. Eres la mujer más sexy del mundo.

—Peter sabía que yo amaba esta casa y se empeñó en regalármela cuando nos divorciamos.

— ¿Se empeñó en regalarte una casa que es una mansión? No me jodas.

—Pues claro, no todos los divorcios terminan en plan buitres con uno queriéndole sacar los ojos al otro, como tú con tus clientes.

—Me encanta que me digas cosas bonitas. No me he comportado así con Linda.

—Ni ella contigo y, aun así, accedió sin más a tu propuesta de quedarte en el ático. También ha sido generosa en eso.

— ¿Podemos dejar a Linda a un lado? ¿Qué hay de Peter? Es que todavía estoy un poco asombrado.

—Mientras no estés celoso... Solo faltaría, porque yo le adoro. Mira, aquí estamos los dos juntos—me enseñó una fotografía colocada al lado de la mesa del sofá.

—Sí que se os veía cómplices cuando estabais casados—carraspeé.

—No, si esa foto es del verano pasado, ya divorciados—rio.

—No me digas—murmuré entre dientes.

Estaba sintiendo algo que nunca antes sentí y que no me hacía demasiada gracia. Una especie de sensación de perder el control que se parecía a eso que ella había mencionado: a celos.

l

Yo esos celos no los había experimentado y por eso me eran desconocidos, pero que me aspen si no lo eran. Ella se dio cuenta y me ronroneó juguetona.

—No hace falta que te diga que, si Peter y yo quisiéramos estar juntos, lo estaríamos. A nosotros se nos rompió el amor, pero no el cariño. Por esa regla de tres, sé que le fuiste infiel a Linda siempre y a mí no me preocupa.

o

—A ti no te preocupa porque tienes la certeza de que esto que estoy sintiendo no lo he sentido nunca, por eso no te preocupa. Es algo muy fuerte, me estoy enamorando de ti. Y, si te digo la verdad, me da miedo—le confesé.

.

— ¿No me digas? Porque a mí me hace gracia. Me van más las risas que los miedos.

— ¿Y tú? —le pregunté.

— ¿Yo? Yo me pienso dar un baño espectacular ahora mismo—me indicó mientras se deshacía del vestido y dejaba esas impresionantes curvas al aire.

Salió corriendo y yo detrás de ella. Se daría ese baño en la piscina infinita que teníamos tras la enorme vidriera de salón, pero eso sería después de que yo la degustase de arriba abajo.

La poseí con fiereza, impulsado por aquellos celos que acababa de sentir y que tan simpáticos le parecían. Yo deseaba arrancar alguna confesión por su parte, algo que me indicase qué comenzaba a representar en su vida, pero no lo hizo... Brooke no bailaría al son que yo le marcase porque le sobraba personalidad para eso. Ella no era una mujer a la que yo pudiese manejar ni lo pretendía, porque si de algo me enamoré fue de su fuerza y de sus alas, porque mi abogada predilecta tenía alas con las que volar alto, muy alto. Y ojalá yo no la perdiese de vista.

a

Yo esos celos no los había experimentado y por eso me eran desconocidos, pero que me aspen si no lo eran. Ella se dio cuenta y me ronroneó juguetona.

—No hace falta que te diga que, si Peter y yo quisiéramos estar juntos, lo estaríamos. A nosotros se nos rompió el amor, pero no el cariño. Por esa regla de tres, sé que le fuiste infiel a Linda siempre y a mí no me preocupa.

—A ti no te preocupa porque tienes la certeza de que esto que estoy sintiendo no lo he sentido nunca, por eso no te preocupa. Es algo muy fuerte, me estoy enamorando de ti. Y, si te digo la verdad, me da miedo—le confesé.

— ¿No me digas? Porque a mí me hace gracia. Me van más las risas que los miedos.

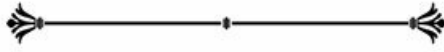
— ¿Y tú? —le pregunté.

— ¿Yo? Yo me pienso dar un baño espectacular ahora mismo—me indicó mientras se deshacía del vestido y dejaba esas impresionantes curvas al aire.

Salió corriendo y yo detrás de ella. Se daría ese baño en la piscina infinita que teníamos tras la enorme vidriera del salón, pero eso sería después de que yo la degustase de arriba abajo.

La poseí con fiereza, impulsado por aquellos celos que acababa de sentir y que tan simpáticos le parecían. Yo deseaba arrancar alguna confesión por su parte, algo que me indicase qué comenzaba a representar en su vida, pero no lo hizo... Brooke no bailarían al son que yo le marcara porque le sobraba personalidad para eso. Ella no era una mujer a la que yo pudiese manejar ni lo pretendía, porque si de algo me enamoré fue de su fuerza y de sus alas, porque mi abogada predilecta tenía alas con las que volar alto, muy alto. Y ojalá yo no la perdiese de vista.

Capítulo 39



—No me digas que todavía estás rayado por lo de Peter—me comentaba divertidísima por la noche mientras se metía en su vestidor, el cual estaba repleto de todo.

Por lo que me contó, le gustaba tanto aquel lugar que lo visitaba a menudo, por lo que lo tenía totalmente acondicionado, incluso con mucha ropa. Así me había sorprendido lo cortito de su equipaje para volar hasta allí.

—No, la palabra no es rayado, es asombrado, ¿y él no viene por aquí?

—De vez en cuando se deja caer, pero siempre cuando estoy yo. Para eso es muy respetuoso.

—Anda, qué bien, coincidir contigo—le solté con cierta ironía, por más que quise disimularla.

—Sí, sí, ya le conocerás, le gusta mucho venir y salir a bailar. Es muy bailarín, yo también tengo ganas de bailar esta noche—me anunció mientras se presentó ante mí con aquel vestido corto y ceñido, y con altísimas sandalias.

—¿Vas a bailar subida en eso? No puede ser...

—¿Es que acaso me has visto alguna vez sin tacones?

—Pues no, y mira que altura te sobra—observé.

—¿Y qué? Yo me siento más poderosa, ¡nos vamos! —tiró de mí.

Allí estaba en su salsa, y nunca mejor dicho, porque de esa bailaríamos bastante en una noche que comenzó con una cena en la playa, que mandó preparar, pues la mansión contaba con una salida directa.

El lugar era de verdadero ensueño, un paraíso para disfrutar con alguien como ella, que se estaba revelando como la mejor anfitriona.

Nada le faltaba a esa enorme mansión con estancias amplias y despejadas de ensueño y con tal cantidad de comodidades que la hacían el lugar ideal para pasar unas vacaciones.

Si algo me gustó es que pidió la cena y luego despidió a quien nos la acercó para que pudiera dar por concluida su jornada, quedándonos solos.

—Yo la sirvo, faltaría más—le comenté al ver la impresionante mariscada que encargó.

—Sí que me sirves para cosas, sí—bromeó.

—Eso espero, me gusta saber lo que piensas—le confesé.

—Tu problema es que no pareces confiar lo suficiente en las mujeres, traes como una tara—me comentó chistosa.

—Quizás sea la manera más simpática de definir esto que traigo de serie, puede ser—me aventuré a comentarle y ella puso el radar, pues sabía que tras esas palabras venía algo serio.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre biológica me abandonó al nacer...

—Bueno, sí, sé que los padres de David no son los tuyos a nivel biológico.

—Harry y George son maravillosos. Ella es un ángel y, sin embargo, nunca pudo hacer que yo superase el trauma de haber sido abandonado sin una sola explicación por mi madre.

—Lo siento mucho, Oliver, pero lo importante es que creciste rodeado de amor, ¿no te vale con eso?

—No, no me vale. Y no he debido sacar esta conversación aquí, en un lugar donde todo conduce a la fiesta.

—Oye, que yo no solo estoy contigo para salir de fiesta.

—Ah, ¿no? Tampoco me cuentas nada.

—Ha pasado muy poco tiempo, necesito conocerte—me comentó.

—Y más con mis antecedentes, ¿no es eso lo que quieres decir?

—No, yo confío en ti y en que no quieres jugármela, pero tengo que conocerte mejor. De siempre supe que había algo que no encajaba en tu cabeza y me alegra mucho que por fin me lo hayas contado.

—Lo saben muy pocas personas, te ruego discreción.

—Vaya y yo que pensaba ir a chillarlo en medio de la fiesta. Porque ahora estamos hablando, pero luego iremos de fiesta.

—Por supuesto que iremos, eso no lo dudes. Tengo ganas de bailar contigo...

—Lo dices por lo de Peter, quieres demostrarme que tú también puedes darlo todo—me indicó con su dedo desafiante.

— ¡No! ¡No es eso!

—Sí que lo es, ya me irás conociendo igual que yo a ti. Oye, ¿eso que me has contado es el motivo de tus pesadillas?

—Me ha pasado alguna vez durmiendo contigo, lo siento. Sí, es eso.

—Lo lamento, lo pasas muy mal. Yo quiero transformar tus noches y sé que así terminará siendo.

—Llevo muchos años sufriendo esas noches, ya estoy acostumbrado—me encogí de hombros resignado.

—Yo es que nunca me rindo, ¿sabes?

—Lo sé, lo sé. Esta langosta está exquisita—cambié el tercio.

—No quieres que siga hablando de esto, lo veo. Solo deseo que sepas que yo estoy aquí, que estoy aquí de verdad

Hay muchas formas de que alguien te comente que está enamorada de ti o que te quiere, y ella lo hizo a la suya.

El resto de la cena se desarrolló en el más cómico de los términos, pues se metió en su papel y comenzó a hacerm reír.

Con los muchos años que la detesté, me resultaba asombroso que pudiera ser así de chistosa y de animada, que pudiera generar esa buena onda. Brooke me estaba sorprendiendo en todos los sentidos y ese formidable día fue una muestra más.

Ya sabía más cosas sobre ella, a la que también dejé que se colara más en mi corazón, lo mismo que en mis sueños. Yo era quién era y ella debería conocerme en lo bueno y en lo malo, si es que estábamos destinados a permanecer juntos, como yo comenzaba a anhelar.

Tras los postres, tan exquisitos como el resto de la cena, a punto estuvimos de quedarnos en la casa porque me costaba no caer en la tentación de esas curvas, las suyas, que serpenteaban provocadoras delante de mí.

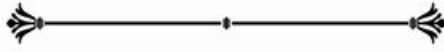
Al final, nos dirigimos hacia un local de playa y ella con sus tacones. No se podía tener más arte, con esa carrera que dio cual gacela y sin inmutarse. El lugar nos llamó con música súperailable y comprobamos bajo la luz de una preciosa luna que no solo éramos compatibles en la cama, sino a golpe de una cautivadora música latina que nos enredó a lo largo de un buen número de horas.

.

e

Al final, nos dirigimos hacia un local de playa y ella con sus tacones. No se podía tener más arte, con esa carrera que dio cual gacela y sin inmutarse. El lugar nos llamó con música súperailable y comprobamos bajo la luz de una preciosa luna que no solo éramos compatibles en la cama, sino a golpe de una cautivadora música latina que nos enredó a lo largo de un buen número de horas.

Capítulo 40



Después de una serie de días que solo podría definir como fantásticos, ya solo nos quedaba una noche antes de volver a Nueva York.

Hay momentos de las relaciones en los que te sientes estancado, y otros muy distintos en los que notas que avanzas a pasos agigantados. Eso nos ocurrió a nosotros en unos días en los que nos sentimos muy unidos.

Se trataba de la primera vez que convivíamos y la experiencia fue magnífica. Lejos de las responsabilidades, nos pasamos los días riendo, haciendo el amor, dándonos refrescantes chapuzones y tomando el sol.

Hay quien opina que a las personas se las conoce en las situaciones más críticas, si bien yo también soy partidario de que abrimos más nuestro corazón cuando, a salvo de los problemas, podemos mostrarnos como somos realmente.

Brooke me había enamorado más en aquellos días. Solo cerrar los ojos e imaginármela bailando, mientras conquistaba al local entero...

Linda, por feas que sean las comparaciones, siempre se mostró como una mujer más apocada, sobresaliente en su trabajo, cuidadora... No niego sus valores, pero Brooke era realmente llamativa en todos los sentidos y, a la hora de divertirse descubrí a una mujer con un carácter tan explosivo como lo era su propio físico, y a cuyos pies caí rendido.

Todas las noches habíamos cenado en la playa y aquella no sería menos. Volaríamos a Nueva York al amanecer y daba pena pensarlo.

Una idea rondaba mi mente desde hacía días, desde que descubrí que me gustaba demasiado hacerle el amor y luego quedarme durmiendo con ella. No buscaba su refugio, me sentía más a salvo que nunca de mis demonios, a los que comencé a tener a raya, buscaba su compañía.

—Es que casi me muero de la risa anoche cuando tropezaste con aquella chica y el novio, que estaba borracho perdido, creyó que le estabas metiendo cuello—me decía.

—Qué idiota, eso fue porque no se fijó en ti. Si lo hubiera hecho, habría comprobado que eso es imposible, ¿me crees?

—Hombre, claro que te creo, es que te da por meterle mano a la chica y no sé quién te revienta antes, si el novio o yo. Y eso que el tío estaba mazado—reía ella hasta que se le veía la campanilla.

—Sabes a lo que me refiero...

—Ya, ¿por qué tengo la impresión de que quieres decirme algo?

—Porque eres un poco brujilla y por eso me das miedo. Pero como me tira más la ilusión que el miedo...

— ¡Ese es mi Oliver! —me jaleó.

—Pues que me gustaría pedirte que viviésemos juntos.

— ¿Vivir juntos? ¿No te parece un poco pronto para eso? —apuró nerviosa su copa.

— ¿Y qué más da el tiempo si estamos a gusto? Tú piensas en esas cosas, me las dices a menudo.

— ¿En vivir contigo? Que me den de azotes en el culo en este momento si he pesado algo semejante hasta ahora.

—A lo de los azotes prefiero no añadir nada. En cuanto a lo otro, me refería a que tú no sigues las normas. Haces todo lo que te place y cuando te place, no me lo niegues. En tu vida has seguido un guion.

—Eso es muy cierto—murmuró.

—Pues entonces nos lo podemos saltar todo, ¿te parece?

—No sé qué decir, espera que me tome unas cuantas copitas más y te contesto. Y graba la contestación por si mañana me arrepiento.

—Eso es porque sabes que vas a decir que sí.

—Eso es porque igual me estás volviendo un poco loca.

—Yo siempre lo he estado, y no es tan malo.

—Pero alguien debería mantener la cordura—añadió.

— ¿Y eso qué es?

—Pues una gilipollez—dijo tirando su copa a la arena.

Esa noche no bailamos. O sí lo hicimos, pero el nuestro, bajo las estrellas, fue un baile en horizontal, el más sensual de todos.

Entre sus caderas, y en un lugar tan idílico como el que me llevó a hacerle esa petición, sentía que mi vida era mejor con el abrazo de sus piernas infinitas, de esas tan esbeltas y deseadas que me convertían en un hombre muy envidiado.

El festival siguió horas más tarde en la cama, puesto que se trataba de nuestra última noche allí y quisimos festejarla como era debido.

Por la mañana, cerramos aquella casa con la sensación de que una nueva etapa comenzaba para ambos. Era cierto que íbamos a toda velocidad, pero también que nuestras vidas nunca fueron convencionales y que el impulso que nos llevó a decidírnos fue verdaderamente arrollador.

Atrás quedaron unos días mágicos en los que tuve la certeza de que me había enamorado y de que esa bobada de que el amor no existía no fue más que un pretexto por mi parte para darme razones que no tenía.

Volver a Nueva York y que ella se instalase en mi ático, pues nos gustaba más que su casa, supuso una experiencia que disfrutamos minuto a minuto.

Algunos opinan que no es bueno trabajar con la que persona con la que convives, pero en nuestro caso todo comenzó al contrario y el hándicap no lo veíamos por ninguna parte. Al menos yo, porque ella sí que tenía una duda que no tardó en trasladarme.

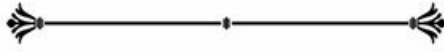
—Oye, y ahora que viviremos juntos, ¿no se te habrá pasado por la cabeza no volver a liarnos en el bufete? Lo digo porque a mí me resulta de lo más morboso.

—Ni en sueños, ni en sueños, muñeca explosiva—le contesté antes de echarme a dormir con ella.

La abrazaba fuerte cada noche, a ella le daría todos los abrazos que dejé de dar durante demasiados años. Unos años que, creyendo que me buscaba a mí mismo en una serie de preguntas sin respuesta, me sentí más perdido que nunca.

Con Brooke no me pasaría eso porque me decidí a resignarme a un destino que no me reveló mis raíces verdaderas, pero que me estaba compensando con creces.

Capítulo 41



No tardé en demostrarle que era de los que cumplen sus promesas...

De nuevo la tenía a tiro con ese vestido irresistible. Brooke se había estado moviendo por el pasillo del bufete con él y entre el bamboleo provocado por la caída de su tela y esos tacones suyos cuyo sonido me resultaba tan increíblemente excitante, dejé lo que estaba haciendo y la seguí hasta su despacho.

Nada me indicó que no lo tuviera previsto. Es más, habría jurado que caí ante sus deseos en el momento que se lo propuso. Obvio que no me suponía ningún problema puesto que sus deseos eran mis deseos. Me daba igual el tiempo que tuviese que recuperar después: el empleado con ella me cargaba las pilas hasta nuestro siguiente encuentro.

Brooke se me había metido muy dentro de la sesera, en esa parte en la que solo se alojan esos pensamientos irresistibles a los que no piensas renunciar.

Como si no hubiese notado mi presencia, algo que era rematadamente falso, fue a cerrar la puerta cuando se lo impedí.

—Ey, ey, ey—murmuré.

—Anda, si estás aquí—salió de sus labios, de esos labios jugosos y brillantes, de unos labios capaces de hipnotizar a cualquier hombre con el solo hecho de verlos.

Todo en Brooke estaba a otro nivel. Y ella, que lo sabía, alardeaba de ello. Nada me ponía más que su seguridad y pisándole los talones, cerré la puerta a mis espaldas.

Ya la tenía para mí y comencé a tocar sus firmes senos a través del escote de su elegante vestido. No obstante, ella tenía otros planes para mí y me lo demostró echando mano a la cinturilla de mis pantalones y deshaciéndose de todo aquello que le impidiese tomar mi miembro.

La suavidad de sus manos, de esas manos grandes y con dedos alargados y cuidados como los de una modelo publicitaria de cualquier producto relacionado con el cuidado de estas, acarició ese duro miembro mío que, por

encontrar, encontró hasta caliente, ya que me hacía hervir.

Le gustaba jugar y la mirada no la apartaría. Yo lo sabía muy bien y me resultaba increíblemente excitante, pues nada me ponía más que ver cómo me miraba cuando hacía esas cosas que me llevaban al estallido final.

Brooke comenzó a jugar con sus dedos, apretando mi sexo con ellos mientras lo recorría de una forma traviesa y lasciva, preparando su lengua para que no se quedase fuera de un acto que ya me estaba llevando a la convulsión.

Cuando jugaba así conmigo, cuando se afanaba en llevarme al extremo, me hacía derretir de un modo que rozaba el enloquecimiento. A continuación, dio paso a esos labios suyos, los cuales actuaron lamiéndome de arriba abajo engrosándome y endureciéndome hasta que de mi garganta salieron sonidos inidentificables que apuntaban en la dirección de un placer que trascendía lo terrenal.

Brooke lo disfrutaba tanto como yo y tuve que indicarle que ya no más cuando me decidí a desnudarla y, con mi virilidad en claro ascenso, la puse de pie y contra la pared.

Aparté el pelo de su cara para dejar caer en su oído palabras de esas que la mojaban de un modo tan impresionante que a menudo mi miembro quedaba encharcado en su interior, como si una lluvia cayese sobre él, una lluvia tan placentera que me conducía a regalarle los envites más fuertes que pudiera dedicarle.

A ella le gustaba la caña y yo no me resistía a proporcionársela en las dosis más altas. Brooke era puro fuego, pasión, llamas... Con ella hubiera ardido sin pensarlo porque no podía imaginar otro sexo como aquel.

Cuando le dio la gana, porque era así de imprevisible, hizo que saliera de ella y se dio la vuelta.

—Ya está bien, ¿o es que me tienes castigada contra la pared? —me preguntó y yo entendí que no era ella quien hablaba, sino la lujuria, puesto que jamás nadie me puso de cero a cien como Brooke era capaz de ponerme, sacando de mí los más hondos de mis rugidos.

De su mano, llegué hasta ese aterciopelado sofá de su despacho en el que ambos caímos, ella encima de mí para disfrutar de mi sexo a horcajadas, y para que yo pudiera contemplar el espectacular fenómeno de esos senos suyos botando sin control.

No podía, no podía con ella y pronto los aprisioné con mis manos, masajeándolos, haciéndola gemir de placer y provocando esos gestos suyos tan extraordinariamente libidinosos que nada como ellos para hacerme perder el control.

No pude permanecer así durante demasiado tiempo, no cuando mi impulso me llevó a bajarla de mí y entonces se yo quien la poseyera, cubriéndola por completo mientras ella, una vez más, me rodeaba con esas piernas que eran el objeto de deseo de propios y extraños.

Nadie como Brooke para sacar los más hondos de los suspiros. Apuesto a que muchos habrían dado un brazo con tal de poseer una sola vez a aquella mujer con mayúsculas por la que mi cabeza se trastornaba.

Brooke se dejó hacer y entonces se corrió de nuevo, porque ya iban varias veces. Su facilidad para hacerlo era una de las muchas bazas que tenía a su favor para enloquecerme.

No quedó ahí la cosa porque esa vez casi nos pasó al mismo tiempo, ya que no había terminado ella de hacerlo cuando noté que el alivio me llegaba y lo asumí susurrando su nombre.

, Ella permaneció quieta durante unos minutos mientras yo la miraba. Lo hacía sin decir nada, negando con la cabeza, pensando en tantas cosas y en nada a la vez.

— ¡A trabajar de una vez! —exclamó cuando le pareció y entonces se levantó. Su exultante desnudez constituía una especie de desafío a las leyes de la naturaleza. Mientras me vestía, no podía evitar seguir observando todos y cada uno de sus incitantes movimientos, porque todo en ella era incitador. Provocación era su segundo nombre y Brooke lo sabía.

e

Salí de su despacho sin decir nada más, con una sonrisa de medio lado como contestación a esa burla suya que me hacía con la lengua.

;

['

Nadie como Brooke para sacar los más hondos de los suspiros. Apuesto a que muchos habrían dado un brazo con tal de poseer una sola vez a aquella mujer con mayúsculas por la que mi cabeza se trastornaba.

Brooke se dejó hacer y entonces se corrió de nuevo, porque ya iban varias veces. Su facilidad para hacerlo era una de las muchas bazas que tenía a su favor para enloquecerme.

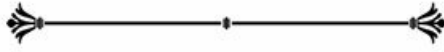
No quedó ahí la cosa porque esa vez casi nos pasó al mismo tiempo, ya que no había terminado ella de hacerlo cuando noté que el alivio me llegaba y lo asumí susurrando su nombre.

Ella permaneció quieta durante unos minutos mientras yo la miraba. Lo hacía sin decir nada, negando con la cabeza, pensando en tantas cosas y en nada a la vez.

— ¡A trabajar de una vez! —exclamó cuando le pareció y entonces se levantó. Su exultante desnudez constituía una especie de desafío a las leyes de la naturaleza. Mientras me vestía, no podía evitar seguir observando todos y cada uno de sus incitantes movimientos, porque todo en ella era incitador. Provocación era su segundo nombre y Brooke lo sabía.

Salí de su despacho sin decir nada más, con una sonrisa de medio lado como contestación a esa burla suya que me hacía con la lengua.

Capítulo 42



Las cosas iban sobre raíles con ella, aunque yo reconocía que todo lo que tuviese que ver con el divorcio de Linda me ponía un poco de los nervios.

Creía tenerlo bastante superado, había llegado a la conclusión de que era mejor así, pero el rencor que sentía a cómo sucedieron las cosas no me lo quitaba nadie.

Tampoco ayudó que en mi última conversación con David él me pusiera los puntos sobre las íes, dándole una patada al pedestal en el que estaba subido. Puede que una cura de humildad me viniese bien, lo que no quiere decir que yo estuviese preparado para ella.

Ya comenzaba a dormir mejor y eso debería ayudar. No obstante, no fue así.

Aquella mañana se había congregado prensa en la puerta del bufete porque el caso del armador griego dio un giro inesperado que nos descolocó. Una denuncia falsa por malos tratos por parte de su esposa hizo que mi defensa se tambalease. Se trató de un último y certero golpe por parte de ella y eso me crispó los nervios.

Para colmo de males, después de que indicase a todo mi personal que no se pronunciaran en lo más mínimo al respecto si los abordaban a la entrada o a la salida para preguntarles por el tema, estaba echando un vistazo rápido a las noticias cuando escuché a David hacer unas declaraciones al respecto.

El sudor se me congeló porque él no estaba en el bufete cuando di la aludida orden de guardar silencio, si bien no se me habría ocurrido la posibilidad de que le diese por abrir la boca sin consultarme.

—Este se va a enterar—le comenté a Beth cuando entró para traerme un café.

—Llego a saber que estás así y andando te traigo un café. Encima. Me lo llevo, vaya.

—No se te ocurra mover un dedo. Deja ese café ahí ahora mismo—le ordené.

—No, no, no estás en condiciones de meterte más cafeína en el cuerpo, ni en broma—opinó.

—Beth, no me toques las narices, me haces el favor.

—Me da igual lo que digas. Es por el bien de todos nosotros—me dijo dándose la vuelta y dejándome estupefacto

—No, no, me parece que no me has escuchado, ¡que lo dejes aquí! —le chillé.

No es que fuese ella muy de amilanarse por mis gritos. De haberlo sido, tendría que haberse largado hacía años, por lo que le dio totalmente igual lo que le dijese, actuó como quien oye llover.

Sentí tal ira que estuve tentado de despedirla en ese momento, con eso os lo digo todo. Aunque no era tonto y sabía que Beth era muy valiosa para mí, aparte de que le tenía mucho cariño y sentía bastante agradecimiento hacia ella por haberme abierto los ojos con el tema de Linda y Brooke.

De no ser por mi secretaria, puede que siguiese ciego y lamiéndome las heridas por haber perdido a una esposa de quien nunca llegué a estar enamorado de verdad y hacia la que había generado una cierta dependencia por los traumas infantiles que arrastraba, esos que quise ocultarle al mundo bajo mi dura coraza, pero que marcaron mi existencia.

r

Salí y yo mismo me serví el café bajo la reprobatoria mirada de Beth, quien no paraba de resoplar, cuando vi entrar a David.

— ¡Tú, a mi despacho! —le chillé sin más.

— ¿Se puede saber qué te pasa? A mí no me hables así—me contestó.

—Te hablaré como me salga de los huevos, que para eso vas por libre—le aclaré.

Me siguió y cerré la puerta. Me tomé el café de un trago mientras él me miraba y luego le hablé.

— ¿Se puede saber de qué coño vas? —le pregunté.

— ¿Y se puede saber qué mosca te ha picado a ti ahora? —me respondió sin parecer entender.

— ¡Lo del armador! ¿Eso qué ha sido?

—Un escándalo, eso ha sido. Y uno que te pone contra las cuerdas en su defensa, no hace falta ni que te lo diga.

—No, no hace falta. Y tú has echado más leña al fuego con tus estúpidas declaraciones, hay que ser cretino.

— ¿Perdona? Solo he tratado de mantener una actitud absolutamente neutra que no deje a nadie oler el miedo que debería haberte entrado.

— ¡Yo no tengo miedo! —le chillé.

—Claro que no, tú estás por encima de todo eso, tú nunca has sentido nada así—me dijo sarcástico.

— ¡Que te jodan! ¡Que te jodan! —le chillé.

—Ya está bien, ¿no te parece? Esto no es solo por lo de las declaraciones. Me la sigues teniendo jurada, a mí no puedes engañarme, yo te conozco demasiado bien.

—Y yo a ti, imbécil. Cuando te conocí todavía a veces te hacías caquita en los pantalones, aunque eso no ha cambiado demasiado. Ni siquiera tuviste valor de encarar la verdad y venir a contarme que te estabas enamorando de ella.

— ¿Y sabes por qué? —me preguntó.

—Supongo que habrás preparado la respuesta por si llegaba el momento. Venga, a ver si eres capaz de sorprenderme—le reté.

—Porque no quería hacerte daño.

—Ya, pues bonita manera de no hacérmelo. Era mi mujer y me pasaste por encima sin ningún tipo de escrúpulos —volví sobre lo mismo porque eso sí que me jodía, que se hubiese saltado la cadena de mando también con Linda.

—No, no me estás entendiendo. No tenía miedo a hacerte daño porque fuese tu esposa, sino porque la necesitabas

—No te entiendo...

—Has usado a Linda todos estos años para que echara fuera a los jodidos demonios que llevas dentro. Le debes mucho más de lo que reconoces, te guste escucharlo o no.

— ¿De qué mierda hablas? —le increpé yendo hacia él con el puño en alto.

—De que la has utilizado porque quien se hacía caca encima eras tú—me soltó.

Las consecuencias no pasaron por mi cabeza. Había tensado mucho la cuerda y se rompió. Tumbé a David de un puñetazo y, en contra de lo que hubiera pensado, él me plantó cara y el segundo me lo llevé yo. Era más menudo que yo, pero ágil, y me demostró tener buena pegada.

Fue Beth quien nos descubrió a puñetazo limpio en el despacho.

— ¡Parad ya! ¡¡ ¿Es que os habéis vuelto locos?!! —chilló con todas sus ganas interponiéndose entre ambos aun a riesgo de llevarse un golpe involuntario por nuestra parte. Menudos ovarios que tenía.

La siguiente en entrar, al escuchar sus gritos, fue Brooke y su cara de cabreo me lo dijo todo.

—David, por favor, sal de este despacho. Y tú también, Beth—le indicó.

Su mirada me contó que sería implacable, y más cuando se vino hacia mí.

— ¿Qué se supone que te pasa ahora? ¿Es que no piensas dejar de ser el gallito del corral? —me preguntó.

—No te metas. Me haces el favor y no te metas en esto. Es entre él y yo—le contesté iracundo.

—Y una mierda, si afecta al bufete no es entre vosotros dos. Aparte de que ya está bien. Te lo estamos poniendo todo lo más fácil posible para que no te alteres con el tema del divorcio y mírate, con la nariz chorreando sangre, qué bonito.

—Esto no tiene nada que ver con mi divorcio, le he llamado para leerle la cartilla porque se ha pasado de la raya hablando con la prensa lo que no le incumbe. Se está tomando atribuciones que no le corresponden.

— ¿A mí también me tomas por estúpida? Claro que se tomó esas atribuciones, ¿y sabes cuándo empezó a hacerlo? Cuando se enamoró de una mujer a quien no le dabas lo que se merecía. Y desde entonces estás que trepas y el encabritamiento con él va a más. Hasta que has montado este numerito, ¿no te da vergüenza?

. —No te metas, Brooke, me haces el favor y no te metas.

— ¿Es una orden? Porque si crees que voy a acatarla, vas listo.

—No, es una recomendación. No es ningún santo, no lo es...

—Pues claro que no lo es. David es una persona como tú y como yo. No, corrijo, es mucho mejor persona porque un tío más noble no lo he conocido yo en mi vida, pero no le pidas la perfección.

—Joder con su nobleza. Si tanto te gusta igual te deberías plantear algo con él.

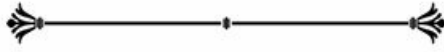
—O replanteármelo contigo si continuas con celos absurdos que no voy a consentir por parte de un hombre por quien lo he apostado todo, metiéndome en sus negocios y en su cama. Me haces el favor, porque no quiero pensar en que me haya equivocado.

Si David me hizo daño con sus palabras, ella no se quedó atrás. El día se me había complicado todo lo que pudo.

Cogí mi chaqueta y me marché. Al salir, me encontré con un enjambre de periodistas ávidos de información ante los que guardé un silencio sepulcral.

Cogí mi chaqueta y me marché. Al salir, me encontré con un enjambre de periodistas ávidos de información ante los que guardé un silencio sepulcral.

Capítulo 43



No llegué al ático hasta por la noche. Tampoco bebí en una tarde en la que traté de poner mis ideas en orden.

Cuando aparecí por la noche, ella no parecía enojada y se mostró bastante comprensiva.

—No quiero celos infundados por tu parte, ¿estamos? Ni mucho menos pensar que el bufete se puede convertir en un ring de boxeo en cualquier momento. Odio la violencia en cualquier forma y no voy a tolerarla.

—Siento mucho lo que ha sucedido. Se me fue de las manos. No te niego que estoy muy enamorado de ti y que no entiendo cómo ha pasado, porque prometí contenerme, si bien él también tiene una lengua mordaz.

—Obvio que sabe defenderse, Oliver, y que ha de hacerlo para no caer en el error de permitir que te subas a su chepa porque entonces estaría perdido. Él tampoco se siente bien por todo lo sucedido, no deberías increparle más. Y, por supuesto, jamás se te puede volver a ir la mano.

—No, eso lo tengo claro, ¿me perdonarás?

—Depende de cómo te portes, idiota—me dijo mirándome lasciva.

—Oye, te están llamando. Y es Peter—le comenté resoplando porque no era lo que más me apetecía en esos momentos.

—Ay, es cierto, estaba esperando su llamada—me comentó contenta descolgando el teléfono.

—Me doy una ducha, ¿vale? —murmuré mientras entraba en el baño. La sombra de su ex también planeaba sobre nosotros y eso tampoco me hacía demasiada gracia.

La dejé allí hablando con él y, al salir, la sonrisa no se había borrado de su rostro.

—Viene a vernos en unos días—me comentó, para mi desconcierto.

— ¿Peter viene aquí, al ático?

—Sí, claro. A meterse entre los dos, aquí en la cama. Pues claro que no. Tiene casa en Nueva York, como en otros muchos lugares del mundo.

—Cómo no me daría por pensarlo.

—Oye, con Peter que no haya tonterías porque sería lo que me faltase. Ya sabes lo...

—Lo importante que es para ti, lo sé, no te preocupes.

—Pues eso y, además, ¿a quién deseo yo? —me preguntó mientras tiraba de la toalla con la que yo salí cubierto de cintura para abajo.

—Espero que a este pájaro que quiere alzar el vuelo, mira cómo se levanta—la provoqué a base de enseñarle esa erección que iba en aumento.

—Sí que se levanta, sí. Ven aquí, que voy a darle su merecido.

—No la pagues con él, muñeca....

Sí la pagó, pero en el mejor de los sentidos. Mi evidente erección fue a más en el interior de su jugosa boca, de ese lugar en el que mi miembro se endurecía hasta adquirir la consistencia de una piedra mientras comenzaba a hervir.

Ella me había esperado con un salto de cama de lo más sexy. Su colección de prendas íntimas podría hacerle la competencia al mismísimo Victoria's Secret. Era la lujuria hecha mujer y sabía cómo calmarme, de eso poca duda me cabía.

Sentí cómo mis nervios se iban aplacando y cómo me entregaba a un placer que Brooke me daba a manos llenas combiniéndome a la estricta realidad, a boca llena.

Le encantaba el sexo oral, tanto para recibirlo como para regalarlo, y eso era algo que también subía a tope mis revoluciones. En realidad, disfrutaba muchísimo con todo tipo de sexo y en la cama con Brooke encontré la horma de mi zapato.

Ella siempre estaba dispuesta y, aparte, contaba con una colección de juguetitos sexuales que en casa complementaban nuestras sesiones sexuales hasta hacerlas llameantes.

Disfruté hasta la extenuación de la forma tan entregada en la que sus labios rodearon mi miembro, llevándolo hasta el fondo de su garganta, haciéndolo entrar y salir de su ardiente boca.

Cuando el estallido amenazó con llegar en cualquier momento, las tornas cambiaron y fui yo quien, tumbándola

sobre el colchón, me dispuse a probar el sabor de ese pubis suyo que pedía guerra y en el que introduje mi lengua notando lo muy lubricado que estaba.

Me complacía mucho lo de abrir sus labios vaginales en busca de un clítoris deseoso de mis caricias bucales, en el que yo me empleaba a fondo hasta hacerla gritar.

No tenía ella ningún complejo a la hora de hacerlo y esos gritos suyos me ponían tanto que ya soñaba con penetrarla con fuertes embestidas que me demostraran lo dispuesta que estaba a que la poseyera.

Clavó sus uñas en mí en el momento en el que se corrió. Un ligero escozor recorrió mi espalda en ese momento que abría la veda a la entrada en ella, que me indicaba el camino que debía recorrer hasta llevarla al delirio mientras sus senos también eran destinatarios de caricias por mi parte.

Antes de entrar en ella, me levanté unos segundos en búsqueda de un consolador anal porque Brooke se mostraba juguetona y yo más. Le di la vuelta y la preparé... Ya he dicho que todas las variantes sexuales le iban y el hecho de que tomase el lubricante y dilatara su cavidad más oculta para introducir el consolador en ella la hizo gemir de un modo que me estremeció.

Mientras la tenía delante de mí, a cuatro patas, se lo fui introduciendo poco a poco, a su ritmo, notando lo mucho que había dilatado y el gusto que le producía la penetración con el juguetito mientras yo no me olvidaba de seguir estimulando su clítoris.

Con esa maniobra conseguí una segunda corrida por su parte antes de entrar en ella. Una que paladeé al sacarla con mis dedos, dibujándole una sonrisa libidinosa que me dejó seca la garganta, después de tragar saliva.

—No se puede ser más morbosa—murmuré.

Mordisqueó mis labios con sus dientes mientras ladeaba la cabeza. Tras ello, le di la vuelta y, con el consolador dentro, preparé su vagina para penetrarla. Más bien, me coloqué en su entrada, pues estaba más que lista.

Agarré sus manos y me deslicé en su interior. Lo de la doble penetración multiplicaba su placer en una cama en la que ya me había acostumbrado a hacerla mía y en la que me resarcí con creces del tiempo que estuve sin sexo, el cual representaba para mí el mayor placer de la vida.

Comencé a moverme primero con lentitud, recorriendo cada milímetro de su vagina con mi miembro cual cuchillo que penetra en mantequilla caliente, mientras Brooke se iba derritiendo para mí.

Las palpitaciones de mi miembro se intensificaban conforme lo hacía su respiración, al compás con la mía. Muy excitada, murmuraba palabras capaces de provocar que cualquier hombre entrase en combustión espontánea.

Brooke era un volcán en la cama y yo disfrutaba hasta donde ella no podía imaginarse explorando cada uno de

esos recovecos de los cuales emanaba lava.

Aumenté la potencia del consolador, que tenía función de vibración, y noté cómo su respiración se entrecortaba y cómo un súbito calor en su rostro anunciaba un nuevo orgasmo que recibí con mi miembro dentro, empapándome y disfrutando de esas contracciones que le produjo y que volvieron a hacer que sus uñas se clavasen en esa piel mía que se hubiera dejado atravesar con tal de seguir disfrutando de ella.

Me comía esos labios, y ahora hablo de los de su boca, que Brooke me ofrecía como la más jugosa de las frutas prohibidas, bebiendo de ellos y pensando en la inmensa suerte de poseer noche tras noche a una mujer capaz de potenciar todos y cada uno de mis sentidos, llevando a mi corazón a un estado que nunca sospeché alcanzar.

El sexo con ella era brutal y en aquella ocasión terminó en una corrida simultánea que nos llevó juntos a la ducha donde, antes de salir y tras frotarnos mutuamente, comenzaron de nuevo los fuegos artificiales.

— ¿Ves lo guay que eres cuando no piensas en tonterías y te dejas llevar? —me preguntó al meternos en la cama.

Sabía muy bien lo que me jugaba. Brooke no era una persona que no emitiese señales. Ella lo hacía, alto y claro. No merecía mayores contratiempos cuando tenía razón al decir que lo apostó todo con mí.

Ese carácter mío, que durante años fue tan inestable como la nitroglicerina, debía ser enterrado por mi parte, ya que alguien como ella no toleraría salidas de tono. Ni tenía por qué hacerlo.

Brooke también contaba con un carácter impetuoso, aunque en su caso había forjado nervios de acero y sabía controlarlos a la perfección. Solo debía mirarme en su espejo y entender que no había motivos para dejar salir más una rabia que luego me hacía sentir mal.

Aquella sesión de sexo con ella, como si nada hubiese pasado, me ayudó a entender que todo seguía bien, pero que había recibido un toque de atención que no podía ignorar salvo que fuese un necio, porque las cosas siempre pueden torcerse con un tipo como era yo.

La abracé, la besé y le prometí que todo iría bien mientras se dejaba mecer por Morfeo... Y también por mí.

esos recovecos de los cuales emanaba lava.

Aumenté la potencia del consolador, que tenía función de vibración, y noté cómo su respiración se entrecortaba y cómo un súbito calor en su rostro anunciaba un nuevo orgasmo que recibí con mi miembro dentro, empapándome y disfrutando de esas contracciones que le produjo y que volvieron a hacer que sus uñas se clavasen en esa piel mía que se hubiera dejado atravesar con tal de seguir disfrutando de ella.

Me comía esos labios, y ahora hablo de los de su boca, que Brooke me ofrecía como la más jugosa de las frutas prohibidas, bebiendo de ellos y pensando en la inmensa suerte de poseer noche tras noche a una mujer capaz de potenciar todos y cada uno de mis sentidos, llevando a mi corazón a un estado que nunca sospeché alcanzar.

El sexo con ella era brutal y en aquella ocasión terminó en una corrida simultánea que nos llevó juntos a la ducha donde, antes de salir y tras frotarnos mutuamente, comenzaron de nuevo los fuegos artificiales.

— ¿Ves lo guay que eres cuando no piensas en tonterías y te dejas llevar? —me preguntó al meternos en la cama.

Sabía muy bien lo que me jugaba. Brooke no era una persona que no emitiese señales. Ella lo hacía, alto y claro. No merecía mayores contratiempos cuando tenía razón al decir que lo apostó todo con mí.

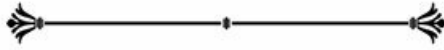
Ese carácter mío, que durante años fue tan inestable como la nitroglicerina, debía ser enterrado por mi parte, ya que alguien como ella no toleraría salidas de tono. Ni tenía por qué hacerlo.

Brooke también contaba con un carácter impetuoso, aunque en su caso había forjado nervios de acero y sabía controlarlos a la perfección. Solo debía mirarme en su espejo y entender que no había motivos para dejar salir más una rabia que luego me hacía sentir mal.

Aquella sesión de sexo con ella, como si nada hubiese pasado, me ayudó a entender que todo seguía bien, pero que había recibido un toque de atención que no podía ignorar salvo que fuese un necio, porque las cosas siempre pueden torcerse con un tipo como era yo.

La abracé, la besé y le prometí que todo iría bien mientras se dejaba mecer por Morfeo... Y también por mí.

Capítulo 44



En los siguientes días, traté de hacer borrón y cuenta nueva.

Tomé conciencia de que nada como aquello podía volver a suceder y, aunque no hablé más con David, me limité a hacerle un cerco y a no provocarlo en lo más mínimo.

Quisiera o no, su reacción ante la prensa, totalmente neutra, tenía razón en que me había ayudado, pues los medios hicieron eco de que el bufete que llevaba el caso del armador no parecía haberse alterado ni lo más mínimo.

—Si es que no hay mal que por bien no venga—me comentaba ella mientras esperábamos a Alexander en el juzgado, adonde el armador griego no tardaría en llegar.

Él estaba casado con una norteamericana a la que no le dolieron prendas a la hora de jugar muy sucio a última hora. Enfrente teníamos a Mary Jolie, una abogada con la que me vi más veces la cara, de las que iba a por todas y quien, sin duda, había intervenido en aquella patraña que trataba de que mi cliente se bajase los pantalones ante una denuncia que podía ponerle en jaque, jodiéndole cantidad de negocios, ya que en ciertos entornos se huye de los líos como de la peste.

En honor a la verdad, habían orquestado un buen plan, con parte de lesiones y toda la pesca incluidos. Vaya, que tiraron a matar, si bien yo no me quedé corto.

La única que sabía la verdad era Brooke. Ella me sonreía tranquila porque me acompañó la noche antes, cuando pagamos al médico que atendió a la farsante de la esposa de Alexandre diez veces lo que ella le ofreció para que firmase un informe falso.

El tipo se había mostrado de lo más escurridizo y, por supuesto, no se pilló los dedos. Lo que declaró en sala fue que se produjo una confusión en el hospital y que el parte de lesiones que firmó por error pertenecía a otra persona.

Las caras fueron de negación total, si bien el médico se mantuvo en sus trece. Era Sarah, mi amiga jueza, la que llevaba el caso y hasta la escuché suspirar en algún que otro momento, no dando crédito al circo que se estaba formando y que tuvo que controlar en más de un momento para que no se le fuese de las manos.

Cuando todo hubo terminado, Brooke se quedó recibiendo las felicitaciones por parte de Alexander y yo me acerqué a charlar con Sarah.

—No creas que se me ha ido por alto que esa mujer es más falsa que una moneda de cuero, pero que tú has pagado bajo cuerda para que ese médico cambiase su declaración.

—Sarah, por favor, dada la amistad que nos une no deberías hacerme ese daño, ¿tú sabes lo que me estás diciendo? —le pregunté con cara de póker y aguantando la risa.

—Verdades como puños son las que te digo. A veces dudo si gente como tú debería ejercer la abogacía.

a—Me dices eso porque te gusta ponerme firme como una vela, pero no niegues que soy tu abogado favorito y que mueres con mis métodos.

s—Puede que sí, porque igual un día me da hasta un infarto celebrando juicios contigo.

—Yo antes te hubiera recomendado que fueses a ver a Linda, que es fenomenal como cardióloga, lo que pasa es que ya no derivo pacientes a su consulta. Acabamos regular.

—Eso he escuchado, aunque también se dice, se comenta y se rumorea que tienes una relación con tu nueva socia algo que creo poder confirmar.

/

— ¿Y eso? ¿Me espías? Siempre sospeché que tienes interés por mí.

—De nuevo te diré que actuaré como si no te hubiese escuchado. Es imposible ser más engreído.

—Venga ya, pero si me lo estoy haciendo mirar...

— ¿Sí? Pues entonces estudia a fondo también cómo no perder a tu nueva conquista, y así saldrás ganando.

— ¿Quieres decir que es mejor que yo? Al final quien terminará con el corazón tocado seré yo por tu culpa.

—No se te da nada bien lo de hacerte el mártir. Y no, no digo que sea mejor que tú, sino que la miras como nunca te vi mirar a nadie.

—Vale, vale, ya me largo...

—Mira que te cuesta abrir tus sentimientos a la gente, bandido.

— ¿Sentimientos? ¿Qué es eso? En la carrera no debe estudiarse porque yo lo tengo todo metido aquí—me llevé

los dedos al coco— y no, no está.

—Eres un patán, un verdadero patán. Lárgate de aquí antes de que ordene que te detengan.

Brooke escuchó eso último y se partió de la risa, ya que se dirigía a mí para darme el encuentro.

— ¿Por qué se supone que debería ordenar que te detuvieran? Yo te necesito conmigo, ¿no lo sabe? Esta noche pienso festejar esta gran victoria por todo lo alto. Saldremos de cena y será espectacular.

—Tienes toda la razón, amor, no me la perdería por nada del mundo. En cuanto a lo de Sarah son cositas nuestras...

—Menos mal que a mí no me asaltan los celos, no como a otros—murmuró entre risas.

—Ni idea de lo que me hablas, pero ni idea, vaya.

—Ya, ya....

Me fui a almorzar con ella y no pude evitar sentir una cierta nostalgia. Hasta hacía muy poco, las victorias del despacho las celebraba con David y, a pesar de que no se lo hubiera reconocido a nadie ni bajo tortura, le echaba de menos.

Por lo demás, fue un almuerzo muy ameno y se preveía que la cena sería mejor aún, dado que Brooke era de las que sabían hacer de un día así todo un acontecimiento. Además, me pidió que me pusiese especialmente elegante y eso indicaba que traería entre manos algo importante, por lo que le hice caso y cuando salí de mi vestidor, me la encontré espléndida, con un traje de noche en rojo que me dejó sin aliento.

— ¿Hay tiempo para que te demuestre lo mucho que me has puesto con ese vestido? —le pregunté.

—Ya me lo ha dicho el pajarito ese que muere por asomar de tu bragueta, no te preocupes. Y eso habrá que aplazarlo para luego.

los dedos al coco— y no, no está.

—Eres un patán, un verdadero patán. Lárgate de aquí antes de que ordene que te detengan.

Brooke escuchó eso último y se partió de la risa, ya que se dirigía a mí para darme el encuentro.

— ¿Por qué se supone que debería ordenar que te detuvieran? Yo te necesito conmigo, ¿no lo sabe? Esta noche pienso festejar esta gran victoria por todo lo alto. Saldremos de cena y será espectacular.

—Tienes toda la razón, amor, no me la perdería por nada del mundo. En cuanto a lo de Sarah son cositas nuestras...

—Menos mal que a mí no me asaltan los celos, no como a otros—murmuró entre risas.

—Ni idea de lo que me hablas, pero ni idea, vaya.

—Ya, ya....

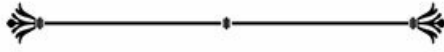
Me fui a almorzar con ella y no pude evitar sentir una cierta nostalgia. Hasta hacía muy poco, las victorias del despacho las celebraba con David y, a pesar de que no se lo hubiera reconocido a nadie ni bajo tortura, le echaba de menos.

Por lo demás, fue un almuerzo muy ameno y se preveía que la cena sería mejor aún, dado que Brooke era de las que sabían hacer de un día así todo un acontecimiento. Además, me pidió que me pusiese especialmente elegante y eso indicaba que traería entre manos algo importante, por lo que le hice caso y cuando salí de mi vestidor, me la encontré espléndida, con un traje de noche en rojo que me dejó sin aliento.

— ¿Hay tiempo para que te demuestre lo mucho que me has puesto con ese vestido? —le pregunté.

—Ya me lo ha dicho el pajarito ese que muere por asomar de tu bragueta, no te preocupes. Y eso habrá que aplazarlo para luego.

Capítulo 45



Se empeñó en conducir ella pese a ir tan elegante. Sabía que me sacaba de quicio y le daba igual.

—Pero si te lo digo porque llevas taconazo y con eso no se puede conducir.

—Yo conduzco hasta con los ojos cerrados si hace falta, y para tu información te diré que lo hago mejor que tú— me informó riendo.

—Eso sí que no y no aludas a que te lo digo porque eres mujer. No va por ahí la cosa. Lo digo porque eres una loca al volante y lo sabes.

—Soy una loca a secas, una loca que sabe vivir la vida.

Me llamó la atención que no fuésemos en dirección a ninguno de los mejores restaurantes de la ciudad, pues yo suponía que ella habría reservado en uno. En su defecto, llegamos a una zona residencial, la más exclusiva, en la cual paró ante una mansión y entonces lo entendí todo.

—No me digas que es la de Peter.

—Chico listo, por algo te elegí—me comentó revolviéndome el flequillo.

—No sabía que ya había llegado, no me has contado nada.

—Quería que fuese una sorpresa. Sois mis dos chicos preferidos y tengo muchas ganas de que os conozcáis.

Si os soy sincero, yo tenía bastantes menos ganas. Soy muy competitivo y, aunque me había labrado un patrimonio de lo más curioso, aún no podía medirme con aquel tipo que era un millonario por derecho y que vivía sin trabajar en la opulencia, a cuerpo de rey.

Que sí, que yo también podría haber vivido sin volver a dar palo al agua, pero que no se trataba de eso, en fin.

El mismo Peter vino a abrirnos la puerta, algo que no esperas en una mansión así. No en vano, enseguida

comprobé que tenía servicio por doquier, pero se veía que le gustaba lo de recibirnos en persona. A mí me gustó una chispa menos la forma en la que abrazó a Brooke, colmándola de besos a la par.

—Mira, Peter, él es Oliver—nos presentó.

—Hola, tenía muchas ganas de conocerte—me comentó estrechando mi mano y luego, para mi sorpresa, dándome un abrazo también.

Yo es que no era mucho de abrazarme a otros tíos y me sentí un tanto descolocado, algo que a Brooke no se le escapó, sacando a pasear una irónica sonrisilla por su parte.

Nos invitó a pasar y allí parecía que fuese a llegar el presidente Byden en cualquier momento. Un lujo desmesurado presidía la mesa del comedor en el cual, y entre otras fotos, encontré varias de Brooke, algo que no es que tampoco me hiciera una gracia loca.

Era un tío hablador, muy hablador, y por el hecho de que hacía tiempo que no la veía, como que me pareció que la acaparaba. Nada de esto lo podía dar por cierto, eran sensaciones mías, pero que no resultó la celebración de mis sueños, eso ya os lo digo.

Para colmo, me resultó prepotente que comenzase a enumerar la cantidad de lugares en el mundo que visitaron juntos y encima es que desató las carcajadas de Brooke en diversos momentos recordando determinadas anécdotas.

Yo trataba de no aguarle la fiesta a mi chica, y más sabiendo lo importante que ese tipo era para ella, si bien en más de un momento llegué a desconectar porque ninguna gracia me hacía comprobar que la complicidad entre ambos no se hubiese resentido lo más mínimo en el tiempo que llevaban separados.

Yo no me imaginaba hablando un día así con Linda y tampoco me sentía demasiado cómodo en esa situación que, sin embargo, era la que me había tocado en suerte. Y contra eso no podría luchar si no quería que ella me viese como un cavernícola. No obstante, sí que le hubiese dado a Peter en toda la cabeza con una porra de las que solían portar ellos a ver si así se callaba un poquito.

Tras la cena, nos invitó a tomar una copa en su jardín y entonces puso algo de música, cómo no se me habría ocurrido. Brooke me contó en su día que era un gran bailarín y sí, comprobé enseguida que lo llevaba en la sangre.

A mí no se me daba mal bailar, pero aquel tipo es que lo disfrutaba de un modo increíble, moviéndose como si sus huesos fueran de gelatina y haciendo tal cantidad de figuras en una sola canción que me dejó boquiabierto.

La había sacado a bailar a ella, tras lo cual no tuvo más idea que pretender que yo bailase también con él...

—No, no, es mi turno, pero bailo con mi chica—le aclaré mientras ella, con alguna copa de más encima, se moría

de la risa.

—No, no, baila también con él, ya verás cómo te lleva...

Sería lo que me faltase. No quería que me llevaran ni en coche y me iba a dejar llevar por un tío bailando. Ni loco
¿Yo no había nacido para eso.

—Qué va, qué va. Ven aquí—la tomé a ella y bailamos de la forma más sensual mientras comenzaba a sonar
“Celos” de Mark Anthony y ella se moría de la risa y me miraba con guasa. No podía sonar otra, jodida
casualidad.

—No tengo celos, así que puedes dejar de mirarme así—le decía yo mientras me la comía en cada uno de mis
gestos.

—Si yo no he dicho nada, ¿he dicho yo algo?

1

—Pero te lo estoy viendo en los ojillos, te lo veo.

Peter nos aplaudía y yo pensaba que estaríamos mejor bailando allí solos y que, si así fuese, no dudaría en
despojarla de su vestido rojo, haciéndola mía en un jardín que se convirtió en una improvisada fiesta tras la cual, y
al llegar a casa, la amé sobre las sábanas de un modo arrollador, de un modo en el que se me fue la vida.

,

1

!.

5

de la risa.

—No, no, baila también con él, ya verás cómo te lleva...

Sería lo que me faltase. No quería que me llevaran ni en coche y me iba a dejar llevar por un tío bailando. Ni loco. Yo no había nacido para eso.

—Qué va, qué va. Ven aquí—la tomé a ella y bailamos de la forma más sensual mientras comenzaba a sonar “Celos” de Mark Anthony y ella se moría de la risa y me miraba con guasa. No podía sonar otra, jodida casualidad.

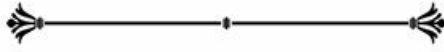
—No tengo celos, así que puedes dejar de mirarme así—le decía yo mientras me la comía en cada uno de mis gestos.

—Si yo no he dicho nada, ¿he dicho yo algo?

—Pero te lo estoy viendo en los ojillos, te lo veo.

Peter nos aplaudía y yo pensaba que estaríamos mejor bailando allí solos y que, si así fuese, no dudaría en despojarla de su vestido rojo, haciéndola mía en un jardín que se convirtió en una improvisada fiesta tras la cual, y al llegar a casa, la amé sobre las sábanas de un modo arrollador, de un modo en el que se me fue la vida.

Capítulo 46



En aquellos días, fueron varias las veces que quedamos con Peter, el cual no por eso me cayó mejor.

Ya ardía en ganas de que se marchase con viento fresco porque me tenía más mosqueado que a un pavo en Nochebuena.

Además, a Brooke le encontraba un puntito misterioso que tampoco es que me encantase, como si me estuviese ocultando algo. A mí era lo que me faltaba en un momento en el que hacía malabarismos emocionales para no volver a chocar con David.

Por fortuna, estaban siendo mucho los aciertos por su parte en ese tiempo en el que dejó de ser mi discípulo para volar solo con sus casos. Ninguno me consultaba porque no estaba el horno para bollos entre nosotros, aunque debía reconocerle a Brooke que él estaba atinando.

En otro tiempo, le hubiese hecho la ola al enorgullecirme de él y en cierto modo sí que me enorgullecía, si bien mi coraza no me permitiría demostrárselo. Bastante era con que pudiésemos trabajar en el mismo bufete sin volver a echar mano de los puños.

—Esta noche cenamos con Peter—me anunció ella y me molestó bastante, entrando en mi despacho.

—¿Otra vez? —no puede evitar preguntarle.

—Si tú tampoco le has visto tanto, no te quejes. Soy yo quien ha pasado más tiempo con él.

—Y que lo digas—le solté con un cierto regusto amargo.

—¿Hay algún problema? Porque si lo hay, me lo dices.

—Nada, nada, pero si yo lo hiciera con Linda, no sé cómo te sentaría—opiné.

—Prueba a hacerlo. Igual me das una alegría arreglando las cosas con ella. Eso demostraría que has cambiado en temas importantes.

—No me jodas, yo no necesito estar a bien con Linda para nada. Yo te quiero a ti.

—Y yo a ti, aunque actúes así en ciertos momentos.

—Vale, vale, me queda claro lo que piensas de mí—le dije mordiéndome la lengua para no meter más la pata.

— ¿Siempre tienes que hacerlo?

— ¿Hacer qué, Brooke?

—Quedarte con la parte que te interesa para darle la vuelta, ¿no puedes quedarte con la de que te quiero?

—Vale, vale, perdóname.

—Ok, pero no vuelvas a comportarte de ese modo, por favor. No me hagas elegir entre las personas que quiero, es algo que me jode lo indecible.

—Está bien, perdóname. Iré a esa cena, aunque recuerda que tengo que verme con William Button esta tarde. Espero terminar a tiempo.

—Ah, sí, por la demanda de filiación de ese chico que dice ser su hijo. A ver qué pasa, está bien.

—Por eso mismo, sí.

r

—Venga, yo también tengo un día de órdago. He de salir a hacer mil gestiones, te veo por la noche.

—Ok, preciosa.

La vi salir y su vaivén de caderas me hizo tragar saliva. Cualquier hombre desearía poseerla, ¿en qué estaría pensando Peter cuando la dejó marchar? Y es más, ¿por qué no querría recuperarla? Igual sí que lo pretendía.

Prefería no pensar en ello, si bien no podía evitarlo. El día se me hizo muy largo y la entrevista de la tarde me llevó más tiempo del que creí en principio.

No es que me apeteciera acudir a esa cena, pero no quería defraudarla, por lo que pasé por casa a cambiarme a última hora. Ella ya había estado allí, era evidente porque encontré la ropa que llevaba puesta durante el día dejada caer sobre la cama. Debí arreglarse con cierta prisa, porque de otro modo no estaría allí, razón por la que también vi el estuche de la que debía ser una carísima joya en forma de gargantilla, dada la marca.

Enseguida se me vino a la cabeza aquella otra que yo nunca llegué a entregarle a Linda, la que compré para su

cumpleaños y que terminé destrozando con mis propias manos tras suceder todo lo que sucedió.

Para mi suerte o para mi desgracia, cuento con memoria fotográfica, y eso hizo que me percatase de que esa joya era nueva, ya que nunca vi ese estuche entre los que Brooke tenía en su joyero.

Inspiré y exhalé, no queriendo pensar que fuese un regalo de Peter, ¿y por qué había de serlo? A Brooke también le sobraba el dinero para comprarse una joya así, nosotros contábamos igualmente con un gran nivel de vida.

Estrenaba una camisa y fui a tirar la etiqueta a la papelera del baño cuando tiré del pico de lo que parecía ser una nota. Mi gozo a un pozo porque lo único que salió fue una esquinita, ya que Brooke la había roto. Estaba disimulada entre algodones de maquillaje que quedaron encima, pero simplemente la vi. Retiré los algodones y comprobé que, efectivamente, era una nota que ella hizo pedazos. Aunque contaba con poco tiempo para hacer puzzles, algunas letras comenzaron a encajar con otras y pude leer algo que sería parte de un “te quiero” y de la palabra “boda”.

¿De qué iba aquello? ¿Peter le había pedido matrimonio con aquella joya? ¿Se estaban riendo de mí invitándome a cenar? Se me marcaba la vena del cuello en el espejo cuando me sonó el teléfono. Si era ella para meterme prisa se trataba del colmo del descaro, porque algo me ocultaba y a las pruebas me remitía, como buen abogado que soy.

En su lugar, me encontré con la afligida voz de Sally.

—Cariño mío, ¿estás en casa? —me preguntó.

—Sí, estoy, dime—le contesté con la certeza de que no me llamaba para nada bueno.

—Es George, le ha dado un infarto—me indicó.

Sentí que el corazón se me paraba a la par que el de ese hombre, mi padre a todas luces, que acababa de recibir un aviso que solo esperaba que no fuese mortal.

George era un hombre fuerte y que tenía mucho por lo que vivir, al estar muy enamorado de Sally. Y yo volví a apelar a ese Dios que una vez no me escuchó para que en aquella ocasión lo hiciese y no se llevara a quien tanta falta le hacía a ella.

cumpleaños y que terminé destrozando con mis propias manos tras suceder todo lo que sucedió.

Para mi suerte o para mi desgracia, cuento con memoria fotográfica, y eso hizo que me percatase de que esa joya era nueva, ya que nunca vi ese estuche entre los que Brooke tenía en su joyero.

Inspiré y exhalé, no queriendo pensar que fuese un regalo de Peter, ¿y por qué había de serlo? A Brooke también le sobraba el dinero para comprarse una joya así, nosotros contábamos igualmente con un gran nivel de vida.

Estrenaba una camisa y fui a tirar la etiqueta a la papelera del baño cuando tiré del pico de lo que parecía ser una nota. Mi gozo a un pozo porque lo único que salió fue una esquinita, ya que Brooke la había roto. Estaba disimulada entre algodones de maquillaje que quedaron encima, pero simplemente la vi. Retiré los algodones y comprobé que, efectivamente, era una nota que ella hizo pedazos. Aunque contaba con poco tiempo para hacer puzzles, algunas letras comenzaron a encajar con otras y pude leer algo que sería parte de un “te quiero” y de la palabra “boda”.

¿De qué iba aquello? ¿Peter le había pedido matrimonio con aquella joya? ¿Se estaban riendo de mí invitándome a cenar? Se me marcaba la vena del cuello en el espejo cuando me sonó el teléfono. Si era ella para meterme prisa se trataba del colmo del descaro, porque algo me ocultaba y a las pruebas me remitía, como buen abogado que soy.

En su lugar, me encontré con la afligida voz de Sally.

—Cariño mío, ¿estás en casa? —me preguntó.

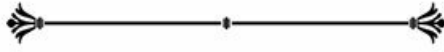
—Sí, estoy, dime—le contesté con la certeza de que no me llamaba para nada bueno.

—Es George, le ha dado un infarto—me indicó.

Sentí que el corazón se me paraba a la par que el de ese hombre, mi padre a todas luces, que acababa de recibir un aviso que solo esperaba que no fuese mortal.

George era un hombre fuerte y que tenía mucho por lo que vivir, al estar muy enamorado de Sally. Y yo volví a apelar a ese Dios que una vez no me escuchó para que en aquella ocasión lo hiciese y no se llevara a quien tanta falta le hacía a ella.

Capítulo 47



Emprendí el camino al hospital a toda pastilla. No podía ni imaginarme lo que sería que perdiésemos a George y lo que eso supondría en la vida de Sally.

Hay infartos de todo tipo y Sally nunca fue una mujer alarmista. En su lugar, siempre le quitó importancia a todo ; si no me dijo nada esperanzador en su llamada sería porque nada bueno tenía para decirme.

Los problemas se agolpaban en mi mente, si bien en aquel momento ese pasó a convertirse en el más importante de mi vida. Quería volar por una ciudad en la que, para que de nada me faltase, me encontré con una obra improvisada a causa de un problema de alcantarillado que me impedía avanzar.

Comencé a tocar el claxon desesperado, como si algo pudiese arreglar con ello. En determinadas ocasiones actuamos de una forma un tanto descerebrada y un par de policías no dudaron en hacérmelo saber.

— ¿Se está usted quemando? Porque salvo si es así no tiene ninguna lógica su comportamiento. Estese quieto ya, que no tiene 15 años—me pidieron.

—Es mi padre, le ha dado un infarto—les comenté porque necesitaba decirlo, porque mi agobio era supremo y porque la desesperación me estaba pudiendo.

—Vaya, lo sentimos, pues lo tiene jodido porque no hay manera de avanzar ni tampoco podrá dar marcha atrás. Está usted metido en un verdadero lio—me dijeron mirando a mi alrededor con todos aquellos conductores resoplando.

—Pero tengo que llegar, debo llegar.

—Nos hacemos cargo y aun así no podemos hacer nada. Tenga paciencia.

El teléfono comenzó a sonarme y era David. Todo es susceptible de empeorar y lo haría, ¿por qué me llamaba a mí? Esperaba que no buscase mi apoyo porque yo no estaba para apoyar a nadie que no fuese Sally y mucho menos a él. Yo solo deseaba que todo aquello terminase bien y que el maldito Peter saliera de nuestras vidas. También que Brooke no me la estuviese jugando y... No, no debía pensar en nada más.

Ante su insistencia, le cogí el teléfono a David.

— ¿Se puede saber qué diablos quieres? —le pregunté.

—Contarte que estoy metido en un jodido atasco, necesito que llegues lo antes posible para que nuestra madre no esté sola.

—Maldita sea, ¿y crees que estoy jugando a las apuestas online? También estoy metido en el mismo atasco, con ganas de soltar el coche aquí mismo y salir corriendo.

—Te detendrán si haces eso, no puedes entorpecer más el tráfico. Ten sangre fría.

y—Sí, sí, no te preocupes porque a eso ya estoy acostumbrado.

Le colgué y llamé a Sally.

—No te preocupes, cachorro, están haciendo todo lo que pueden por él, no pierdas los nervios. Nada podéis hacer aquí ni David ni tú. Si Dios lo ha querido así, será por algo.

—No creo que Dios tenga nada que ver en que estés ahí sola porque no lo mereces, mamá. Lo siento mucho, ojalá te hubiese ayudado más en la vida.

—No digas eso, por favor. Has sido una bendición para mí desde que llegaste a la mía—me indicó.

—Y yo nunca he estado a la altura, nunca te he devuelto todo lo que me diste. Y tú no tenías la culpa de que no quisiera abrir mis sentimientos—le comenté por el manos libres.

—Sé lo que has sufrido, hijo, a mí nada tienes que explicarme.

—Pero te debo muchas explicaciones. Y nunca te las he dado. Ya lo haré, ¿vale? Tú no tienes la culpa de que no haya sabido querer, la culpa es de otra persona—le aclaré como si estuviera en un confesionario, en el cual se convirtió mi coche en ese instante.

—Ya, de tu madre, ¿es a ella a quien te refieres?

—Lo siento, me hizo demasiado daño y yo tenía puesta una coraza. Ojalá me hubiese olvidado de ella para centrarme en George y en ti, ¿crees que será demasiado tarde? —le pregunté.

—Creo que George aguantará porque sabe lo mucho que le queremos, cachorro.

—Yo nunca se lo dije, por mis labios no puede saberlo. Y ahora me arrepiento.

—No le hace falta escucharlo, él lo sabe. Pero si se lo dices, mucho mejor. Nosotros también te adoramos, hijo.

Colgué la llamada y me eché a llorar sobre el volante. Nunca lo hacía cuando pensaba en aquel tema que tanto me marcó y concluí que el llanto me haría muchísimo bien. Lo necesitaba, necesitaba echar fuera todo lo que me había oprimido durante demasiado tiempo.

Quizás fuese una cuestión de supervivencia, de agarrarme a lo que fuera que me quedase, puesto que tenía la impresión de que podía perder a Brooke.

Igual se trataba de una broma del cachondo del destino, que me hubiese hecho enamorarme una sola vez en mi vida para luego sufrir un palo por parte de esa persona, un palo que me dolía demasiado de solo pensar en él.

Brooke también me hizo una llamada, si bien a ella no le contesté. No me sentía con ánimo de responderle al no saber a qué estaba jugando. Mi vida se desmoronaba cuando ella se estaría riendo a mandíbula batiente con un ex que pareció adquirir un papel protagonista en su vida desde su llegada a Nueva York. Y que la estaba pretendiendo, porque la nota que debió acompañar a la gargantilla así me lo indicaba.

En un momento dado pudimos reanudar la marcha, aunque de una manera más lenta que si se tratase de un desfile de caracoles. Casualidades como aquellas pueden hacerte la sangre agua, porque a mí se me estaba haciendo.

—Yo nunca se lo dije, por mis labios no puede saberlo. Y ahora me arrepiento.

—No le hace falta escucharlo, él lo sabe. Pero si se lo dices, mucho mejor. Nosotros también te adoramos, hijo.

Colgué la llamada y me eché a llorar sobre el volante. Nunca lo hacía cuando pensaba en aquel tema que tanto me marcó y concluí que el llanto me haría muchísimo bien. Lo necesitaba, necesitaba echar fuera todo lo que me había oprimido durante demasiado tiempo.

Quizás fuese una cuestión de supervivencia, de agarrarme a lo que fuera que me quedase, puesto que tenía la impresión de que podía perder a Brooke.

Igual se trataba de una broma del cachondo del destino, que me hubiese hecho enamorarme una sola vez en mi vida para luego sufrir un palo por parte de esa persona, un palo que me dolía demasiado de solo pensar en él.

Brooke también me hizo una llamada, si bien a ella no le contesté. No me sentía con ánimo de responderle al no saber a qué estaba jugando. Mi vida se desmoronaba cuando ella se estaría riendo a mandíbula batiente con un ex que pareció adquirir un papel protagonista en su vida desde su llegada a Nueva York. Y que la estaba pretendiendo, porque la nota que debió acompañar a la gargantilla así me lo indicaba.

En un momento dado pudimos reanudar la marcha, aunque de una manera más lenta que si se tratase de un desfile de caracoles. Casualidades como aquellas pueden hacerte la sangre agua, porque a mí se me estaba haciendo.

Capítulo 48



Llegué el primero al hospital y Sally me dio un gran abrazo. David, por lo que me indicó, estaba varias calles más atrás y aún tardaría unos minutos en llegar.

Con solo mirarla supe que le pasaba algo, que Sally escondía algo más detrás del dolor que el infarto de George le producía.

—Está grave, hijo, lo está—me hizo ver cuando me senté a su lado.

—Saldrá de esta, ya lo verás.

—Sí, también estoy segura. Él puede con todo y tiene una preciosa familia por la que luchar. Os ama a los dos por igual, por mucho que no pudiera darte su apellido, ¿lo sabes?

—Lo sé, mamá, sé que no fue cosa suya y eso no me ha importado jamás. David me recordó hace poco lo mucho que os debía, me lo habéis dado todo y algunas veces me olvidé de ello.

—David te adora, y vuestro padre os adora a los dos... Por eso no ha podido soportarlo—se le escapó decir y también se le escapó un río de lágrimas.

—¿De qué hablas, mamá? Dímelo.

—No, hijo, no puedo empeorar más las cosas, no me pidas que haga eso, por favor.

—Ya están bastante mal, será difícil eso.

—Hijo, es que me cuesta mucho pensar que las cosas están tan mal entre David y tú. Sé que no puedes perdonarle lo de Linda, pero en el fondo los dos sabemos...

—Que yo no la quise bien, asumo mi culpa. De todos modos, tampoco es que estén muy mal las cosas entre nosotros—disimulé por no causarle un daño mayor.

—No tienes que hacer eso, no me ocultes la verdad. Lo sabemos todo, sabemos que acabasteis a puñetazos, nos enteramos hace unas horas y por eso...

— ¿Por eso le ha dado el infarto a papá? ¡¡Joder!! —chillé.

No pude contenerme, me levanté y salí de la sala, porque el resto de personas se nos quedó mirando y puse a Sally en evidencia.

Por más que ella me llamó, no la escuché. Tan solo me escuchaba a mí mismo diciéndome que David era un canalla por haberles ido con el cuento.

Le esperé en el mismo aparcamiento. Tendría que pasar por allí y no se escaparía. El mal ya estaba hecho y él me iba a oír.

Le vi avanzar con su coche y, para mayor cabreo, Linda ocupaba el asiento del copiloto. Yo no había vuelto a coincidir con ella y, pese a su cara de preocupación, me la encontré bastante restablecida y muy guapa.

Ella me conocía muy bien y leyó en mi gesto que cualquier cosa podría hacer, razón por la que se bajó del coche incluso antes de que David aparcase.

— ¿Qué pasa, Oliver? ¿Por qué nos esperas aquí? —me preguntó adivinando lo que yo hacía.

—No te hagas la mosquita muerta porque lo sabes de sobra—le dije pasando de ella y yendo hacia el coche.

Linda trató de retenerme cogiéndome por la chaqueta y me volví sin vacilar.

—No me toques—le indiqué mientras me iba hacia él como una fiera.

— ¿Qué está pasando aquí? —se bajó David, quien no me temía en lo más mínimo. Ya eran varias las veces en la que me lo demostraba. El niño tímido e introvertido que fue se había marchado para siempre y su carácter adulto era fuerte y sólido.

—Lo sabes muy bien, miserable. Si papá está debatiéndose entre la vida y la muerte es porque has actuado como un niño, ¿de verdad se lo tenías que contar? Eres un mierda, debió quedar entre nosotros.

— ¿De qué cojones me hablas? ¡¡Yo no he dicho nada!!

—De nuestra pelea. Papá no ha podido resistirlo y le ha dado un infarto. No fue para tanto, joder, no tenías que haberlo aireado.

— ¿De verdad crees que tengo necesidad de disgustarles de ese modo?

—Por increíble que me resulte, es obvio que lo has hecho. Se han enterado esta tarde...

—Yo no les he visto en todo el día, ni a él ni a mamá. Llevo toda la tarde con Linda.

—Es verdad, hemos ido a mi revisión ginecológica. Vuelvo a estar embarazada, de una falta—afirmó ella y me quedé sin saber qué decir.

—¡¡Maldita sea!! ¿Y entonces quién demonios se lo ha dicho? —le pregunté tratando de que no me afectase la noticia.

—Él quedó esta tarde con su amigo Bill, creo recordar que su hijo estaba firmando un contrato prenupcial en el bufete el día que tú y yo nos tocamos la cara. Ha sido él, fijo.

—Mierda, mierda, mierda, ¡he dejado a Sally sola! —exclamé mientras me daba la vuelta y salía corriendo en dirección al interior.

Me topé con ella, quien igualmente nos conocía muy bien y temía que nos enzarzáramos de nuevo, motivo por el que salió a buscarnos. Su mirada seguía siendo muy triste y nos abrazó a los tres a la vez.

—Mis niños, mis niños juntos...

—No va a pasarle nada, mamá, ya lo verás.

La espera se hizo eterna durante las horas en las que nada pudieron avanzar los médicos.

Me quedé un tanto apartado porque no soportaba mezclarme con aquellos dos, quienes le dieron la noticia del embarazo y vi cómo sus ojos se empeñaban por las lágrimas. Los preciosos y transparentes ojos de Sally lloraron de alegría.

—Solo por esta fantástica noticia tiene que vivir. Y lo hará—dijo mirándome a mí.

Asentí de lejos y ella entendió que la situación era muy complicada para acercarme. Además, estuve a punto de liarla de nuevo y en mi cabeza se cocía un cacao tremendo.

David se mostraba embelesado con Linda. Ella volvió a embarazarse de inmediato, debieron dar en el blanco de la diana la primera vez que lo hicieran, vaya. Parecían una familia mientras yo seguía ignorando las llamadas de Brooke, a la cual sentía muy lejana.

Tardaron mucho en decirnos cómo iban las cosas y comprendí que ella podría comenzar a buscarme si pensaba que algo malo me había sucedido.

—Estoy bien, espero que lo hayas pasado de maravilla con Peter. No hace falta que me esperes despierta— pronuncié colgando y sin dejarle abrir el pico. Ya lo había hecho. Una preocupación menos. Estaba demasiado dolido para darle más explicaciones cuando consideraba que era ella la que me las debía dar a mí. Todo en mi mundo volvía a tambalearse de nuevo. Y eso me jodía lo que no está escrito.

—Estoy bien, espero que lo hayas pasado de maravilla con Peter. No hace falta que me esperes despierta— pronuncié colgando y sin dejarle abrir el pico. Ya lo había hecho. Una preocupación menos. Estaba demasiado dolido para darle más explicaciones cuando consideraba que era ella la que me las debía dar a mí. Todo en mi mundo volvía a tambalearse de nuevo. Y eso me jodía lo que no está escrito.

Capítulo 49



Fue una noche muy larga. Una en la que no nos tranquilizaron hasta que llegó la madrugada. Yo me encontraba en el sumun del agobio cuando vi avanzar al médico.

—Saldrá de esta, su marido lo hará—le comentó muy humano, cogiéndole la mano a mi madre—. Ha respondido bien y, aunque tendrá que tomarse la vida de otra manera, es muy posible que pueda seguir haciendo una normal.

Todos nos alegramos infinito y ella se echó a llorar. Me refiero a Sally, quien me tomó de la mano también a mí y me llevó aparte cuando el médico se marchó.

—Tengo que hablar contigo, hijo. Esta noche he prometido al cielo que si sacaba a George de esta lo haría. Y más tras escuchar los pesares que me has manifestado antes y que llevas dentro.

—Mamá, no es momento para hablar de esto, no quiero mortificarte. Si saqué antes el tema era porque la vida de George pendía de un hilo y me sentí muy culpable.

—Es que yo ya no soporto más que te sientas culpable por eso, cariño, no lo soporto—me dijo entre lágrimas.

—Me pondré en manos de un profesional. Linda lleva años diciéndome que lo haga y siempre me burlé. De todos modos, ya voy mejor, por eso he dado pasos.

—Sí, sé que esa nueva chica también te está ayudando mucho.

—¿Brooke? Es alucinante, sí—le confirmé sin querer contarle que estábamos regular tirando a mal.

—Me alegro mucho porque no quisiera dejar este mundo sin verte bien acompañado.

—Oye, mamá, sin dramatizar, que faltan siglos para que eso ocurra.

—Sí, claro, como que yo soy un gnomo de esos que viven cientos de años, hijo. No, algún día me iré y no puedo hacerlo con lo que llevo dentro, yo también cargo una pesada cruz y quizás los dos podamos descargarnos a la vez de la nuestra.

— ¿Tú? ¿Qué te has echado a la espalda? A ver, cuéntame porque eres la mejor mujer del mundo—le confirmé tomándola de las manos.

—No, no digas eso, soy la mujer que más daño te ha hecho, que no es lo mismo.

—No te entiendo, mamá, es que no te entiendo—le dije mientras notaba una especie de calambre recorrer mi cuerpo.

—Hijo, yo soy la que te trajo al mundo y la que después te abandonó—me confesó y sentí el mayor regusto amargo de mi vida en la boca.

— ¿Qué dices? —le pregunté apartándome de ella y no reconociéndola.

—Debí contártelo hace muchos años, pero no reuní el valor. Siempre supe que había algo en tu interior que no funcionaba, pero fue Linda quien me lo contó tras separarse de ti. Ella me ha hablado de esas pesadillas que te seguían asaltando de adulto y del motivo.

Si se hubiese tratado de otro contexto, la hubiese emprendido contra Linda por irse de la lengua, si bien en aquel ; me dio lo mismo porque no era hacia ella hacia quien yo pensaba dirigir mi ira.

— ¿Tú eres la que pasaste de mí dejándome en aquel orfanato? ¿Tú llevas diciéndome toda la vida que me quiere: cuando me has marcado a fuego con tu abandono? Aléjate de mí, ¡¡te odio!! —le chillé.

Comenzó a sollozar mucho si bien no se me movió nada en el interior. Sentía mi corazón frío como un témpano de hielo. Era la más tremenda de todas las noticias que podía recibir y en el peor de los momentos, ya que yo estaba tratando de sobreponerme al dolor.

—No pienses que no te quise, te quise con toda mi alma, hijo.

—Si me hubieses querido, jamás lo habrías hecho, nunca te hubieses desprendido de mí.

—Tú no sabes por todo lo que pasé hasta tomar aquella determinación, no lo sabes, cachorro.

—No vuelvas a llamarme así porque los animales mueren defendiendo a sus cachorros y tú me soltaste como quien suelta una bolsa de la compra.

—Eso no es verdad, ¡mira! ¿Ves esta marca?

¿ — ¿Qué pasa? Siempre nos dijiste que te partiste el brazo de joven.

—Me lo partió tu padre el día que le dije que le abandonaba. Él tenía varios años más que yo y me engatusó. Después de embarazarme, se quedó sin empleo y comenzó a beber. Entonces llegaron las palizas. Quise dejarle, pero era peor, una y otra vez. Hasta que una noche me escapé contigo, pero sola, sin dinero y harta de penurias, ni siquiera podía alimentarte, Oliver. Ya casi no comía, deambulaba por las calles y tú llorabas de hambre porque mis pechos se secaron. Decidí darte un día en el que me llegué a desmayar de lo débil que estaba. Pensé que algo podría pasarme y que te sucediera a ti conmigo. No encontré nadie que me ayudase, eran otros tiempos... Me arranqué yo solita el corazón de cuajo al dejarte en el orfanato, corrí durante horas sin rumbo y finalmente caí desmayada de nuevo. Cuando me desperté, lloré durante días por no tenerte conmigo, pero sabía que era lo mejor. Siempre pensé en que ya te habrían dado en adopción. Pasé años volviéndome loca hasta que un día, tras mucho tiempo casada con él, se lo confesé a George, quien entendió el tormento por el que pasé. Y entonces descubrí que seguías en el orfanato. Estaba la cuestión del problema de su apellido, pero ya sabes cómo lo arreglamos.

—Y entonces orquestasteis juntos la farsa de vuestra vida. Que fuese pequeño no quiere decir que me trataseis como a un imbécil.

—Yo estaba aterrada y buscaba el momento de decírtelo. El día que te recuperé fue el más feliz de mi vida, hijo. Pero entonces temí que me rechazaras si sabías la verdad y decidí callar. Con los años, notaba que me tratabas como a una madre y mis temores fueron a más, ¿y si lo estropeaba todo? Hasta hace poco no he sabido el suplicio interno que supuso para ti y ahora... Ahora quiero arreglarlo.

— ¿Y crees que ahora tiene arreglo, Sally? —la llamé adrede por su nombre, por mucho daño que eso le hiciese.

⁵ —Eso le imploro al universo, hijo de mi vida.

—Yo ya no soy tu hijo, me has hecho mucho más daño del que una madre haría, de modo que no quiero saber nada de ti ni ahora ni nunca—pronuncié con firmeza antes de marcharme.

Pasé delante de David y de Linda, al dejar el hospital.

— ¿Qué pasa, Oliver? —me salió al paso él al comprobar el estado en el que me encontraba.

—Nada, ahora ya está todo aclarado. Que te lo cuente tu madre, que ha sacado a pasear la lengua.

Vi la incredulidad en sus ojos al referirme así a ella, aunque no impidió que me marchase. Tampoco habría podido porque en ese momento sentí que no eran nada mío, que no tenía familia y que todo se había roto en mi interior.

—Me lo partió tu padre el día que le dije que le abandonaba. Él tenía varios años más que yo y me engatusó. Después de embarazarme, se quedó sin empleo y comenzó a beber. Entonces llegaron las palizas. Quise dejarle, pero era peor, una y otra vez. Hasta que una noche me escapé contigo, pero sola, sin dinero y harta de penurias, ni siquiera podía alimentarte, Oliver. Ya casi no comía, deambulaba por las calles y tú llorabas de hambre porque mis pechos se secaron. Decidí darte un día en el que me llegué a desmayar de lo débil que estaba. Pensé que algo podría pasarme y que te sucediera a ti conmigo. No encontré nadie que me ayudase, eran otros tiempos... Me arranqué yo solita el corazón de cuajo al dejarte en el orfanato, corrí durante horas sin rumbo y finalmente caí desmayada de nuevo. Cuando me desperté, lloré durante días por no tenerte conmigo, pero sabía que era lo mejor. Siempre pensé en que ya te habrían dado en adopción. Pasé años volviéndome loca hasta que un día, tras mucho tiempo casada con él, se lo confesé a George, quien entendió el tormento por el que pasé. Y entonces descubrí que seguías en el orfanato. Estaba la cuestión del problema de su apellido, pero ya sabes cómo lo arreglamos.

—Y entonces orquestasteis juntos la farsa de vuestra vida. Que fuese pequeño no quiere decir que me trataseis como a un imbécil.

—Yo estaba aterrada y buscaba el momento de decírtelo. El día que te recuperé fue el más feliz de mi vida, hijo. Pero entonces temí que me rechazaras si sabías la verdad y decidí callar. Con los años, notaba que me tratabas como a una madre y mis temores fueron a más, ¿y si lo estropeaba todo? Hasta hace poco no he sabido el suplicio interno que supuso para ti y ahora... Ahora quiero arreglarlo.

—¿Y crees que ahora tiene arreglo, Sally? —la llamé adrede por su nombre, por mucho daño que eso le hiciese.

—Eso le imploro al universo, hijo de mi vida.

—Yo ya no soy tu hijo, me has hecho mucho más daño del que una madre haría, de modo que no quiero saber nada de ti ni ahora ni nunca—pronuncié con firmeza antes de marcharme.

Pasé delante de David y de Linda, al dejar el hospital.

—¿Qué pasa, Oliver? —me salió al paso él al comprobar el estado en el que me encontraba.

—Nada, ahora ya está todo aclarado. Que te lo cuente tu madre, que ha sacado a pasear la lengua.

Vi la incredulidad en sus ojos al referirme así a ella, aunque no impidió que me marchase. Tampoco habría podido porque en ese momento sentí que no eran nada mío, que no tenía familia y que todo se había roto en mi interior.

Capítulo 50



Yo también deambulé por las calles durante horas. No cogí el coche porque en el estado en el que me encontraba me daba igual lo que pudiera sucederme, pero entendí que podría joderle la vida a cualquiera. Y no perdí la cordura hasta ese punto, gracias al universo.

Dios igual sí existía, porque George saldría de aquella, pero ¿qué había de lo demás? Ya amanecía cuando, chorreando por la lluvia, llamé al timbre de Beth porque necesitaba algo de calor humano y estaba muy enfadado con Brooke.

Al final, parecía que era ella la única que me quedaba. Me abrió con el pelo alborotado y apurando sus últimos minutos de sueño antes de ir a trabajar.

— ¡Oliver, por Dios! ¡Pasa! —exclamó al verme en ese estado y su abrazo fue el más sincero que creía poder recibir en el mundo.

—No sabía adónde ir, lo siento mucho. Siempre te creo problemas, siempre...

Escuché un carraspeo procedente de su dormitorio y después vi una silueta que cruzaba el pasillo, por lo que no me pude sentir peor.

—Soy un idiota, sigo siendo el mismo egoísta que cree que puede meterse en tu vida como si no tuvieras otra cosa: mejor que hacer que escuchar mis miserias.

—Tranquilo, no pasa nada, te presentaré.

—Ni en broma, me voy...

—Si él ya se iba también. Samuel debe entrar a trabajar igual que yo, aunque lo mismo hoy quieres que eche las primeras horas aquí— suspiró.

Otra se hubiese molestado, yo no tenía derecho a hacer las cosas que hacía, pero Beth siempre me quiso y me lo seguía demostrando.

—Samuel, es mi jefe, no ha tenido una buena noche—le comentó arrugando su naricilla al chaval cuando salió al salón.

—Sin problema, yo ya me iba, ¿puedo llamarte esta noche? —le preguntó.

—No puedes, sino que debes...

Me alegré por ella, vi emoción en su rostro y ya era hora de que a alguien le fuese bien, aparte de a David y a Linda, que esos estaban en su propio y romántico mundo.

Cuando él se fue, ella se volcó conmigo.

— ¿Ha sido Brooke? ¿Tienes problemas con ella? ¿Es por lo de su ex? Joder, qué mala pata.

—Con Brooke me va como el culo, pero lo gordo es con Sally.

— ¿Con tu madre? Venga ya...

—Tú lo has dicho, con mi madre—suspiré—. Todo empezó porque a George le dio un infarto, y luego llegaron David y Linda, que por cierto ella está embarazada de nuevo y...

Y a ella se le desencajó la mandíbula porque era demasiada información y muy poco el tiempo para asimilarla. Cuando terminé, chasquéé los dedos delante de su cara y fue como si volviese en sí.

—Ni en una jodida peli habrían metido tantas emociones en una noche, ¿cómo estás?

—Muerto, Beth, estoy muerto. No lo soporto, no soporto su engaño.

¹—Lo ha hecho lo mejor que ha podido, te ha compensado en todo lo posible, tienes que ponerte en su lugar.

—No podré perdonarla, no soporto la forma en la que me ha mentido. Y George tres cuartos de lo mismo.

—Son tu familia, cabezota. Una familia con una historia de lo más rocambolesca, pero la tuya. Llevas toda la vida deseando encontrar una respuesta y mira tú por dónde, acabas de dar con ella. Es como un premio de la vida.

—Pues menudo premio. Hubiera preferido un tiro en el estómago.

—Siempre has tenido gustos un poco raritos tú.

—Y siempre has sabido sacarme la sonrisa tú—le dije tratando de besarla.

—Aguanta el genio que eres de gatillo fácil. Tú y yo ya nos dejamos de jueguecitos de esos hace un tiempo, además de que tienes una conversación pendiente con Brooke.

— ¿Ahora la llamas por su nombre? Mira que antes decías de todo de ella.

—Pero ha sabido ganarme un poquillo, te he visto muy feliz en este tiempo y ella tiene mucho que ver.

—Hasta que se ha cansado, Peter lo tiene todo y yo... Mírame.

— ¿Qué te pasa a ti? Por fin has cambiado...

—Ojalá nunca lo hubiese hecho, eso me ha llevado a remover las cosas y mira el resultado.

—Solo has llegado a la verdad. Ahora escuece, pero con el tiempo agradecerás mucho haberla sabido. Hoy has puesto fin a lo peor de tu vida, amanece un nuevo día y, para ti, con un significado especial.

—Solo me quedas tú, Beth—le cogí las manos.

—Todos te adoran, no me seas sieso, ¿o es que crees que yo me echaría esa carga encima?

—Ojalá hubiera sabido ver cómo me querías antes, ojalá.

—Ella también te quiere, Brooke te ayudará con todo esto.

—Brooke tiene ya otras miras y yo no puedo culparla por ello. Si estuviera en su piel, también me apartaría de mí. Soy corrosivo, siempre termino haciendo daño.

—No, eres imbécil, pero ya procuraré que te lo hagas mirar. Vete a casa y habla con ella, te lo pido por favor.

— ¿Ya me estás echando?

—Un poco sí, llevamos mucho rato hablando y alguien deberá trabajar hoy porque tú no puedes aparecer por el bufete con esas pintas, eso ya te lo digo yo.

—Aguanta el genio que eres de gatillo fácil. Tú y yo ya nos dejamos de jueguecitos de esos hace un tiempo, además de que tienes una conversación pendiente con Brooke.

— ¿Ahora la llamas por su nombre? Mira que antes decías de todo de ella.

—Pero ha sabido ganarme un poquillo, te he visto muy feliz en este tiempo y ella tiene mucho que ver.

—Hasta que se ha cansado, Peter lo tiene todo y yo... Mírame.

— ¿Qué te pasa a ti? Por fin has cambiado...

—Ojalá nunca lo hubiese hecho, eso me ha llevado a remover las cosas y mira el resultado.

—Solo has llegado a la verdad. Ahora escuece, pero con el tiempo agradecerás mucho haberla sabido. Hoy has puesto fin a lo peor de tu vida, amanece un nuevo día y, para ti, con un significado especial.

—Solo me quedas tú, Beth—le cogí las manos.

—Todos te adoran, no me seas sieso, ¿o es que crees que yo me echaría esa carga encima?

—Ojalá hubiera sabido ver cómo me querías antes, ojalá.

—Ella también te quiere, Brooke te ayudará con todo esto.

—Brooke tiene ya otras miras y yo no puedo culparla por ello. Si estuviera en su piel, también me apartaría de mí. Soy corrosivo, siempre termino haciendo daño.

—No, eres imbécil, pero ya procuraré que te lo hagas mirar. Vete a casa y habla con ella, te lo pido por favor.

— ¿Ya me estás echando?

—Un poco sí, llevamos mucho rato hablando y alguien deberá trabajar hoy porque tú no puedes aparecer por el bufete con esas pintas, eso ya te lo digo yo.

Capítulo 51



Fue la misma Beth quien me acercó a mi ático. Aún estaba en el interior de su coche cuando vi de lejos cómo Brooke se metía también en uno que conducía otra persona y se marchaban de allí.

Subí al ático, suponiendo que el conductor era Peter, y comprobé que se había llevado sus principales pertenencias.

Me senté sobre la cama y comencé a llorar. En ese momento sonó el timbre de la puerta y me puse de repente de pie. Si era ella, no tendría mucho sentido que me viera hecho un mar de lágrimas cuando estaba claro que ya había elegido.

Abrí y era Beth, quien me dio un abrazo.

—Mira que eres, ¿eh? No te puedo dejar solo sabiendo que estás así. Tienes que luchar por ella.

—¿Por una mujer que me ha abandonado? No, todas están cogiendo el pescante, te recuerdo que no es la primera. Y yo no haré nada por retenerla a mi lado. Si quiere irse que se vaya, ahora mismo no es mi prioridad.

—Yo es que no sé lo que hacer ya contigo, eres un saquito de problemas en este momento.

—Me las arreglaré, Beth, tienes que olvidarte de mí, te lo pido por favor. Ve a lo tuyo, no debí irrumpir en tu casa esta mañana.

—No se lo ha llevado todo, ¡es solo un cabreo! —exclamó cuando inspeccionó y vio que parte de sus cosas seguían allí.

—Porque tiene centenares de prendas de ropa y de zapatos, y lo del tío ese no es una furgoneta de reparto, es un deportivo, ¿no lo has visto?

—Habla con ella, ¡ya! No sabe nada de lo que ha pasado.

—Ni falta que hace que lo sepa.

—Pero que a tu padre le ha dado un infarto esta noche, mentecato—continuó.

—Ya lo sé, si te lo he contado yo.

—Y a mí me dará otro si no reaccionas. O se lo cuentas tú o ahora mismo me voy al bufete y se lo cuento yo.

—No se te ocurra hacer eso. Brooke es lo de menos ahora mismo.

—Sí, sí, tú piérdelo todo al mismo tiempo, si te has creído que yo podré sacarte de tantas cosas, es que estás más loco de lo que creía. No pienso abandonarte, pero no me cargues más.

—Déjame, por favor, voy a prepararme un café.

—Ni en sueños, no vas a probar la cafeína hasta nueva orden. Vas a darte una ducha, que estás empapado y huele a sabe Dios qué, y vas a ir a buscarla. Tienes que hablar con ella.

—No tiene sentido, no lo tiene.

a

—Y tú tampoco y mira hasta dónde has llegado, ¡que te vistas! —me ordenó y le hice caso porque le debía una y bastante gorda.

Mientras me duchaba, se me vino a la cabeza que era el momento más caótico de mi vida y que había cometido el error de mezclar lo profesional con lo personal. No me hablaba ni con Brooke ni con David y sacar así el bufete adelante sería misión imposible.

.

Se me pasaron muchas cosas por la mente. Beth me había preparado la ropa para cuando salí y hasta habló con la persona de servicio que llegó en esos momentos para que se fuese.

—Si es que yo habría servido para tener una vida así, lo que pasa es que no estaba para mí. Mírate, mira todo lo que has logrado—me decía.

—Nada que tenga valor, Beth. Todo lo que ves, ciertamente, es caro, pero no vale nada.

Ya nos íbamos en busca de Brooke, a la que suponía en casa de Peter, cuando la puerta se abrió y eran ellos dos.

Los cuatro nos quedamos mirando. Beth fue quien rompió el hielo con su desparpajo.

—Esto no es lo que parece—les comentó.

Brooke me miró seria y decidida, no tardando en hablar.

—Si querías tirártela, con decírmelo era suficiente, yo sola me habría apartado—me soltó enfurecida. Ella no era celosa, pero el puntito le salió.

—¿A mí? A mí este ya no me toca ni con un palo, eso ya quedó muy en el pasado—le contestó Beth y ella arrugó la frente.

—Yo estoy igual de pasmado que tú, pero llevo horas diciéndote que tienes que hablar con él—le indicó Peter.

—No hace falta que hable conmigo, sé que se ha decantado por ti. Vi la nota, te lo has currado y lo has conseguido, enhorabuena—le espeté en toda la cara.

—¿Qué dice este de la nota? —le preguntó a Brooke—. Anda, calla, ¡se me jodió la sorpresa!

—¿Qué sorpresa? —le pregunté intrigado porque el tema ya era para intrigar hasta a Dios que bajase del cielo.

—La que quería daros a todos los demás y que solo me contó a mí, que seré su dama de honor: ¡que se casa con Bruce! —aclaró Brooke.

—¿Y quién es Bruce? —le preguntó Beth, muy metida en el tema.

—Un bombón que la vida me ha regalado y al que pienso envolver en papel de oro—nos anunció Peter.

—¿Tú eres gay? —le pregunté flipando.

—Gay del todo no, que a la vista está que me casé con esta preciosidad—señaló a Brooke—. Pero como soy rico tengo mucho tiempo libre para experimentar, pues al final he dado el campanazo. Veréis la cara que se les queda a todos.

—Pues como la nuestra—dijo Beth—. Y tú pensando que se quería casar con ella—la señaló mirándome.

—¿Con mi Brooke? ¿Otra vez? Qué cansino resultaría, ¿no?

—Peter, tú y yo nos vamos a tener que ir a que me cuentes cómo viven los ricos, porque conozco a dos que tienen mucho de qué hablar—le indicó Beth—. Ah, por cierto, que no me he presentado, ¿o sí? Menudo lío ya.

—Si querías tirártela, con decírmelo era suficiente, yo sola me habría apartado—me soltó enfurecida. Ella no era celosa, pero el puntito le salió.

—¿A mí? A mí este ya no me toca ni con un palo, eso ya quedó muy en el pasado—le contestó Beth y ella arrugó la frente.

—Yo estoy igual de pasmado que tú, pero llevo horas diciéndote que tienes que hablar con él—le indicó Peter.

—No hace falta que hable conmigo, sé que se ha decantado por ti. Vi la nota, te lo has currado y lo has conseguido, enhorabuena—le espeté en toda la cara.

—¿Qué dice este de la nota? —le preguntó a Brooke—. Anda, calla, ¡se me jodió la sorpresa!

—¿Qué sorpresa? —le pregunté intrigado porque el tema ya era para intrigar hasta a Dios que bajase del cielo.

—La que quería daros a todos los demás y que solo me contó a mí, que seré su dama de honor: ¡que se casa con Bruce! —aclaró Brooke.

—¿Y quién es Bruce? —le preguntó Beth, muy metida en el tema.

—Un bombón que la vida me ha regalado y al que pienso envolver en papel de oro—nos anunció Peter.

—¿Tú eres gay? —le pregunté flipando.

—Gay del todo no, que a la vista está que me casé con esta preciosidad—señaló a Brooke—. Pero como soy rico y tengo mucho tiempo libre para experimentar, pues al final he dado el campanazo. Veréis la cara que se les queda a todos.

—Pues como la nuestra—dijo Beth—. Y tú pensando que se quería casar con ella—la señaló mirándome.

—¿Con mi Brooke? ¿Otra vez? Qué cansino resultaría, ¿no?

—Peter, tú y yo nos vamos a tener que ir a que me cuentes cómo viven los ricos, porque conozco a dos que tienen mucho de qué hablar—le indicó Beth—. Ah, por cierto, que no me he presentado, ¿o sí? Menudo lío ya.

Capítulo 52



Me quedé con ella sin poder dar crédito a todo lo que había sucedido. Brooke negaba y con su preciosa melena llegó a darme un zurriagazo, con eso de que ambos estábamos sentados en el filo de la cama.

—Yo no sé tú, pero en mi caso necesito una copa—me comentó.

—¿A estas horas de la mañana?

—A estas horas de la mañana, sí, han sido demasiadas emociones juntas.

—Pues te la sirvo y me pongo otra—asentí porque tenía toda la razón. Menuda chaladura todo lo que habíamos formado.

Se vino conmigo hacia el salón y esperó en el sofá a que se la pusiera en las manos.

—¿Estás enfadada conmigo? —le pregunté.

—Bastante, no sé a qué ha venido todo esto. Anoche íbamos de cena y de pronto no apareces ni me coges el teléfono. Eso sí, cuando lo haces parece que me estuvieras perdonando la vida y me das a entender que te revienta que haya cenado con él. Y encima no solo no llegas a tiempo de acompañarnos, sino que me aclaras que no vas a volver hasta las tantas. En concreto no has vuelto hasta por la mañana y con Beth, ¿qué quieres que piense? Aunque sé que ella ha dicho la verdad en eso de que no hay nada entre vosotros, la he notado muy sincera.

—Pues claro que no lo hay, yo solo tengo ojos para ti. Ella misma me lo hizo ver, no seas boba.

—¿Y entonces a qué juegas? Llevas celoso de Peter desde que llegó a Nueva York. No lo niegues.

—No lo niego, se os veía muy cómplices y esto no me sentó nada bien.

—Claro que lo somos, le quiero muchísimo. Pero fíjate el motivo que le trajo hasta aquí.

—¿Por qué no me lo contaste?

—Porque él quería que fuese sorpresa total y yo no me considero nadie para jorobársela, por eso.

— ¿Y por qué tiraste la nota? Además, la rompiste, debió ser una bonita gargantilla la que te regalase.

—Preciosa, es preciosa. Pero solo de agradecimiento porque le estoy ayudando con su boda. Eso era lo que me decía en la nota, la misma que partí porque no quería dejar cabos sueltos.

—Pues no dejaste un cabo, pero sí un piquito del que tiré en la papelera. Pensé que te había pedido matrimonio, cariño.

— ¿Cómo se puede ser tan inteligente y tan cafre a la vez? Te juro que no puedo entenderlo.

—Pues no lo sé, la verdad, supongo que entrenando mucho.

—Una relación no funciona si no hay confianza, Oliver. Y tú no confías en mí, eso es lo que me duele de verdad. Yo no estoy para esto.

—Créeme que no ha sido una noche fácil para mí.

—Tampoco para mí, pero eso no evita el hecho de que esa falta de confianza no me mola. Lo nuestro no puede funcionar así.

—Brooke, el problema es que yo nunca he confiado de verdad en ninguna mujer por lo que me pasó con mi padre —me abrí en canal.

—Sí que es un problema, sí. Y a estas alturas mucho más. Yo no sé cómo solucionarlo y me está afectando. Igual jamás llegas a saber lo que pasó con esa señora, pero nuestra relación te la estás llevando por delante.

—Ya no hay mucho que saber. Mi madre es Sally.

—Por fin dices algo inteligente. Por lo que me has contado, Sally se merece a tope que la consideres como tal y que te olvides de esa otra que, por algún motivo no pudo o no quiso hacerse cargo de ti.

—No, no me estás entendiendo. Sally es mi madre biológica, ella misma me lo ha confesado esta noche.

Se quedó muda hasta que arrancó de nuevo.

—Ahora sí que has logrado sorprenderme del todo, ¿hay algo más que yo deba saber? Porque vamos de una en otra.

—Me lo ha confesado después de la que se ha montado porque a mi padre le dio un infarto.

—No te puedo creer, esto es de locos.

—Pues espera a saber que le dio porque se ha enterado por un amigo suyo, cuyo hijo estaba aquel día en el bufete que David y yo la emprendimos a mamporros.

—Cielo santo, ¿qué clase de burla es esta? No puede estar sucediendo, todo es demasiado, ¿y cómo está él?

— ¿George? Sobrevivirá.

—Me alegro mucho, ¿y tú?

—Sobreviviré también, no te preocupes por mí.

—Mira que puedes ser lechuguino, quiero decir que cómo estás. Ahora por fin ya sabes quién es tu madre, ¿por qué lo hizo?

—Porque sufría malos tratos de mi verdadero padre y, tras escapar de su lado, no tenía dónde caerse muerta ni podía mantenerme, pero no es excusa.

—Lo dirás en broma, ¿no?

— ¿Tú me ves cara de estar bromeando?

—No, más bien te la veo de estar conspirando. Y ya te temo, que lo sepas. Te temo más que a un vendaval porque justo eso es lo que tú tienes en la cabeza, Oliver. Estás muy atormentado y por fin te topas con una posibilidad de dar carpetazo a tu pasado, de perdonar y de disfrutar de tu madre que, al fin y al cabo, estuvo ahí todo el tiempo que pudo. Y seguirá estando.

—Lo siento mucho, pero ahora soy yo quien no quiere estar con ella.

—Eres más terco que una mula. Te vas a seguir haciendo daño y también me lo harás a mí, ¿de verdad no lo ves?

—No quiero que trates de convencerme de nada, ¿tan difícil es de comprender? Tú no eres menos inteligente que yo y debería ser fácil.

—No sé cómo puedes comportarte así, es muy egoísta por tu parte. Ahora que te topas con la verdad, emprendes otra batalla sin sentido, todo para seguir con esa tormenta mental que nos terminará arrastrando a todos.

—Lo siento mucho, pero no puedo perdonarla. Ni a él tampoco, George lleva toda la vida callado igual que Sally.

—Claro que sí, ¿y no hay alguien más por ahí a quien puedas echarle la culpa de algo? Te lo digo por si te quedas más tranquilo.

, —En realidad, a David y a Linda.

—No tiene gracia, de veras que no la tiene.

—Ni pretendo hacerte reír, es lo que siento. Por cierto, que nos hemos enterado también de que Linda está embarazada, esa ha sido la última primicia de la noche.

— ¿Lo está? Me alegro por ella, sé por ti que sintió muchísimo la pérdida del bebé.

—Yo de eso también me alegro, te lo digo en serio. Y, aparte, que ya tendrán un nuevo miembro en la familia que ocupe mi lugar. No quiero volver a formar parte de esa farsa nunca más.

—Me agotas, Oliver, te prometo que me agotas. Yo quiero estar contigo, pero si vas a seguir con esa actitud, terminarás por echarme de tu lado.

—Yo no puedo cambiar de actitud, lo lamento muchísimo.

—Y yo no puedo estar con alguien que mire al pasado más que al futuro y que ya, de paso, permita que ese mismo pasado le joda el presente. Lo lamento de corazón, pero me niego a que me arrastres contigo hasta el fondo del pozo, porque llegará un momento en que ninguno de los dos pueda salir.

, —Tienes razón y no te lo pudo negar, tú debes salir ahora que aún no te he hecho tocar fondo.

—Claro que sí, ¿y no hay alguien más por ahí a quien puedas echarle la culpa de algo? Te lo digo por si te quedas más tranquilo.

—En realidad, a David y a Linda.

—No tiene gracia, de veras que no la tiene.

—Ni pretendo hacerte reír, es lo que siento. Por cierto, que nos hemos enterado también de que Linda está embarazada, esa ha sido la última primicia de la noche.

—¿Lo está? Me alegro por ella, sé por ti que sintió muchísimo la pérdida del bebé.

—Yo de eso también me alegro, te lo digo en serio. Y, aparte, que ya tendrán un nuevo miembro en la familia que ocupe mi lugar. No quiero volver a formar parte de esa farsa nunca más.

—Me agotas, Oliver, te prometo que me agotas. Yo quiero estar contigo, pero si vas a seguir con esa actitud, terminarás por echarme de tu lado.

—Yo no puedo cambiar de actitud, lo lamento muchísimo.

—Y yo no puedo estar con alguien que mire al pasado más que al futuro y que ya, de paso, permita que ese mismo pasado le joda el presente. Lo lamento de corazón, pero me niego a que me arrastres contigo hasta el fondo del pozo, porque llegará un momento en que ninguno de los dos pueda salir.

—Tienes razón y no te lo pudo negar, tú debes salir ahora que aún no te he hecho tocar fondo.

Capítulo 53



Me quedé en el ático todo el día. Fueron muchas las llamadas que Sally me hizo y todas ellas las ignoré.

Suponía que debía estar sufriendo mucho, si bien yo no podía ponerme en sus zapatos porque libraba mi propia batalla para alejarme emocionalmente de una mujer a la que consideré un ángel desde que la conocí y a la que de pronto veía capitaneando a todos mis demonios.

Por si fuera poco doloroso, Brooke y yo dejamos de convivir. Ella habló de darnos un tiempo, si bien vi la pena en sus ojos a la hora de recoger todas sus cosas. Fue Peter quien vino a ayudarla, y miento si no cuento que me pareció buen tío.

Yo le había mirado con los peores ojos todo el tiempo, motivo por el que me pareció un ex pesado y entrometido al que no le di la más mínima posibilidad de acercarse a mí.

Viendo cómo la trataba en aquellos difíciles momentos, comprendí que el suyo hacia Brooke era un gran cariño de quien se consideraba un estupendo amigo y nada más.

Seguiríamos trabajando juntos, eso era indiscutible, como también lo era que no me resultaría sencillo. Para una vez en la vida que me enamoraba y que ponía las cartas bocarriba con una mujer, todo me llegaba en un momento en el que no me soportaba ni yo.

No hubo despedida porque la vería a la mañana siguiente. Nuestros muchos clientes no podrían pagar los platos rotos de mi actitud y yo tendría que volver al tajo sin demora.

Lo hice a primera hora de la mañana, después de una noche en vela que me llevó a levantarme con unos ojos rojos que tuve que empapar en colirio.

Ya no había motivo para esas pesadillas nocturnas que siempre me llevaron a querer ver el rostro de mi madre, a descubrir su identidad. Mis miedos debían desaparecer y, sin embargo, me sentí muy solo sin Brooke en una noche que se me hizo interminable, viendo reflejadas en el reloj cada una de sus horas con todos sus minutos.

Beth se levantó cuando me vio entrar.

—La he visto llegar sola, ¿habéis roto? —me preguntó.

—Sí, debo ser muy torpe, jodo todo lo bueno que tengo en mi vida.

—Date tiempo, cariño—me comentó.

—No es cuestión de tiempo, Beth, es de actitud.

—David está en su despacho.

—Pues muy bien, ¿espera un premio por ello? Yo también estoy aquí—le contesté molesto.

—No seas sarcástico. Me ha dicho que te comente que George va mejorando y que quiere verte. Por lo visto no le han contado nada para no exaltarle más. Le han dicho que estás fuera de la ciudad.

¹—No les habrá costado el más mínimo trabajo, llevan toda la vida mintiendo.

Me senté en mi despacho y, al rato, escuché el taconeo de Brooke avanzando por el pasillo. Abrió la puerta y me miró.

— ¿Quieres un café?

²—No, gracias, paso—le indiqué porque me dolía su presencia.

—No me puedo creer que pases del café, a otro perro con ese hueso.

—Me has entendido, te lo pido por favor—le indiqué.

—No puedes aislarte del mundo. No me creo que vayas a convertirte en un ermitaño—me dijo sentándose en el borde de mi mesa.

—Soy un tío raro, tampoco creo que nadie me echase de menos. Pero tranquila, que también soy un urbanita, no pienso vivir solo en una montaña.

—Tampoco deberías vivir solo aquí, todos te queremos.

—El problema es que creo que quien no se quiere soy yo. Y ahora, por favor, si eres tan amable, me gustaría quedarme solo.

No tuvo más remedio que hacerlo. Yo era consciente de que le hacía daño a Brooke y me odiaba por ello. Aun así

era incapaz de dar mi brazo a torcer. Fueron muchos años de engaño, los cuales no podía soportar.

Me limité a quedarme allí, con mis casos. Nunca estuve solo con ellos porque toda la vida tuve a alguien a mi lado. En esos momentos, sentía que ya no me quedaba nadie y la tristeza era total en mí.

De una manera o de otra, después de hacer un esfuerzo porque en mi vida hubiese más luces que sombras, la habí cagado por completo y lo eché todo a perder.

La ira me perdía y me sentía infeliz, muy infeliz. Sentía que me había ganado la batalla e ignoraba si aquella guerra me plantearía otras más o si con aquella todo había terminado. Porque así me sentía yo en aquella mañana: totalmente terminado.

era incapaz de dar mi brazo a torcer. Fueron muchos años de engaño, los cuales no podía soportar.

Me limité a quedarme allí, con mis casos. Nunca estuve solo con ellos porque toda la vida tuve a alguien a mi lado. En esos momentos, sentía que ya no me quedaba nadie y la tristeza era total en mí.

De una manera o de otra, después de hacer un esfuerzo porque en mi vida hubiese más luces que sombras, la había cagado por completo y lo eché todo a perder.

La ira me perdía y me sentía infeliz, muy infeliz. Sentía que me había ganado la batalla e ignoraba si aquella guerra me plantearía otras más o si con aquella todo había terminado. Porque así me sentía yo en aquella mañana: totalmente terminado.

Capítulo 54



Los días fueron pasando y el panorama no iba a mejor. Me encerré conmigo mismo en el despacho y apenas salía de él.

Con la única que me relacionaba y, a lo justo, era con Beth. Ella trataba de sacar algo de mí, de darme conversación, pero yo me cerraba en banda.

—Solo me quieres ya para que te traiga cafés, harás que me crea una camarera—me solía decir.

—Sabes que no. Nunca podría haber soñado con tener una secretaria mejor que tú—le dije aquella mañana.

—Siempre te he dicho la verdad, ¿no es cierto? —me preguntó.

—Que yo sepa sí.

—Pues no te sientan nada bien esas ojeras. Deberías ir a hablar con David, creo que aflojar con él te vendría muy bien.

—No tengo nada que hablar con David. Cuanto antes lo entiendas, antes terminaremos con esta polémica. Y ahora, si has terminado, cierra la puerta, por favor.

El problema era que me embalaba muy pronto. Pasaba de 0 a 100 en cuestión de segundos y no quería que nadie tuviese que sufrirlo, pero Beth se empeñaba en jugársela de vez en cuando porque nosotros teníamos mucha confianza y porque ella estaba hecha de una pasta especial y le resbalaba todo lo que le dijese.

Debía tratarse de un día donde hubieran repartido ganas de camorra, esparciéndolas por el ambiente o algo, porque al poco tocaron en mi puerta y era el mismísimo David, que quizás pensó en eso de que si Mahoma no va a la montaña...

Apenas podía contener mi rabia al tenerle allí, delante de mí y mirándome de esa forma inquisitiva.

—Dime que has venido a consultarme sobre algún caso antes de que pierda los nervios—le solté.

—Si fuese por ese motivo, lo consultaría con Brooke. Sabe tanto como tú y tiene menos mala leche—me contestó

—No sé qué pasa hoy, parece que han levantado la veda y que a todos os ha dado por venir a tocarme las narices. Si te digo la verdad, he de reconocer que tienes valor, desde luego que lo tienes, porque hace falta reunirlo para venir hasta este despacho cuando sabes que, si seguimos trabajando juntos, es solo porque Brooke se ha empeñado.

—No he venido a que nos planteemos nuestra relación, eso te lo puedo asegurar. He venido a tratar de apelar a tu conciencia para que hables con mamá.

—Debes haberte equivocado porque tú y yo no compartimos madre—le contesté de inmediato—, más que nada porque yo no tengo.

—No seas así, te lo ruego. No me rebajaría a venir a pedirte nada si no fuese porque se me parte el alma al verla así.

—Vaya por Dios, se trata de una tragedia y yo sin enterarme. Llegados a este momento, cada palo que aguante su vela.

—Eres muy injusto. Ella puede que se equivocase, pero todo lo hizo por tu bien.

—Es muy fácil hablar cuando la tuviste desde el primer día y sin que te faltase ni uno. No sabes lo que es crecer pensando en que tu madre no te quiso.

—La nuestra te amó, te ama y te amaré por siempre, hagas lo que hagas.

—Sí, claro, hablar es muy fácil.

—Te lo ha demostrado todos estos años y lo sigue haciendo cada día—me espetó.

—Sí, claro, como ahora tiene tantas oportunidades de hacerlo...

—No las tiene porque tú se las has retirado en el momento en el que más te necesitaba: cuando reunió las fuerzas para hacer eso que tanto había temido desde siempre: contarte la verdad.

—Vaya, qué abogado ha encontrado en ti. Nada como tener un hijo que lo sea.

—Mamá tiene dos: me tiene a mí y te tiene a ti, que eres el mejor.

—¿Has venido para hacerme la rosca? Porque hasta para alguien como yo me resulta demasiado. Haz el favor de

largarte y volver a tu despacho.

.

—No hasta que te cuente lo mucho que está sufriendo. Tienes que saberlo, alguien tiene que decírtelo. Y si no lo hago yo, ¿quién lo hará?

—Pronto tendrás un hijo, quizás entonces cambies el sentido de tus palabras. No creo que sigas pensando igual cuando lo tengas entre tus brazos.

—No, es muy cierto. Entonces la compadeceré más porque sabré lo que es querer a un ser por encima de todas las cosas y no concebiré que un día esa personita pueda odiarme como tú la odias a ella.

—Yo no la odio, solo paso.

—Sí, la odias, a mí no me engañas. La odias porque te sientes incapaz de perdonarla y eso te hace sentir mal. Y cuando peor te sientes, más arremetes contra ella. Te estás alimentando de un odio que os destruye a los dos. Si pudieras ver la tristeza de sus ojos, si la contemplaras solo unos segundos...

— ¡Que te largues ya! —le chillé porque no podía soportar seguir escuchándole.

Mi grito se escuchó en todo el bufete y Brooke no tardó en venir a abrir la puerta de mi despacho, haciendo que lamentara haberme levantado esa mañana.

— ¿Se puede saber qué demonios está ocurriendo aquí? —nos preguntó.

—Ha sido culpa mía, Beth. He venido a hablar con él y no debí hacerlo.

—Permíteme que lo dude, David, ¿puedo hacer algo por ti? —le preguntó.

—No, no, yo ya me iba.

Salió y me quedé con ella. Su mirada me dolió más de lo que pudo imaginar.

—Lo lamento mucho, no volverá a suceder—le comenté.

—Eso espero, entre otras cosas porque no pienso consentirlo. Si esto va a seguir así, tendré que tomar medidas como socia tuya que soy.

— ¿Me estás amenazando? —le pregunté con ira, con una ira incontenible que ojalá no me hubiese salido con ella.

—Te estoy describiendo cómo será el futuro, tú verás. Una cosa es que no me dejes ayudarte y otra muy distinta

que nos vayas a perjudicar a todos. Ya está bien.

Se marchó y me sentí fatal. Me quedé toda la mañana con esa sensación de que ya no era bien recibido ni en mi propio bufete y con un enorme dolor por lo que pudo ser y no fue.

,

que nos vayas a perjudicar a todos. Ya está bien.

Se marchó y me sentí fatal. Me quedé toda la mañana con esa sensación de que ya no era bien recibido ni en mi propio bufete y con un enorme dolor por lo que pudo ser y no fue.

Capítulo 55



Fui a peor en aquellas dos semanas en las que me convertí en náufrago de mi propia isla, de una isla en la que no dejaba entrar a nadie.

Ese día, un importante cliente mío, William Button, se enfrentaba a la decisión judicial por una demanda de paternidad que aseguraba ser incierta.

El chaval que le demandó aportaba gran cantidad de pruebas de la antigua relación de mi cliente con su madre, si bien él me aseguró que no había ninguna posibilidad de que el hijo fuese suyo, por lo que la prueba de paternidad así lo demostraría.

El principal problema se centraba en que mi cliente estaba enfermo y en que todo aquello le estaba afectando mucho. Por suerte, y antes de que la cosa fuese a más, pude aportar una grabación en la que el chico hablaba con un periodista amigo suyo, que me la cedió a cambio de una importante cantidad de dinero, en la que afirmaba que le estaba haciendo a William el lío porque en realidad no era su padre y que, como estaba hecho un carcamal, aspiraba a que le diese su apellido sin más antes de que las cosas fueran a más y la prensa se enterase, dado que William era un personaje público.

De hecho, estuvo a punto de ser así y él casi claudica cuando vino a verme para contarme el caso, contándome que no estaba en condiciones de asumir una exposición pública de ese tipo, la cual consideraba bochornosa.

Yo le convencí de que aguantase con la promesa de que no tendría que llegar ni a someterse a las pruebas de paternidad y logré que así fuera. William contaba con una interesante fortuna que era el objeto del deseo de aquel sinvergüenza.

Brooke me esperó a la salida del juzgado, puesto que no consentí que fuese conmigo alegando que no necesitaba “una niñera”. Cada día me comportaba de un modo más insoportable que el anterior y era evidente que de milagro no tomó ella cartas en el asunto para disolver nuestra sociedad.

—Enhorabuena, ha sido una jugada maestra porque, según me han contado, la salud mental de William Button pende de un hilo y hoy ha ganado en ella—me comentó al salir.

—Sí, así es.

—La salud mental es muy importante, Oliver—me cogió del brazo para recordármelo.

—Estamos de acuerdo, ¿y?

—Que tú no deberías descuidar la tuya. Tengo un buen amigo psicólogo, hermano de una colega, que estaría dispuesto a...

—Espero que no hayas estado hablando de mí con nadie, porque si es así, debes saber que me has traicionado. No necesito tu ayuda, no la quiero y estoy hasta las narices de que todos os metáis en mis asuntos, ¿me he explicado?

—Como un libro abierto.

Me fui a casa. Era mediodía y, por tanto, no la mejor hora, pero necesitaba emborracharme. El “asalto” por parte de Brooke fue la gota que colmó el vaso.

Estuve bebiendo toda la tarde y, a medida que el alcohol se fue mezclando con mi sangre, me entraron unas tremendas ganas de llorar. No debía haber nadie más capullo que yo en el mundo. Brooke solo quería ayudarme y yo no la dejaba ni acercarse.

Ella había sido muy condescendiente al hablar de que nuestra separación sería temporal, cuando los dos sabíamos que yo estaba haciendo todo lo posible por alejarla de mí definitivamente.

Poco a poco, y en cuestión de unos días, fui perdiendo a todas las personas a las que había querido en mi vida y nunca me había sentido más solo.

² Ya era de noche cuando, sin el más mínimo sentido de la responsabilidad y sin medir las consecuencias porque no estaba en condiciones de hacerlo, me subí en mi coche y conduje hasta su casa, hasta esa en la que volvió a vivir tras dejarme.

El trayecto hasta allí quedó borrado por completo de mi memoria. Soy consciente de que cualquier cosa pudo pasar y yo me hubiese merecido tener que afrontar las consecuencias, pero no así la persona que hubiese tendido la desdicha de que chocase con ella.

³ Cuando Brooke abrió la puerta y yo apenas podía sostenerme, abrazándola, me hizo la temida pregunta.

—Dime que no has venido en coche, por favor, dímelo.

—Un poco, puede que haya venido un poco en coche—murmuré.

—Por el amor del cielo, Oliver, ¿se puede saber en qué estabas pensando? —me preguntó con la máxima de las angustias.

—En ti, estaba pensando en ti y en lo bonito que fue todo contigo, ¿recuerdas cuando estábamos en Riviera Maya? Yo quiero que volvamos, quiero que cojamos un avión ahora mismo y nos vayamos a tu casa. No me importa que tengas una foto de Peter allí, te prometo que no la tocaré, ahora sé que es un buen tío—le decía con una borrachera tal que no me tenía en pie.

—Cielo santo, Oliver, ¡has venido en coche! Y totalmente borracho.

—Totalmente no, porque se me traba la lengua, pero todavía puedo hablar. A mí es que la lengua siempre me funcionó muy bien y con ella lastimo mucho. Sé decir cosas que duelen, cosas de las que luego me arrepiento, pero cuando ya está hecho y no tiene remedio. Os he dañado todos, os he...

—Y nos sigues dañando, Oliver, porque no te dejas ayudar y te estás autodestruyendo.

—Yo lo único que quiero es que ya se termine, muñeca. Porque antes me dolía no saber quién era mi madre y ahora me duele saberlo. Y me duele tanto que el dolor no me deja respirar.

—¿Y cómo quieres que se termine si no te dejas ayudar, Oliver? No puedo consentir que me arrastres contigo.

—Eso es verdad, yo tengo que irme para no hacerte daño. Cojo mi coche y me voy ya, me voy.

—Ni en sueños cogerás tu coche. Te quedas a dormir aquí y mañana hablaremos muy seriamente.

—No, yo prefiero reírme, necesito reírme.

—Pues no creo que te rías con todo lo que pienso largarte por esta boquita—me advirtió.

—Por el amor del cielo, Oliver, ¿se puede saber en qué estabas pensando? —me preguntó con la máxima de las angustias.

—En ti, estaba pensando en ti y en lo bonito que fue todo contigo, ¿recuerdas cuando estábamos en Riviera Maya? Yo quiero que volvamos, quiero que cojamos un avión ahora mismo y nos vayamos a tu casa. No me importa que tengas una foto de Peter allí, te prometo que no la tocaré, ahora sé que es un buen tío—le decía con una borrachera tal que no me tenía en pie.

—Cielo santo, Oliver, ¡has venido en coche! Y totalmente borracho.

—Totalmente no, porque se me traba la lengua, pero todavía puedo hablar. A mí es que la lengua siempre me funcionó muy bien y con ella lastimo mucho. Sé decir cosas que duelen, cosas de las que luego me arrepiento, pero cuando ya está hecho y no tiene remedio. Os he dañado todos, os he...

—Y nos sigues dañando, Oliver, porque no te dejas ayudar y te estás autodestruyendo.

—Yo lo único que quiero es que ya se termine, muñeca. Porque antes me dolía no saber quién era mi madre y ahora me duele saberlo. Y me duele tanto que el dolor no me deja respirar.

—¿Y cómo quieres que se termine si no te dejas ayudar, Oliver? No puedo consentir que me arrastres contigo.

—Eso es verdad, yo tengo que irme para no hacerte daño. Cojo mi coche y me voy ya, me voy.

—Ni en sueños cogerás tu coche. Te quedas a dormir aquí y mañana hablaremos muy seriamente.

—No, yo prefiero reírme, necesito reírme.

—Pues no creo que te rías con todo lo que pienso largarte por esta boquita—me advirtió.

Capítulo 56



Cuando me desperté, Brooke dormía a mi lado en el sofá y yo le tenía el brazo echado por encima.

La cabeza me dolía una barbaridad y maldije el momento en el que decidí emborracharme el día anterior. Estaba tan bonita y yo la deseaba tanto...

Si pudiese remontar, si pudiese volver a tenerla... Hubiera dado todo lo que tenía porque así fuese, por recuperarla aunque es cierto que cuando la salud mental te falla todo va cuesta abajo y sin frenos. Y la mía estaba temporalmente enajenada por un problema que era incapaz de afrontar.

Le hice una caricia en la cara y ella sonrió antes de abrir los ojos. Su gesto denotaba que también me echaba de menos. Le había fallado a Brooke, a la única mujer con la que podría ser feliz porque con ella había descubierto el verdadero amor, ese amor pasional que te lleva a un estado que yo no me sentía en condiciones de recobrar.

Cuando se dio cuenta de la situación, su cuerpo se tensó y abrió sus ojos.

—Oliver, tú y yo tenemos que hablar de lo que pasó anoche—me comentó muy seria y aclarándose la voz.

—Pero, ¿puede ser en otro momento? Soy consciente de que me estoy convirtiendo en un peligro y te prometo que trataré de enmendarlo.

—Será mejor que sea así porque, si vuelves a conducir bajo los efectos del alcohol y llega a mis oídos, seré yo misma quien te denuncie.

Nunca me había puesto tanto la seguridad de una mujer como la suya. Claro que tampoco había conocido hasta entonces a una mujer tan segura de sí misma como ella.

Avergonzado, no quise seguir hablando, levantándome y dirigiéndome a casa. Me merecía todo lo que me dijese. Me había convertido en un tío conflictivo que causaba problemas a todos y tenía que buscar la manera de volver a ser el que un día fui o, mejor aún, tenía que buscar una mejor versión de mí porque con anterioridad también fui un tío atormentado. En fin, que estaba causando muchos conflictos. Demasiados. Y lo peor era que los de mi alrededor también los sufrían.

Me di una ducha, desayuné y me tomé una pastilla para soportar una jornada de trabajo con semejante resaca como la que tenía encima. Justo llegaba al despacho cuando vi salir a David corriendo como una gacela y con evidente gesto de que algo muy grave estaba sucediendo.

Pese a que no daba pie con bola y solo sabía joder más las cosas, corrí detrás de él, dándole alcance. Pensé en que de nuevo algo malo hubiese sucedido en el embarazo de Linda y todo se removi6 en mí, sintiéndome culpable.

—¿Es Linda? ¿Ella está bien? —le pregunté poniéndole la mano en el hombro.

—No, es mamá. La policía me ha llamado, ¡quiere suicidarse! —me chilló.

David se sentó en el coche y yo me quedé tan estupefacto que no pude mover ni uno solo de los músculos de mi cuerpo.

l,—Eso no puede ser, Sally nunca haría algo así.

—Te equivocas, no eres tan listo como te crees, ¿vienes a intentar remediarlo conmigo o vas a dejar que lo lamentemos toda la vida? —me preguntó con decisión y, tras unos segundos de trastoque total, ocupé ese puesto de copiloto que tanto odiaba.

l

Se trató, sin duda, del trayecto más tenso de mi vida. Él no soltaba prenda y yo no sabía qué decir. Según le contó la policía, un chico que iba corriendo se la encontró en un puente que estaba encima de una carretera, en las inmediaciones de su casa. Y logró detenerla porque se encontraba a punto de saltar.

De pronto me sentí un canalla y pensé en todos los momentos que había pasado con ella y en la dulzura con la que siempre me trató. Sally lo fue todo para mí desde el día que descubrí su angelical mirada en el orfanato, desde el día que descubrí que ya nunca volvería a estar solo, no mientras ella se encontrase en este mundo.

Fue mi odio el que la hizo dar el paso y colocarse al otro lado del barandal. Para colmo, ella sufría de vértigos y la situación era más que peligrosa, porque la policía nos volvió a llamar para ver dónde estábamos.

—Dice que todo esto es por su cachorro, es lo único que murmura—escuché en el momento en el que comencé a llorar con una fuerza que conmovió hasta a un enfadadísimo David.

—Díganle, por el amor de Dios, que llevo a su cachorro sentado aquí a mi lado, que no se tire, que yo le prometo que él no se volverá a marchar de su vida.

l

Me miró y asentí con el gesto. Nada como que la vida te ponga en una situación tan complicada para que entiendas que has llevado las cosas muy lejos y que están a punto de cambiar de la forma más dramática y para siempre, de una forma que se convertirá en tu condena porque con eso no podrás vivir.

Yo no podía articular palabra, no cuando estaba a punto de perder a una mujer que, sin hacer diferenciaciones de cómo se comportó antes o después, siempre me quiso y lo dio todo por mí, incluso llevando a cabo el más encomiable de todos los sacrificios. De repente entendí que Sally no solo me dio la vida, sino que estaba dispuesta a quitarse la suya por mí, porque no soportaba que su hijo la rechazase como yo lo hacía, culpándola de todos sus males y odiándola de un modo que la condujo al abismo.

—Corre, David, corre o no me lo perdonaré nunca y, de un modo u otro, caeré con nuestra madre por ese puente —le pedí mientras vi cómo una lágrima se escapaba también de los ojos del que era mi hermano en toda la extensión de la palabra y no ya porque compartiésemos sangre, sino porque siempre estuvo ahí.

Yo no podía articular palabra, no cuando estaba a punto de perder a una mujer que, sin hacer diferenciaciones de cómo se comportó antes o después, siempre me quiso y lo dio todo por mí, incluso llevando a cabo el más encomiable de todos los sacrificios. De repente entendí que Sally no solo me dio la vida, sino que estaba dispuesta a quitarse la suya por mí, porque no soportaba que su hijo la rechazase como yo lo hacía, culpándola de todos sus males y odiándola de un modo que la condujo al abismo.

—Corre, David, corre o no me lo perdonaré nunca y, de un modo u otro, caeré con nuestra madre por ese puente
—le pedí mientras vi cómo una lágrima se escapaba también de los ojos del que era mi hermano en toda la extensión de la palabra y no ya porque compartiésemos sangre, sino porque siempre estuvo ahí.

Capítulo 57



Aún recuerdo como si lo estuviera reviviendo a cámara lenta el momento en el que me bajé del coche y la vi allí. Los agentes lograron que se agarrase al barandal tras comunicarle que yo iba en camino, pero la situación seguía siendo más que delicada. Incluso el vértigo o un golpe de viento podían acabar con su vida, arrojándola al vacío.

—Mamá, soy yo, soy tu cachorro—le dije acercándome a ella corriendo como una exhalación.

—Mi niño, mi Oliver, es verdad que has venido. Creí que David solo lo dijo para que no me tirase—suspiró.

—No, mamá, estoy aquí. Y lo siento mucho, siento el daño que te he hecho, por favor, tienes que salir de ahí. Dej que te ayude.

—Es que no puedo cargar con el daño que te he hecho, Oliver, no puedo. Me siento tan culpable que ya no quiero vivir.

—Tú no me has hecho ningún daño. Ahora entiendo que todo lo hiciste por mí, que a los dos pudo pasarnos lo peor si no hubieras decidido entregarme. Y que jamás pudiste olvidarme, ya lo sé.

—Jamás, ni uno solo de los días de mi vida. No volví a ser feliz hasta reencontrarme contigo. Te adoro, cachorro, te adoro.

—Todos te necesitamos, mamá, todos...

—¿Tú me necesitas, hijo? —me preguntó con su rostro cubierto de lágrimas.

—Yo te necesito con toda mi alma. Quiero comenzar a vivir sin rencor y sin miedo. Y si tú te vas, ya nunca podré hacerlo. Un día me diste la vida, mamá. Y ahora, de un modo egoísta, te pido que me des la oportunidad de aprender a vivirla, porque nunca he sabido.

—Mi pequeño, mi pequeño cachorro.

—Y no solo te adoro yo, también lo hacen David y papá, ¿qué sería de ese hombre sin ti? Él ama el aire que

respiras y también te necesita más que nunca, después de lo que le ha pasado.

— ¿Todos me necesitáis, hijo?

—Todos, mamá. Y ahora, te ruego que te vayas dando la vuelta lentamente y que me dejes cogerte, ¿ok?

—Ok, cachorro, ok.

Yo notaba que ella se estaba mareando. Era normal, ya que se encontraba sin nada por delante, a una altura más que considerable y soportando una tensión fuera de serie.

Poco a poco, se fue dando la vuelta pero, cuando las cosas se ponen feas, se ponen y un resbalón por su parte hizo que su cuerpo quedase en el aire.

Experimentar un miedo como el que sentí en ese instante no es algo que le desee a nadie. Yo la sostenía por un brazo mientras que ella luchaba por no tener el más triste de los finales.

Sin saberlo, me llevé toda la vida odiando a la mujer que estaba a punto de caer al vacío, a la mujer que coloreó mi vida todo lo que pudo, después de que naciera en blanco y negro.

El silencio era sepulcral por parte de todos los presentes, David hacía todo lo posible por alcanzarla y no podía. Para bien o para mal, todo dependía de mí.

—Hijo, déjame caer, te estás poniendo en peligro tú—me pidió ella al ver que tuve que asomarme de una forma más que peligrosa para poder continuar sosteniéndola.

—No, mamá, no te dejaré caer. Si tú caes, caemos los dos.

Lo que cayeron de nuestros ojos en ese momento fue un buen puñado de lágrimas. Sus transparentes y celestes esferas se convirtieron en dos piscinas.

—No, mi amor, yo ya quiero quedarme contigo, pero no a costa de eso, déjame caer—me pidió tratando de zafarse de mi mano para que yo me salvase.

La cerré como si fuese una tenaza. No estaba dispuesto a que su vida acabase así. Ella me dio la mía y yo la salvaría sí o sí. Arriesgándome hasta hacer que todos contuviesen el aliento, me asomé más y entonces pude dar un certero tirón que hizo que ella chillase de dolor, pero que terminó con ambos cayendo de espaldas sobre el puente, a salvo.

Mi madre se resintió de la muñeca, la cual se había partido al tirar de ella, pero aun así era la viva imagen de la felicidad cuando la abracé y la cubrí de besos como nunca hice.

—Te quiero, mamá, te quiero con toda mi alma—murmuré.

—Y yo a ti, cachorro. Contigo descubrí el más inmenso de los amores del mundo: el de convertirme en madre. Y luego llegó él, mi niño pequeño—señaló a David, quien se tiró con nosotros en el suelo, abrazándonos también.

Tras un rato en el hospital para asegurar que esa muñeca se recuperase, nos la llevamos con la escayola a casa, donde nos esperaba George. A él, dada su situación, no le contamos lo sucedido y, a decir verdad, no tendría por qué enterarse nunca.

Se alegró tanto, tanto al verme. Él conocía la verdad de mi enfado a esas alturas y lo estaba sufriendo mucho.

—Hijo, hijo de mi vida, dichosos los ojos que te ven—me dijo no entendiendo cómo su mujer se partió la muñeca

—Sí, papá, aquí te traemos a esta gamberra, que va dando saltos por la vida como si fuese una pipiola. Mírala, sí solo falta que se eche las rodillas abajo—bromeé disimulando.

—Me das miedo, eres bueno mintiendo—murmuró por lo bajini David.

—Soy el mejor en todo lo que me propongo, ¿no lo recuerdas? —le guiñé un ojo.

—Cielo santo, has vuelto, este eres tú.

—No volveré a ser el que era, te prometo que seré mejor.

—¿Más narcisista aún?

—No, eso me lo trataré para ser ya perfecto del todo—le aseguré riendo.

—Hay cosas que nunca cambian—me dijo dándome un abrazo—. Te quiero, Oliver, te quiero mucho y lo he pasado fatal sin ti.

—Pero si estabas a unos metros de distancia, no exageres.

—Sí, aunque el problema es que me sentía a años luz de mi hermano.

—Por cierto, enhorabuena de corazón por tu paternidad. Estoy muy contento por vosotros.

—Se la daré a Linda de tu parte.

—¿Cómo que se la darás de su parte? Se la dará él mismo cuando todos vengáis a almorzar el domingo. George

hará una barbacoa—añadió nuestra madre.

—Sí, sí, aunque a mí me obligará a comer verdura—contestó mi padre, que nunca se enteró demasiado de nada, pero que fue único.

—Aquí estaré, mamá.

—Por supuesto que estarás y también quiero que traigas a esa chica, a Brooke.

—Eso igual ya es más difícil, porque ahora no estamos juntos.

—Paparruchas, te las ingenias. Tú siempre has logrado todo lo que has querido, así que ya sabes.

l.

hará una barbacoa—añadió nuestra madre.

—Sí, sí, aunque a mí me obligará a comer verdura—contestó mi padre, que nunca se enteró demasiado de nada, pero que fue único.

—Aquí estaré, mamá.

—Por supuesto que estarás y también quiero que traigas a esa chica, a Brooke.

—Eso igual ya es más difícil, porque ahora no estamos juntos.

—Paparruchas, te las ingenias. Tú siempre has logrado todo lo que has querido, así que ya sabes.

Capítulo 58



Cuando llegué al bufete, ya nos esperaban. Y hablo en plural porque no solo Brooke estaba al corriente de lo sucedido, sino también Linda, quien no dudó en desplazarse hasta allí para esperarnos.

Cuando nos vieron, ambas se echaron en nuestros brazos y, después de eso, Linda se vino hacia mí mientras que Brooke abrazó a David, a quien le preguntaba cómo fue todo.

—Te lo iba a decir el domingo, pero enhorabuena por tu embarazo—murmuré de corazón y ella se me abrazó, momento en el que le correspondí.

—Enhorabuena a ti por haber salvado a vuestra madre. Nuestra familia no habría resistido un golpe así.

Después de eso, la dejamos a solas con David y yo tiré del brazo de Brooke, a la que llevé hasta mi despacho.

—Preciosa, mi madre quiere que vengas a almorzar con nosotros el domingo—le comenté.

—¿Y en calidad de qué exactamente?

—En calidad de mi novia, que es lo que quiero que seas—le pedí besándole la mano.

—El problema, Oliver es que...

—Es que llevas subida en un carrusel de emociones desde que me conoces y ya no confías en que pueda cambiar, pero te prometo que lo haré. Me pondré en manos de ese amigo que tienes psicólogo y haré todo lo que me pidas para convertirme en el tipo que pueda hacerte feliz. Acabo de recuperar a toda mi familia. Es cierto que casi tiene que ocurrir una desgracia para que haya visto las cosas claras, pero ahora las veo todas y quiero recuperarte, mi amor, eso es lo que deseo con toda mi alma.

—No podrá ser de la noche a la mañana, te lo advierto. Ahora tendrás que demostrarme que harás actos de tus palabras y...

—Y ya te voy captando, tú lo que quieres es que te reconquiste poco a poco, bandida. Eso es lo que quieres.

—Pues igual un poquillo sí.

La reconquista romántica también llegaría, pero en ese momento comenzó otra... El vestido de Brooke estuvo en segundos en el suelo. Suerte que habíamos cerrado la puerta tras nosotros, porque ni cuenta nos dimos.

Cuánto la había echado de menos también y qué sexy lucía sobre mi mesa con su conjunto de ropa interior.

Yo también contaba con un sofá aterciopelado como el de su despacho, pero antes de pasar a él la degusté lentamente encima de esa mesa en la que le abrí las piernas tras retirar su tanga y dejé que mi lengua me recordara un sabor, el de su elixir, que se había convertido para mí en el más adictivo del mundo.

Allí donde estuviese, siempre querría beber de ella porque ya no contemplaba otro sexo que no fuera el que practicara con Brooke, un sexo apasionado que aderezábamos con un frenesí irrefrenable con visos de continuidad en nuestra vida.

Ese día, dejándose querer, me permitió hacer a mí por completo, al contrario de lo que solía suceder con la morbosa mujer que tenía delante.

Paladearla de nuevo supuso el triunfo por haber luchado por ella, porque comencé a hacerlo y lo haría hasta reconquistarla. Y después, tenía claro que no me acomodaría, porque el amor hay que cuidarlo y eso me lo grabé : fuego en la mente.

A partir de ese día en el que me permitió comenzar a amarla de nuevo, abrí la puerta de mi despacho para todo aquel que quisiera entrar y la alegría lo inundó.

—No me digas que son para mí—le comenté a Brooke cuando, a la semana, la vi llegar con aquellas plantas.

—Este despacho necesita vida y vida es lo que le vamos a dar—me contestó.

—Pero si la vida me la das tú...

—Que no estoy hablando de ti, egocéntrico, que hablo del despacho—reía ella.

Me encontraba infinitamente mejor y mi chica me estaba ayudando a tope. Aún no vivíamos juntos de nuevo, pero todo llegaría porque íbamos por el buen camino.

Había comenzado a ir a terapia y comencé a hacerla también con Sally, con mi madre, a quien le vino muy bien porque igual que yo la necesitaba. Ella sufrió tanto como yo o más y ambos necesitábamos quitarnos ese peso de encima para siempre.

A Brooke les cayeron sensacional mis padres, lo mismo que me sucedió a mí con su familia, a la que fuimos a visitar a Boston. Todo iba como debía y pronto comenzaríamos a dar grandes pasos.

Mientras ese momento llegaba, yo disfrutaba de esa transformación interna que me llevó de la tormenta a la calma y que, según me decían, se me notaba de lejos.

Si hasta Anne, la becaria, dejó de temerme y entraba libremente por mi despacho a ver cómo iban las plantas, porque tenía muy buena mano con ellas. Y cuando eso sucedía, yo le decía que se quedase a tomar un cafecito conmigo. Para ver la cara de Beth, quien también estaba pletórica con mi cambio, cuando nos traía un par de cafés.

—A ver si te tomas también alguno conmigo, que no sirvo solo para ponerlos—me decía.

De sobra sabía que no formaba parte de sus funciones y que lo de los cafés comenzó porque a ella le vino en gana ponerlos.

—Cuanto tú quieras, bonita.

—Sí, pero con la tontería, con la tontería, no te queda tiempo para mí—me reprochaba entre bromas.

—Siempre tendré tiempo para ti y eso que tú ya tienes quien te quiera bien—le buscaba yo la lengua.

—No, si te parece, me iba a quedar pillada de ti eternamente—negaba con la cabeza.

A Brooke les cayeron sensacional mis padres, lo mismo que me sucedió a mí con su familia, a la que fuimos a visitar a Boston. Todo iba como debía y pronto comenzaríamos a dar grandes pasos.

Mientras ese momento llegaba, yo disfrutaba de esa transformación interna que me llevó de la tormenta a la calma y que, según me decían, se me notaba de lejos.

Si hasta Anne, la becaria, dejó de temerme y entraba libremente por mi despacho a ver cómo iban las plantas, porque tenía muy buena mano con ellas. Y cuando eso sucedía, yo le decía que se quedase a tomar un cafecito conmigo. Para ver la cara de Beth, quien también estaba pletórica con mi cambio, cuando nos traía un par de cafés.

—A ver si te tomas también alguno conmigo, que no sirvo solo para ponerlos—me decía.

De sobra sabía que no formaba parte de sus funciones y que lo de los cafés comenzó porque a ella le vino en gana ponerlos.

—Cuanto tú quieras, bonita.

—Sí, pero con la tontería, con la tontería, no te queda tiempo para mí—me reprochaba entre bromas.

—Siempre tendré tiempo para ti y eso que tú ya tienes quien te quiera bien—le buscaba yo la lengua.

—No, si te parece, me iba a quedar pillada de ti eternamente—negaba con la cabeza.

Capítulo 59



Un par de meses después íbamos rumbo a Riviera Maya en un avión particular que había fletado Peter para todos los invitados a su boda con Bruce.

Ellos se encontraban en Nueva York en esos días, por lo que volaron con todos nosotros, ya que Peter contaba con muchas amistades en la ciudad, aunque hasta ese lugar paradisíaco volarían invitados suyos llegados de todos los lugares del mundo.

Yo ya me había hecho muy amigo de él, algo que fascinaba a Brooke, quien estaba contentísima con mis avances. Obvio que ya nada debía temer con respecto a su ex, pero es que me caía francamente bien, porque entendí que su cariño por ella era totalmente sincero y porque era un tipo más que divertido.

La fiesta se celebraría en otra mansión que él tenía en Riviera Maya, mucho mayor incluso que aquella otra que le regaló a Brooke. También contaba con salida directa a la playa y en ella se llevaría a cabo la celebración.

Ya en el mismo avión comenzó la fiesta porque aquella boda sería sonada. Bruce y Peter eran tal para cual y la fiesta les gustaba a ambos con locura. De hecho, se conocieron en una en Ibiza, en España, y desde entonces no se habían separado.

Volábamos cuando Peter hizo un bonito brindis...

— ¡Por mi preciosa madrina Brooke! —hizo que levantásemos las copas—. La mujer a la que un día uní mi vida de la que me divorcié porque es obvio que amplié mis gustos—bromeó mirando a Bruce—. Con todo, he querido que me hiciese el honor de amadrinarme en mi boda porque la quiero con todo mi corazón. Le deseo toda la felicidad del mundo junto a Oliver, su novio, el tío que contribuye a que esta belleza tenga el cutis así de fino, porque el sexo lo pone divino. Y si no, mirad la carita tan perfecta que tiene mi Bruce.

Menudo cachondo que estaba hecho y vaya boda divertida que prometía ser la suya. Llegamos a Riviera Maya un par de días antes y nosotros nos alojamos en la casa de Brooke, aunque solo recalábamos por allí para cambiarnos de *outfit*, porque apenas nos quedaba tiempo para nada más, con tanto jolgorio como nos tenían preparados los novios.

Fiesta a fiesta, llegamos a la boda, que fue realmente divertidísima, con un par de novios que parecían dos monologuistas más que otra cosa porque nos hicieron reír a carcajada limpia durante las palabras que se dedicaron en la ceremonia y en las que hicieron un repaso a lo que fue su relación desde el comienzo.

Brooke estaba imponente de madrina, con un vestido en tono malvo más ajustado que las tuercas de un submarino que me enamoró más todavía de ella en un día de fiesta loca en el que todos terminamos festejando en el agua del mar a altas horas de la madrugada, después de haber bailado hasta que los pies nos dolían a más no poder, pese a terminar haciéndolo descalzos.

Como anécdota, deciros que Bruce se empeñó en sacarme a bailar y, dadas las copas que yo llevaba encima, hasta lo consiguió mientras que Peter bailaba con Brooke.

No, si es que a mí la mente me estaba cambiando a tope en poco tiempo. No había ni rastro de esa parte oscura que un día habitó en mí y todo era luz en mi interior, una luz que podía compararse con la que aquel maravilloso e idílico lugar en el que terminamos celebrando la boda de esos seres nuestros tan queridos.

La cosa no quedó ahí, puesto que antes de marcharse de luna de nivel, aquellos novios que nunca se hartaban de fiesta nos obsequiaron con dos días más de jolgorio total en los que algunos terminamos con más alcohol que sangre en las venas.

No hay nada mejor que beber para festejar y no para olvidar. Y nosotros teníamos mucho que celebrar en unos días que supusieron el triunfo del amor no solo de Peter y Bruce, sino también de Brooke y mío, porque entre las aguas de ese incomparable lugar le hice de nuevo la propuesta.

— ¿Te vendrás a vivir conmigo a nuestra vuelta, mi vida?

— ¿Has dicho mi vida? A ver, repítelo, que creo que no lo he escuchado bien.

—Lo has escuchado perfectamente. Eres mi vida, la mujer más sensacional con la que podría haberme cruzado en el camino de la vida y la que ha logrado hacer de mí un hombre nuevo.

y —Digamos que la chapa es la misma, ¡y vaya chapa! Pero sí, te has ganado el honor—recalcó en broma lo de “honor” — de que te dé una oportunidad—me dijo besándome.

Deseaba muchísimo tenerla en mi ático y poder hacerle el amor cada noche como lo hacíamos allí en Riviera Maya, libres de preocupaciones. Así sería porque me prometí que, cuando entrásemos por la puerta del ático, esta quedarían fuera para siempre.

Me sentía feliz, muy feliz. Y me planteaba cosas que nunca pasaron por mi mente respecto a un futuro en el que le deseaba todo con ella. Brooke comenzó siendo para mí un objeto de deseo y terminó convirtiéndose en esa mujer de la que me declaraba enamorado a los cuatro vientos.

1 A cuatro patas nos subimos en el avión de vuelta mientras los novios comenzaban una maravillosa luna de miel que los llevaría a recorrer casi todo el mundo. Tardaríamos en volver a verlos, pero ya formaban parte de nuestra familia y eso nos unía para siempre. Y hablando de uniones, yo ya soñaba con unir mi vida definitivamente a la de mi enamorada.

1

2

3

5

0

A cuatro patas nos subimos en el avión de vuelta mientras los novios comenzaban una maravillosa luna de miel que los llevaría a recorrer casi todo el mundo. Tardaríamos en volver a verlos, pero ya formaban parte de nuestra familia y eso nos unía para siempre. Y hablando de uniones, yo ya soñaba con unir mi vida definitivamente a la de mi enamorada.

Epílogo



Dos años después...

De nuevo nos íbamos de boda, aunque en aquella ocasión éramos nosotros quienes ¡nos casábamos!

Y sí, en aquel tiempo consolidamos también un bonito vínculo con Riviera Maya que nos llevó a querer contraer matrimonio en un entorno así de incomparable.

La nuestra no sería una boda tan multitudinaria como la de Peter y Bruce, quienes por supuesto que estaban entre nuestros invitados. Nosotros optamos por algo más íntimo con nuestros allegados.

Eso sí, no faltaba ninguna de las personas importantes en nuestra vida.

—Te vas a caer de espalda cuando la veas—me indicó David delante de mi padre cuando vino de dejar a la pequeña Alexandra con su madre, quien tenía “mamitis” y lloraba por estar con ella. Alexandra era mi sobrina y yo la adoraba, hija de mi hermano y Linda, quién me lo iba a decir.

—Cero spoiler, que quiero disfrutarlo al máximo.

—Por supuesto, que si no la jefa es capaz de despedirme...

—Por cierto, respecto a eso quería decirte una cosita—carraspeé.

—No me puedo creer que me vayas a hablar ahora de trabajo porque tú ya no eres así, tú ya sabes disfrutar de la vida, no me asustes.

—No es eso, mequetrefe. Calla y escucha de tu maestro.

—De vez en cuando te sale un coletazo, no lo puedes evitar—me dijo riendo.

—Te interesa saber que ella pronto dejará de ser tu jefa y yo tu jefe.

— ¿Es que me vais a despedir? Bonito día para contármelo, qué contento voy a asistir a la boda.

—Solo por insinuarlo te lo merecerías, pero va a ser que no: te vamos a convertir en nuestro socio.

A David se le abrieron tanto los ojos que le cogieron toda la cara.

— ¿Socio vuestro? Pero si es el mejor de los regalos y hoy deberíais recibirlos vosotros y no yo.

—Hace mucho que te lo mereces, así que hemos pensado que hoy podría ser el día.

—No sabes lo contento que me he puesto, qué ganas tengo de contárselo a Linda.

David era muy feliz con ella y yo me alegraba de corazón por ambos. En su caso porque era mi hermano y en el de ella porque había encontrado quien la quisiera como se merecía. Y Alexandra, que era una mezcla perfecta de ambos, vino a poner la guinda del pastel de sus vidas. Ellos ya planeaban también su enlace para el año siguiente, así que allí íbamos de boda en boda.

Quien no se planteaba casarse, pero estaba felicísima, era Beth con Samuel, con quien ya vivía. Ella argumentaba que había visto demasiados expedientes de divorcio y que los papeles nada tenían que ver con el amor. Yo lo respetaba, aunque en mi caso ardía en deseos de casarme con Brooke, con la mujer de la que me fui enamorando más y más con el paso del tiempo.

Mi madre se sintió muy dichosa haciéndome de madrina y, cuando entró en el dormitorio para cogerme del brazo, pidió que nos dejaran un minuto a solas.

—Cachorro, estás más guapo que nunca y eso que siempre fuiste un muñeco, pero es que nada contribuye más a la belleza que la felicidad. Quiero que sepas que la tuya es la mía, y que verte así me suma años de vida.

—Mamá, yo solo quiero decirte una cosa, ¡eres la mejor! —exclamé mientras tomaba en brazos a la más espectacular de todas las madrinas y a una que lucía una sonrisa rutilante en una mañana feliz como ninguna otra para mí.

Junto a ella esperé a Brooke en la playa, al lado de ese mar que tanto amábamos.

Linda animaba a Alexandra, que echó andar hacía poquito, a caminar hasta nosotros para entregarnos los anillos. Brooke adoraba a la que también era su sobrina, porque mi explosiva esposa resultó ser muy amante de esos locos bajitos que son los niños.

Tras echarnos unas risas por el cómico caminar de la peque, vi avanzar a mi prometida con su padrino y morí de amor. La esperaba sexy, pero ella supo cómo dejar cortas todas mis expectativas.

Si durante años sufrí pesadillas, ella se había convertido en la antítesis de estas, porque Brooke era mi sueño, un sueño de mujer que ese día accedió a unirse en matrimonio conmigo sacando mis lágrimas de emoción en el momento de darnos el “sí, quiero”.

El beso apasionado que culminó la ceremonia se prolongó más de lo previsto, porque no me resistía a dejar de besar en los labios a la que se había convertido en la más bella de todas las esposas.

La alegría se desbordó durante el baile y ya antes en aquel almuerzo informal que servimos en la playa y en el que cada uno comió y bebió a su elección en un convite extraordinario que nos regaló Peter porque así lo quiso y punto.

El ramo de novia de Brooke terminó en manos de Linda, a la que ya se mostraba muy unida por aquel entonces, pues se hicieron grandes amigas.

No faltaba nadie y todo lo teníamos en nuestras vidas, unas vidas que unimos con la intención de que fuese para siempre.

Bailamos hasta el amanecer, momento en el que ambos nos quedamos a solas en la playa. Ya no habría noche de bodas porque, como digo, el astro rey estaba por salir, aunque en mi pensamiento estaba el amarla durante horas en cuanto nos metiésemos en la casa.

—¿Qué pasa, mi amor? —le pregunté al ver que no avanzaba, que ella se quedaba detrás de mí escribiendo algo en la arena, acucillada y en una pose tan sexy que temí que mis instintos se desataran allí mismo.

—Que vengas—me indicó.

a

—No me provoques más a no ser que quieras que te lo haga aquí mismo—me referí al acto sexual.

—No, si ya me lo has hecho—me contestó ella entre risas.

—No te entiendo....

—Eso es porque no te acercas, ¡ven aquí! —me pidió y lo hice. Fue entonces cuando leí su mensaje, sobre el que cayeron varias de mis lágrimas de emoción y que decía: “¡Estamos embarazados!”

;

Si durante años sufrí pesadillas, ella se había convertido en la antítesis de estas, porque Brooke era mi sueño, un sueño de mujer que ese día accedió a unirse en matrimonio conmigo sacando mis lágrimas de emoción en el momento de darnos el “sí, quiero”.

El beso apasionado que culminó la ceremonia se prolongó más de lo previsto, porque no me resistía a dejar de besar en los labios a la que se había convertido en la más bella de todas las esposas.

La alegría se desbordó durante el baile y ya antes en aquel almuerzo informal que servimos en la playa y en el que cada uno comió y bebió a su elección en un convite extraordinario que nos regaló Peter porque así lo quiso y punto.

El ramo de novia de Brooke terminó en manos de Linda, a la que ya se mostraba muy unida por aquel entonces, pues se hicieron grandes amigas.

No faltaba nadie y todo lo teníamos en nuestras vidas, unas vidas que unimos con la intención de que fuese para siempre.

Bailamos hasta el amanecer, momento en el que ambos nos quedamos a solas en la playa. Ya no habría noche de bodas porque, como digo, el astro rey estaba por salir, aunque en mi pensamiento estaba el amarla durante horas en cuanto nos metiésemos en la casa.

—¿Qué pasa, mi amor? —le pregunté al ver que no avanzaba, que ella se quedaba detrás de mí escribiendo algo en la arena, acucillada y en una pose tan sexy que temí que mis instintos se desataran allí mismo.

—Que vengas—me indicó.

—No me provoques más a no ser que quieras que te lo haga aquí mismo—me referí al acto sexual.

—No, si ya me lo has hecho—me contestó ella entre risas.

—No te entiendo....

—Eso es porque no te acercas, ¡ven aquí! —me pidió y lo hice. Fue entonces cuando leí su mensaje, sobre el que cayeron varias de mis lágrimas de emoción y que decía: “¡Estamos embarazados!”

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: @aitorferrerescritor

Amazon: relinks.me/AitorFerrer

Twitter: @ChicasTribu